



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México.

Datos de la revista:

Año XLIV, Vol. CCLXI, Núm. 4 (julio-agosto de 1985).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

**Nuestro trabajo es
localizar y extraer
el petróleo
sin afectar
el equilibrio
ecológico**



Sidermex



Un grupo inteligente para sus servicios bancarios

CréditoMexicano

C.N.B. y S. of No. 601 II 45564
29 Agosto 1983



de estricta actualidad:

LAS ELECCIONES EN MÉXICO

varios autores

coord. Pablo González Casanova

392 pp.

\$ 2 500.00

otros libros sobre la política en México

LA REFORMA POLÍTICA Y LOS PARTIDOS EN MÉXICO

Octavio Rodríguez Araujo

272 pp.

\$ 790.00

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA EN MÉXICO. 1968-1980

Miguel Basáñez

248 pp.

\$ 550.00

MÉXICO, 1940: INDUSTRIALIZACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

Ariel José Contreras

216 pp.

MÉXICO, LA DISPUTA POR LA NACIÓN

Rolando Cordera y Carlos Tello

152 pp.

\$ 430.00

EL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN INSTITUCIONALIZADA

Luis Javier Garrido

384 pp.

LA POLÍTICA DEL DESARROLLO MEXICANO

Roger Hansen

352 pp.

\$ 720.00

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA DEL ESTADO MEXICANO (1970-1976)

Américo Saldívar

240 pp.

\$ 540.00

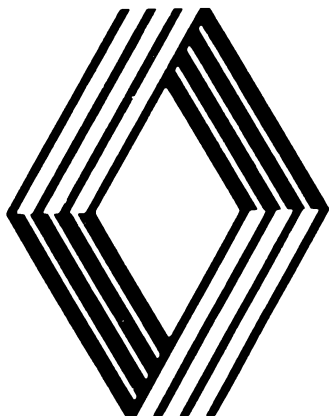
Hacia la sociedad igualitaria



BANOBRAS

EL BANCO DEL FEDERALISMO

AUT. CNBS 601-II-10571



CUANDO PIENSE EN RENAULT
PIENSE
EN
AUTOS FRANCIA, S. A.
MEXICO



MEXICAN COFFEE
WHEN QUALITY IS IMPORTANT

MEXICAN COFFEE MEANS QUALITY COFFEE.

OUR MILDS CREATE A RICH, FLAVORFUL COFFEE,
AND BRING SUPERIOR FLAVOR TO ANY BLEND.

QUALITY IS ALWAYS IMPORTANT THAT'S WHY
YOU SHOULD USE THE COFFEE KNOWN FOR ITS
CONSISTENT EXCELLENCE, MEXICAN COFFEE.



inmecafé
mexican
coffee

FOR SELLING AND EXPORTING OUR PRIME WASHED AND HIGH GROWTH IN THEIR DIFFERENT BRANDS, APPLY FOR INFORMATION AT THE COMERCIAL
SECTION AND INTERNATIONAL AFFAIRS DIVISION OF THE INSTITUTO MEXICANO DEL CAFE, RUE PASO DE LA REFORMA 308, 13TH FLOOR, MEXICO 6
D.F. TEL. 525 44 53/34. CABLE INMECAFE AS WELL AS OUR REPRESENTATIONS IN NEW YORK, 2 WEST 57TH STREET 5TH FLOOR, NEW YORK, N.Y.
10019 TEL. (212) 739-4155. TELEX IETRAF3 INMECAFE MEX. IN LONDON, ENGLAND, 13 FLOOR RIVER STREET/GRANGE SQUARE, LONDON, WICHTEN. TEL.
01-230 091/92 TELEX 914372



financiera nacional azucarera, s.a.

institución nacional de crédito

**FINANCIAMIENTO A LA AGROINDUSTRIA
AZUCARERA NACIONAL**

INSURGENTES SUR 716

TEL. 687 22 44 CON 24 LINEAS

EXPORTAR

Es la Alternativa

Abastecer nuestro mercado interno y mantener una presencia constante de manufacturas mexicanas en el mercado internacional, es el reto de México. Enfrentarlo significa utilidades y prestigio para los productores.

Señor Industrial: produzca artículos de calidad y amplíe sus posibilidades de éxito.



IMCE

INSTITUTO MEXICANO DE COMERCIO EXTERIOR

AVE ALFONSO REYES No. 30. 06740 MEXICO D.F. TEL. 211 00 36 DIREC. CABLEGRAMA INCEMEX TELEX. 0127452

Hay una nueva forma de invertir: **EL NUEVO PAGARE SERFIN**

Con rendimiento liquidable al vencimiento.

El Nuevo Pagare Serfin es un novedoso sistema de inversión que le ofrece los mejores rendimientos autorizados, y la mayor comodidad.

Con el Nuevo Pagare Serfin usted sabe de antemano cuánto va a recibir, y cuando llegue su vencimiento usted retira al mismo tiempo capital e intereses. Los plazos disponibles son 3, 6, 9 y 12 meses.

Venga hoy mismo a Banca Serfin y conozca el Nuevo Pagare Serfin. Una nueva forma de invertir.

INVERSIONES SERFIN
con la atención de su
Banquero Personal

 **BANCA SERFIN**
SOCIEDAD NACIONAL DE CREDITO





**ASI COMO LOS JAROCHOS VIVEN Y
GOZAN VERACRUZ, USTED TAMBIEN
VENGA Y...**

¡VIVA VERACRUZ!

Disfrutando de novedosos y económicos paquetes turísticos

Consulte a su Agente de Viajes.

GANE

**con
inversiones**

BANPAIS

Institución Nacional de Banca Múltiple

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Presidente: JOSE ANTONIO MARAVALL
Director: FELIX GRANDE
Editor de Redacción: BLAS MATAMORO
Secretaría de Redacción: MARIA ANTONIA JIMENEZ

Nº 415
enero de 1985
Centenario de "LA REGENTA"
Poemas de FERNANDO QUIÑONES y HORACIO SALAS
Relatos de ARMONIA SOMERS y FELIX GRANDE
Centenarios de AMADEO MODIGLIANI y ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

Nº 416
febrero de 1985
Inéditos de JULIO CORTAZAR y JAROSLAV SEIFERT
JORGE EDUARDO ARELLANO: El Guaguence
JORGE USCATESCU: La otra cara de la libertad
BLAS MATAMORO: Sartre y la moral
Poemas de HUGO GUTIERREZ VEGA

Dirección, secretaría literaria y administración:
INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
Avenida de los Reyes Católicos 4, Madrid 28040
Teléfonos: 244-06-00, extensiones 267 y 396

Un año (doce números)	3.500 pesetas	30 dólares USA
dos años	6.500 pesetas	60 dólares USA
Ejemplar suelto	300 pesetas	2,50 dólares USA

NOTA: El precio en dólares es para las suscripciones fuera de España

PAQUETE INTEGRAL DE DESARROLLO AGROPECUARIO

PIDA... y se le dará.

PIDA es el Paquete Integral de Desarrollo Agropecuario creado por Banca Cremi para dar apoyo técnico y financiero al agricultor y al ganadero a través de asesores especializados que le ofrecen:

- Asesoría técnica agropecuaria. • Orientación financiera.
- Financiamiento organizado. • Créditos vía fondos de fomento.
- Todos los servicios de Banca múltiple.

Obtenga el máximo rendimiento de sus cultivos, de su ganado y de su dinero para optimizar los recursos generados por su esfuerzo:

PIDA la colaboración de un Ingeniero Agropecuario Cremi en la oficina de Banca Cremi que está junto a usted.

PIDA... Banca Cremi está junto a usted en su campo.



SOCIEDAD NACIONAL DE CREDITO

**BANCA
CREMI**

Obras
Maestras
del
Museo de
Xalapa



OBRAS MAESTRAS
DEL MUSEO
DE XALAPA

Miguel León-Portilla
afirma:

En este libro como en un antiguo Códice de Mesoamérica se nos tornan presentes algunas de las más extraordinarias creaciones prehispánicas de olmecas, totonacas y huastecas. Perduran ellas en un gran recinto, bajo techo unas, y a la luz del sol otras, en esa moderna forma de espacio sagrado que es el museo de Xalapa.



Imágenes del
excepcional libro
editado por el
Gobierno de
Veracruz



Totonacas

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1942	410.00	10.35
1943	410.00	10.35
1944	410.00	10.35
1945	410.00	10.35
1946	410.00	10.35
1947	410.00	10.35
1948	Número 1	410.00	10.35
1949	410.00	10.35
1950	410.00	10.35
1951	410.00	10.35
1952	Números 1 y 4	410.00	10.35
1953	Números 1, 3, 4, 5 y 6	410.00	10.35
1954	Números 1 y 6	410.00	10.35
1955	Números 2, 5 y 6	410.00	10.35
1956	Números 1 al 6	360.00	8.70
1957	Números 1 al 6	360.00	8.70
1958	Número 6	360.00	8.70
1959	Números 1 al 6	360.00	8.70
1960	360.00	8.70
1961	Números 2 y 5	360.00	8.70
1962	Números 3 al 5	360.00	8.70
1963	360.00	8.70
1964	Números 1, 2 y 6	360.00	8.70
1965	360.00	8.70
1966	Número 6	360.00	8.70
1967	Números 1 4 5 y 6	360.00	8.70
1968	Números 1 y 5	360.00	8.70
1969	Número 6	360.00	8.70
1970	Números 4 al 6	360.00	8.70
1971	Número 6	330.00	7.20
1972	Números 3 al 6	330.00	7.20
1973	Números 4 y 6	330.00	7.20
1974	330.00	7.20
1975	Números 2 al 5	330.00	7.20
1976	Números 1 y 5	330.00	7.20
1977	Número 1	330.00	7.20
1978	Números 1	330.00	7.20
1979	Números 1, 2 y 6	330.00	7.20
1980	Números 1 al 6	330.00	7.20
1981	Número 5	330.00	7.20
1982	Números 1 al 6	330.00	7.20
1983	Números 1 al 6	330.00	7.20
1984	Números 1 al 6	330.00	7.20

SUSCRIPCION ANUAL 1985

México	1,500.00	
Extranjero		35.00

EJEMPLAR SUELTO

México	300.00	
Extranjero		7.00

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035

Col. del Valle

Delegación Benito Juárez

03100 México, D. F. o por teléfono al 575-00-17

Apartado Postal 965

06000 México, D. F.



Banamex

**Experiencia
que da confianza**



Banamex
Banco Nacional de México

EDICIONES DEL NORTE
anuncia la publicación de dos obras de

LA SERIE RAMA

colección de ensayos críticos sobre la tradición intelectual
hispanoamericana



Angel Rama **LA CIUDAD LETRADA**

Ariel Dorfman **HACIA LA LIBERACION
DEL LECTOR LATINOAMERICANO**



EDICIONES DEL NORTE

BOX A130 HANOVER, NEW HAMPSHIRE 03755 USA

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XLIV

VOL. CCLXI

4

JULIO-AGOSTO
1 9 8 5

MÉXICO, D. F. JULIO DE 1985

JUNTA DE GOBIERNO

Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA

Rubén BONIFAZ NUÑO

Israel CALVO VILLEGAS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Fernando LOERA Y CHAVEZ

Porfirio LOERA Y CHAVEZ.

Arnaldo ORFILA REYNAL

Jesús Silva HERZOG

Ramón XIRAU

Leopoldo ZEA

Director-Gerente

JESUS SILVA HERZOG

Subdirector

MANUEL S. GARRIDO

Edición al cuidado de

PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia
No se devuelven los trabajos
enviados a la redacción

Autorización por la Dirección General de Correos:

Registro DGC Núm. 017 0883. Características 2 2 9 1 5 1 2 1 2

Autorización por la Dirección Gral. del Derecho de Autor N° 1686

Certificado de licitud de contenido N° 1194

Certificado de licitud de título N° 1941

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A.
AV. COYOACÁN 1035 COL. DEL VALLE 03100 MÉXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

Número 4

Julio-Agosto de 1985

Vol. CCLXI

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
AUGUSTO ROA BASTOS. Hacia el pluralismo democrático en el Paraguay	7
GREGORIO SELSER. Violencia internacional y derecho: Granada y Nicaragua como "traspatios"	18
MARCOS KAPLAN. Argentina: De la dictadura a la democracia	28
EDGAR MONTIEL. El Perú en la encrucijada	50
CARLOS RAMÍREZ. La deuda externa: Un problema político internacional	58

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JORGE SERRANO. Tarde en la aurora: Grandes amenazas sobre el hombre contemporáneo	77
CÉSAR LORENZANO. Marx y la dialéctica	90
FRANCIS DONAHUE. En torno del teatro de Fernando Arrabal	106

PRESENCIA DEL PASADO

FERNANDO ALEGRÍA. Para una biografía de Salvador Allende	119
SOL ARGUEDAS. Estados Unidos, México, Centro América: Algunos antecedentes históricos	152
RAFAEL OCASIO. El <i>Lazarillo de ciegos caminantes</i> , una visión de la organización social en el mundo Virreinal	170

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
[Poesía Bimestral]	
ABD-AL WAHHAB AL-BAYATI, Escrito en el barro	187
FEDERICO ARBÓS, Al-Bayati: Ese hilo de sangre o de luz .	197
WALDO ROJAS, Algunas luces sobre los <i>Crepúsculos</i> de Castellano	202
DASSO SALDÍVAR, La llamada	212
RAFAEL FLORES, Resonancias al filo de la noche	218
LIBROS Y REVISTAS	220
NOTA SOBRE LOS AUTORES	222

Nuestro Tiempo

HACIA EL PLURALISMO DEMOCRATICO EN EL PARAGUAY

Por *Augusto ROA BASTOS*

LA aspiración del pueblo paraguayo a la concordia nacional basada en la instauración de un genuino estado de derecho y en la práctica del pluralismo democrático, es hoy el mayor anhelo de esta ciudadanía golpeada duramente y sin cesar por las vicisitudes de su vida política y social.

Esta necesidad de cambio crece ante la reagravación de la virulencia represiva del régimen que impera hace treinta años bajo la vigencia permanente del estado de sitio y de las leyes de excepción cercenadoras de las libertades y los derechos públicos a pesar de ser signatario de la Declaración Americana de los Derechos Humanos, llamada Pacto de San José (1969), y de otros acuerdos anteriores y posteriores sobre los derechos humanos y del ciudadano; compromisos que el régimen no sólo nunca respetó sino que transgredió constantemente como expresión de su naturaleza antidemocrática y totalitaria.

¿Por qué *dictadura totalitaria* y no "democracia autoritaria" —según la nueva categoría establecida por el imperialismo neocolonial para convalidar y dar curso forzoso entre las "democracias occidentales" a regímenes adictos de neta inspiración nazifascista—, en los dominios de la dependencia?

Bajo la fachada institucional (parlamento y poder judicial subordinados por completo al Ejecutivo, participación de sectores escindidos de otras agrupaciones consentidos en virtud de una cierta disponibilidad participacionista) este régimen despótico gobierna al país a su solo e incontrolado arbitrio.

En el campo político se opone, naturalmente, a toda forma de alternancia; incluso en las estructuras de soporte interno: fuerzas armadas, partido oficialista, aparato político-policial represivo. Un signo de ello es que los sectores del partido instrumentado por el poder, leales a su tradición republicana, nacional y populista, han repudiado esta colaboración exiliándose hace mucho tiempo.

La dictadura ha logrado de este modo reducir a cero el espacio político. No sólo se ha negado a toda posibilidad de diálogo con

los partidos de la oposición sino que ha tachado de subversivas las tentativas en este sentido.

El resultado de esta autocracia que impera en el Paraguay hace treinta años ha sido el desgarramiento interno del país en todos los campos: político, social, económico, cultural; el avance de la corrupción económica y administrativa como sistema de complicidad en todos los estamentos del poder; los privilegios discriminatorios basados en el doble juego de imposición/soborno. Lo que ha aparejado como consecuencia —la más grave de todas— el drama de inserción de la juventud en una sociedad cerrada por completo a las opciones personales que no quieren transar con tal sistema que podría denominarse la "ley del embudo". Y esto en un país en que la afluencia generacional de la juventud predomina netamente (un 75%, según las últimas estadísticas oficiales, de jóvenes de menos de 15 años) como la verdadera dimensión de futuro de una sociedad sumida en el pasado.

Es sintomático que la actual escalada represiva de la dictadura paraguaya coincida con la crisis generalizada de los gobiernos de fuerza en el área regional (Brasil, Chile, Uruguay) con el desmoronamiento del poder militar en Bolivia y Argentina bajo el peso de su propia incapacidad y corrupción, y que haya coincidido sobre todo con la restauración de la democracia y del estado de derecho en la Argentina, acontecimiento señero en la vida cívica de América Latina en general y toque de alarma para el poder militar institucionalizado y hasta hace poco aparentemente monolítico en el Cono Sur.

¿Es que entonces este extremo inconcebible, esta aparente utopía de la restauración democrática en los países arrasados por el absolutismo militar al servicio de la neocolonia era realizable? La dictadura ha descubierto de pronto por propias y ajenas experiencias, que el costo político y social del poder totalitario devenga necesariamente altos intereses de liberación que ya no puede controlar ni capitalizar en su beneficio. Ha descubierto que el tiempo político es seguro aliado de las colectividades oprimidas por inermes que sean, y que es enemigo jurado de los absolutismos opresores —unipersonales o colegiados— por incontrastables que parezcan sus medios de opresión, humillación y degradación. La caída del flanco sur en el compacto núcleo de dictaduras militares y su reemplazo por la democratización argentina así como el evidente proceso de cambio que va a operarse también en el Brasil con una amplitud no previsible todavía, son las verdaderas causas de exacerbación de la inquietud y violencia del régimen en Paraguay. Los vejámenes y desmanes de su aparato represivo operan, las más de

las veces —a poco que se observe— por vías de escarmiento anticipado o represalias preventivas. O a veces, en contrapartida, por gestos propiciatorios de una supuesta pero engañosa apertura: tal la invitación hecha por el propio Ministro del Interior a los cuadros disidentes del partido oficialista que tuvieron que exiliarse hace más de veinticinco años luego de su expulsión del partido y del país. La falacia de esta "operación de prestigio" quedó demostrada desde el principio por las formas que el régimen impuso a este retorno: entrada de los dirigentes del Movimiento Popular Colorado (MOPOCO), individualmente y con los requisitos que se imponen a la inmigración extranjera, residencia y desplazamientos bajo vigilancia policial, y poco después las violentas declaraciones del propio Ministro del Interior —coreadas por los centros de propaganda del oficialismo— tratando a los recién llegados de traidores y autoexiliados y blandiendo contra ellos las usuales amenazas.

Este recrudescimiento de las arbitrariedades de la dictadura paraguaya —la más vieja y endurecida del continente— coincide además con la crisis interna de sus estructuras de poder en la curva de desgaste y declinación inherente a este tipo de regímenes.

La ley del estado de sitio que rige sin cesar también desde hace treinta años, es otro signo demostrativo. Según la constitución del propio régimen, su artículo 79 autoriza la promulgación del estado de sitio en tres circunstancias graves: guerra internacional, invasión exterior o conmoción interna. Ninguno de estos extremos se dan en Paraguay. Pero el estado de sitio no ha dejado de estar en vigencia constantemente, salvo el día de la reasunción del mando del titular del Ejecutivo, ceremonia ya rutinaria en el sistema del poder unipersonal continuista, que se quiere perpetuo.

No hay guerra, invasión exterior ni conmoción interna. La dictadura se jacta, por el contrario, de haber logrado la paz pública más prolongada de su historia. Pero esta paz es de carácter concentracionario. Esta paz ha sido impuesta por un recurso extremo de guerra —de guerra interna— que dura hace tres décadas: la medida de excepción convertida en regla absoluta, busca "legitimar" como razón de Estado una contradicción flagrante que comporta, además una trasgresión grave de su propio estatuto constitucional.

Del mismo modo, el régimen se jacta de sus grandes y monumentales obras públicas (como la represa hidroeléctrica de Itaipú, la más grande del mundo, etc.). Pero todas ellas, sin ninguna excepción, han sido realizadas o con sistemas de financiación extranjera integral o al precio de la entrega de las fuentes de recursos y riquezas potenciales del país con grave daño de la soberanía

nacional y de su integridad territorial. La presencia y la acción de las multinacionales en el Paraguay constituyen los tentáculos menos embozados y directos que disfrutan de todos los privilegios y franquicias legales, del imperialismo económico-financiero, en desmedro del incipiente capital nacional de origen lícito, salvo por supuesto el cuantioso "capital negro", producto del contrabando, de las exacciones y de los negociados del propio régimen y sus entenados, que circula con las mismas franquicias y total impunidad, contribuyendo a la falsa euforia económica de la oligarquía de nuevo cuño surgida de la corrupción y portadora de corrupción.

Las causas del actual recrudescimiento represivo son pues de naturaleza psicológica y moral. En Paraguay existe mucho atraso en el orden de un desarrollo verdaderamente estructural. Existe mucha miseria moral. Pero sobre todo hay miedo. Un miedo colectivo, cervical, difuso. El miedo que el régimen ha logrado imponer como el medio más eficaz de amilanamiento y dominación. El miedo se ha encarnado en la conciencia colectiva, anulándola: es miedo ella misma. Sometidos a los condicionamientos de esta oscura fuerza irracional, los fueros de la vida cívica, de la dignidad ciudadana, individual y colectiva, se han resignado aparentemente, a lo largo de más de tres generaciones, a pactar con la indiferencia y el olvido en torno a la figura del dictador como la figura mítica y patriarcal que el inconsciente colectivo entroniza e internaliza con la aureola del "héroe", del jefe de la tribu. Fenómeno bien conocido en la patología colectiva de la enfermedad del poder.

La filosofía y estrategia del régimen despótico utilizan a sabiendas este recurso, como lo muestran las burdas ceremonias rituales de esta mascarada del absurdo cuyo tema es: la imposición del miedo como precio justo de una paz injusta.

Ahora bien, por un fenómeno de reversión natural, el miedo se ha contagiado al poder. Esto lo vuelve doblemente peligroso: descubrirse que él también es vulnerable: sentirse que él también está sometido a las leyes de la decadencia y extinción: a los plazos de la costumbre mortal.

Pese a todo, la ciudadanía democrática paraguaya, tanto la que está agrupada en las asociaciones políticas opositoras más representativas como los sectores independientes, manifiesta en forma cada vez más resuelta su voluntad de trabajar pacíficamente en favor de la convivencia nacional que haga viable la transición al pluralismo democrático en el marco de un estado de derecho como expresión jurídica de un Estado Nación verdaderamente independiente y soberano, origen y base históricos de la construcción de nuestra República.

Pese a las enormes dificultades, este proyecto de una sociedad democrática pluralista —como se ha visto en los casos de España y Argentina, que nos conciernen más de cerca por sus similitudes y por su ejemplaridad en el ámbito político del mundo iberoamericano— es también factible en Paraguay. Una prueba de ello es la existencia del Acuerdo Nacional, como núcleo unificador y orientador, dentro y fuera del país, en esta primera etapa del proceso de transformación y cambio.

La magnitud de esta tarea, por su naturaleza misma de proceso abierto al despliegue de opciones, expectativas y alternativas iguales para todos, convoca a la participación y cooperación de las organizaciones políticas y de los sectores independientes, de las instituciones religiosas, sociales, culturales, sindicales, universitarias y estudiantiles, de las bases obreras y campesinas, sin discriminación de credos, idearios y programas y sin exclusión alguna. Convocatoria que incluye muy especialmente —por lo que ya se ha dicho— a las juventudes de la ciudad y del campo.

En mi carácter de escritor independiente y en nombre de los trabajadores de la cultura paraguaya en el exilio, y como acto de adhesión y apoyo a los fines del Acuerdo Nacional y a su base programática de 14 puntos, me permito someter a su consideración en esta reunión algunas proposiciones de carácter político, internacional y cultural que interpretan el unánime clamor de la ciudadanía nacional que padece exilio interior y exterior.*

En lo político:

1. La concepción pluralista e integradora y por lo tanto humanista y social del proyecto de transformación y cambio, comporta básicamente una ideología de libertad y democracia, entendidas ambas como asunción plena por el individuo de sus derechos de ciudadano pero también de sus responsabilidades ante la sociedad.

2. La acción que corresponde a esta ideología debe centrarse por lo tanto en la confrontación abierta y franca de las ideas; confrontación que sólo puede prosperar por las vías del diálogo constructivo en igualdad de condiciones, exento de toda actitud de triunfalismo o revanchismo político, de los rencores, rivalidades y resentimientos de grupos o facciones, productos de la división y enfrentamiento a que han sido sometidos por la dictadura.

* La reunión a la que hace referencia el autor es el "Encuentro Internacional por el retorno a la democracia en el Paraguay", primer trimestre 1984, París, Francia.

3. Cualesquiera sean las líneas de fuerza que la práctica de esta ideología pluralista e integradora desarrolle en la acción conjunta, deben quedar excluidas y condenadas expresamente, desde el principio, las vías del terrorismo en todas sus formas, dentro del país y en sus conexiones con el terrorismo internacional, así como también la vía de la lucha armada. Estos métodos serían la negación de la convivencia democrática a que se aspira, así como del orden jurídico que debe ser su fundamento.

4. El proceso de transición hacia el pluralismo democrático debe tener fe en el valor de triunfo de sus convicciones pacifistas y de unión nacional frente a la barbarie institucionalizada del régimen.

5. La naturaleza totalitaria del régimen, rígidamente jerarquizado en el poder unipersonal, no admite la confrontación de ideas ni se muestra dispuesto al diálogo, pero tolera menos aún la más remota posibilidad de alternaciones, mutaciones o cambios; del mismo modo, no tolera los esfuerzos pacíficos de los disidentes del partido oficialista en favor de la unidad partidaria y su reconversión al pluralismo democrático en la línea de su identidad autónoma y no como mero soporte político de un régimen militar autocrático.

6. En tales condiciones, el único margen de diálogo que resta a la ciudadanía paraguaya democrática es con los sectores democráticos o potencialmente democráticos. Ello plantea, en un primer momento, la necesidad del diálogo y de la acción práctica en favor de los postulados de base del pluralismo democrático con la opinión pública en general y las organizaciones políticas, sociales, religiosas y culturales a través de las cuales la opinión pública no comprometida con el régimen pueda expresarse.

7. Se trata de inducir al poder, en un segundo momento, a aceptar el diálogo directo en igualdad de condiciones, sin concesiones ni contraprestaciones. Y ello sólo será posible bajo la presión de la opinión pública nacional a través de las bases de los partidos políticos, de las asociaciones e instituciones, religiosas, culturales, humanitarias, gremiales y estudiantiles sobre el conjunto de las reivindicaciones básicas indispensables para la restauración de la convivencia democrática.

8. Tales reivindicaciones son:

- a) Libertad de los presos políticos;
- b) Levantamiento del estado de sitio;
- c) Derogación de las leyes represivas, en especial la ley 294, llamada "Ley de la Defensa de la Democracia", y la 209, llamada "Ley de la Defensa de la Paz Pública y de la Libertad de las

Personas", cuyas solas denominaciones, en contradicción flagrante con sus contenidos reales de represión, implican una irrisión de la práctica jurídica al servicio incondicional del dogma de la Seguridad del Estado, que equivale a la seguridad del régimen unipersonal continuista;

d) Respeto de la disposición constitucional sobre libre asociación, libertad de prensa y de los demás medios de información y comunicación, así como de la libre expresión y difusión de las ideas;

e) Proscripción de las torturas como crimen de lesa humanidad, según lo reclaman con unánime clamor las ciudadanía de todo el mundo;

f) Respeto de la disposición constitucional que prohíbe el apresamiento de ciudadanos sin orden escrita de autoridad competente, bajo el ambiguo pero inapelable rótulo de "orden superior"; respeto del artículo 78 de la Constitución que establece el derecho al *Habeas Corpus* con la comparecencia del detenido en tales condiciones vejatorias de detención; levantamiento de la aberración jurídica proclamada por el Ejecutivo de que "En el Paraguay no hay presos políticos sino únicamente delincuentes comunes";

g) Llamado a elecciones libres tras un proceso previo de restauración de las libertades y de los derechos públicos de asociación, de reunión y de organización de las fuerzas políticas en igualdad de condiciones para la realización de los comicios.

9) Estas reivindicaciones básicas deben ir acompañadas por una campaña constante de esclarecimiento, informaciones y denuncias (en caso de violaciones legales y constitucionales), dirigidas a la opinión pública, a las instituciones jurídicas, culturales, religiosas y humanitarias del país y del exterior; a los organismos internacionales que velan por el respeto de los derechos humanos; a los gobiernos democráticos que mantienen relaciones con nuestro país; a las embajadas, consulados y centros culturales de intercambio; a las instituciones bancarias mundiales de la que el Paraguay es dependiente (FMI, BID, etc.).

En lo internacional:

1. La ideología de libertad y democracia es incompatible con la política de bloques, el dominio o dependencia a las dos superpotencias que, en el llamado "nuevo orden mundial", se disputan el predominio hegemónico con las nefastas consecuencias que este enfrentamiento desata sobre el conjunto de los pueblos insertados

en ambas zonas de influencia y dominación; enfrentamiento que está llevando al mundo al borde de la catástrofe nuclear.

2. Rechazo de toda ingerencia y penetración de tipo colonialista e imperialista a través de la economía, la política y la cultura nacionales.

3. Erradicación de bases militares extranjeras y prohibición de su implantación en el futuro, en especial campos de estacionamiento y rampas de lanzamiento de armas nucleares.

4. Concertación a tales fines de una reestructuración del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), adaptado a los verdaderos principios de la seguridad de los países latinoamericanos y en resguardo de su neutralidad en las tensiones y conflictos Este/Oeste.

5. Adhesión a los pactos internacionales contra la proliferación de armas nucleares y a favor de la desnuclearización de la América Latina, a la vez que del uso pacífico de la energía atómica y termonuclear.

A este respecto, en el congreso *Encuentro en la Democracia*, celebrado en Madrid con el auspicio del gobierno español, en abril último, el actual presidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín, expresó lo siguiente: "Es necesario tener en cuenta la forma en que el conflicto internacional entre las grandes potencias se expresa en nuestros países, que no pueden ser territorio en disputa ni campo de batalla ideológica. Basta observar a los países en los que esa lucha se ha expresado, para advertir los riesgos que corremos cuando carecemos de la posibilidad de una conducción autónoma. Parece claro, entonces, que el primer paso para consolidar una auténtica capacidad de colaboración en Latinoamérica y promover diversos procesos de integración, es la constitución de un foro permanente de partidos políticos democráticos. No es posible, por ahora —concluyó el Dr. Alfonsín— una acción integradora entre gobiernos dispares".

6. Considero importante retener la proposición del actual presidente argentino de la constitución de un foro permanente de partidos políticos democráticos a nivel internacional en el que deberían participar los partidos del Acuerdo Nacional, como una institución idónea para la promoción, consulta y supervisión de los procesos de apertura democrática que se vayan instaurando en el continente.

7. Establecimiento de fronteras críticas en todo el contorno del país y de las correspondientes franjas de seguridad y de defensa del territorio nacional, en virtud de las estipulaciones del Derecho Internacional y de los convenios vigentes. Si el derecho a las franjas de aguas jurisdiccionales y su intangibilidad en los países de costas

marítimas es una adquisición reconocida y respetada por las convenciones internacionales, no debe serlo menos el concepto y la realidad de las fronteras críticas para un país mediterráneo como el Paraguay. Estas fronteras críticas, del resorte exclusivo del Estado como parte intangible de la integridad y soberanía nacional, debe estar libre de implantaciones de colonizaciones y empresas privadas locales o extranjeras.

8. Renegociación del tratado bilateral concerniente a la represa de Itaipú sobre la base de estipulaciones ecuanímes para ambas partes contratantes y exclusión de las cláusulas lesivas a la soberanía nacional.

9. El resguardo de estos principios de la soberanía política y de la integridad territorial del país exige necesariamente la despolitización y el retorno de las fuerzas armadas a sus funciones específicas en la defensa del país. La existencia de un ejército partisano o partidista implica la adulteración de su finalidad y de su verdadero carácter profesional y nacional, lo lleva a intervenir de manera arbitraria e ilegítima en la vida política del país convirtiéndolo en una mera fuerza de represión y policía. Ningún partido auténticamente democrático puede hacer del ejército nacional su exclusivo patrimonio político sin que ambos se transformen en el acto en una fuerza totalitaria. La guerra contra la Triple Alianza y posteriormente la guerra del Chaco demostraron en los hechos con ejemplar espíritu de renuncia y sacrificio la unión de pueblo y ejército, sin distinción de banderías partidistas, centrados en la acción conjunta de la defensa nacional. Esta reconversión profesional de las fuerzas armadas es indispensable para la restauración de la vida democrática en el país.

En lo cultural:

1. El desarrollo cultural juega un rol preponderante en la estabilización y profundización del sistema democrático pluralista. Hay que entender este desarrollo cultural no en el sentido restringido de la tradición clásica y clasista de arte, literatura y pensamiento intelectual únicamente, ni limitado a pequeños enclaves elitistas. Hay que entender y extender su práctica en el sentido de todas las actividades creativas y productivas, incluidas las modernas adquisiciones de las ciencias, de la investigación e invención intelectual y tecnológica en las diferentes áreas de la capacidad creativa, instrumental, incluso artesanal, campo este último el más genuino en la expresión del arte popular de nuestros países pobres y atrasados.

2. Esta conjunción de actividades creativas es la que hace del

desarrollo cultural un factor prioritario en la correlación de cultura, democracia, política y economía, y se constituye en la condición básica de las realizaciones concretas.

3. La existencia de grandes sectores populares marginados y alienados por la miseria, la explotación y el analfabetismo determina la necesidad de su gradual incorporación al desarrollo cultural y técnico.

4. La cultura democrática está así íntimamente vinculada con la libertad de acceso al ámbito educativo y formativo, en igualdad de posibilidades y oportunidades para todos. Lo que supone, en este terreno un programa de realizaciones racional, sistemático y moderno. A su presupuesto y financiamiento deben transferirse las enormes sumas que se derrochan en una absurda y estéril carrera armamentista. La compra de armas, por encima de los niveles permisibles de la economía para la defensa nacional, no hace sino hipotecar el progreso del país, de endeudar aún más sus fuentes de recursos y de mantener a su población en niveles infrahumanos de subsistencia.

5. Por otra parte, la naturaleza bilingüe de la cultura paraguaya determina la necesidad de una preferente atención de estas dos vertientes a fin de plantear correctamente los problemas y las posibles soluciones de interrelación entre ambas, primeramente en el ámbito de la comunicación desequilibrada entre la lengua culta, señorial, y la lengua popular, de origen indígena y tradición oral; luego, en el ámbito educativo y formativo; finalmente, en la interacción y enriquecimiento mutuo de ambas porciones culturales. Sólo así, la afirmación de la unidad e identidad cultural de la sociedad paraguaya expresadas en su modos de ser, en su carácter, en su temperamento como pueblo, contribuirá a incrementar su crecimiento y desarrollo y a fortalecer su independencia, el amplio registro de su producción cultural.

6. Las culturas indígenas sobrevivientes pese al etnocidio sistemático y generalizado que ha lanzado a sus pueblos a la extinción, deben ser preservadas y protegidas en sus módulos naturales de vida, lengua y costumbres contra las prácticas, ellas sí salvajes, de su incorporación a todo trance a la sociedad nacional en su condición de parias.

7. La actividad creativa de los trabajadores de la cultura, entendida como arte y como trabajo, debe partir de la realidad de su sociedad y de su historia. Es con este carácter y función como la actividad cultural puede hacer también de mediadora e integradora en otra dicotomía que lacera la vida nacional: el exilio.

8. Inmersos en el exilio interior de una sociedad dependiente

y colonizada, bajo el signo implacable de la represión, o dispersos por el mundo en exilio voluntario o forzoso, estos hombres de cultura han descubierto algo tardíamente, es cierto, pero lo han descubierto al fin, que la obra artística, literaria, intelectual y científica valen por la verdad de las representaciones que irradian al ser concebidas sobre el foco de la energía social, bajo la ley del tiempo que le toca expresar. Una novela, un cuadro una partitura musical, un descubrimiento científico o tecnológico, el arte de la política, no son objetos neutros. Surgen de la necesidad, de la obsesión, de los sueños, de las aspiraciones más profundas de la sociedad, y sirven para transformar la realidad del mundo y del hombre en constante mutación. Tal es el significado de la palabra *cultura* y, por lo tanto, el sentido creador del acto cultural: un acto concebido y nacido para la vida; es decir, para dignificar al hombre libre en una sociedad libre. No existe una cultura para la muerte, y si aflora como una presencia monstruosa es en los periodos sombríos de la opresión del hombre por el hombre: las imágenes aterradoras del universo concentracionario, carcelario, en el que la tortura y la muerte son sus signos bajo el impune desprecio de la condición humana.

9. Los hombres de la cultura paraguaya sufren —como en otros países de América Latina y del mundo— la suerte de su colectividad desgarrada. Lo que hacen no puede menos que ser el símbolo espectral de su sociedad. Los que han permanecido en el exilio interior como rehenes en libertad condicional y los que han sido arrojados al exilio exterior o los que han tenido que huir en una fuga hacia adelante, deben volver a reunirse en este proyecto de reencuentro nacional y dar juntos su aporte a la transformación cultural, social y política que la patria necesita. Transformar el sopro siniestro de la pesadilla en el aire vital de la sobrevivencia posible. Entender que los seres humanos no son fieras al acecho unos de otros, sino seres que necesitan comprenderse y vivir en la libertad y dignidad del mutuo respeto.

10. En un mundo amenazado por la exasperación de la brutalidad en la lucha de predominios, la cultura y la política como teoría y práctica de la libertad, como negación ética de la fatalidad de la muerte, pueden construir aún el comienzo de una nueva época en vísperas de un nuevo milenio. No sabemos si ese día llegará a alborar para el *Homo Sapiens-post-Hiroshima* —como se ha dado en llamar al hombre que sobrevivió al primer holocausto atómico—. Pero, en todo caso, esta esperanza es la única fuerza capaz de hacer posible que el hombre prevalezca sobre lo que lo degrada y destruye.

VIOLENCIA INTERNACIONAL Y DERECHO: GRANADA Y NICARAGUA COMO "TRASPATIOS"

Por Gregorio SELSER

"...y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad..."

Simón Bolívar¹

"La felicidad de los Estados Unidos es la institución más costosa que pesa sobre el mundo".

Roque Sáenz Peña²

A fines de octubre de 1983, por orden del presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, la diminuta isla de Granada fue invadida por un cuerpo armado, expedicionario, de la primera potencia del orbe. Se allanó su soberanía con empleo innecesario de violencia bélica y para impedir que el mundo tuviera noticias directas, prontas y contextualizadas de lo que allí está realizando la fuerza ocupante, se prohibió la presencia de la prensa internacional, incluyendo muy especialmente a la propia norteamericana.

Se iniciaba así frontalmente, la materialización del principio del *rollback* preconizado por los ideólogos del neoconservatismo

¹ Carta al coronel Patricio Campbell, encargado de negocios de Su Majestad Británica, fechada en Guayaquil el 5 de agosto de 1829. La cita pertenece a un párrafo en el que Bolívar descrea de la conveniencia de designar en lugar suyo a un "príncipe europeo". Simón Bolívar. *Obras completas*, Vol. III, p. 279, 2da. edición. Compilación y notas de Vicente Lecuna, Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1950.

² Presidente argentino de 1910 a 1914, Sáenz Peña adversó en nombre de su patria en la primera conferencia de repúblicas americanas (1889-1890), los objetivos hegemónicos de Estados Unidos en la región.

y la nueva derecha a fines de la década de 1970. La dramática derrota de Estados Unidos en Vietnam y las sucesivas crisis morales y políticas procedentes del escándalo Watergate, habían dejado una profunda huella en la llamada opinión pública, mezcla de vergüenza y humillación, de desencanto y frustración nacionales. La elección del candidato demócrata James Carter, opaco y desconocido, expresaba ese sentimiento. Se le escogió como opción frente a una oferta republicana desacreditada y de escasa confiabilidad, y no porque los méritos de estadista de su contrincante fuesen destacados, puesto que eran prácticamente desconocidos. Durante la campaña electoral de 1976, Carter apeló a las reservas morales de la nación. En no pocas ocasiones censuró la grave responsabilidad de Estados Unidos en los sucesos que condujeron al derrocamiento del presidente chileno Salvador Allende en septiembre de 1973, y se comprometió a no reincidir en los métodos de intervención franca o solapada en los asuntos internos de otros países, incluyendo entre aquellos a los empleados en la arena internacional por agencias gubernamentales como la Central Intelligence Agency (CIA), en gran parte expuestos al público por la comisión investigadora presidida por el senador Frank Church.³

El tema de los derechos humanos fue un *issue* del debate electoral cuya aplicación, incoherente tanto como inconstante, fue bandera insuficiente para justificar la eficacia de una administración. El desencanto subsiguiente a los gobiernos de Richard Nixon y Gerald Ford se acentuó con el de Carter aunque por razones distintas. Episodios como los de la caída del monarca iraní y la toma de una cincuentena de rehenes norteamericanos en Teherán deterioró la imagen del gobierno demócrata tanto como los desaciertos de orden interno, que iban llevando intermitentemente, al electorado, a la indiferencia y la retracción. Algún político llegó a postular, al promediar el tercer año de gobierno de Carter, que era preferible la inmoralidad a la mediocridad o la inanidad.

Ese año, 1979, se caracterizó por episodios intranquilizadores para los estrategas militares y los planificadores civiles de la política exterior estadounidense, hechos ajenos a los del distante y proceloso Golfo Pérsico. En las adyacencias mismas del territorio continental, el 13 de marzo un golpe de Estado incruento desplazaba en Granada al *premier* Eric Gairy y ubicaba en el gobierno

³ Cfr. la serie de volúmenes publicados con el título general de *Hearings Before the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities of the United States Senate*, 94th Congress, U. S. Government Printing Office, Washington, 1976. Allí se recopilan las investigaciones de la Comisión Church iniciadas en 1973.

a Maurice Bishop, máximo dirigente del New Jewel Movement,⁴ percibido desde el comienzo mismo como no amistoso hacia Washington. El 19 de julio, con la instalación en Managua del gobierno revolucionario sandinista, concluían más de cuarenta años de inalterable vigencia de la dinastía Somoza y con ella la presencia lateral aunque siempre viva de Estados Unidos en Nicaragua, desde cuyo territorio se irradiaba su indudable predominio hacia todo el istmo centroamericano. El 15 de octubre un nuevo golpe de Estado desplazaba del poder en el Salvador al general Carlos H. Romero y ubicaba en su lugar a una junta cívico-militar de la que participaban elementos socialdemócratas y democristianos. En este caso —cabe advertirlo— se trató de un golpe preventivo de un sector progresista del ejército local y que de algún modo fue realizado a control remoto desde Washington, independientemente de las miras y objetivos de los elementos civiles. Fue el modo inteligente con que la fuerza armada local se adelantó a una posible repetición del proceso revolucionario sandinista, una de cuyas consecuencias inmediatas fue la disolución de la Guardia Nacional.

Hubo aún un cuarto episodio aunque cronológicamente correspondiente al año 1980. El 25 de febrero, una asonada dirigida por tres sargentos del pequeño Estado de Suriname derrocó al primer ministro Henk Arron, resabio de la administración colonial neerlandesa. De nuevo era protagonista la fuerza armada, aunque en este caso se tratase de un reducido cuerpo policíaco. Con "inciertas" situaciones en Guyana y Jamaica, el neoconservatismo estadounidense hizo una suma de las crisis y conflictos en el ámbito de Centroamérica y el Caribe y le añadió la no liberación de los rehenes en Irán y los sucesos de Afganistán, transformando el conjunto en el paquete electoral destinado a presentar a la administración Carter como cediendo en todos los campos del escenario internacional en los que el potencial estadounidense pudo confrontarse con buen éxito a sus adversarios de primer nivel o impedir el descontrol o predominio en los países pequeños, sobre todo en aquellos de su vecindad inmediata.

Un documento de cierta circulación ilustró a partir de la primera mitad de 1980 los sentimientos de frustración del equipo de trabajo latinoamericano del candidato presidencial Reagan. Conocido como "Documento de Santa Fe", por la ciudad capital del Estado de New Mexico, Estados Unidos, en que presumiblemente

⁴ "New Jewel" o "Nueva Jova", creado en 1972. En realidad "Jewel" corresponde a la sigla del movimiento, Joint Endeavor for Welfare, Education and Liberation = Esfuerzo Conjunto para el Bienestar, la Educación y la Liberación.

se habían reunido sus redactores,⁵ su texto constituía un memorial de agravios ideológico-político-estratégicos al propio tiempo que un recetario de acción para el futuro presidente republicano, en esencia el programa de acción del *rollback* que se preconizaba, el retorno al *statu quo ante*, a los tiempos en que el poderío nacional era indiscutido tanto como temido, en que los gobiernos amigos eran sostenidos contra viento y marea de los embates de rebeldes y subversivos, de insurgentes y contestatarios, en que no lo perturbaban enfermizos síndromes de Vietnam y trabas moralistas de cara a la confrontación Este-Oeste.

Buena parte de sus postulados eran de uso común en las divagaciones y discursos de la neoderecha ultramontana y formaban parte del bagaje intelectual del equipo que rodeaba a Reagan desde sus tiempos de gobernador de California. La fuerza, el poder, la hegemonía en un mundo donde la blandura equivale a derrota y el diálogo a la sumisión, a menos que se entable desde posiciones respaldadas por la disposición de no ceder un solo milímetro y, por el contrario, lo aliente la voluntad de recuperar terrenos capturados por "el enemigo". Para tal enfrentamiento se hacía indispensable el apoyo de un potencial bélico que, a juicio de ese equipo, se había ido deteriorando a lo largo de toda la década anterior, un concepto que coincidía con las miras del complejo militar-industrial, ansioso de contratos y lucros. Para el área latinoamericana, la visión de la *big stick policy* de principios de siglo aparecía como una medicina reparadora. Se debía "recuperar" a Nicaragua y Granada, "contener" todo posible descontrol en El Salvador, Jamaica y Guyana, "meter en cintura" a procesos populistas como los de Panamá —con Omar Torrijos— y Ecuador —con Jaime Roldós— e impedir que en Guatemala, Honduras y Costa Rica se registraran cambios en su situación interna. Ante todo, se hacía imprescindible re-endurecerse en relación con Cuba, país objetivizado como catalizador e instrumentador de las tentaciones de contaminación insurgente.

El "Documento de Santa Fe", a despecho de que haya servido como biblia orientadora del equipo de Reagan, o de que simplemente hubiese merecido una lectura superficial, vale como punto de

⁵ "A New Inter-American Policy for the Eighties" prepared by The Committee of Santa Fe for the Council for Inter-American Security, Inc., de Washington, D. C. El documento, de 53 páginas mimeografiadas, tiene como editor a Lewis Tambs y como redactores a L. Francis Bouchey, Roger W. Fontaine, David C. Jordan y general Gordon Sumner. La fecha es de mayo de 1980 y el prólogo lo firma Ronald F. Docksai, presidente del Council for Inter-American Security.

referencia para comprender la ideología ultrista de quienes emprendieron a partir del 20 de enero de 1981 la tarea de rescatar para Estados Unidos la imagen alicaída de primera potencia del orbe. Importa para calibrar la mentalidad del nuevo equipo gobernante, su retórica tan agresiva como arrogante, en la que la omnipotencia imperial es recuperada como estilo e impuesta como discurso normativo de todos los funcionarios gubernamentales, llámense éstos Ronald Reagan, Alexander Haig o Jeane Kirkpatrick. Es el antiguo modelo de Theodore Roosevelt, revitalizado y adecuado para el nuevo periodo, y no es por azar que su principal área de experimentación resulten Centroamérica y el Caribe.

El canciller Haig imagina y fantasea una rápida victoria propagandística en El Salvador, a un costo político-militar mínimo. Habiendo desaparecido Jamaica como factor preocupante luego de la derrota electoral de Michael Manley, en el llamado "patrio trasero" (*backyard*) se prioriza al país más pequeño de la masa geográfica continental latinoamericana. Ya Carter había allanado el camino al autorizar, pocos días antes de concluir su mandato, las primeras asignaciones de ayuda económica y militar al régimen salvadoreño, que ya es distinto del que se instaló en el gobierno el 15 de octubre de 1979, y del que no tardará en diferenciarse aún más.

Será Haig el encargado del lanzamiento de un especioso "libro Blanco",* destinado a explicar, con base en el ejemplo salvadoreño, que las insurgencias en los países centroamericanos se explican por la voluntad, los objetivos y el apoyo logístico generados desde potencias extracontinentales —la Unión Soviética y otros países socialistas— y vehiculizados a través de Cuba. Se trata de una operación piloto, de guerra psicológica, acerca de cuya naturaleza sólo pueden servir como antecedentes las actuaciones semejantes del Departamento de Estado contra Guatemala —1954—, Cuba —1960-1962—, República Dominicana —1965— y Chile desde 1970 hasta 1973. Por alguna razón no suficientemente aclarada, copias de ese "Libro Blanco" son entregadas personalmente a varios gobiernos europeos por funcionarios superiores, como Lawrence Eagleburger y Luigi Einaudi. ¿Por qué a los europeos? ¿No bastaba con que el general Vernon A. Walters acometiese esa faena, como lo hizo, en el ámbito obvio de los países iberoamericanos? Quizás se entienda por la táctica de Haig de explicar la naturaleza de los conflictos centroamericanos no como una consecuencia de sus problemas económico-

* "Communist Interference in El Salvador". Documents Demonstrating Communist Support of the Salvadoran Insurgency. United States Department of State, Washington, D. C., February 23, 1981, Mimeo.

sociales seculares, sino ubicarlos en el marco de la confrontación Este-Oeste. Y será este módulo el que prevalecerá en lo sucesivo.

El "Libro Blanco" va a ser la pauta que dominará en la primera fase. Allí la intermediación de Nicaragua como trasegador de equipos bélicos hacia la insurgencia salvadoreña es mencionada tímidamente. Más tarde, con la acentuación de las presiones psicológico-políticas se transformará en un elemento sustancial de propaganda, haciendo del gobierno sandinista poco menos que el factor fundamental de la guerra civil cuscatleca. Los elementos de prueba son endebles y poco creíbles,⁷ pero la diplomacia estadounidense insistirá en ellos a medida que le sea indispensable orientar su artillería propagandística en contra de Managua. Entre el inicio del gobierno de Reagan en enero de 1981 y la "Decisión Nacional" del 17 de noviembre del mismo año en que autoriza formalmente al Consejo de Seguridad Nacional (CSN) a iniciar acciones efectivas para desestabilizar al gobierno sandinista, el discurso oficial en Washington ha crecido en aspereza y desaprensión. Comienza a despreciar las formas del lenguaje diplomático y opta por las de la agresión directa. La soberbia se transmuta en patanería, la arrogancia en torpeza.

Estados Unidos, primera potencia mundial, se impacienta con la minúscula Nicaragua y desciende a ruines niveles de polémica abierta, en los que las falsificaciones de la realidad corren parejas con el desparpajo y la desaprensión. Haig, Thomas O. Enders —subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos—, Kirkpatrick —embajadora ante la ONU—, William P. Casey —director de la Central Intelligence Agency (CIA)—, Fred. C. Iklé —subsecretario de Defensa—, se retroalimentan con el presidente Reagan en la forma y el fondo del hostigamiento verbal que acompaña a la agresión militar solapada desde Honduras, El Salvador y Costa Rica. No hay ponderación ni mesura en las imputaciones y dicerios y el debate se hace unilateral por la propia desnaturalización de toda voluntad de diálogo, que, *a contrario sensu*, es persistentemente demandado por el más débil y, en una instancia subsiguiente, por los países del Grupo de Contadora —México, Panamá, Colombia y Venezuela— que se empeñan en evitar que cunda la guerra en el istmo centroamericano.

Traspasando los límites del texto de la "doctrina" de Monroe

⁷ Cfr. el diálogo mantenido por el autor con el funcionario Luigi Einaudi en el Departamento de Estado, a propósito de las presuntas pruebas de Estados Unidos sobre trasiago de armas desde Nicaragua, en *Reagan entre El Salvador y Las Malvinas*, Mex-Sur Ediciones, México, 1982, pp. 198-201.

—2 de diciembre de 1823— acerca de la cual el canciller germano Otto von Bismarck diría con justeza que se trataba de una "imperpetinencia" de la diplomacia estadounidense, el tono y la forma recuerdan célebres formulaciones paternalistas y perdonavidas de algunos hombres de gobierno norteamericanos. Una de ellas, del canciller Olney, sigue teniendo vigencia de prueba:

Hoy los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este Continente y su *fiat* es ley en cuanto a los asuntos a que confinan su interposición. ¿Por qué? La causa no reside puramente en la amistad o la buena voluntad que se les profesa. No es simplemente en razón de su alto nivel como Estado civilizado, ni tampoco porque la sabiduría, la justicia y la equidad constituyen características invariables del proceder de los Estados Unidos. El motivo es que, en adición a todos los demás fundamentos, sus infinitos recursos, combinados con su posición aislada, los hacen dueños de la situación y prácticamente invulnerables contra cualquiera de las potencias restantes".⁸

Si esta arrogante petulancia pudo ser transmitida en dirección a la Gran Bretaña a fines del siglo XIX y cuando Estados Unidos aún no había emergido como coloso bélico, ¿qué decir de los excesos verbales del *rough rider* Theodore Roosevelt, del tipo de los siguientes?:

Creo en la "doctrina" Monroe con toda mi alma y todo mi corazón [...] Existe un antiguo proverbio, lleno de sencillez, que dice: "Habla suavemente, pero lleva un garrote (*big stick*); así irás lejos". Si la nación norteamericana se dispusiera a hablar suavemente y, sin embargo, creara y mantuviera en el más alto grado de entrenamiento a una marina cabalmente eficaz, la "doctrina" Monroe iría lejos.⁹

No es verdad que Estados Unidos sientan apetito alguno de tierras o que abriguen, respecto de las demás naciones del Hemisferio Occidental, otro propósito que no sea el de su bienestar. Todo cuanto este país desea es ver estables, ordenados y prósperos a los países vecinos. Toda nación cuyo pueblo se conduzca bien, puede contar con nuestra sincera amistad. Si una nación demuestra que sabe actuar con razonable eficacia y decencia en asuntos sociales y políticos, si

⁸ Richard Olney, secretario de Estado del presidente Grover Cleveland, en instrucciones a Thomas F. Bayard, ministro de Estados Unidos en Londres, fechadas el 20 de julio de 1895, en relación con la disputa por límites de la Guayana británica y Venezuela.

⁹ Párrafo del discurso pronunciado en Chicago el 2 de abril de 1903. Cfr. Joseph B. Bishop, *Theodore Roosevelt and His Time*, T. I, p. 239. New York: Charles Scribner's Sons, 1920.

mantiene el orden y paga sus obligaciones, no tiene que temer la interferencia de Estados Unidos. Una mala conducta crónica o una impotencia que ocasione la relajación general de los lazos de una sociedad civilizada, pueden requerir, tanto en América como en cualquier otra parte, la intervención, en última instancia, de alguna nación civilizada; y en el Hemisferio Occidental, la adhesión de Estados Unidos a la "doctrina" de Monroe podría forzarlo a ejercer las funciones de policía internacional aún contra su voluntad, en casos flagrantes de tal inconducta o impotencia.¹⁰

Será este mensaje al Congreso el preludio del llamado "Corolario Roosevelt" a la "doctrina" de Monroe, un texto que pone el toque diplomático a una conducta de intervenciones francas o indirectas a las que el propio impulsor puso, sin pretenderlo, la etiqueta de "Diplomacia del Garrote". Y conste que, en homenaje a la brevedad de este ensayo, omitimos textos mucho más explícitos de hostilidad y desprecio contra naciones como Cuba, la Dominicana, Colombia, entre otras, diseminadas en cartas, discursos improvisados o diálogos recogidos por historiadores. La omnipotencia será desde entonces otro de los signos que se añadirán a la autopermisividad prepotente del coloso y todo ese conjunto de pautas normará durante décadas una relación desigual en la que la violencia armada —o la amenaza de ejercerla— caracterizarán la política de la Casa Blanca en su *backyard*. Roosevelt y sus continuadores, William H. Taft, Woodrow Wilson, Warren G. Harding, Calvin C. Coolidge y Herbert C. Hoover, cada uno en su estilo y circunstancia, son fieles al instinto del cazador. El arribo de Franklin D. Roosevelt a la presidencia en 1933 implicará un cambio en los modos de violencia operativa intermitente. Ya no hace falta el garrote, entre otras razones porque la crisis económica ha impuesto su lógica en el ámbito mundial. El segundo Roosevelt opta por seducir y aplacar recelos y resentimientos. Por lo demás, la sustitución de roles en la intermediación o delegación de los poderes locales, ubica en gran parte de los países de la subregión centroamericana caribeña a regímenes dictatoriales de estilo y talante criollos, que se valen de remedos de las *constabulary* o guardias rurales de Estados Unidos, tuteladores del orden específico de cada país mediante sistemas policíaco-militares de prevención y represión, y con la mirada puesta, sin excepción, en Washington.

Salvo el azaroso conflicto diplomático con la Argentina entre

¹⁰ Mensaje anual al Congreso, extractos, 6 de diciembre de 1904, cfr. James D. Richardson, *Messages of the Presidents, 1789-1897*, 2nd Supplement, p. 857, Washington, D. C.

1943 y comienzos de 1946, a la Unión Norteamericana no le hará falta, entre 1933 y 1953, recurrir a los métodos típicos de los casi treinta y cinco años de la "Diplomacia del Garrote". El tratamiento que se dará al gobierno constitucional guatemalteco presidido por Jacobo Arbenz, al que la CIA concluirá por derrocar en junio de 1954 en complicidad con la fuerza armada local, preanunciará el retorno a los viejos tiempos, una tónica que asumirá ribetes dramáticos en relación con Cuba revolucionaria entre los años 1960-1962. El presidente John F. Kennedy, un admirador de las prácticas de seducción de F. D. Roosevelt, recurrirá empero a los métodos de T. Roosevelt, un indicio de que no son iguales los tiempos de su cercano antecesor demócrata.

Es con Kennedy que volverá a implantarse el riguroso estilo de la omnipotencia arrogante que no se sacia con la retórica y la combina con el garrote, dulcificado con la zalema y el soborno. *Sticks and carrots*, garrote y zanahoria, no otra cosa es el programa de la Alianza para el Progreso. Otras fuerzas que él no está en condiciones de sujetar, acabarán con su vida y con las veleidades reformistas y liberales del llamado "equipo Camelot". Los años 60s. corresponden, para Iberoamérica, a los de la instauración de las "fronteras ideológicas" y la pseudo "doctrina de seguridad nacional", aplicación de una Guerra Fría retardada que se prolongará a la década siguiente con efectos devastadores para toda la región. La invasión a la República Dominicana —abril de 1965—, el derrocamiento en Brasil del presidente João Goulart —31 de marzo de 1964— y en Argentina del mandatario Arturo U. Illia —29 de junio de 1966— son expresiones de un mismo proceso que se extenderá a Bolivia, Uruguay y Chile, y de los cuales trata de aparecer como ajeno el principal protagonista, Estados Unidos.

De ahí que se deberá esperar hasta el año 1981 para asistir al renacimiento y culto franco —y hasta obsceno— del discurso oficial estadounidense de la prepotencia, el agravio y el dicitario hacia pueblos y naciones cuya orientación política, social y económica no es del agrado de la Casa Blanca. La diferencia, en cuanto al estilo de Theodore Roosevelt y sus sucesores hasta 1933, e incluso respecto de Kennedy, reside en que los niveles de procaacidad diplomática y política del equipo de Ronald Reagan supera no sólo cualquier antecedente histórico de Estados Unidos, sino que se supera en palabras y hechos a sí mismo con cada ocasión, como desbordando toda capacidad de fantasía e imaginación. De hecho, lo inverosímil parecería ser la pauta de lo normal y lo esperable. A comienzos de 1984, un respetable historiador norteamericano, escribirá en el *New York Times* que jamás se topó

con tantas falsificaciones de la verdad como en los discursos y mensajes del presidente Reagan, "y conste —agregó— que por mi especialización he leído y estudiado todos los textos presidenciales, desde 1789 hasta hoy". Las tergiversaciones no afectan sólo al pasado histórico, llenan por el contrario el discurso del presente y abastecen el repertorio de justificaciones mediante las cuales ese gobierno instrumenta su política exterior, sobre todo la vinculada con Centroamérica. Y una forma de quebrantar tanto la verdad, como la razón y la justicia es la que se vale de la ocultación y el secretario al servicio de metas violatorias del derecho internacional.

Bastante antes del desembarco de las tropas estadounidenses en Granada —26 de octubre de 1983—, Nicaragua veía invadido su territorio por fuerzas adiestradas, reclutadas, mantenidas, pagadas, armadas y abastecidas por organismos gubernamentales de Estados Unidos. La diferencia con operaciones anteriores del mismo jaez emprendidas por la CIA y el Pentágono —Guatemala en 1954 y Cuba en 1961—, residía ahora en que ninguno de los dos hacía demasiado ocultamiento de sus actos y hasta parecían tener interés en que se divulgasen a medias, dejando por cuenta de Honduras, El Salvador y Costa Rica explicar la otra mitad de las mentiras y falsedades. Aviones, avionetas, helicópteros, lanchas rápidas ejecutaban actos de guerra contra Nicaragua, destruían depósitos de combustible en Corinto, dinamitaban torres conductoras de electricidad, puentes y caminos; grupos de mercenarios incendiaban escuelas, puestos hospitalarios, depósitos de granos y otras mercancías, secuestraban y/o asesinaban a campesinos o pobladores urbanos y libraban combates contra las fuerzas del gobierno de Managua, y culminaba ese accionar con el minado de puertos nicaragüenses realizado por equipos de la CIA, que al menos en este caso ocultó su responsabilidad a la Comisión de Inteligencia del Senado.

A partir de ese incidente, hechos colaterales como el llamado "Manual del Terrorista de la CIA" distribuido por este organismo entre su propio ejército semisecreto, son apenas anécdotas ilustrativas corroboratorias de la voluntad intervencionista y destabilizadora del gobierno revolucionario de Nicaragua, en cumplimiento de un programa al que el propio Reagan ha llamado inexorable e inmodificable y del cual la más reciente expresión la constituyó la iniciación de un embargo comercial —7 de mayo de 1985— fundado, para eludir prescripciones taxativas de orden jurídico y legal, en razones de "seguridad nacional" de los Estados Unidos, un mecanismo leguleyo que ha impedido cualquier reacción adversa del propio Congreso.

ARGENTINA: DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA

Por Marcos KAPLAN

EL tránsito de la Argentina, de la más regresiva y destructiva dictadura de su historia, al gobierno civil y al proceso democrático —repetido luego en Uruguay y Brasil—, parece modificar la tenebrosa imagen del Cono Sur en las dos últimas décadas. Frágil e incierta, pero real y preferible a todo lo precedente, la democratización resurge como supuesto, proceso, contenido y objetivo de una alternativa histórica; incita a la reflexión crítica y a la imaginación política, ambas indispensables en la crisis latinoamericana. Valiosa en sí misma y en sus potencialidades, la democratización argentina enfrenta dificultades y dilemas, peligros y amenazas, en cuanto a sus condiciones de supervivencia y desarrollo como auténtica opción histórica.

Un neofascismo específico

INSTAURADO en marzo de 1976 y desplazado del gobierno más de siete años después, el régimen más despiadado y globalmente catastrófico de la Argentina constituye en mi opinión una variedad *sui generis* de fascismo, tentativa extrema y consecuente de dar una *solución final* a una crisis política de largo despliegue y creciente gravedad.¹

La Argentina contemporánea ha desplegado una contradicción cada vez más profunda e intensa entre el grado y las formas de su crecimiento económico, y los rasgos y efectos de su desarrollo sociopolítico y cultural-ideológico. Ello se manifiesta ya en las primeras décadas de este siglo, a la vez en los avances de la democratización entre formal y real y en los signos de su fragilidad. La etapa de crisis estructural permanente que se abre hacia 1930 con-

¹ M. Kaplan, "¿Hacia un fascismo latinoamericano?", en *Nueva Política*, México, Volumen I, N° 1, 1976.

vierte a la crisis de la democracia en fenómeno central y principal clave del proceso argentino.²

El avance del crecimiento neocapitalista tardío, dentro de la nueva división mundial del trabajo, y en el contexto específico de la Argentina, por sí mismo y por sus presupuestos, componentes y resultados, ha suscitado en las clases medias y populares una multiplicación de expectativas, demandas y presiones de participación ampliada. Referidas sobre todo al empleo, el ingreso, el consumo, el status y el prestigio, la cultura y el poder, aquéllas se han visto al mismo tiempo bloqueadas y frustradas por la insuficiencia y la irregularidad del crecimiento económico, por las características y consecuencias marginalizantes del propio proyecto neocapitalista; por una estructura sociocultural y política que siempre fue y ha seguido siendo (pese a breves e insuficientes interludios democratizantes) esencialmente elitista, oligárquica y autoritaria. Las tendencias a la real democratización *social y cultural*, pese a sus insuficiencias, han ido excediendo cada vez más las posibilidades y realizaciones de una democratización *política* efectiva.³

Desde los años 1930, esta contradicción fundamental a la vez produce y es producida o reforzada por situaciones recurrentes o permanentes de conflicto social múltiple, inestabilidad, debilitamiento de la legitimidad y el consenso del sistema, crisis de hegemonía, vacíos de poder, alteraciones cíclicas de la institucionalidad democrática, predominio de fenómenos y regímenes autoritarios. Tales situaciones se expresan y refuerzan por una notable proliferación de ideologías, tendencias, movimientos de tipo político, y por una sucesión de gobiernos civiles y sobre todo militares. Muchos de estos fenómenos y tendencias —y las actitudes y comportamientos de malestar, crítica e impugnación que así se manifiestan y vehiculizan—, amenazan en diferentes grados al sistema de dominación y a las élites gobernantes y grupos dominantes, aunque sin afectarlos seriamente. Logran sin embargo que unas y otros perciban cada vez más a la democracia, incluso bajo sus expresiones más formales y limitadas, como amenaza a sus intereses y proyectos; como algo poco o nada compatible con los supuestos, las exigencias y los objetivos del proyecto de desarrollo neocapitalista periférico.

² M. Kaplan "50 años de historia argentina, 1925-1975: El laberinto de la frustración", en Pablo González Casanova, compilador, *América Latina: Historia de Medio Siglo: América del Sur, México, Siglo XXI* Editores, pp. 1-73.

³ Para un tratamiento más amplio de la naturaleza de la crisis política, ver M. Kaplan, *Estado y Sociedad en América Latina*, México, Editorial Oasis, 1984, especialmente los capítulos 4 y 5.

Tras una serie de avances graduales y de experimentos parcialmente fallidos —sobre todo la dictadura de 1966-1973—, y bajo el impacto traumático que produce el gobierno peronista de 1973-76, el régimen militar recientemente concluido representa una nueva fase del problema, y un intento inédito para solucionarlo. Su significado histórico ha sido la capacidad demostrada para la búsqueda sistemática y la voluntad implacable de una solución final a cualquier costo para la contradicción entre el orden neocapitalista tardío tal como se da en el contexto específico de la Argentina, y los peligros actuales y sobre todo potenciales de democratización amplia y profunda. El carácter nuevo del régimen y de su proceso resulta de la siguiente combinación de rasgos definatorios.⁴

El nuevo régimen implica ante todo la asunción de la hegemonía por las fuerzas armadas, en su propio beneficio, como *institución-casta, político armado, partido militar*. A partir de su primacía, postulada a priori y sin discusión como principio genérico y regulador, las fuerzas armadas establecen una coalición, primordialmente con la nueva élite oligárquica y las empresas transnacionales, y secundariamente con sectores de la alta tecnoburocracia civil, de la clase media y de la burocracia sindical.

A diferencia del fenómeno europeo de los años 1920 y 1930, el fascismo argentino (como sus equivalentes brasileño, chileno y uruguayo en sus especialidades y modalidades propias), carece en sentido estricto de identificación con el capitalismo monopolista de tipo clásico, de bases masivas, y de partido político. No es indispensable sin embargo, para ser considerado tal, que este fascismo nativo reproduzca todos y cada uno de los rasgos y secuencias, de los significados y resultados, del fenómeno europeo. (Este ha sido por otra parte más complejo y diversificado de lo que presentan los manuales dogmáticos, y los recientes intentos de embellecimiento implícito y legitimación oblicua.)⁵

El fascismo argentino es un fenómeno en sus comienzos, subdesarrollado y (en última instancia) dependiente, desigual y combinado en sus caracteres, articulaciones y procesos. Al papel hasta cierto punto promotor y sostener, y en todo caso usufructuario

⁴ Ver M. Kaplan, "¿Hacia un fascismo...?", cit.

⁵ Entre la literatura que recupera la complejidad y diversidad del fenómeno fascista ver: Ernst Nolte, *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, Ediciones Península, 1971; Stanley G. Payne, *El fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1980; Pierre Aycoberry, *La question nazie - Les interprétations du national-socialisme*, Paris, Editions du Seuil, 1979; María-A. Macciocchi et al., *Eléments pour une analyse du fascisme*, 2 volúmenes, Paris, Union générale d'édition 1976.

que el gran capital tiene respecto al fascismo europeo "clásico", corresponde en Argentina la alianza de la cúpula y la institución militares con la nueva élite oligárquica y con las empresas transnacionales; el entrelazamiento entre unas y otras; la implantación y avance del neocapitalismo periférico.

A diferencia de la Italia y la Alemania de los años 20 y 30, el fascismo argentino no debe enfrentar grandes partidos socialistas y comunistas de masas. Intenta superar los problemas planteados por movimientos, partidos y gobiernos democrático-liberales, nacional-populistas de sesgo conservador como el peronismo, de izquierda moderada, así como por grupúsculos guerrilleros, todos los cuales han estado o están, en diferentes modos y grados, en situación de fracaso virtual, derrota, división, indefinición o inoperancia política. El régimen neofascista es instaurado, dirigido y estructurado por las fuerzas armadas, no destruidas por una guerra ni desgastadas por una crisis nacional de disolución, sino intactas en sus capacidades ofensivas y represivas, dispuestas a ejercerlas sin restricciones, y que son además hostiles a la participación política de las masas. Al asumirse y operar de aquí en adelante como partido único, las fuerzas armadas substituyen el partido militarizado del fascismo europeo con el militarismo politizado y de hecho partidista *sui generis* de su propia institución/casta.⁶

El régimen fascista argentino renuncia así *a priori* —quizás en parte y provisoriamente— a la legitimación y el consenso de tipo democrático-liberal. Se autolegitima por la propia fuerza y por el éxito en la represión; por la identificación de las fuerzas armadas con un proyecto propio antes que con uno meramente instrumental o funcional a la clase dominante nativa y a las transnacionales; por la misión histórica cuyo cumplimiento pretenden asumir (desarrollo/seguridad nacionales, papel internacional como potencia media emergente o incluso regionalmente hegemónica). Se autolegitima además por una ideología extremadamente desarrollista, científica y tecnoburocrática.⁷

La cúpula militar, con el apoyo y la participación de élites oligárquicas y tecnoburocráticas civiles, pretende reestructurar el Estado como actor supremo de la sociedad. A su cargo está la asunción y el ejercicio de un autoritarismo represivo sin precedentes; la defensa de la nación contra una conspiración a la vez

⁶ Ver. M. Kaplan, "Militarismo, crisis política y relaciones internacionales en la América Latina contemporánea", en *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, Año XIII, N° 39, septiembre-diciembre 1980.

⁷ Ver Kaplan, "¿Hacia un fascismo...?", cit.

interna y externa; la garantía de una unidad y un orden que posibiliten a la vez el crecimiento económico, la seguridad, la integración nacional, la colaboración de clases, la paz social y el equilibrio político, todos componentes interdependientes de una misma constelación. Ello determina las exclusiones y los enemigos, la supresión de demandas peligrosas, la destrucción de todo lo que sea pluralismo político, participación ampliada, movilización de masas, la propia esfera política de la sociedad.

El uso en un grado y con un alcance sin precedentes de las formas simbólicas de poder, y de las técnicas y aparatos de información, comunicación y control social (medios de masas, electrónica, organización y manipulación, corrupción), bloquea, reduce o suprime el conocimiento de la realidad, la emergencia y el despliegue de la racionalidad y la concientización sociopolíticas. Se busca generalizar las actitudes y las conductas de conformismo y apatía, de consenso sobre todo pasivo para el propio régimen y sus beneficiarios. Se apunta al encuadre ideológico, político, administrativo, policial y militar de la sociedad, a la atomización y subordinación completa, privándola de órganos actuales o posibles de expresión, de participación y de control.

Militarización del poder y universalización de la represión se corresponden y entrelazan. Las fuerzas armadas se politizan e independizan, como liderazgo supremo y máxima o única agencia integradora de la nación. Una dictadura irrestricta para la salvación nacional impone la disciplina militar a la sociedad en su totalidad. Los medios de violencia aumentan en número y centralización, en la arbitrariedad y desmesura de su despliegue. Su uso se vuelve normal para el control social, la imposición ideológica, la coacción política, la destrucción psicológica y moral, la violencia se vuelve la solución preferida para todo problema. La militarización del poder se refuerza por la tecnocratización de sectores importantes de las fuerzas armadas, y por las relaciones de cooperación y alianza con grupos significativos de la tecnoburocracia civil, así como por las redes de complicidades con instituciones y sectores de distinto tipo.

La represión se universaliza en sus objetivos, en sus destinatarios, en sus formas, en sus niveles y aspectos. Sus medios se incrementan en número, refinamiento, intensidad y eficacia. Sus instrumentos normales se combinan con los correspondientes a las organizaciones parapoliciales y paramilitares, y con los métodos de una micro-guerra civil, no declarada pero llevada adelante sin escrúpulos ni restricciones de ningún tipo. Se rompe así más aún todo vestigio de equilibrio precario entre la represión estatal y

paraestatal por una parte, y la capacidad defensiva y ofensiva de las clases e instituciones de la sociedad civil. El régimen neofascista obstaculiza y destruye organizaciones y movimientos, procesos de concientización, participación y movilización populares; co-produce y refuerza las tendencias a la despolitización, al conformismo y la apatía en sectores mayoritarios. Militarización del poder y de la sociedad, universalización y desmesura de la represión son —a ello se vuelve luego— uno de los principales instrumentos y mecanismos inherentes al régimen, para su auto-refuerzo y su auto-preservación. Se convertirán además en uno de los más grandes obstáculos para el éxito del futuro gobierno civil y para el avance de una democratización efectiva y duradera.

Finalmente, el régimen neofascista presupone el neocapitalismo dependiente y la inserción subordinada en la nueva división mundial del trabajo; y, hasta cierto punto el sometimiento a la hegemonía norteamericana en un sistema internacional bi-polarizado. La cúpula militar se entrelaza con el proyecto de crecimiento neocapitalista periférico, y con los grupos nacionales y extranjeros que con aquél se identifican y al cual usufructúan; los favorece en su implantación, en su progreso, en el goce monopolista de sus beneficios. Al mismo tiempo, la alta dirigencia militar en posición hegemónica se autolegitima con el crecimiento discutible y la transitoria prosperidad; los usa, lo mismo que a la élite oligárquica, a las transnacionales, a los directivos políticos y militares de los Estados Unidos; puede a veces postergar o afectar los intereses de unas y otros para privilegiar los propios y los de su proyecto específico. La política económica sirve a los jefes militares para combinar la creación de condiciones de éxito de su proyecto político-estratégico, y el disfrute de un saqueo económico sin precedentes de la Argentina para una fantástica operación de acumulación privada, compartida en sus beneficios por la oligarquía financiera transnacionalizada, las empresas extranjeras y, durante un tiempo, también por una parte importante de la clase media.

Mecanismos de auto-preservación y auto-refuerzo

EL análisis crítico de este régimen, sus causas y naturaleza, sus rasgos e implicaciones, no puede ignorar la existencia de instrumentos y mecanismos inherentes de auto-preservación y auto-refuerzo. El carácter monstruoso del régimen y su proyecto no predetermina necesariamente su fracaso a corto o mediano plazo, por auto-destrucción, por rebelión de víctimas, o por auto-abdi-

cación traducida en una entrega voluntaria del gobierno. Por el contrario, la génesis y la índole del proyecto, sus caracteres y sus efectos, explican en una medida considerable la permanencia del régimen, la inexistencia o la ineficacia de resistencias y alternativas políticas, su duración y su conclusión por el impacto primordial de un evento externo e imprevisto, y parte de las dificultades de la democratización.

Ante todo, la élite militar ha llegado al poder para quedarse. Se identifica a sí misma y a su hegemonía con una especie de cruzada sin plazo y sin límites, que legitiman al régimen en sí mismo, y a todas sus políticas y actos. Cualesquiera que sean sus disidencias y rivalidades internas, aquélla está unida por el propósito común; por la necesidad de defenderse contra enemigos y peligros de distinto tipo (internos y externos, reales e imaginarios). Está unida también por las realidades inmediatas y las perspectivas futuras de disfrute de poderes y recursos, de ingresos y privilegios que la posición de casta hegemónica otorga a sus principales dirigentes y componentes y, en menor grado, a sus subordinados y aliados. Los excesos inauditos en la represión y en el cumplimiento despiadado del crecimiento neocapitalista, con todas sus consecuencias destructivas y catastróficas para la mayoría de la población, hacen temer a los miembros de la élite militar las posibles exigencias de investigación y castigo, o la simple venganza, de las víctimas, sus familiares y amistades. La feudalización del poder y de la represión (por armas, servicios, jefes, facciones), el desborde del *pansterismo* paramilitar y parapolicial, agravan este peligro y dificultan la eliminación de las bandas armadas que han adquirido su lógica y dinámica propias y, por lo tanto, obtaculizan la negociación para una eventual salida democrática bajo tutela. Organización para la represión total y permanente, uso del absolutismo estatal para el saqueo público en beneficio de la acumulación privada de jerarcas militares y de la oligarquía financiera transnacionalizada, en convergencia con la emergencia de diversas formas de economía criminal (narcotráfico, comercio de armamentos, etc.), co-producen el fenómeno de *gangsterización* o *amafiamiento* del aparato estatal.

Los dirigentes y miembros de la élite oligárquica y de la alta clase media temen que la desaparición del régimen neofascista les haga perder muchos de los beneficios de todo tipo, directos e indirectos, que aquél les ha otorgado: saqueo financiero, alta rentabilidad empresaria, contratos con el Estado, especulación, empleo en niveles altos e intermedios del Estado, dólar barato para un turismo y un consumismo cosmopolita de dimensiones y rasgos

delirantes. (Ello como se verá es el nivel superior de una cadena descendente de complicidades y beneficios directos e indirectos que por un tiempo abarca considerables sectores medios y populares de la sociedad argentina.)

A estos mecanismos debe agregarse el múltiple impacto socio-cultural, psicológico, ético y político del fenómeno ya señalado más arriba: el entrelazamiento de militarización y represión y su cristalización en el sistema de terror ilimitado.

*El paso de un umbral: Hacia el terror irrestricto
y la dominación total*

MILITARIZACIÓN del poder y universalización de la represión no son rasgos e instrumentos algo extremados de regímenes un poco más coercitivos que sus similares precedentes, como se inferiría de calculadamente pudorosas calificaciones que han tenido circulación en medios académicos y políticos (autoritarismo burocrático, régimen de excepción, dictadura de nuevo tipo). Es sobre todo en esta dimensión (pero no sólo en ella) que el régimen argentino de 1976-1982 representa el paso de un umbral hacia la posibilidad de un sistema de dominación total por el terror sin límites. Ello no expresa sólo características psicosociales, ideológicas y políticas de la élite militar hegemónica, ni requerimientos instrumentales del proyecto político-económico a cumplir por aquélla. Es expresión de tendencias más generales, profundas y a largo plazo, en lo económico, demográfico, social, cultural, ideológico, político y militar, así como de la superación o destrucción de barreras psicológicas, éticas, institucionales y jurídicas; todo en un contexto histórico mundial de crisis gigantescas en sus dimensiones e implicaciones, y aplastantes en sus consecuencias (guerras mundiales y civiles, revoluciones, catástrofes económicas).⁸ Si tales tendencias son propias de la civilización capitalista occidental en el siglo XX, ante todo en sus centros desarrollados y polos hegemónicos, sus proyecciones y efectos se despliegan también crecientemente, en contextos y con rasgos y alcances específicos, en la URSS y su bloque, y en Latinoamérica y el Tercer Mundo, para el caso Argentina.

La mutación ya en marcha desde hace décadas del capitalismo mundial, la incorporación de Argentina y Latinoamérica a la nueva

⁸ Para la ubicación de estas tendencias en perspectiva histórica ver Richard L. Rubenstein, *The cunning of the history - The Holocaust and the American Future*, New York, Harper Colophon Books, 1975; también, la ya clásica obra de Hannah Arendt sobre el totalitarismo.

división mundial del trabajo, la implantación y avance del neocapitalismo periférico, se identifican cada vez más con el funcionamiento irrestricto de un sistema que vuelve a un creciente segmento de los recursos humanos capacitados cada vez menos utilizable en papeles socioeconómicos significativos. Una parte cada vez mayor de la población tiende a convertirse en permanentemente redundante y, por lo tanto, ingobernable y subversiva. El sistema, y su peculiar racionalidad económico-tecnológica y social, tiende a producir en Argentina y Latinoamérica una creciente *subclase de parias*, no alcanzables por los controles, incentivos y penalidades normales del orden establecido; una masa de ciudadanos y habitantes desviantes, generadores de una "patología social" que se expande y en cualquier momento se manifiesta como descomposición ideológica y subversión política. En una peculiar mixtura de realismo inmediato, previsión lúcida y paranoia extrema, los grupos dominantes y explotadores y las instituciones de control y represión, sus aliados y sus clientelas, comienzan a buscar y a experimentar, en parte a ciegas pero cada vez más deliberadamente, por la prueba y el error, los instrumentos y procedimientos para superar las amenazas actuales y posibles de lo que en parte es y en parte es percibido como población superflua, la subclase de los inasimilables y disruptivos, proporciona las condiciones sociopolíticas y de los justificativos ideológicos, el personal capacitado y predispuesto, el instrumental refinado y eficaz, de la violencia para reprimirlos o suprimirlos, para su exterminio como solución final de los problemas que su existencia plantea. Ello goza además de una gama de condiciones favorables, proporcionadas por la historia y la contemporaneidad universales y argentinas, los intentos precedentes en el país y los rasgos y logros del régimen fascista.

Para el mundo y para Argentina, el siglo xx ha sido cada vez más la época de la ruptura casi absoluta del equilibrio en las relaciones entre Estado y sociedad civil, entre gobernantes y gobernados; del poder crecientemente aplastante del Estado, el poder ejecutivo y la dominación burocrática. A ello se agrega la disponibilidad mayor, y el aumento del peso cuantitativo y cualitativo de burocracias militares, policiales y, subsidiaria pero útilmente, civiles, capacitadas y disciplinadas en y para la organización, la acción y el control sociales, en y para el uso sistemático y eficaz de las tecnologías de información y de violencia cada vez más sofisticadas. Este peso incrementado de lo burocrático provee o refuerza la aptitud y la proclividad para la frialdad deshumanizada del personal militar-policíaco y civil implicado o responsable directa o indirectamente, en cuanto al examen y diagnóstico de los problemas

de la subversión, su represión, las soluciones que se proponen y su ejecución. Ello incluye la capacidad para una racionalidad demencial en el cálculo metódico de los medios adecuados al servicio de fines prácticos dados, con descarte de toda consideración legal y ética.

Militares y policías con papel protagonista y poder de decisión final, con entrenamiento y proclividad para la violencia irrestricta, hallan además inspiración en la multiplicidad de ejemplos internacionales que proporcionan la historia y la realidad contemporánea. Una y otra les proyectan las imágenes correspondientes a una oferta ilimitada de poblaciones excedentes y de masas de individuos indeseables o gastables, condenados al sufrimiento pasivo de situaciones de dominación y explotación totales, y de su exterminio administrativamente organizado por Estados y gobiernos de todo tipo, según lo que son o se consideran necesidades de los diferentes sistemas y regímenes (capitalistas o socialistas, desarrollados o atrasados). Este rico depósito histórico-mundial de experiencia, de "saber qué y por qué" y de "saber cómo", alimenta una ideología justificatoria de tipo neo-fascista, preconstituida pero adaptada y relaborada según los actores y condiciones locales, y de la cual la "Doctrina de la Seguridad Nacional" es importante componente pero no verdadero equivalente o sustituto.

Las fuerzas armadas disponen así de una visión y de un discurso que justifican la propia hegemonía, la cruzada sin restricciones ni plazos, la permanencia indefinida en el poder y su uso y disfrute irrestrictos, la apropiación de la incalculable tajada en el reparto desenfrenado del ingreso y la riqueza nacionales. Para todos sus miembros, pero sobre todo para los grupos e individuos implicados directamente en la represión y el exterminio cuasi-genocida, se da la posibilidad de realizar sueños y fantasías de destructividad y saqueo. Se dispone de razones y coyunturas para instituir y cumplir programas de exterminio contra grupos considerados superfluos e indeseables. Se puede visualizar al propio pueblo, especialmente los jóvenes, como material gastable en conflictos internos ("guerra sucia" contra la subversión) o internacionales (casi actualizado con Chile, efectivamente contra Gran Bretaña por las Malvinas).

Este régimen fascista produjo así en Argentina "la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje...: todo lo cual va más allá de lo que pueda considerarse como delictivo para alcanzar la tenebrosa categoría de los crímenes de lesa humanidad". Los derechos a la vida, a la integridad personal, al debido proceso, al no sufrimiento de condiciones inhumanas de detención, de negación de justicia o de ejecución sumaria: todos "fueron violados en forma

orgánica y estatal por la represión de las Fuerzas Armadas! Y no violados de manera esporádica sino sistemática, de manera siempre la misma, con similares secuestros e idénticos tormentos en toda la extensión del territorio. ¿Cómo no atribuirlo a una metodología del terror planificada por los altos mandos? ¿Cómo no podrían haber sido cometidos por perversos que actuaban por su sola cuenta bajo un régimen rigurosamente militar, con todos los poderes y medios de información que esto supone? ¿Cómo puede hablarse de 'excesos individuales'?... Esta tecnología del infierno fue llevada a cabo por sádicos pero regimentados ejecutores... Así, cuando ante el clamor universal por los horrores perpetrados, miembros de la Junta Militar deploraban los 'excesos de la represión, inevitables en una guerra sucia', revelaban una hipócrita tentativa de descargar sobre subalternos independientes los espantos planificados".⁹

La universalización de la represión y su carácter deliberadamente demencial y arbitrariamente irrestricto se ve perfilando más claramente a partir y a través de sus supuestos y métodos. Ante todo, se requiere una definición legal y burocrática, de interpretación extensible a voluntad y capricho hasta el infinito de una o varias categorías/imágenes de *enemigos internos/externos*, como víctimas potenciales pero disponibles para su actualización en cualquier momento y circunstancia. Aquéllos se ordenan en un eje identificado con la categoría universalizable al infinito, susceptible de una amplia diversificación de encarnaciones concretas: EL SUBVERSIVO. La función de esta categoría es la privación de identidad humana a todo el incluido en ella, la asignación de una identidad *parantropoide*, subhumana.¹⁰ Ello elimina a su respecto cualquier traba de tipo social, político, jurídico o ético; lo priva completamente de sus derechos individuales y ciudadanos y de sus propiedades personales, prepara la posibilidad de su eliminación psicológica y física.

"... La lucha contra los 'subversivos', con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible. En el delirio semántico, encabezado por calificaciones como 'marxismo-leninismo', 'apátridas', 'materialistas y ateos', 'enemigos de los valores occidentales y cristianos', todo era posible: desde gente

⁹ Esta y las siguientes citas corresponden al Prólogo de *Nunca Más - Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1984, pp. 7-11.

¹⁰ Ver el análisis de Rubenstein, *The cunning...*, cit.

que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores. Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura. Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores".¹¹

Se trata de proceder a una identificación universal tan arbitraria como extensible al infinito, de las diferentes categorías definidas como superfluas (en lo económico, lo social, lo étnico, lo ideológico, lo psicológico, lo político), de los individuos o grupos que no se conforman ni someten, que protestan y resisten, con la categoría ontológica del subversivo. Sobre todas sus encarnaciones inapelablemente asignadas se puede ejercer el terror sin límites, como parte de un proceso de preparación para los avances de la supremacía absoluta del Estado y del neocapitalismo periférico, para la aceptación incondicional de sus peores efectos directos e indirectos, sus costos, alienaciones y destrucciones. El recurso prioritario al terror desdeña los esfuerzos y éxitos por la persuasión y la recompensa, todo cálculo pragmático para un tratamiento mínimamente humano de las víctimas. Se tiende a eliminar toda implicación humana entre dominadores y dominados, explotadores y explotados, en todos los aspectos y niveles de la vida socioeconómica y política y de la existencia cotidiana. La mayoría de las personas deben convertirse en cosas, instrumentos pasivos que respondan a la voluntad de los amos, súbditos sin libertad impredecible de acción, con respuesta automáticamente asegurada a toda orden de la autoridad. Los instrumentos y mecanismos de la detención, el encarcelamiento clandestino y la desaparición homicida son —aunque recién van emergiendo los datos necesarios para la percepción de las dimensiones y profundidades de esta experiencia infernal— altamente significativos.

"Los operativos de secuestro manifestaban la precisa organización, a veces en los lugares de trabajo, . . . otras en plena calle y a la luz del día, mediante procedimientos ostensibles de las fuerzas

¹¹ *Nunca más* . . . , cit.

de seguridad que ordenaban 'zona libre' a las comisarías correspondientes. Cuando la víctima era buscada de noche en su propia casa, comandos armados rodeaban la manzana y entraban por la fuerza, aterrorizaban a padres y niños, a menudo amordazándolos y obligándolos a presenciar los hechos, se apoderaban de la persona buscada, la golpeaban brutalmente, la encapuchaban y finalmente la arrastraban a los autos o camiones, mientras el resto del comando casi siempre destruía o robaba lo que era transportable. De ahí se partía hacia el antro en cuya puerta podía haber inscritas las mismas palabras que Dante leyó en los portales del infierno: 'Abandonad toda esperanza, los que entráis'.¹²

Hasta la presentación de su informe *Nunca Más*, que he venido citando en los precedentes párrafos, la *Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* estima en 8,960 el número de personas en situación de desaparición forzosa, cifra no definitiva, por ser muchos los casos de desapariciones no denunciadas por diferentes motivos. Esta metodología represiva tiene antecedentes previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976, pero a partir de entonces, con el control absoluto de Estado por fuerzas armadas empeñadas hasta la desmesura en la realización de su proyecto, aquélla tiene una implantación generalizada.

Secuestradas las víctimas por efectivos militares y policiales, que a veces ocultan su identidad y a veces la exhiben en arrogante despliegue de intimidación e impunidad, son conducidas a uno de los 340 centros clandestinos de detención, dirigidos por altos oficiales de las fuerzas armadas y de seguridad. Los detenidos son alojados en condiciones infrahumanas, sometidos a toda clase de tormentos y humillaciones. "La comprobación de la extensión que adquirió la práctica de la tortura en tales centros y el sadismo demostrado por sus ejecutores resultan estremecedores. De algunos de los métodos empleados no se conocían antecedentes en otras partes del mundo".

"La CONADEP ha comprobado que en el marco de la metodología investigada fueron exterminadas personas previamente detenidas, con ocultamiento de su identidad, habiéndose en muchos casos destruido sus cuerpos para evitar su posterior identificación. Asimismo se pudo establecer, respecto de otras personas que en la versión de las fuerzas represivas habrían sido abatidas en combate, que fueron sacadas con vida de algún centro clandestino de detención y muertas por sus captores, simulándose enfrentamientos o intentos de fuga inexistentes". . .

. . . "De este modo, en nombre de la seguridad nacional, miles

¹² *Nunca más* . . . , cit.

y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a integrar una categoría tétrica y fantasmal: la de los Desaparecidos. Palabra —¡triste privilegio argentino!— que hoy se describe en castellano en toda la prensa del mundo".¹³

"Arrebatados por la fuerza, dejaron de tener presencia civil. ¿Quiénes exactamente los habían secuestrado? ¿Por qué? ¿Dónde estaban? No se tenía respuesta precisa a estos interrogantes: las autoridades no habían oído hablar de ellos, las cárceles no los tenían en sus celdas, la justicia los desconocía y los *habeas corpus* sólo tenían por contestación el silencio... Nunca un secuestrador arrestado, jamás un lugar de detención clandestino individualizado, nunca la noticia de una sanción a los culpables de los delitos. Así transcurrían días, semanas, meses, años de incertidumbres y dolor de padres, madres e hijos, todos pendientes de rumores, debatiéndose entre desesperadas expectativas de gestiones innumerables e inútiles, de ruegos a influyentes, a oficiales de alguna fuerza armada que alguien les recomendaba, a obispos y capellanes, a comisarios. La respuesta era siempre negativa".

"Desde el momento del secuestro, la víctima perdía todos los derechos; privada de toda comunicación con el mundo exterior, confinada en lugares desconocidos, sometida a suplicios infernales, ignorante de su destino mediato o inmediato, susceptible de ser arrojada al río o al mar, con bloques de cemento en sus pies, o reducida a cenizas; seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana; la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no sólo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza".

Es cada vez más evidente que este ensayo general de genocidio crecientemente extensible para un proyecto de dominación total no hubiera podido desplegarse en plenitud sin una red de complicidades directas e indirectas, activas y pasivas. A las ya mencionadas, cabe agregar las de la Iglesia, la justicia, la prensa, otras organizaciones e instituciones sociales y políticas, dirigentes e ideólogos del conservadurismo tradicional, el neofascismo, el desarrollismo, la tecnoburocracia pública y privada. La jerarquía y el grueso de los componentes de la Iglesia argentina —quizás la más retrógrada y corrupta de América Latina— se ha comprometido (salvo excepciones tan honrosas como escasas) en el sostén al régimen fascista; en la represión (legitimación explícita, partici-

¹³ *Nunca más...*, cit.

pación en la extracción de informaciones por la tortura física y psicológica, y más tarde resistencia al esclarecimiento de la verdad); en la obstaculización al posterior proceso de democratización. Su adhesión a una tradición religiosa, ética y política de exclusivismo e intolerancia, que divide a la humanidad en réprobos y elegidos, la ha mantenido siempre hasta el presente en disponibilidad para promover, integrar y sostener toda propuesta de cruzada reaccionaria.¹⁴

"En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquier, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella íntima caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: 'Por algo será' se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apestados a los hijos o padres del desaparecido. Sentimientos sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpables de nada..."¹⁵ Esta necesidad compulsiva de negar una monstruosa realidad de la cual se recibía información por múltiples canales, ha llevado a la aceptación del catálogo de justificaciones, distorsiones de la verdad y mentiras desvergonzadas; a la calificación de las denuncias respecto a la represión como invenciones de una conspiración externa para desacreditar a la Argentina; a diversidad de formas de complicidad activa y pasiva que apuntan a la responsabilidad de una parte considerable de la población en la posibilidad y el éxito de un experimento de aniquilación física y psicológica de toda oposición efectiva o potencial. Ello requiere sin embargo considerar otros factores y componentes de este proceso.

Hacia una sociedad paralizada

AL impacto del terror sistemático, que refuerza su eficacia por su propia arbitrariedad y desmesura, debe sumarse la incidencia que sobre los grupos mayoritarios de la población, las clases medias y populares, tienen la baja de ocupación, de ingreso y de nivel de

¹⁴ Sobre la participación de miembros de la Iglesia en la represión, ver *Nunca más...*, cit., pp. 259-263. Sobre la persecución contra miembros de diferentes confesiones religiosas ver, *ib.*, pp. 347-360.

¹⁵ Ver "La clase obrera en la Argentina. Tendencias de su evolución y perspectivas", en *El Bimestre Político y Económico*, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, Buenos Aires, Año 3, Nº 16, julio-agosto 1984.

vida; la inflación; las fluctuaciones del sistema económico; la consiguiente preocupación por la supervivencia material, como fuentes de inseguridad, angustia, actividad absorbente para la supervivencia inmediata, repliegue compulsivo en la vida puramente privada. El régimen fascista cubre el periodo de contracción del mercado de trabajo; de caída de la población activa; de reducción global de la clase obrera (industrial y no) mientras la población nacional sigue creciendo (mayor caída relativa); de disminución del porcentaje de trabajadores ocupados en las grandes empresas (dispersión física de los que siguen ocupados); de disminución del nivel de ingreso y de vida. Ello afecta sus formas de organización y acción, de movilización y representación políticas. A la disminución absoluta y relativa de asalariados se contraponen el surgimiento o la expansión de los trabajadores por cuenta propia (*cuentapropistas*), creciente segmento de la población sin posibilidad de un salario, que busca trabajo, ingreso y supervivencia de manera solitaria y anárquica, sin garantías de mayor bienestar económico, indefinidos e impredecibles en su psicología de grupo y en sus actuales y posibles comportamientos sociales y políticos.

De este modo, en la casi totalidad de la población se crea un estado de ánimo hecho de pánico, temor difuso, apatía y conformismo, y una situación/tendencia de parálisis colectiva. Ello se manifiesta en la reducción casi completa de los grandes movimientos de protesta; en la hibernación de los partidos políticos, sindicatos y organizaciones sociales y culturales; en la reticencia a expresar opiniones críticas o heterodoxas en presencia de extraños (o de familiares y amigos); en la autocensura; en los fenómenos de negación y distorsión de realidades perceptibles y de informaciones disponibles; en el agudo debilitamiento o la pérdida total del sentido de compasión y solidaridad.

La parálisis por el terror y la inseguridad se entrelaza con la disponibilidad de hecho por el régimen de bases sociales: los beneficiarios directos; otros sectores relativamente menos maltratados de las mayorías, que reciben beneficios limitados (especulación financiera, empleo público, acceso a la carrera académica o su aceleración), o esperan recibirlos o incrementarlos en el futuro por concesiones del régimen. A ello se agrega el temor a las consecuencias de un eventual retorno a la influencia política o al gobierno de partidos predecesores o de alternativas radicales, y sus eventuales consecuencias en términos de ascenso de masas, pérdida de privilegios y de status sociales, crisis económicas y políticas, guerra civil; así como el terror a sanciones drásticas, sanciones del régimen militar contra todo disconformismo, resistencia o protesta. Se

estimula así de mil maneras el individualismo, el egoísmo, la irresponsabilidad, la competitividad y el conflicto entre las víctimas, a las que se fracciona y manipula por separado.

Las élites militares, tecnoburocráticas y oligárquicas de la coalición gobernante logran así ciertos grados de apoyo subordinado, consenso pasivo o resignación apática de los grandes sectores medios y populares; los disocian del bloque de las víctimas y los manipulan, incluso contra los elegidos como responsables y víctimas propiciatorias. Durante todo este periodo se evidencian signos de derechización en la psicología, el discurso y el comportamiento de miembros de las clases medias y populares, incluso los que antes se caracterizaron por grados variables de liberalismo, progresismo o izquierdismo. Se despliegan actitudes de comprensión hacia el autoritarismo y la represión del régimen; exaltaciones nacionalistas en competencias deportivas y conflictos internacionales (Campeonato Mundial de Fútbol, Chile, Malvinas), así como frente a las denuncias, presiones e intentos de investigación que provienen del exterior; la xenofobia y el racismo. La prensa abdica de sus deberes de información y crítica, y la universidad exhibe una actitud equivalente. Dirigentes políticos y sindicales —con escasas excepciones—, se caracterizan por las conductas cautelosas, negociadoras o abiertamente cómplices.

El descontento y la oposición nunca desaparecen del todo, se mantienen y pueden resurgir en manifestaciones inesperadas. Un número reducido de dirigentes, cuadros y militantes de organizaciones sociales, culturales y políticas, y sobre todo de defensa de derechos humanos, mantienen su oposición. Subsisten sin embargo grandes obstáculos para su organización y su conversión en fuerzas capaces de enfrentar y sobre todo de destruir y remplazar al régimen neofascista.

El fracaso previo a la instauración de la dictadura ha afectado a grandes fuerzas sociales y políticas, al nacional-populismo peronista y al desarrollismo, a las izquierdas y al liberalismo, al sistema partidista y parlamentario, a la democracia en general. A ello se agrega la pesada carga de responsabilidad que en la destrucción de la democracia constitucional y en la instauración de la dictadura arrastran los derrotados grupos guerrilleros. Las experiencias anteriores y la derrota social y política que se identifica con la instauración y el éxito del gobierno militar, han infundido en las mayorías la confusión y la desilusión, la desmoralización y la apatía; han desacreditado en general a los que son o pretenden ser dirigentes y representantes del pueblo. La inmensa mayoría de los partidos y organizaciones políticas han dejado una herencia de

ambigüedad, paternalismo, autoritarismo, mediocridad, ineficacia, corrupción, desmovilización; parecen incapaces de superar la crisis y de proporcionar alguna propuesta alternativa de confiabilidad y viabilidad mínimas.

Un número considerable de dirigentes, cuadros, miembros y simpatizantes de los partidos, los sindicatos y sus periferias, es asesinado, encarcelado, apaciguado por el terror, la inseguridad y la conciencia del fracaso; o bien marcha al exilio. La emigración amputa recursos humanos para la oposición y la salida en el interior, y al mismo tiempo debilita o descompone a muchos de los que se van. Gran parte del resto de las élites y las organizaciones intelectuales y políticas se paralizan o tratan de adaptarse. Un sector considerable de quienes sobreviven dentro y fuera del país, evidencian su incapacidad para la crítica y la auto-crítica, la explicación de los fracasos y la asignación de las responsabilidades, la extracción de lecciones del pasado, la preservación de la memoria histórica, el diseño y realización de alguna alternativa por la cual valga la pena luchar. Algunos niegan la derrota, o la consideran —junto con el régimen— un interregno de inevitable superación. Para otros, la admisión de la derrota induce a la impotencia, a la creencia reconocida en el poder irresistible del neofascismo, a la adaptación a las condiciones que él impone, todo ello para sobrevivir, para aprovecharlo o, incluso, con la ilusión de superarlo. Los esfuerzos compulsivos de algunos intelectuales y académicos para negar carácter fascista al régimen, y reinterpretarlo bajo el rubro de diferentes denominaciones, más neutras y respetuosas (autoritarismo burocrático, régimen de excepción, dictadura de nuevo tipo), se acercan peligrosamente a un ejercicio de justificación táctica, de idealización oblicua o de legitimación indirecta, o se confunden con él.

Los sectores que mantienen su integridad, las nuevas generaciones de intelectuales y militantes, carecen así de fuerzas y estructuras con capacidad para mantener o recuperar y enriquecer la memoria histórica, y para reconstruir y superar las tradiciones culturales, políticas, organizativas y de acción. Ejemplo de ello es la destrucción o la emasculación de las universidades e instituciones culturales, de los medios independientes de información y comunicación, de los sindicatos y partidos.

El régimen puede así, durante un tiempo considerable, controlar el Estado y la sociedad, y no prevé graves amenazas para su continuidad. Aquél comienza sin embargo a verse erosionado por algunos de sus propios rasgos y efectos, y por una acumulación de fracasos. La crisis estructural, en lo interno y en lo internacional,

limita o suprime el crecimiento económico. El aparato productivo es semidestruido, la economía se estanca. Sectores medios y obreros se empobrecen y desintegran. La sociedad civil se reduce a su mínima expresión. Las formas elementales de una vida democrática son exterminadas o entran en extinción. La cultura y la ciencia se estancan y asfixian. La vida personal y las condiciones de la existencia cotidiana se degradan sin esperanzas. La situación y las posibilidades del país en el sistema internacional se deterioran. El régimen va perdiendo legitimidad por eficacia, al revelarse su incapacidad de promover el crecimiento y la modernización superficiales. Al mismo tiempo, van aumentando gradualmente la conciencia y la protesta públicas por las dimensiones monstruosas de la represión.

La cúpula militar comienza a considerar la posibilidad de una salida institucional hacia un gobierno civil bajo tutela castrense, con las formas de una democracia controlada y restringida. La auténtica democratización no resulta de una movilización popular contra la dictadura, sino de una acumulación de acontecimientos más o menos azarosos e imprevistos, sobre todo de un gigantesco fracaso militar.

A la apertura democrática por la derrota militar

LA Guerra de las Malvinas resulta de una decisión y se realiza como un proceso que no son ajenas a la esencia misma del régimen, pero conjuga además una gama de motivaciones e intereses de distinto tipo, tanto internas como internacionales.¹⁰ Ante todo, la élite y el Estado del neofascismo se identifican con un proyecto propio de dominación interna y de *hegemonía regional*. A la militarización de la sociedad en respuesta a la subversión interna, corresponde la idea de cruzada contra la subversión internacional. Aquélla requiere la reestructuración del campo político-militar en América Latina, e incluso en el mundo. La lógica del neofascismo lleva al conflicto externo. Economía y sociedad, cultura y política, diplomacia y estrategia, deben ser reestructuradas para la continuidad y el éxito del proyecto, a la vez dentro y fuera del país. El modelo de crecimiento neocapitalista dependiente debe ante

¹⁰ Ver. M. Kaplan, "La Guerra de las Malvinas - Aspectos políticos y jurídicos", en *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas/UNAM, Nueva Serie, Año XVII, enero-abril de 1984, N° 49. Una toma de posición crítica frente a la guerra, durante su transcurso, puede verse en M. Kaplan, "La encrucijada de las Malvinas", en *Le Monde Diplomatique en Español*, México, mayo de 1982.

todo dar los recursos para el armamentismo y las operaciones bélicas que apunten al logro de la hegemonía en la región.¹⁷

El proyecto del régimen argentino supone, por una parte, el enfrentamiento fatal en el campo de batalla con regímenes similares pero competitivos (Chile, Brasil); y por el otro, la fantasía de sustituirse a la hegemonía de Estados Unidos como poder regional, considerándolos crecientemente decadentes e incapaces para mantener un orden mundial deseable. El régimen argentino crea condiciones favorables a los intereses norteamericanos y coincide con ellos en la definición de enemigos y peligros comunes. Al mismo tiempo, aquél reivindica y ejerce una considerable autonomía frente a la potencia hegemónica, desoye algunas de sus recomendaciones y exigencias, toma decisiones contrarias a sus intereses y deseos en áreas y cuestiones importantes.

La Operación Malvinas es además parte de la estrategia del presidente general Galtieri y su equipo, para la continuidad en el poder, con objetivos internos y externos en mutuo refuerzo. Se trata de consolidar y legitimar al presidente, como comandante en jefe del ejército, presidente, expresión y garantía de continuidad del régimen y de sus políticas. Ello incluiría una apertura y una institucionalización democráticas, aunque restringidas y controladas por las fuerzas armadas. Tras el triunfo que se descuenta, el general Galtieri lograría la aureola y los atavíos de un cesarismo militar-populista, exitoso en lo externo y legitimado por un plebiscito interno que lo convertirá en presidente constitucional. Hipótesis tentadora en un escenario político que todavía transita el fantasma del general Juan Perón. Esta alternativa busca contrarrestar el desgaste del régimen, y cerrar las fisuras que aparecen en la cúpula de las fuerzas armadas.

Operación de prestigio, desesperada huida hacia adelante, la Operación Malvinas busca desviar y canalizar múltiples malestares y oposiciones hacia un conflicto externo. Aquélla debería galvanizar la nación, reconstituir algo de la unidad nacional quebradiza. Debería también restaurar el desgastado prestigio de las fuerzas armadas, dar vestigios de legitimidad y consenso a un régimen que nunca tuvo la primera y ha ido perdiendo lo que en algunos sectores pudo tener del segundo. Ante una población aterrorizada y aletargada, manipulada y mistificada, se agitan las perspectivas de una recuperación de la soberanía sobre las Malvinas y sus adyacencias con significaciones estratégicas y económicas; se promueven los sueños de una Argentina (que el mismo régimen ha debilitado, degradado y hasta destruído en muchos aspectos) convertida en

¹⁷ Esta hipótesis fue adelantada en M. Kaplan, "Militarismo...", cit:

potencia regional y quizás mundial. La demostración de capacidad bélica en el enfrentamiento con Gran Bretaña desplegaría un potencial agresivo como mensaje disuasivo para Chile. El éxito en las Malvinas cubriría el desenlace eventualmente desfavorable de las negociaciones sobre el Beagle por laudo papal con respaldo de Estados Unidos. Quedaría además demostrada la aptitud del régimen militar como más seguro aliado de Estados Unidos en el hemisferio occidental, para combatir la subversión en toda América Latina, y como principal garante y participante directo en la seguridad del Atlántico Sur y en la "normalización" de Centroamérica y el Caribe. En contrapartida, el general Galtieri y la cúpula militar y tecnoburocrática esperan simpatía y apoyo de los EE.UU. para la reivindicación argentina de las Malvinas.

Apenas cumplida la ocupación de las islas, importantes grupos medios y populares manifiestan masivamente su apoyo y con ella, también al régimen que la decidió y ejecutó a nadie fuera de su propia cúpula, y que ha victimado hasta el presente de muchas maneras a la población y a los intereses nacionales de la Argentina. Dirigentes, cuadros y bases de organizaciones políticas y sindicales, empresariales y culturales, y de los medios de masas; micropartidos y grupúsculos oficialistas; variedades de la izquierda (que movilizan en la operación las sombras venerables y manipulan los textos más adecuados de los grandes clásicos, Gramsci y Trotsky incluidos); antiguos guerrilleros; en el país y en el exilio: una extraordinaria convergencia de todos estos elementos felicitan y apoyan al régimen por su recuperación de la soberanía; dan prioridad a la expansión nacionalista sobre la oposición al régimen, al cual en parte relegitiman.

Este fenómeno, que rememora en escala menor y breve lapso el apocalíptico fenómeno de agosto de 1914, es quizás explicable, además de las razones generales antes sugeridas, por la tendencia de numerosos dirigentes y cuadros políticos e intelectuales a la adaptación mimética respecto a lo que son (o se supone sean) las tendencias emocionales e ideológicas de las masas populares, de las que se teme el aislamiento, y a las que se cree así manipular y canalizar. En la mayoría de los dirigentes y miembros de las fuerzas opositoras subsisten orientaciones nacional-populistas, e influencias ideológicas de tipo conservador o regresivo. Florecen las ilusiones sobre la búsqueda por el régimen de apoyos en la oposición, la cual piensa a cambio desbordar y acorralar a los grupos militares en el poder, y cobrarles el precio del sostén en concesiones de apertura democratizante y de participación en alguna variedad de coalición cívico-militar de emergencia o de transición.

La combinación de arrogancia y triunfalismo, de ignorancia e imprevisión, de incompetencia e irresponsabilidad, de corrupción y cobardía, con que se decide y ejecuta la Operación Malvinas, produce la conocida catástrofe. Ello lleva a una acumulación de responsabilidad y desprestigio del régimen, no sólo ya por sus crímenes y fracasos anteriores, sino también ahora por incapacidad profesional. El malestar difuso y el distanciamiento creciente de la población se transforman en repudio masivo y en exigencia generalizada de regreso a los cuarteles, de restauración de la democracia y del gobierno civil, sin condicionamientos ni tutelas. La unidad de las fuerzas armadas se fractura, y su capacidad de gobierno se vuelve ficticia e inoperante. El régimen pierde toda credibilidad en lo interno, ante las potencias y naciones desarrolladas, en América Latina. La apertura democrática es finalmente posibilitada por la arrogancia y ceguera del liderazgo neofascista, que especula con el impacto destructivo de su gestión, con su capacidad de control y presión para ejercer una futura tutela sobre el Estado, y con el esperado triunfo de un peronismo interesado en la alianza con las fuerzas armadas y en el despliegue de una política conservadora o fuertemente regresiva. La acumulación de factores y manifestaciones de la crisis y de la catástrofe juegan un papel decisivo en el triunfo del radicalismo alfonsinista, y otorgan al gobierno un margen de maniobra y un período de gracia. Le plantean también, y con ello al proceso de democratización, una gama de obstáculos, peligros y dilemas, a cuyo análisis se destina la segunda parte de este ensayo.

EL PERU EN LA ENCRUCIJADA

Por Edgar MONTIEL

1. Universidad y nuevos actores políticos

ESA mañana de octubre de 1971 a nadie llamó la atención cuando los muros de la Ciudad Universitaria de San Marcos amanecieron con vistosas consignas "Por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui"¹ y las siluetas de unos indios esgrimiendo un fusil y una lampa. "Es una escisión del Frente Estudiantil Revolucionario Bandera Roja", se rumoró en los corrillos estudiantiles. Desde entonces, a esta nueva cuadrilla de la topología grupuscular de la universidad se le conoció como el *FER-Sendero Luminoso*. Salvo por estas llamativas pintas, este grupo no dio que hablar hasta las elecciones estudiantiles del año siguiente, en que sus candidatos se postularon para dirigir el Centro Estudiantil de la agitada Facultad de Derecho.

La noche de las elecciones se sintió la presencia de elementos singulares en la Facultad, vestidos con atuendos provinciales recorrían el campus y algunos de ellos, en la noche, en las horas de escrutinio, vigilaban los corredores haciendo un enigmático alarde de vigilancia, portando fusiles bajo sus casacas o ponchos, como que querían y no querían ser vistos. "Los senderistas han traído como a 50 gentes de Ayacucho", comentaban los líderes de las otras tendencias, el *FER-Patria Roja* y *Unión Estudiantil*, que contendían en las elecciones. Ganaron las elecciones. Estos hechos serían reveladores.

En la Facultad de Derecho de San Marcos, más que en otras, la mayor parte la constituían jóvenes de la pequeña burguesía rural, con vocación acendrada de juristas, muchos de ellos hablando quechua. Tal vez portar armas en una anodina elección estudiantil

¹ Revisando los textos de Mariátegui no hemos encontrado ideas o metáforas que se refieran a "Senderos Luminosos". Lo que ocurre es que todos los grupos de la izquierda marxista peruana alegremente afirman que fueron fundados por José Carlos Mariátegui. En toda la folletería partidaria se encuentra esta alusión que, salvo buscar legitimidad, no tiene ningún asidero histórico.

no sería un signo inocente de la actuación posterior de esta organización. Habiendo ya conquistado una cabeza de playa en el movimiento estudiantil, el *camarada Gonzalo*, nombre de guerra de Abimael Guzmán, dirigente del Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso, se hizo popular en los medios universitarios y se hablaba con respeto, y hasta con cierta admiración, del trabajo político que realizaban en la universidad San Cristóbal de Ayacucho, y en las zonas campesinas. Muchos de los líderes que ahora aparecen en los diarios como dirigentes de Sendero Luminoso provienen de las filas estudiantiles, donde ya se distinguían por su beligerancia y su activismo contra el gobierno reformador de Velasco Alvarado, al que consideraban fascista.

En los años siguientes Sendero dio cada vez más que hablar; y se le unieron algunos otros grupos disidentes salidos de *Vanguardia Revolucionaria* y, en particular, el Grupo *Puka Llacta*, salido del Partido Comunista-Patria Roja, partido actualmente legalizado y con acción parlamentaria. A partir de los años 60's, la universidad atraviesa por un proceso de masificación que el sociólogo Aníbal Quijano calificó como de "cholificación". Los "cholos" venidos de provincia y de la sierra, irrumpieron en las universidades y en especial en la muy politizada Universidad de San Marcos.

Este proceso responde a la *modernización* de la sociedad peruana, a la *migración* juvenil del campo a la ciudad, y a la apertura democrática de la universidad, gracias a las luchas estudiantiles. Los provincianos se asentaron en la universidad y alcanzaron posiciones de liderazgo tanto en lo académico como en lo político, y en facultades como la de Derecho muchos jóvenes venidos de los Andes, quechua-hablantes, introdujeron nuevas preocupaciones, nuevos temas de debate, y *nuevas percepciones* de la lucha política. Actualmente gran parte de los dirigentes públicos de la izquierda son el resultado de esta mutación de la universidad peruana. En los movimientos campesinos y las guerrillas de los años 60's, la Universidad de San Marcos y la de Ingeniería fue de las que más contribuyeron con cuadros de jóvenes talentosos y aguerridos que se enlistaron en las guerrillas.

Era tanta la preocupación del gobierno por el reclutamiento de universitarios en la guerrillas que se introdujeron reformas en la universidad, y con fines de despolitización el Departamento de Estado Norteamericano, a través de uno de esos oscuros convenios de reorganización de bibliotecas de la OEA, ordenó quemar la hemeroteca marxista de la universidad que contenía las revistas legadas por José Carlos Mariátegui.

2. *Ayacucho o el Perú Real*

AYACUCHO es una de las zonas más miserables del Perú. La esperanza de vida es de 49 años, quien tenga 50 es un sobreviviente. Una zona *desarticulada* de la nación peruana, sin infraestructura de escuelas, hospitales, carreteras, planes de irrigación, constituye un recodo arcaico indigente de la realidad peruana.

Allí, tres de cada diez niños mueren por causa de tuberculosis o enfermedades parasitarias. El 80% de la población presenta síntomas de deficiencia alimentaria y de anemia. Nueve de cada diez casas son de paja, sin ventilación, sin servicios sanitarios, en las que se albergan una o dos familias. El sentido de nacionalidad es una abstracción. Todos estos datos ya fueron consignados en los años 60's por los informes de los servicios de inteligencia del Ejército, cuando tuvieron que combatir las guerrillas de esa zona. La reforma agraria peruana promovida por el gobierno de Velasco Alvarado no llegó a concretarse significativamente en esta región y mucho menos en las alturas donde viven los *iquichanos*, donde la dieta alimenticia es a base de habas y papas y el relieve geográfico muy accidentado. En las zonas menos intrincadas la reforma agraria pudo generar un proceso de modernización, y se encuentran allí Sociedades Agrarias de Interés Social —SAIS—, organizaciones cooperativas creadas a partir de la expropiación de latifundios, donde las comunidades campesinas aledañas tienen participación en la gestión y propiedad. También se generaron formas contemporáneas de organización social como son las *ligas agrarias* y los sindicatos, de tal modo que las formas organizativas y de politización son de alguna manera semejantes al de la vida social moderna.

Así como los *iquichanos*, que protagonizaron el ajusticiamiento de nueve guerrilleros de Sendero Luminoso y la muerte posterior de nueve periodistas, existen otras etnias quechuas que tienen una *débil relación* con las economías relativamente más desarrolladas de las planicies. Son etnias que han guardado sus formas organizativas, productivas, religiosas y de lengua, como supervivencia de la época prehispánica. Son meandros de una nación antigua que sobrevive en el presente, para quienes la noción de peruanidad, de occidente, de comunismo o capitalismo, no les dice gran cosa. Han guardado sus propios valores culturales, éticos y morales. Son diferentes. Es el Perú real, no el legal.

Según lo informó la comisión presidida por el novelista Mario Vargas Llosa, la muerte de nueve senderistas en manos de la comunidad se debió a que la acción de estos elementos provenientes

de la pequeña burguesía rural y urbana causó un gran trastorno en las alturas iquichanas, y lo más grave fue que Sendero Luminoso obstaculizaba el pequeño comercio existente entre las comunidades de las alturas con las de la planicie. Obstaculización que era una verdadera condena a muerte de estas comunidades. La muerte de nueve periodistas posteriormente se debió a que estos comuneros esperaban la incursión de senderistas para vengar a sus compañeros, de tal modo que en la confusión de la noche victimaron a estos nueve trabajadores de la comunicación. Gran paradoja, justamente de comunicación. Para estas etnias ser *periodistas* constituye una noción abstracta, inexistente. Estas muertes son la prueba patética de la *incomunicación* en el Perú contemporáneo. Las acciones de Sendero sacan a flote esa parte olvidada de la vieja nación peruana.

No hay tampoco, como lo reconoció la comisión investigadora, que subestimar el papel incitador que juegan las fuerzas policiales, los llamados *sinchis* ("los audaces" en quechua). Azuzaron a estas comunidades para que respondieran violentamente ante la aparición de extraños en sus páramos. Para los comuneros, tanto *sinchis* como guerrilleros son igualmente perturbadores. Los *sinchis* al ocupar comunidades cometían excesos delirantes: violaban a las mujeres, robaban parte de las cosechas, disparaban sus rifles automáticos a media noche, y borrachos saqueaban las comunidades al canto de: *terroristas de mierda, entraremos esta noche a sus casitas, comeremos sus tripitas, beberemos su sangrecita, cortaremos sus cabecitas, picaremos sus ojitos, ablastaremos sus tobillos*.

En este clima se produjeron los sucesos mortales en los pueblos iquichanos que sorprenden a la racionalidad occidental y que, sin pretender una justificación, merecen una explicación, y que —a nuestro juicio—, son las pruebas de cargo de ese *desencuentro* dramático entre el Perú profundo y el Perú "republicano".

3. Gobierno de Blancos

COMO "un Gobierno de blancos" define Mirko Lauer, un leído editorialista de *La República*, al régimen de Belaúnde Terry.

Después de un singular proceso de transformaciones —reforma agraria, nacionalización del petróleo, creación del sector de propiedad social (durante la gestión del General Velasco Alvarado)— con la llegada del General Morales Bermúdez se inició una *vuelta al pasado*, una desactivación de las reformas que Belaúnde a continuado irresponsablemente.

Con un indiscutible apoyo popular, 45% electorado, Belaúnde Terry volvió al poder, y lo hizo con un equipo de hombres habi-

tados al juego político de las épocas oligárquicas, provenientes de las élites limeñas. Belaúnde Terry no es un estadista que tenga una visión *nacional* de la realidad peruana. El equipo con el que gobierna es un grupo de políticos improvisados, sin gran bagaje técnico, más preocupados, al hacer política, por sus intereses privados. *Strictus sensu* el Perú todavía no tiene una clase *dirigente*, ya que ésta es el resultado de un proceso histórico. Los actuales gobernantes actúan más como *clase dominante* que como *clase dirigente*. Son hombres con muchos intereses económicos, por lo que no existe en puridad una *autonomía relativa* entre el poder económico y el poder político.

Hombres como Manuel Ulloa, ex primer ministro y líder reconocido del partido gobernante, es un hombre con muchas inversiones en el Perú, elemento de confianza del Departamento de Estado Norteamericano y cómplice de la banca trasnacional. Un personaje de esta naturaleza no puede funcionar como gobernante porque los intereses nacionales atentan contra sus intereses particulares.

Belaúnde y su equipo son *gestionarios* del poder, gobiernan al día, no hay un plan nacional de desarrollo, no hay grandes objetivos a lograr, de tal modo que los graves problemas peruanos en la agricultura, en la minería, en la educación, en la cultura, en la alimentación, son asuntos que rebasan la capacidad de comprensión y de acción del actual régimen. Esto muestra también un ejercicio anacrónico del poder, como el no considerar los decisivos problemas de los campesinos dentro de los planes de acción nacional. Por eso este gobierno no tiene mayor capacidad de concesión, no puede negociar con las diversas categorías sociales de la nacionalidad peruana.

Estos son los síntomas reveladores de la *falta de clase dirigente* en el Perú, de proyectos nacionales de gobiernos y de planes de Reforma que construyan un tejido social estable. Existe tal falta de sentido nacional que la gestión belaúndista afecta incluso a la propia burguesía nacional.

Al desnacionalizar, por ejemplo, la industria siderúrgica, energética, la pesca, Belaúnde corta la fuente de recursos para una política social del Estado; afecta a la industria nacional dado que la siderúrgica es un elemento clave para la manufactura.

El gobierno de Belaúnde, siendo un gobierno burgués, ni siquiera sabe defender los intereses de la propia burguesía local; como si fuera necesario un aprendizaje histórico para que actúen según la racionalidad capitalista moderna. ¡Hay que enseñar a esa precaria clase dirigente a comportarse como burgueses!

Esa falta de visión para abordar los problemas del campo se

observa al afrontar las acciones de Sendero Luminoso; con irresponsabilidad se obstruye el proceso de reforma agraria en la sierra peruana, se restituye las tierras a los latifundistas, se apoya a las oligarquías regionales, lo que genera reacciones violentas como las de Sendero Luminoso y su apoyo por parte de los campesinos más pobres.

En los años 80's, cuando los senderistas ocuparon el primer plano de la actualidad y la conmoción en Ayacucho se acrecentó la primera respuesta del régimen fue tan pintoresca como dramática: se fletó un avión con mapas, diccionarios, panetones, dulces y caramelos para enviarlos a la zona convulsionada y, así, con regalitos pacificar a la población... No es una anécdota propia de las novelas de Carpentier o de García Márquez... así lo reportan las revistas peruanas: ¡enviar caramelos fue la primera respuesta del régimen! Afrontar estos problemas económicos, políticos y culturales de raigambre con regalos o con medidas puramente policiales ha sido acremente criticada por diferentes sectores, tanto por los generales en retiro que combatieron la guerrilla en 1965 como por políticos de la izquierda, que consideran que Belaúnde *no tiene una estrategia coherente* para afrontar esta reacción de violencia en Ayacucho. El general Edgardo Mercado Jarrín, ex primer ministro, en declaraciones a *Le Monde Diplomatique* señala:²

"...Yo creo que el gobierno de Belaúnde mantiene una política equivocada porque trata de controlar el problema fundamentalmente con medidas policiales. En ese tipo de situación, el gobierno debe tomar una acción preventiva, y no habiéndola tomado, como en este caso, su acción debe ser de tipo conjunta, es decir, una estrategia de conjunto que incluya las acciones económicas, políticas y sociales asignadas en un Plan Nacional de Desarrollo.

Es importante y urgente, como un primer frente de lucha, la necesidad de que todas las regiones deprimidas de la sierra central, donde ha surgido una mezcla de guerrillas y terrorismo, el gobierno dé respuestas mediante la ejecución de un plan integral de desarrollo: un plan de desarrollo de emergencia.

Ha faltado entonces una concepción diferente para afrontar el problema; estos problemas de violencia no pueden ser simplemente controlados por acciones policiales, es fundamentalmente una acción que hay que realizar en el campo económico, en el social, para toda la zona de Ayacucho, toda la zona de Abancay, en las zonas más deprimidas que requieren una acción urgente, un plan integral

² Le Monde Diplomatique en español. Sev. Especial Latinoamericana. Marzo 1983. Entrevista de Edgar Montiel.

de desarrollo para cambiar la situación de vida de las poblaciones de esa zona y controlar así que los brotes de violencia se sigan ampliando..."

Similares posiciones fueron adoptadas por los intelectuales; un grupo de investigadores caracterizados por su serenidad analítica, reunidos en torno a la revista *Socialismo y Participación*, criticó también la forma cómo Belaúnde afronta los problemas:

"...ese tipo de violencia no habría alcanzado su actual magnitud si el gobierno y más directamente el presidente de la República no se hubiera convertido, como lo ha hecho, en *responsable directo* de la *profundización de la miseria* que a todos nos humilla, de la dilaplación de la confianza que le entregó el pueblo y del mal uso del más extraordinario poder político e institucional que haya tenido presidente alguno en la historia de los gobiernos democráticos del país..."

Estas tomas de posesión de militares en retiro, de personalidades independientes, y de políticos más calculadores, molestan tanto al régimen que a estas alturas acusan a los discrepantes del mismo de ser cómplices de las acciones senderistas. Burda maniobra que muestra una vez más la falta de respuesta consistente por parte del gobierno.

4. ¿Qué le espera al Perú?

Lo más desarmante es cómo, después que el Perú atravesó por un proceso de transformaciones que la consolidación de la nacionalidad exigía, donde la movilización popular fue más visible que nunca, en 1980 la "neo-oligarquía" haya retornado de una manera triunfal al poder, y con tan alto electorado. ¿Una amnesia histórica?; ¿falta de memoria en la colectividad, resultado de una manipulación ideológica muy sofisticada?; ¿pueblo sin capacidad crítica? Son tantas las preguntas que nos puede suscitar el ascenso del belaúndismo al poder, y la vuelta a un pasado oligarca y a un "gobierno de blancos".

Se gobierna desde Lima para los intereses de los limeños de Lima y sus alrededores, y sin reflejos ante los graves problemas nacionales.⁸ Por el lado de la izquierda, que en las elecciones de 1980

⁸ Ante los problemas estructurales de Ayacucho hay una tardía reacción del Gobierno, que el oficialista diario *Expreso* titula "Electrificación total en Ayacucho"; que, para ser más preciso, es un acuerdo del Gobierno peruano con el argentino (!?) para llevar electricidad a las localidades de Soccos, Vinchos, Tambillo, Jamicocho, Pacaycaso, Quinua y Vicos, dentro de 18 meses, según el "proyecto"

obtuvo un tercio del electorado, las cosas no son tampoco muy esperanzadoras. Una izquierda atomizada, que en la elección nacional se dividió por ideologías (incitadas desde Europa), entre troskystas, maoístas o prosoviéticos. Pero en algo se avanza, se constituyó la coalición *Izquierda Unida*, dirigida por un líder que requiere todavía acrecentar su estatura de estadista, Alfonso Barrantes Langan. Ahí va Izquierda Unida atravesando las escaramuzas de las capillas que la conforman, bordeando los obstáculos, esquivando los golpes, sin haber cohesionado un proyecto popular y democrático que influya verdaderamente en el escenario nacional.

Por el lado del APRA, éste va perdiendo su imagen porrista, pro-oligárquica de los años 50's y 60's, para volver a sus fuentes primigénitas de antimperialismo y economía social. Actualmente se asiste a un proceso de *modernización* y radicalización del APRA, que lo convierte en un partido con atractivo popular, que ratifica su implantación organizativa y que busca alternativas para el país.

El nombramiento como Secretario General de un joven sociólogo, Alán García, ha ayudado a afirmar esta tendencia rectificadora, y en los proyectos de este político, que acaba de publicar un sugerente libro-programa *El Futuro Diferente*, se vislumbra ya una acción concertada entre la izquierda socialista y el APRA. Esta reconciliación tendría una verdadera dimensión histórica. Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, mentores más que espirituales de estas dos grandes corrientes iniciadas en los años 30's, animadores hasta nuestros días de estas dos vertientes del movimiento popular, 50 años después vuelven a reencontrarse para, tal vez, construir un gran proyecto político nacional, popular, democrático, que reconcilie a los peruanos con su historia y les garantice progreso y continuidad como nación.

LA DEUDA EXTERNA: UN PROBLEMA POLITICO INTERNACIONAL

Por *Carlos RAMIREZ*

DESPUÉS de tres años de aplicar programas de ajuste y de estabilización y de responder a los dictados de los bancos y gobiernos acreedores, los países endeudados de América Latina comienzan a saber que la salida del largo túnel de la crisis de pagos los está llevando irremediablemente a un callejón sin salidas. En tres largos años se aplicaron las recetas más drásticas para mantener aceitada la capacidad de pago de las naciones que acumularon un débito de 360,000 millones de dólares, aún a costa de sacrificios sociales y dañinos frenones en sus crecimientos económicos, pero cada día se acumulan las evidencias de que todo ha sido en vano: la crisis persiste y los deudores se quedan sin posibilidad de seguir ensayando las mismas fórmulas.

En el nuevo escenario de la crisis de la deuda, los términos que caracterizan los hechos cotidianos marcan algunas claves. Los perfiles políticos del problema del débito se inscriben en un contexto social bastante deteriorado que empuja a los jefes de Estado y de gobierno de las naciones deudoras, así como a sus fuerzas políticas, a volver los ojos hacia dentro y a preguntarse con demasiada insistencia si el camino andado era realmente el correcto o si es tiempo de dar un golpe de timón.

La preocupación sobre el problema de la deuda no ha quedado sólo en eso. En los últimos meses algunos movimientos políticos al respecto comienzan a montar una escenografía diferente a la de mediados de 1982, toda vez que en 1985 el flujo de servicio de la deuda, sobre todo la liquidación puntual de intereses —salvo, en estos momentos, Argentina—, no ha dejado de acitar los pesados y caros pistones del sistema financiero internacional. Por ello, tal vez, los países con la deuda más grande de América Latina están terminando de diseñar una interesante ofensiva política que pasará, necesariamente, por dejar atrás promesas, convicciones y, sobre todo, acciones que respondieron más a los desvelos de los acreedores que a los pueblos de los deudores.

Por ahora, nadie parece estar quieto. La búsqueda de soluciones está obligando a los actores del drama de la deuda a convertir la crisis de la deuda en el escenario de confrontaciones que van más allá de los escarceos puramente económicos o monetarios. El enfoque político existió siempre, aunque los bancos y gobiernos acreedores desestimaron la situación. Pero no por ello dejaron de sopesar la situación de la crisis financiera con enfoques de inteligencia y de seguridad nacional. De 1981 a la fecha, agentes en activo de la CIA o exagentes de esa oficina de inteligencia realizan estudios de riesgo político en departamentos especiales que han sido creados en la burocracia de los principales bancos privados norteamericanos.

En este contexto, hay algunos elementos que están mostrando caminos inéditos al problema de la deuda. En Uruguay, un pequeño país de poco más de dos millones de habitantes, un nuevo gobierno tomó las riendas luego de echar a la calle a los militares que no pudieron con el manejo de la economía. La cartera de Relaciones Exteriores se le entregó a un economista que no sabía nada de la vida diplomática, pero cuyo nombramiento fue bastante simbólico: Enrique Iglesias, exsecretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), teórico de la corriente estructuralista que busca soluciones de fondo a los problemas regionales y hombre de pensamiento progresista, fue designado canciller. ¿La razón? Las respuestas habría que buscarlas en la decisión del nuevo gobierno civil de Uruguay de unificar el problema de la deuda —que comienza a pesar sobre los hombros de la democracia del país al oriente del Río de la Plata— con la estrategia de la política exterior.

En Estados Unidos, por otro lado, la Casa Blanca no permanece quieta ante el acoso de los deudores y la petición continental para un diálogo político sobre el débito. Además de diseñar la estrategia general del dólar, la Administración Reagan enrocó puestos entre su jefe de personal y el secretario del Tesoro, Donald Reagan pasó a actividades administrativas relacionadas directamente con el Despacho Oval y James Baker III ascendió al ministerio de Economía norteamericana.

El asunto no tendría demasiada trascendencia si no fuera porque James Baker III, descendiente de una prominente y rica familia de abogados texanos, reúne en su biografía política algunos elementos a tomar en cuenta en su nuevo puesto al frente del Tesoro estadounidense. Además de haber estado involucrado en la recolección de fondos para la campaña de reelección del Presidente Nixon en 1972 y de que parte de esos fondos hubieran sido utilizados para financiar a los plomeros que asaltaron el hotel Watergate, en

Washington, Baker III fue miembro prominente del Consejo Nacional de Seguridad, verdadero centro rector de la política exterior reaganiana.

A su vez, otros actores en el drama de la deuda también parecen estar dispuestos a no perder protagonismo. Enemigo acérrimo de cualquier intento por politizar el débito, el presidente del Sistema de la Reserva Federal, Paul Volcker, está haciendo verdaderos trabajos de embajador itinerante de la Administración Reagan para asuntos de deuda, a fin de evitar que fructifique la alianza latinoamericana. A su vez, el exsecretario de Estado norteamericano y exjefe de la comisión bipartita para Centroamérica, Henry Kissinger, induce estudios en su despacho de asesoría económica para señalar que están equivocados quienes piensan que a estas alturas el problema de la deuda está resuelto y que el flanco más débil de la crisis financiera es el político y social.

A tres años de distancia de aquel agosto negro que cortó de tajo las vacaciones de verano de banqueros y dirigentes de organismos financieros intergubernamentales, la situación financiera de Occidente no encuentra salida ni permite, en medio de desajustes y problemas de la deuda y otros de corte económico, que la economía internacional vuelva a la ruta de la recuperación sobre bases sanas. La incertidumbre, en este caso, tiene más tintes políticos que propiamente numéricos, además de que los líderes de los países altamente industrializados parecen preocupados más por sus problemas que por los de las naciones atrapadas en el círculo demente de la deuda.

En todo caso, la situación de la deuda latinoamericana —360,000 millones de dólares a finales de 1984, poco más del 40 por ciento del total del débito del Tercer Mundo— ha adquirido con el tiempo rasgos que la han convertido en el peor obstáculo para el desarrollo socioeconómico de 25 países. El problema central radica en las exigencias de los acreedores de asumir políticas económicas que promuevan los superávits de divisas para pagar el servicio, escamoteándole recursos a la inversión productiva.

Al despuntar el segundo semestre, las naciones latinoamericanas aparecen cansadas de desempeñar el papel de derrotados en una guerra financiera de la que fueron combatientes de trinchera, pero no participaron más que como fuerzas aliadas. Así las cosas, América Latina quiere evitar la maldición de Keynes de repetir, en otro contexto, aunque con los mismos efectos dañinos, el síndrome de la Alemania de la Primera Guerra Mundial. En su texto *Las consecuencias económicas de la paz*, Keynes señalaba que ningún país podía aguantar los castigos financieros y las multas que le

impusieron a Alemania los países que ganaron la conflagración en 1918 y que a la larga se sufrirían las reacciones de las medidas draconianas.

1985: Ofensiva de deudores

CON la decisión de buscar cambios en las condiciones impuestas por los acreedores, las naciones latinoamericanas comenzaron desde mediados del año pasado a diseñar un discurso político que reconocía culpabilidades propias por el endeudamiento apresurado e irresponsable de los países que apoyaron su crecimiento en el financiamiento externo, pero al mismo tiempo pedían que los propios acreedores asumieran su responsabilidad por permitir esta fiesta de los créditos. Muchos ministros de Hacienda de países latinoamericanos que luchaban internamente para hacer aprobar los programas de ajuste, eran los mismos que fueron cortejados en reuniones conjuntas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial para que aceptaran préstamos de bancos con exceso de liquidez.

En su libro *Los bancos y la crisis mundial*, el periodista inglés Anthony Sampson cuenta anécdotas en las que los ministros de Finanzas de pequeños países eran acosados por representantes de los grandes bancos para que firmaran créditos sin detenerse a mirar la solvencia de los prestatarios. De hecho, los representantes de los bancos privados, sobre todo los norteamericanos, habían aprendido muy bien la lección de Keynes, pensador económico al que odiaban por sus propuestas respecto a estimular la demanda vía salarios y a la fundamentación teórica sobre el papel del Estado en la economía, pero al que simultáneamente admiraban por su sensibilidad para captar el rasgo psicológico de las relaciones económicas internacionales: una empresa puede quebrar o declararse insolvente; un país, no.

Así las cosas, al despuntar el decenio de los ochenta los bancos comenzaron a preocuparse por su dinero. Si bien muchos de los dólares se perdieron en los intrincados suburbios de la corrupción y casi una tercera parte —según evaluación de la revista *Fortune*— de ellos sirvieron para financiar la fuga de capitales privados latinoamericanos, en el fondo muchas de las divisas del débito habían permitido lograr tasas importantes de crecimiento económico. En el periodo 1975-1981, la deuda latinoamericana aumentó 208 por ciento, pero permitió un crecimiento anual promedio de 8.6 por ciento. Los años posteriores fueron de crisis y el crecimiento del débito fue solamente para mantener funcionando la maquinaria del pago de servicio de la deuda.

Poco a poco, a partir de la crisis de 1982, las evidencias van conformando hoy un escenario diferente al previsible tres años antes. Según las evaluaciones de los expertos, bastaba la aplicación de políticas de estabilización para enfriar las economías de los países que se declaraban sin divisas para hacer frente a sus compromisos y cuya acreditación de culpa recaía en supuestas irresponsabilidades en el manejo de las economías internas. Sin embargo, aún a regañadientes, las naciones con alto pasivo dolarizado tuvieron que responder a las presiones de los acreedores y durante tres años cumplieron con las exigencias.

Hubo, en consecuencia, dos reacciones: de una parte, los excedentes de divisas trajeron consigo ciertos instantes de respiro en la alta peligrosidad financiera de los bancos cuyos activos eran deudas impagables. De otra, la aplicación de las políticas de ajuste violentaron los problemas sociales y políticos de los deudores y no permitieron las correcciones necesarias para evitar posteriores crisis de pagos. Al final de cuentas, la crisis se estimó algo superficial cuando era, ya para entonces, la manifestación de rezagos estructurales en economías que fueron llevando a la práctica recetarios que crearon ilusiones momentáneas pero no soluciones de fondo.

En tres años hay algunos elementos nuevos en el problema de la deuda. El mapa político del área latinoamericana está mostrando otras aristas en el problema financiero de la deuda, así como posibilidades de instrumentación de acciones diferentes y más concertadas entre los deudores. La iniciativa mexicana para la declaratoria de una moratoria conjunta en 1982 encontró a los tres principales deudores —además de México— sumidos en contradicciones internas: Brasil no quería jugarse la posibilidad de un gobierno civil y los militares no mostraron sensibilidad para iniciativas políticas sobre problemas económicos. Los militares argentinos estaban preparando la transición y dedicaban todas sus fuerzas a desaparecer pruebas de su involucramiento en la dirección de la "guerra sucia" que hizo desaparecer o morir a más de 30,000 opositores políticos. Venezuela se creía, por sus altas reservas en oro y por su petróleo, invulnerable a las crisis financieras y no quería plantear alianzas que le dificultarían capacidad de movimiento.

En 1985, las naciones latinoamericanas tienen cada vez más claro que la democratización política —que pasó por la sustitución de ominosas dictaduras militares— pasa necesariamente por la democratización económica. Por ello no es curioso sino altamente significativo que las soluciones de fondo o las propuestas novedosas para enfrentar otra posible crisis de pagos o para buscar condiciones menos drásticas para los países con débito surjan preci-

samente de naciones que acaban de salir de la noche de las dictaduras y quieren sentar las posibilidades a largo plazo de la democracia en la desaparición de presiones económicas por el alto pasivo dolarizado. Brasil cambió el esquema de negociación por el carisma del fallecido Presidente Tancredo Neves y su negativa a seguir sacrificando a las mayorías brasileñas con políticas que satisfacían a los bancos y no a la nación. Argentina está dispuesta a encabezar cuanta rebeldía sea posible para enfrentar a los bancos a la posibilidad real de moratoria. Y Venezuela se dio cuenta, con la sustitución del gobierno conservador democristiano por el socialdemócrata de Jaime Lusinchi, de que el FMI y los bancos acreedores son implacables.

Otros deudores importantes parecen rendirse ante las evidencias, pero la permanencia de esquemas políticos conservadores les ata las manos para la consolidación de alianzas. Por ello se notan cambios importantes en el discurso de este tipo de deudores: de haber sido instrumentadores de medidas a nivel regional que beneficiaban a los bancos e impedían acciones conjuntas de los países latinoamericanos, algunos ministros de Hacienda comienzan a darse cuenta, tardíamente, que los programas de ajuste son limitados y que los acreedores deben darle una dimensión política al problema de la deuda.

Polifacética, la crisis de pagos sigue siendo la espada de Damocles que cuelga no sólo sobre las cabezas de los bancos acreedores, sino también sobre la de las naciones deudoras. Las expectativas de crecimiento de los países deudores está pasando, de manera obligada, por la sensibilidad que puedan mostrar los acreedores para buscar soluciones diferentes al problema de la deuda. Porque resuelta la crisis de pagos, ninguna economía latinoamericana, ni ningún sistema político de la región podrá soportar más de tres años de estancamiento o de recesión, por más voluntad que muestren los gabinetes económicos. Las revueltas sociales, las presiones políticas y las posibilidades de las democracias para enfrentar el descontento —cuyas raíces siguen siendo económicas— sólo podrían ser frenadas con opciones de represión que muchos gobiernos están negándose a aplicar.

Tal vez por eso el escenario político de la deuda esté mostrando algunos puntos poco analizados en la actualidad. Si la democratización de los principales deudores —el discurso político mexicano de la deuda responde a las presiones sociales evidentes— está empujando a los acreedores a sentarse seriamente a estudiar no sólo la reactivación del circuito financiero del pago de servicio sino también a incluir en sus análisis las necesidades reales de los pueblos

endeudados, algunos indicios surgidos en los propios países acreedores podrían modificar los términos de las disputas sobre la deuda.

Por lo pronto, las principales autoridades financieras norteamericanas se están mostrando por primera vez sensibles a las protestas de los deudores. Un cambio de fondo en el tinte del discurso mexicano de la deuda provocó el aterrizaje apresurado, a finales de abril, de Paul Volcker en el aeropuerto internacional de la ciudad de México. Si el pretexto fue un descanso aparentemente bien ganado, en el fondo su apretada agenda mostró, antes que nada, el interés por influir en el tono de las protestas mexicanas respecto de la validez y estrechez de las políticas de estabilización exigidas por el FMI.

Simultáneamente, el poderoso presidente de la FED norteamericana se mostró sumamente interesado por los estragos sociales de la crisis financiera de México. Aunque algunos funcionarios del Banco de México quisieron desestimar el impacto social del ajuste ortodoxo, algunos anfitriones del visitante se mostraron sorprendidos por la insistencia de Volcker respecto a la proliferación de vendedores ambulantes, a la multiplicación de niños limpiaparabrisas y al brote de boleros* callejeros. Aunque negó cualquier posibilidad de salidas o diálogos políticos sobre la deuda, no pocos observadores están persuadidos que la presión social en los países deudores estaría obligando a los acreedores a pensar en otras soluciones menos drásticas.

En esta línea, una guerra diplomática entre deudores y acreedores está tomando forma. La contienda está apelando, por el lado de los deudores, a la conciencia pública y al apoyo político mayoritario —y también a un consenso social— para que los términos de renegociación de las deudas latinoamericanas sean revisadas a fondo, pensando inclusive en la condonación o cancelación del débito de algunos países virtualmente insolventes. Cuba, Uruguay, Brasil, Argentina, México, Venezuela, Dominicana, Perú, Panamá, España, Italia y otras naciones parecen haber concluido que sólo un diálogo político conjunto sobre el tema de la deuda podría encontrarle otras salidas a la inevitable crisis de pagos para el corto plazo.

El lado de los acreedores no muestra sino unión en cuanto a la negativa de politizar la deuda. Si bien para ellos aceptan y promueven lo que niegan a los demás —sobre todo el Club de Acreedores—, en el fondo aun se muestran reacios a creer que de veras el problema social sea un detonante de otra crisis de pagos. Sus analistas de riesgo político siguen creyendo que el control

* Limpiabotas lustrabotas.

interno en las principales naciones deudoras tiene aún espacios de acción, sin que descarten fríamente la posibilidad de regímenes de fuerza que detengan las protestas sociales. Sin embargo, casos como Argentina, Brasil y Perú quisieran evitar la posibilidad de repetir dentro de sus fronteras represiones como las de Chile y Dominicana, con tal de seguir sosteniendo el esquema de pago de intereses como prioridad indispensable e inamovible.

A la larga, fracasos

LA palabra que los principales acreedores se niegan a reconocer sería tal vez el primer camino para negociaciones globales sobre el problema de la deuda: *fracaso*. Las evidencias de tres años de estadísticas latinoamericanas no están resintiéndose los análisis de las computadoras de Wall Street debido a que inclusive los expertos del FMI comienzan a incluir en sus informes regionales y nacionales los escenarios sociales y políticos. Las recomendaciones de políticas de ajuste están siendo flexibilizadas, no precisamente porque los acreedores hayan creído pertinente el aflojamiento, sino porque es prácticamente imposible que las naciones deudoras apliquen la ortodoxia en espacios económicos largos.

Y ocurre, también, que por primera vez los acreedores se están planteando preguntas interesantes: ¿Y después? ¿Cuánto tiempo durante el ajuste? ¿Las políticas de estabilización llevan consigo los antibióticos que, si bien combaten una enfermedad, no corrigen las deficiencias para siempre? ¿La estabilización podría sentar bases sanas para un despegue posterior? Al final de cuentas, la política económica de los acreedores está haciendo agua en un mar de contradicciones y protestas sociales de más de 300 millones de personas que no ven la luz al otro lado del túnel.

Por lo pronto, el tiempo pareció jugarles rudo a los acreedores. En el otoño de 1982 la crisis se veía de corto plazo, de caja y de insolvencia financiera superable. La culpa de la crisis se acreditó a razones políticas y a políticas económicas excesivamente cargadas de componentes populares, si no es que populistas. El discurso de los acreedores pareció ser bien recibido por los ministros de Hacienda de los principales deudores y a lo largo del continente se comenzaron a aplicar políticas de ajuste que enfatizaban los problemas de inflación y de balanza de pagos por criterios puramente monetarios.

Tres años después, las estadísticas se han convertido en la mejor evidencia del fracaso de las estrategias de los acreedores. Algunos

economistas consideran —en una postura que otorga concesiones como ventajas comparativas— que los programas de ajuste lograron sus propósitos, aunque en algunos casos el triunfo fue menor: la inflación cedió, la balanza comercial mostró números negros, la cuenta corriente de la balanza de pagos dejó el tinte marcadamente rojizo que los obligó a caer en manos de los fondos del FMI, el sistema de pagos internacionales se mantuvo funcionando y la reprogramación de las deudas con bancos privados transnacionales aligeró la carga del servicio de la deuda.

Pero ahora la pregunta que no encuentra respuesta es una: ¿y luego? El logro de las metas anteriores ha supuesto el abandono de las estrategias de crecimiento económico con distribución del ingreso. La economía latinoamericana, según cifras de la CEPAL, tuvo dos años de crecimiento negativo —de -1.0 por ciento en 1982 y de -3.1 por ciento en 1983— y uno de positivo. Pero en ambos casos, el esquema de costo social no ha variado e inclusive avanza hacia deterioros generales de los niveles de vida de los pueblos de la región.

Con tres años a cuestas, las sociedades latinoamericanas tienen pocos motivos para mostrarse optimistas. Cuatro años de distribución negativa de la riqueza producida no son para alegrar a nadie. Sin embargo, la pregunta a responder involucra la validez de los programas exigidos por la FMI para continuar con los procesos de reprogramación de los pagos de la deuda. El producto interno bruto por habitante y el ingreso nacional bruto por habitante mostraron tendencias negativas en los últimos cuatro años, sin que existan perspectivas de recuperar las tasas históricas de alrededor de 3.0 por ciento de los años anteriores a la crisis de pagos de 1982.

Por las evidencias de los fracasos de las políticas económicas impuestas por los acreedores —vía FMI—, las naciones deudoras se encuentran persuadidas de que las salidas tienen que tomar caminos *políticos*. Sobre todo por la insistencia de los expertos del FMI de seguir exigiéndole a los deudores medidas de política económica que buscan solamente la recuperación de la capacidad de pago del servicio de la deuda, sin detenerse en pensar en las necesidades reales de crecimiento y distribución de los países con pasivos dolarizados.

Por lo pronto, las protestas sociales están convirtiendo al FMI en un visitante indeseable en América Latina. Las políticas de ajuste exigidas han provocado protestas sociales y muertes callejeras en manifestaciones antiortodoxas en Perú, Panamá y Dominicana. La estela de represión y muerte está pesando sobre los hombros de

técnicos financieros que eluden con demasiada facilidad la noción social de los problemas económicos. Países, inclusive, con larga tradición de control sobre las fuerzas sociales, como México, no han evitado manifestaciones de protestas populares contra la política económica fondomonetarista.

Economía de guerra

COMO si fueran partes de una batalla, los informes económicos de organismos intergubernamentales no han podido evitar la inclusión de saldos y cuentas que miran más la cuestión social. No es solamente recoger las evidencias anuales, sino que basta una calculadora poco perspicaz para definir el saldo (en 1984) de tres años de ajuste fondomonetarista y para perfilar las expectativas sociopolíticas de los países de la región en el corto plazo.

Los informes de la CEPAL —dependiente de la Organización de las Naciones Unidas— presentan evidencias de que América Latina vive, a la manera que advirtió Keynes, el ajuste de cuentas con la derrotada Alemania de 1918, "las consecuencias económicas de la paz". Aunque en 1984 el crecimiento económico fue de 2.5 por ciento sobre 1983, en 1984 los países latinoamericanos siguen debajo de la línea de flotación de lo logrado en 1981, porque su PIB es de -1.4 por ciento.

Las expectativas de los países latinoamericanos no son halagadoras. De hecho, la crisis financiera y la aplicación de programas de ajuste retrasó un lustro el desarrollo económico y social de la región. Si acaso en 1985 se logra una tasa de crecimiento similar a la de 1984 —2.5 por ciento—, América Latina estaría apenas en el nivel de crecimiento de 1981, con casi 1 por ciento por encima del PIB de hace cinco años.

¿Qué se necesitaría para que Latinoamérica mostrara en 1985 una recuperación de lo perdido en la crisis y exhibiera los resultados de cinco años de crecimiento económico mínimo de 3 por ciento anual? Por lo pronto, la voluntad, la liquidez y los espacios para crecer en 1985 en algo más de 10 por ciento. Con este crecimiento, América Latina podría situarse en la mínima línea de flotación que evitara el hundimiento y respondiera a las expectativas sociales de creación de riqueza.

Sin embargo, la realidad muestra sus perfiles reaccionarios por las cifras que arroja el balance de la crisis financiera de 1982 y, sobre todo, por la forma en que los acreedores obligaron a los deudores a buscar las salidas de emergencia. En 1984, respecto a

1981, el producto interno bruto por habitante fue de -8.2 por ciento, lo que indica el grado de empobrecimiento de los 375 millones de latinoamericanos. El ingreso por habitante bajó unos escalones más y resultó en 1984 con -10.8 por ciento sobre los niveles reales de 1981. El perfil de estas cifras exhibe a una región que marcha a grandes zancadas hacia la depauperación general e irrefrenable.

Por lo demás, el peso más grande para las economías latinoamericanas sigue siendo el de la deuda. En términos comparativos, los latinoamericanos cargan cada vez más sobre sus espaldas el peso de un débito que hasta hoy no tiene solución. En 1984, la deuda acumulada de América Latina aumentó en poco más de 30 por ciento sobre las cifras de 1981. Sin embargo, como la población apenas creció 7.1 por ciento, al final la deuda per cápita tuvo un aumento de 22 por ciento en 1984 sobre la distribución de 1981. Hace cinco años, cada latinoamericano debía 786.92 dólares, en tanto que en 1984 cada niño nacía cargando un pasivo de 960.45 dólares.

Frente a este panorama, la economía de guerra ofrece pocas salidas de emergencia. Para los acreedores, el único camino para atenuar el peso de la deuda es trabajar sobre las exportaciones. Sin embargo, los cálculos de los expertos hablan de aumentos anuales de 10 por ciento en las exportaciones latinoamericanas para ir diluyendo el peso de la deuda. En todo caso, en los últimos años el aumento en las ventas al exterior tuvo que destinarse a cubrir los aumentos en las tasas de interés. Para cubrir cada punto de alza en la *prime* norteamericana, América Latina debe aumentar sus exportaciones en 4 por ciento. Así las cosas, en 1984, con respecto a 1981, los países de la región apenas comienzan a levantar cabeza, pues en cinco años se registra un aumento, en términos reales, de apenas 1.06 por ciento en las ventas latinoamericanas al exterior.

En este contexto, el servicio de la deuda aparece como el lastre que le impide a los países endeudados buscar las tasas de crecimiento mínimas para responder a las expectativas de crecimiento económico y distribución del ingreso. ¿El motivo? El pago del servicio de la deuda ha crecido en cuatro años casi 13 por ciento. Por sí mismo, el pago del servicio de la deuda fue en 1984 34.76 por ciento mayor al pagado en 1981.

Los resultados de las comparaciones no ofrecen escenarios optimistas para los pueblos latinoamericanos que tienen sobre sus hombros una de las deudas regionales más altas del mundo. El porcentaje de las exportaciones que se dedica al servicio de la deuda aumentó 33.22 por ciento en cuatro años, al pasar de 29,500

millones de dólares en 1981 a 39,300 millones en 1984. En 1984 se necesitaban casi tres veces el valor de las exportaciones latinoamericanas para cubrir la totalidad del pasivo dolarizado de la región.

Con estas cifras que muestran el lado oscuro de la crisis financiera —esos datos que los expertos de los bancos acreedores se niegan a analizar a no ser que influyan en las decisiones políticas de los gobiernos locales y en negativas a seguir pagando sus compromisos—, la economía latinoamericana se apresta a vivir en 1985 otro año de prerrecesión. Las expectativas de crecimiento no muestra lados positivos porque el frenón de la economía occidental provocará una caída en las exportaciones de los países que giran en torno a las economías de los siete países más ricos. De acuerdo a datos de la OCDE, los pronósticos de crecimiento económico de los países desarrollados para 1985 hablan de casi la mitad de las cifras logradas en 1984: 2.6 contra 4.9 por ciento. La caída del crecimiento de la economía norteamericana, la famosa locomotora de Occidente, pasará de 6.8 por ciento en 1984 a 3.8 por ciento en 1985. Y sin locomotora, los carros de ferrocarril tendrán que seguir la tendencia de los más fuertes.

Deuda: diálogo de sordos

Lo que tal vez introduzca tintes de pesimismo en las expectativas del problema de la deuda no son los ominosos anuncios de que la economía internacional colaborará poco para resolver la crisis de los endeudados, sino la cerrazón de los países, gobiernos y bancos acreedores respecto de la necesidad de debatir conjuntamente el carácter del problema y de sus posibles soluciones. Y por si fuera poco, en este contexto se incluyen las posturas poco solidarias de algunos dirigentes políticos de países deudores que a lo largo de 1984 desactivaron importantes e inteligentes iniciativas respecto a alternativas viables.

El panorama se presenta incierto. Nadie duda de la sordera política de los países industrializados. En 1984 la Cumbre Económica de Londres recibió con frialdad una carta que le enviaron los once países más endeudados de América Latina para instarlos a mirar con otros ojos el problema. Agobiados por sus propios problemas de recesión y de combate contra el dólar reaganiano —producto del déficit presupuestal más alto de su historia y de tasas de interés amarradas a esos números rojos—, los países más ricos no creyeron importante atender la petición de los deudores,

máxime que la carta era producto de la minicumbre de endeudados de Cartagena, Colombia, a principios de junio.

En un año las cosas se fueron deteriorando más. Argentina decidió cumplir el Consenso de Cartagena y aceptar el apoyo de un paquete de rescate que estaba diseñado para evitarle problemas a los bancos acreedores y seguirle el juego a las naciones ricas, y menos a pensar en las posibilidades de forzar diálogos políticos ante negativas de pagos de intereses. Pero de junio de 1984 a febrero de 1985, el panorama económico fue mostrando aristas bastante delicadas como para soslayarlas fácilmente.

No fueron sólo los casos de Brasil, Argentina y Venezuela, sino las declaraciones políticas de otros países contra la vigencia y utilidad de las políticas de ajuste del FMI. El dilema de pagar o crecer comenzaba a inclinar la balanza hacia el segundo de los supuestos, aún aceptando los riesgos políticos y económicos de negarse a pagar la deuda en las condiciones planteadas por los acreedores.

Al despuntar el año de 1985, el Consenso de Cartagena parecía rebasado un poco por la tibieza de sus planteamientos y otro poco por la sordera de las naciones acreedoras. Pero nuevamente Brasil, Argentina y Perú y Bolivia sacaron a relucir las contradicciones del problema y la negativa de sus gobiernos a seguir orientando sus economías exclusivamente al pago del servicio de la deuda. Ya van casi dos años en que el FMI no puede lograr que Argentina firme con el FMI, pese al nerviosismo de muchos bancos acreedores norteamericanos respecto a la falta de pago de intereses por casi 1,000 millones de dólares que el gobierno de Raúl Alfonsín no ha desembolsado.

Si bien Argentina puede ser en cualquier momento el detonante de una nueva crisis de pagos latinoamericana, algunos observadores y analistas bancarios también lo ven como el laboratorio o el catalizador de la capacidad de resistencia de los deudores. Los problemas políticos internos —sobre todo la falta de consenso obrero respecto a las medidas de ajuste a aplicar— estarían poniendo en entredicho la capacidad de liderazgo del gobierno civil de Alfonsín. La búsqueda de caminos menos drásticos podría mostrarle a los acreedores la importancia de aflojar un poco en sus exigencias, toda vez que una política fondomonetarista como la de México provocaría en Argentina la rebeldía de los poderosos sindicatos peronistas y la debilidad del precario sistema democrático.

Como bien advertía hace poco Henry Kissinger, en Argentina podría comprobarse la hipótesis de que el FMI podría ser el causante de mayores revoluciones sociales que las doctrinas de Marx

y Lenin. De hecho, la democracia latinoamericana, fundamentalmente la de las naciones que recién salen de la noche de las dictaduras, pende del hilo más delgado que es la deuda externa y la política económica. Por lo pronto, los dirigentes del FMI y del Club de Acreedores —aglutinados bajo la coordinación del Citicorp— está viendo que hasta México, su niño consentido, si bien firma las cartas que le piden, no cumple rigurosamente con las promesas. No porque no quiera, sino porque las condiciones sociales internas no se lo permiten.

El escenario de 1985 volvió a recuperar la esencia del Congreso de Cartagena. Inclusive, no pocos gobiernos deudores están actualizando las decisiones de hace un año y las están radicalizando. En Cartagena nunca se habló de un diálogo político, meta que en la actualidad se encuentra en el punto uno de la larga lista de peticiones de los países agobiados por el pago de altísimos intereses.

Hacia mediados de mayo, la situación se mostró más inclinada a la urgencia de negociaciones globales sobre el tema de la deuda. Aunque en la Cumbre de Bonn el Presidente Reagan se negó a hablar de una ronda de conversaciones para reformar el sistema monetario internacional e inclusive se negó terminantemente a negociar este punto a cambio de la aprobación francesa de una nueva Ronda Tokio, de hecho el escenario de 1985 en la reunión de los Siete fue diferente a la de la Cumbre de Londres, un año antes.

Si bien la disciplina de los jefes de Estado y de gobierno aprobó un comunicado final en el que se reforzaba la autoridad del FMI para promover las renegociaciones a cambio de cartas de intención para la aplicación rigurosa de políticas de estabilización, varios hechos ofrecieron evidencias de que la unidad de los países industrializados estaba centrada en función de sus propios intereses. Aisladamente, Canadá, Francia e Italia se han mostrado inclinados a apoyar el diálogo político sobre la deuda. Inclusive, en la reunión preparatoria de la Cumbre de Bonn, la OCDE decidió apoyar a América Latina en la búsqueda de caminos políticos al problema del débito.

En todo caso, los problemas actuales derivados del asunto de la deuda están poniendo a pensar seriamente a los acreedores de que las soluciones no fueron tales. Asimismo, los están obligando a pensar la deuda como problema político internacional. Para llegar a este punto de reflexión, los caminos no pueden ser tan sinuosos como parece. En todo caso, lo que está pesando en el ánimo de los acreedores y en el sentido común de algunos funcionarios de naciones deudoras es que los pueblos latinoamericanos no pueden aguantar más tiempo en la recesión o el estancamiento.

Tres años han sido suficientes para mostrar que mientras los caminos andados resuelven la crisis en las estadísticas, las evidencias de problemas sociales en las calles puede romper con las ilusiones financieras.

En 1982, la crisis financiera estalló en un continente que tenía agotada su capacidad de pagos. En 1985, la capacidad de pagos aparece resuelta en estadísticas que rebosan de superávits comerciales y en cuenta corriente, pero la crisis financiera no sólo continúa latente, sino que avanza en su estado de descomposición. Lo malo es que aún conociendo estas evidencias, los bancos acreedores no saben qué paso dar para evitar que las presiones sociales y políticas de los deudores den al traste con los pocos avances logrados.

Y por lo que se ve en el complicado mapa político latinoamericano, algunos gobiernos que nacieron muy recientemente a la democracia no parecen estar dispuestos a condicionar la libertad política de sus pueblos a las exigencias financieras de acreedores que en este problema de la deuda sólo han aplazado un poco la acreditación de utilidades, pero no han sacrificado nada de sus beneficios y sí han exigido sacrificios sin fin a los deudores.

En suma, lo que queda como evidencia, a partir de la necesidad de un diálogo político entre deudores y acreedores, es el hecho de que las soluciones pensadas en 1982 llegaron hace poco a su nivel de incompetencia. Así planteadas las cosas, el "fantasma" de la crisis aún no se diluye. Por lo demás, en esta ocasión los pueblos de las naciones deudoras están dispuestos a evitar mayores sacrificios. Y esto es, ya, un avance democrático en un continente en el que la crisis económica ha sido la promotora de dictaduras militares. Por ello, luchar contra la deuda es, para muchos países, combatir contra posibles dictaduras.

ANEXOS

EL COSTO SOCIAL DE LA CRISIS

(%)

	1981	1982	1983	1984	1984/1981
PIB	1.7	-1.0	-3.1	2.5	- 1.4
PIB/Habitante	-0.7	-3.3	-5.3	0.2	- 8.2
Ingreso por habitante	-2.3	-5.3	-5.7	-0.2	-10.8

Fuente: CEPAL, Informe de la economía latinoamericana de 1984.

EL PESO DE LA DEUDA

	1981	1982	1983	1984	1984/1981 (%)
Deuda (m/d)	275,422	315,336	340,937	360,170	30.74
Población latinoamericana (Millones)	350	358	367	375	7.1
Deuda por habitante (Dólares)	786.92	880.82	928.98	960.45	22.05

Fuente: CEPAL, Estadísticas de 1984.

LA DEUDA DE MOEBIO

(Millones de dólares)

	1981	1982	1983	1984	1984/1981 (%)
Exportaciones	93 800	86,400	86,200	94,800	1.06
Servicio de deuda	27,700	37,641	34,465	37,330	34.76
Deuda total	275,422	315,336	340,937	360,170	30.77
Servicio/ Export (%)	29.5	43.5	39.9	39.3	33.22
Deuda/ Exportaciones (%)	193.6	264.9	299.5	279.9	44.57

Fuente: CEPAL, Cifras de 1984.

Aventura del Pensamiento

TARDE EN LA AURORA: GRANDES AMENAZAS SOBRE EL HOMBRE CONTEMPORANEO

Por Jorge SERRANO

Parte primera: planteamientos

DURANTE cientos de miles de años el hombre se ha ocupado en proteger su vida ante amenazas provenientes de la naturaleza o de otros hombres. Su orientación básica ante el mundo daba por supuesto que sus esfuerzos todos estaban dedicados a lograr su supervivencia. Durante todo este tiempo fue absolutamente impensable como planteamiento realista —hubiera parecido la más absurda de las ideas— el proyecto de dedicar los mejores recursos hasta entonces acumulados, tanto humanos como materiales, a hacer viable la posibilidad de destruir a todos los hombres —incluyendo a los constructores de tal proyecto. Y aún más impensable la idea de que ese proyecto pudiera tener aceptación alguna en la sociedad. La sociedad toda, en absoluta indignación, hubiera reaccionado arrebatando de las manos de aquellos insanos, hasta dejarlas vacías, toda posibilidad de hacer factible tal idea y aun de darle la más mínima difusión.

Sin embargo, ahora ha sucedido exactamente lo contrario. Se ha planteado el proyecto, se le ha dado toda la difusión posible, inclusive se ha hecho realidad la amenaza, y la reacción de la sociedad en su conjunto ha sido de tal tibieza, casi indiferencia —si se considera la magnitud del problema—, que uno desemboca a la perplejidad plena con la pregunta: ¿qué le ha sucedido al hombre? Cuando éste se coloca en el centro de la historia y la puede finalmente tener en sus manos. . . resulta ya tarde en la aurora humana. No parece existir forma de librar al hombre —al mundo— de tal locura. El holocausto estéril de la vida es el proyecto que en el proceso de su realización absorbe ya los mayores y mejores recursos de crecimiento, finanzas y materiales.

Esto es un hecho absolutamente único en el mundo y en la conciencia humana. Después de cientos de miles de años por primera vez se encuentra el hombre con la necesidad de afrontar tal situación.

Y sucede que se sorprende totalmente impreparado. Tal vez esto explique que haya sido lento en reaccionar. Ha seguido dando por sentado lo que siempre ha sido su principal supuesto: que todo su esfuerzo consiste en la lucha por la vida; y en parte por ello mismo no aparece aún su rebelión masiva, frontal, total a semejante insania.

Pero en parte es también debido a que los desquiciados impulsores del proyecto han podido utilizar en su favor, no sólo los gigantescos medios de difusión que controlan, sino también los "buenos" oficios de ideologías aberrantes e inmoralidades que, en su provecho, ellos han podido rescatar de la basura de la historia y con ello han propiciado un letargo de opio en la conciencia humana. Frente a todo esto, un hecho emerge: ante la aparición que por primera vez hace en el escenario del devenir del hombre una tal locura ¿qué valor pueden tener más las ideologías? La conciencia falsa que subyazca en cualquier ideología no puede ya más mantener su careta de engaño. Ante el hecho de la aparición en ese escenario, de aquel nuevo fenómeno que como actor entra en escena y acompañará de hoy en adelante hasta el final al hombre —el hecho de la amenaza del holocausto final— ¿qué podrán ya las ideologías a nivel histórico? ¿No se anuncia más bien al emerger de un nuevo estadio de conciencia donde ésta exige como categórico incondicionado la proclamación de la verdad desencarnada? —lo cual necesariamente supondrá transformaciones radicales en las estructuras políticas de la sociedad no menos que en las económicas, tecnológicas y sociales. ¿No es esto ya el anuncio de la muerte en la historia del estadio pasajero de las ideologías —del funcionamiento mismo de la conciencia ideológica— y la entrada al estadio de las verdades de la cultura —la conciencia cultural de la verdad?

Hemos llegado a un momento tal de la evolución humana en que las alternativas hay que plantearlas claras con su insoslayable y brutal disyuntiva: o se acaba la violencia o se acaba el hombre; o se acaban la dominación, la explotación y la hegemonía o se acaba el hombre; o se acaban las ideologías y el lenguaje falso o se acaba el hombre; o se acaba el subdesarrollo o se acaba el hombre; o se acaban las armas o se acaba el hombre. Finalmente se puede ver claro y se puede respirar profundamente sea para —disyuntiva final— empezar un nuevo estadio del hombre, sea para caer definitivamente, con dignidad para quien luche todavía, en el último crepúsculo que ahogará la aurora humana antes de que llegue el esplendor del día.

Para ser conscientes y consecuentes con la verdad, con la terrible verdad que la insania nos trajo, es necesario ver antes con toda claridad en qué consiste y cómo será ese horrendo crepúsculo fatal.

A plantearlo dediquemos las páginas próximas, pues de la honda percepción de su realismo podremos sacar después —tendremos que sacar pues es la única y la última carta del juego humano que nos queda— algún atisbo de solución.

Hasta muy recientemente, un gran número de los expertos de guerra, estrategias y asesores militares, han operado bajo el supuesto de que una guerra nuclear se puede manejar como guerra de carácter limitado, se puede ganar sobre el adversario y se puede sobrevivir a ella; es pues ganable, limitable, sobrevivible. Pero hoy por hoy los últimos resultados de la investigación, tanto en Estados Unidos de Norteamérica como en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, confirmados por la comunidad científica mundial, han cambiado por completo el cuadro de lo que serían los efectos desastrosos de una guerra nuclear.

Esto no sólo por la proliferación de centrales de energía nuclear, sino también por el alto grado de automatización de los procesos de control y detonación y por el enorme aumento en las cantidades de explosivo nuclear disponible en los varios arsenales y, además, porque las actuales "bombas atómicas" tienen un potencial descomunadamente mayor que las ya conocidas del final de la Segunda Guerra Mundial. Sólo por dar un ejemplo: las de Hiroshima y Nagasaki tuvieron un poder explosivo equivalente a 12,500 y 22,000 toneladas de TNT. Hoy incluso se ha tenido que convertir en algo usual el hacer los cálculos del poder explosivo en términos de megatonnes (un megatón corresponde a un millón de toneladas de TNT). Pues bien, la potencia de las bombas almacenadas hoy en día en los arsenales del mundo supera la potencia que tendrían un millón de bombas idénticas a la que se arrojó sobre Hiroshima. Hoy existen ya fabricadas más de 50,000 armas nucleares con una capacidad total que superaba ya en 1983 los 13,000 megatonnes, y cálculos recientes estiman que ya se poseen actualmente alrededor de 25,000 megatonnes. Pero conviene observar que para la descripción que sigue¹ no es siquiera necesario suponer que la mayor cantidad de éstos venga detonada, de hecho basta con una porción increíblemente pequeña del total de las existencias actuales (volveremos sobre este punto).

Lo que se había principalmente descuidado en las previsiones y estudios anteriores sobre las consecuencias, era el impacto enorme y a escala mundial sobre las condiciones climatológicas y ecológicas y

¹ La descripción que viene a continuación recoge en síntesis los datos y conclusiones de un reporte elaborado conjuntamente por el autor y los científicos B. Rauschenbach, B. Rigdon, W. Bach, V. Preobrazhensky, en febrero de 1985.

sobre los efectos biológicos terribles que tal impacto acarrearía. Una de las consecuencias que vendrán luego después del estallido es que se disolverán montañas enteras de glaciales debido a la elevación intensa y súbita de la temperatura en las capas atmosféricas, lo cual provocará inundaciones extensivas en muchas partes de la tierra. El calor de los océanos puede generar tormentas de vientos tales que la humanidad no ha conocido nunca. Además, la destrucción que opere la explosión sobre algunas plantas civiles de energía nuclear ya existentes aumentará sustancialmente el nivel de las radiaciones, el cual se conservará muy elevado por largo tiempo, provocando males como los que ya son conocidos por las víctimas de Hiroshima o Nagasaki.

Tampoco se había prestado atención a las sustantivas modificaciones de clima que resultarían del humo, hollín y polvillo que surjan de los enormes incendios de grandes ciudades y bosques producidos por explosiones atómicas. Hoy se sabe que esos fuegos generan monumentales cantidades de humo y hollín que habrán de llenar la baja atmósfera. Al mismo tiempo, la alta atmósfera resulta también cargada —saturada— de finas partículas de polvo. Esta combinación de hollines de grande y pequeña elevación efectivamente bloquea la luz del sol y le impide llegar a la superficie de la tierra, trayendo así consecuencias desastrosas para todos los seres vivientes.

Otra de las primeras consecuencias después del estallido es que, debido a esa enorme nube negra, la superficie de la tierra se irá rápidamente cubriendo (tal vez en dos semanas) de oscuridad casi total. La luz que entonces se tendrá del sol no alcanzará ni al uno por ciento de la luz que se recibe hoy normalmente en un día soleado y claro. Esto será extremadamente peligroso para la fotosíntesis de las plantas y causará la muerte de una gran variedad de vegetales. Esta oscuridad durará por varios meses y no es improbable que dure un tiempo mucho más largo. Con ello, aquellos pocos seres humanos que hasta entonces hubieran sobrevivido se enfrentarán con un futuro de hambre que los diezmará con la muerte.

Más aún, por razón de esa intensa oscuridad, la temperatura sobre la superficie de la tierra descenderá a niveles muy bajos. En grandes zonas que en conjunto abarcarán la mayoría de la superficie terrestre, la temperatura llegará a condiciones de congelamiento de unos 20° centígrados bajo cero o aún más bajas. Las consecuencias de esto son claras: plantas, animales y seres humanos se congelarán hasta morir. En las áreas costeras, donde las temperaturas del agua marina serán más altas, el clima pudiera no ser tan severamente frío, pero las diferencias de temperatura entre la

superficie de la tierra y el agua oceánica producirán violentas tormentas de lluvia y nieve.

Otro efecto terrible es el de los fuegos o incendios que, además de su propio poder destructivo, generarán inmensas nubes de humos tóxicos que envolverán la tierra con una especie de smog venenoso que persistirá durante largos periodos.

Pero por supuesto, además de las inundaciones, oscuridad, frío congelante, fuegos y gases tóxicos, las víctimas de un estallido nuclear serán bombardeadas con partículas radioactivas, no sólo inmediatamente después de la explosión (de esto es de lo que tal vez más se ha venido hablando en años pasados) sino también durante meses, quizá años. Como resultado de lo cual, los sistemas inmunológicos de eventuales sobrevivientes humanos serán seriamente dañados, quienes además de enfrentarse al hambre tendrán que hacer frente también a epidemias desparramadas para ese entonces por todo el mundo. Inclusive si la sobrevivencia fuera posible en tales condiciones, el daño causado a los órganos reproductivos reducirá drásticamente durante algún tiempo la posibilidad de dar a luz niños normales.

Cuando al fin la oscuridad se vaya retirando y la luz solar regrese a la tierra, ¿qué sucederá? Algo seguro es que el daño ocasionado a la capa de ozono en la estratósfera significará que ahora la luz del sol habrá de traer una cantidad anormal de peligrosa radiación ultravioleta durante muchos años. Esto tendrá dos grandes efectos. Por un lado aumentará fuertemente las afecciones del cáncer de piel y, por otro, incidirá en el proceso de producción alimenticia ya que interferirá en la polinización de plantas por insectos y destrozará las plantas marinas en los niveles menos profundos de los océanos.

Todavía otro aspecto importante de este cuadro de horror es que hoy se sabe que prácticamente todos los fenómenos descritos serán de alcance mundial. Los estudios científicos señalan que incluso las áreas tropicales y subtropicales normalmente cálidas quedarán sujetas a severos congelamientos que, a pesar de que duren por periodos relativamente cortos, serán suficientes para matar toda o casi toda la vegetación. Por otra parte, no obstante que hasta hace poco se creía que podrían quedar lugares o reductos en el hemisferio sur hacia donde algunas pocas gentes pudieran escapar, ahora es claro que aquellos efectos también se harán sentir en el hemisferio sur, aunque probablemente allí durarían por menos tiempo.

Así pues, el impacto combinado de todos esos fenómenos será la destrucción de los sistemas básicos de apoyo a la vida humana

en todo lo largo y ancho del mundo. Pero lo más chocante de todo, es el darse cuenta de cuán poco realmente se necesitaría usar del cúmulo de material almacenado en los arsenales nucleares para desatar la hecatombe y llegar al horribilante escenario descrito, llamado comúnmente "Invierno Nuclear". Es escalofriante enterarse de que sólo se requiere menos del uno por ciento de tal material. Y ésta es una cantidad que puede ser disparada simplemente por sólo uno o dos de los submarinos nucleares modernos (sólo Estados Unidos mantiene, en el Atlántico y Mediterráneo, alrededor de 50).

Obviamente se tiene que admitir que hay muchas incertidumbres, factores aún desconocidos e imponderables sobre el asunto, y que queda mucha investigación por hacerse sobre las consecuencias de una guerra nuclear. Pero es claro que la noción de un Invierno Nuclear no es de ninguna manera una fantasía de los científicos y académicos. Ninguna de las incertidumbres presentes hoy es suficientemente grande como para poner bajo cuestionamiento las conclusiones generales que se tienen que sacar de los datos y hallazgos de que ya se dispone, como por ejemplo, que en una guerra nuclear no puede haber ganadores —incluso si el país atacado no respondiera contra-atacando. Es asimismo a todas luces claro que muy improbablemente pueda haber sobrevivientes de un Invierno Nuclear.

Así pues, es a la luz de estas consideraciones, que sacuden más allá de toda ponderación los cimientos mismos de lo humano, como debemos hacer frente a tal problema. Si el uno por ciento de lo existente en los arsenales basta para destruir nuestro planeta ¿qué justificación económica, moral o política, puede haber para pretender continuar almacenando armas nucleares en cualquier parte del mundo?; ¿qué sentido puede tener una doctrina de disuasión por medios nucleares (submarinos, terrestres o espaciales) a la luz de lo que ya se sabe sobre las consecuencias suicidas que traería el uso de una mínima parte de ellas? Con toda la seriedad que surge de una situación tal, y sólo por ello, osaremos dar aquí un paso más y plantear lo que a nuestro juicio nos aparece como un atisbo posible de solución.

Parte segunda: hacia un atisbo de solución

PARA tener un punto de arranque introduciré, como primera contención de esta segunda parte del trabajo, la proposición siguiente: existen dos fuentes principales de inseguridad en el mundo

de hoy y, en consecuencia, dos grandes peligros contra el don mismo de la vida; ellos son, por un lado la carrera armamentista, pero por otro, el subdesarrollo. Por tanto, es indispensable que ambos sean eliminados del escenario del mundo, ya que si sólo se le da solución a uno pero se deja el otro sin respuesta, la seguridad simplemente no se logra. Esto es así porque lo que se requiere para dar base firme a la seguridad es la anulación efectiva de las causas de la guerra y no sólo de los instrumentos con que se hace —los armamentos. Pero las causas de la guerra son de dos tipos. Por una parte, las que se generan "desde arriba" —las pequeñas pero poderosas élites de los tomadores de decisión y artífices de políticas rectoras, en donde prevalecen siempre las consideraciones hegemónicas y los grandes intereses económicos—; y por otra, las que surgen "desde abajo" —las precarias y aun amargas condiciones de vida de un número siempre creciente de la población global, que asciende hoy por hoy a dos tercios de los habitantes del mundo y que en muy pocos años se verán grandemente incrementados debido a la explosión demográfica y a la dinámica implacable de pauperización impuesta sobre los países subdesarrollados.

Por consiguiente, no únicamente el avance de la carrera armamentista es un gran peligro en los años próximos, sino también el crecimiento alarmante del subdesarrollo. Digamos brevemente una palabra sobre este segundo. El subdesarrollo destroza la estabilidad interna de las comunidades nacionales, y la estabilidad interna de las naciones es condición indispensable para fortalecer la estabilidad de la comunidad internacional como tal, esto es, significa seguridad para todos. Pero además, es precisamente el desarrollo el camino para reducir la brecha entre las comunidades desarrolladas y las subdesarrolladas, y por ende, el llamado a eliminar una de las más grandes causas potenciales de inestabilidad e inseguridad. Más aún, en último análisis, no es la carrera armamentista sino el desarrollo quien puede superar las contradicciones básicas del mundo contemporáneo (no sólo las económicas sino también las políticas y las sociales) y proporcionar así una base sólida a la seguridad internacional. No es necesario extendernos por ahora sobre este punto ya que su fuerza es contundente en su brevedad, y ya que se trata sólo de una contención introductoria al punto principal de este trabajo al cual podemos ya encaminarnos.

Si tanto la carrera armamentista como el subdesarrollo son las dos fuentes mayores de inseguridad ante el don mismo de la vida e intentamos identificar un origen común de las dos, de modo que seamos realmente capaces de hacer frente a ambos, ¿en dónde lo deberíamos buscar? A nuestro juicio, este origen debe buscarse

en el vasto campo de lo moral. Pero ello a condición de que no tomemos a éste en sentido restringido sino en su sentido más amplio, esto es, como el campo de lo humano *en cuanto* humano, allí donde se ubica la especificidad entera del hombre. Teniendo en cuenta lo anterior, podemos avanzar para señalar el terreno u origen común donde los dos puntos anteriores, carrera armamentista y subdesarrollo, se encuentran. Estaremos entrando de ese modo, según dijimos, al amplio campo de lo moral —observemos que no podemos decir propiamente el campo de la moral o de la moralidad, el cual en cuanto tal no sería propio de una discusión sociológica.

Si miramos entonces a la historia desde una perspectiva sociológica, notaremos que hay algo que es cualitativamente nuevo en lo que —simplemente por abreviar— llamaremos la inmoralidad del periodo histórico denominado "la modernidad". Esta época como cualquier otra, introdujo cosas positivas y negativas en la historia. Entre las positivas se puede citar el impulso fuerte al desarrollo de la ciencia y la tecnología. Pero entre las negativas ninguna peor, a nuestro juicio, que el tipo peculiar de inmoralidad que aquélla estableció. Esto no sólo porque tiene que ver con una especie típica de inmoralidad estructurada a base de violencia estructural, esto es, una violencia incorporada al interior de las estructuras mismas de la sociedad no menos que de las actitudes personales y colectivas del hombre moderno —tanto las económicas como las políticas, sociales y culturales—; sino que también es así porque los valores éticos vigentes en los estándares de moralidad subyacentes a la mayoría de las decisiones importantes que determinan la orientación de sociedades pequeñas no menos que de la sociedad mundial, tienen una *ambigüedad* capital que deja la puerta abierta a la legitimización de las decisiones públicas más inmorales, y *sin* que esto provoque una inmediata e incondicionada rebelión moral de la sociedad en su conjunto (aquí retomamos una idea que apareció desde la primera página de este trabajo). Se trata de una ambigüedad que funciona, en términos sociológicos, en dos sentidos, como *legitimizador* de decisiones sumamente perjudiciales, y también como *paralizador* de gran parte de la reacción en contrario que se podría esperar que surgiera como sanción de la sociedad. Para algunos ha parecido extraño y aun de no poca perplejidad el hecho de que tal ambigüedad haya sido capaz de instilar un grado considerable de aquiescencia y languidez incluso en la reacción del sentimiento religioso del hombre en círculos muy amplios del mundo religioso contemporáneo.

Por lo anterior podemos atrevernos a afirmar que fenómeno

tan extendido está apuntando hacia una clase de inmoralidad que es cualitativamente diferente, a una moralidad que es de un tipo nuevo. Es la ambigüedad que abrió el camino no sólo a la competitividad desenfrenada y sin fronteras como valor legítimo en el manejo de los asuntos públicos y privados, sino también que condujo como consecuencia a la legitimización del ejercicio ilimitado del poder, económico o político, y que a la postre hizo posible la aceptación, en el mundo contemporáneo, de la noción proclamada por Nietzsche como la cima del espíritu del hombre moderno, la noción del *Übermensch*, el *super-man* o superhombre —a la cual todos pueden aspirar pero sólo unos pocos alcanzar.

En el siglo pasado tal noción le permitió a Nietzsche declarar la muerte de Dios; pero en el siglo presente lo que en realidad ella está haciendo posible no es la simple declaración sino el hecho pavoroso de la muerte del hombre (recuérdense los muchos millones de gente que están muriendo por hambre y aun por hambrunas precisamente ahora que el mundo tiene al alcance de su mano la capacidad verdadera de evitar tales desastres), e inclusive tal noción ha hecho el día de hoy realista la amenaza de la destrucción total del hombre como especie biológica.

Más aún, se puede decir que en tal noción se encuentra resumida de otra manera o concentrada la clase de inmoralidad típica de la presente era. Los estándares morales que incorporan aquellos valores éticos operantes en las decisiones claves del mundo de hoy dependen, en su implementación y también en su legitimización a nivel de opinión pública y de la sociedad en su conjunto, de todo un sistema que gira en torno a aquella noción y que está estructurado por ella.

Por todo lo cual, yo considero que si hemos de singularizar al imperativo más urgente de hoy, éste consiste en empezar a echar los cimientos de un nuevo orden moral. En nuestra opinión, la inmoralidad antes mencionada es el peligro más reciente y más amenazador contra la vida en el mundo moderno. Es nuestra convicción que nada, absolutamente nada menos que un nuevo orden moral para la conducta de las naciones y de los hombres, de sociedades e individuos, puede traer una respuesta adecuada a la aparición de tal peligro y de amenazas tales como las descritas anteriormente (Invierno Nuclear y subdesarrollo), en el escenario de la historia humana. Con un nuevo orden moral, muchos pasos estratégicos, graduales o no, pueden darse para superar y sobrepasar la situación presente; pero sin él, ningún paso es ya suficiente. Todas las demás soluciones se han mostrado incapaces y en la mayoría de los casos no han sido siquiera paliativos suficientes.

Por esta razón, la contención central de este trabajo es la proposición de que *la estrategia* para hacer frente a las dos grandes amenazas contra el don de la vida en el mundo de hoy —el subdesarrollo y la carrera armamentista— consiste en empezar a trabajar por un nuevo orden moral. En la situación de gravedad presente, dada la enormidad de los peligros que nos amenazan, no podemos siquiera imaginar otra clave para tratar de remediar tales males contemporáneos y para empezar otro periodo histórico más positivo.

Hoy por hoy ya resulta claro para todos que ese nuevo periodo histórico no lo han introducido ni el progreso científico ni el tecnológico, ni las negociaciones y acciones políticas, económicas o militares. Todos éstos han sido cogidos por las trampas de la modernidad —o son cómplices de ella— justamente porque las reglas de todo el juego económico, político, diplomático, y de defensa —para no llamarlo militar— del mundo contemporáneo, tanto a nivel internacional como nacional e incluso a nivel doméstico y privado, son precisamente las de los valores éticos típicos de la modernidad —como lo son aquellos que van de la competitividad a la dominación, de la agresividad a la ciega eficiencia, de la acumulación a la hegemonía. A ese propósito, quizá sea útil observar, de pasada, este hecho: que el periodo histórico más próximo a la modernidad, la época medieval, experimentó ya por supuesto un fuerte impulso hacia valores cercanos a los de la modernidad, pero a pesar de todo, tal época nunca aceptó la lógica de la modernidad en la cual, para nadie lo suficiente resulta alguna vez suficiente. De este modo, como dijimos antes, si miramos a la historia desde una perspectiva sociológica, observamos que hay algo cualitativamente nuevo en lo que por abreviar denominamos la inmoralidad del periodo histórico llamado modernidad.

Como tercera proposición, que introduciremos más bien como hipótesis de trabajo, se puede manejar la siguiente idea: que el más importante rol social que pueden jugar los llamados aparatos ideológicos presentes en el mundo de hoy, es el de dedicarse intensamente a trabajar para aquel nuevo orden moral.

Por supuesto, para poder establecer un nuevo orden moral, deberán realizarse un gran número de acciones concretas en prácticamente todos los campos de la vida social y personal, como por ejemplo, en influenciar la opinión pública no menos que la organización social, en los medios masivos de comunicación o en la movilización social no menos que en los sistemas educativos y de socialización y aun en el comportamiento individual. Pero antes de orientarse hacia todo ello, una verdadera serie de tareas y trabajos

preparatorios deben realizarse a nivel de los aparatos ideológicos mismos. Tomemos como ejemplo breve para ilustrar el punto, el aparato religioso, siendo conscientes de que algo semejante —con las variantes propias del caso— tendrá que hacerse en campos como el sistema educativo, el de información, el de socialización, el de organización laboral, etc.

El trabajar, desde el aparato religioso, por un nuevo orden moral supone, entre los primeros pasos, un examen cuidadoso de los contenidos filosóficos, morales y teológicos —no menos que de sus implicaciones políticas, económicas y sociales— de cada tradición religiosa; y asimismo, de un intenso periodo y programa cuidadosamente diseñados, de diálogo entre los varios cuerpos y tradiciones religiosas, en los que se tendrá que tratar sobre aquellos aspectos claves y positivos que cada una de ellas posee y que pueden ser contribuciones a la construcción progresiva de un nuevo orden moral. Este tiene que ser un orden estructurado a base de los valores de la paz y no de la agresión y la violencia, de la cooperación y no de la competencia, en una palabra, los valores del ser y no los del tener, ya que ésta es otra manera, de carácter más bien filosófico, de hablar sobre el mismo fenómeno.

No obstante lo anterior, se tiene que ser claramente consciente de que hay muchos aspectos, tanto en el acercamiento teórico como en el práctico, sobre los que hay que poner suma atención principalmente en la etapa inicial. Mencionaré sólo una instancia a este respecto. Sería desastroso tener un acercamiento teórico al problema, tomando el punto de lo moral en la forma usual como la época presente suele acercarse a los problemas teóricos. Esto es, tomarlo como uno de los muchos aspectos de la vida humana y experiencia religiosa (caso que se ilustra), como un área particular al lado de otras áreas. Por el contrario, lo que aquí se requiere es una categoría de totalidad de lo que es lo humano. Y el campo de lo moral es el único campo de lo humano *en cuanto* humano; de lo humano total en cuanto que es el único terreno donde el hombre se confronta y se toma a sí mismo exactamente en la medida en que se ve a sí como hombre, no como ser biológico que tiene vida animal y vegetal y que está sujeto a las leyes respectivas de lo animal o vegetal, ni tampoco como ser poseedor de las propiedades de la materia inorgánica. El campo de lo moral es aquél donde el hombre se toma a sí, ya no como un ser con leyes de materia inorgánica y orgánica sujeto sólo a los determinismos de leyes biológicas, químicas y físicas, sino única y exclusivamente como hombre, en su especificidad, como sujeto de actos morales, como ser moral. Pero una vez instalados allí, ningún acto ni acción del hombre, sean económicos, políticos

o culturales, privados o públicos, colectivos o individuales, y aun los más íntimos a s' mismo como pensar, amar u odiar, quedan fuera de tal campo de lo moral. En este sentido es una categoría de totalidad y desde esa perspectiva de totalidad todas las acciones y decisiones, empezando por las que tienen mayor relevancia en el bien común, deben de ser tomadas en consideración.

Aquella fase preparatoria para el aparato religioso —y en su caso para los otros aparatos ideológicos— debería ser al mismo tiempo una especie de entrenamiento del aparato en cuestión, precisamente en la detección de los elementos más importantes de ese nuevo orden moral, entrenamiento en el desarrollo de una percepción y sensibilidad nuevas, más finas y agudas, hacia esos elementos así como hacia el rechazo de los del orden a suplantarse.

Conviene sin embargo dejar claro que, no obstante que el presente escrito contiene tonos inequívocos de urgencia, el autor es perfectamente consciente de que el proyecto y programa de acción aquí esbozado como atisbo de solución, no puede de ninguna manera implementarse a las carreras. Es algo que tiene que llegar a su madurez de manera gradual, paso por paso. Lo que por ahora se pretende es únicamente transmitir la necesidad de la idea y de su aceptación inicial, y tal vez lograr facilitar el empezar a trabajar en la construcción de los cimientos con acciones presentes y futuras pertinentes —tantas cuantas la gravedad de la situación logre hacer que las comunidades domésticas, laborales, nacionales, regionales e internacionales, decidan poner en práctica.

Para concluir, séame permitida una última reflexión de alcance general, no empírica en su carácter, pero a tono con el aparato ideológico escogido como ejemplo, el aparato religioso. El periodo histórico anunciado por Nietzsche, el de poder sin límites a disposición del sujeto de la historia, el superhombre, tendrá a juicio nuestro, que quedar atrás y ser suplantado, paradójicamente, por un periodo totalmente diferente el del poder limitado, participado y controlado de "los de abajo", el poder de los sin poder. El ejercicio del poder de los poderosos, al haber introducido a la historia la era pernicioso de la violencia estructural y agresión ubicuita, se ha ya autodescalificado en la historia, y su experiencia impulsará a la búsqueda humana en opuestas direcciones. Por supuesto, tal idea aparecerá como un sin sentido para el hombre "moderno", crecido y alimentado con los valores de la modernidad, pero no lo será para el hombre moral y el hombre religioso, nutridos en auténticos valores morales y/o religiosos. Si no me equivoco, fue San Pablo quien estableció la norma "cum infirmus tunc potens sum", esto es, "precisamente cuando estoy débil es entonces que me hago

poderoso, fuerte". Y esto no es algo exclusivo del cristianismo. Está presente en la mayoría de las tradiciones religiosas. Se la encuentra no sólo en las religiones étnicas y primitivas sino también en las universalistas y de alcance mundial. El caso de los "Harijans" en el hinduismo es buena ilustración al caso pues se convirtió en piedra angular de la lucha de Gandhi por la independencia, pero no sólo en relación al Imperio Británico sino también en relación a las estructuras sociales internas, esto es, a la introducción de bases morales para la transformación social de las estructuras agresivas al interior de su propio país. De cualquier manera, con un periodo histórico así, por paradójico que parezca, la anunciada muerte de Dios resultará ser sólo la muerte de los que históricamente se auto-endiosaron, será, para cerrar citando irónicamente al mismo Nietzsche, el verdadero "crepúsculo de los ídolos". Pero si esto así no sucediera, poco después o poco antes en la historia ya próxima, caerá definitivamente la tarde sobre la aurora.

MARX Y LA DIALECTICA

Por César LORENZANO

EXISTEN dos formas de enfrentar el pensamiento de un autor. Una, que denominaré la forma teológica, considera que dicho pensamiento es una unidad acabada, al menos en algún punto de su evolución, y por consiguiente, cualquier reflexión crítica que le concierna, constituye una heterodoxia o una herejía a ese todo completo y estructurado para siempre. Sabemos el destino de los heterodoxos y los herejes. Para escapar a él, existe el recurso al "magister dixit", el maestro lo dijo, que lleva a una constante reescritura, y a encontrar en lo escrito, e incluso en lo no escrito, un apoyo de autoridad para la propia opinión. En esta versión, un pensamiento se encuentra o totalmente organizado, o es susceptible de una evolución ya prevista en los intersticios de su obra. Stalin o Althusser.

Otra, que denominaré científica, piensa que una teoría, pues de eso estamos hablando, es una estructura inacabada, con algunos aciertos y enormes problemas a resolver, pero a la que vale la pena tomar como patrón de pensamiento, pulirla, trastocarlo, dándole simultáneamente mayor coherencia y mayor ajuste a la realidad, que se traduce en su capacidad de resolver los problemas que acomete, y finalmente, cambiarlo por otro si la crítica que le provoca el enfrentarse continuamente con la realidad lo corroe desde adentro. El pensamiento que le reemplace será un resultante suyo, desde el momento que sólo puede surgir del seno de su territorio otrora fértil, pero radicalmente distinto, pues lo enfrenta y lo supera en su capacidad de dar respuesta a interrogantes inéditos, algunos entrevistos en *permen*, mas otros nuevos por completo. Una evolución y un cambio que no está determinado por su inmanentismo, sino desde la violenta interacción de las necesidades internas, y las elecciones que unas expectativas cambiantes en el tiempo le imponen.

¿Es posible pensar hoy a Marx sin los dogmas de Stalin, los intersticios de Althusser, pensar qué puede ser un pensamiento socia-

lista, como lo aceptaría Marx después de aceptar en sí mismo las depuraciones que la historia muestra imprescindibles? ¿Es posible hacer una crítica marxista a Marx?

Sólo en la perspectiva de la crítica científica, mas no en la teológica; es en ella donde inscribimos estas reflexiones acerca de la dialéctica en Marx, a propósito de un concepto que es clave en su pensamiento, el de clase social. No es el único sitio en que su escritura adopta formas dialécticas. En algunos, como sería el caso de la noción de valor, su reelaboración para hacer cristalina su estructura lógica, altera tanto la "forma de exposición" a que aludiera Marx, que se elimina por completo la jerga hegeliana, el "coqueteo" famoso con su terminología, no con pérdida, sino con ganancia teórica, como lo mostrara Diederich y Fulda o yo mismo; la teoría se mantiene tal cual, y entre otros efectos, desaparece la dialéctica. Intentaré mostrar que no es este el caso de los núcleos conceptuales en los que aparece engarzada la noción de "clase social"; que en ellos la dialéctica es inextirpable so pena de alterarlos irremediablemente; por lo tanto, que Marx no sólo "coqueteaba" con la dialéctica al exponer; la consideraba parte integral de su sistema. Expondré luego por qué es necesario hacer su crítica a fondo, para seguir siendo marxista en la actualidad.

1. *Las teorías científicas de Marx.*
Una noción clave: clase social

No creo estar expresando una novedad al decir que Marx, a lo largo de sus escritos, formuló al menos dos teorías científicas, alrededor de las cuales girarán una serie de tópicos relacionados y accesorios: una teoría económica, crítica superadora de la economía política clásica, por la que expone el funcionamiento íntimo y la evolución inevitable del sistema capitalista, y otra teoría histórica, por la que explica la progresión de las etapas socio-culturales por las que pasa la humanidad, antes de pasar de la pre-historia, a la historia, la sociedad socialista. En ocasiones, se suele referir a ambas como materialismo histórico.

No tan obvio, aunque sí suficientemente claro es que la noción que conecta ambas teorías es la de clase social. No casualmente culmina los escritos de *El Capital*, ya que para comprenderla cabalmente, es menester haber desentrañado previamente el funcionamiento de la máquina económica.

"Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierra, cuyas respectivas fuentes de

ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción" (Marx, Karl. *El Capital*, capítulo 52, tomo 3).

En esta frase, aparecen condensados los desarrollos teóricos de *El Capital*, para definir en base a ellos a las clases sociales. Aquí termina *El Capital*, pues aquí terminan los análisis económicos, y en su culminación, las clases sociales, comienza otra teoría, de la que es categoría básica, el materialismo histórico; la lucha de clases, inserta en la estructura económica, será el motor explicativo de la historia.

Siendo dos teorías distintas, ¿qué relación guardan entre sí? Dado que la segunda es impensable sin la primera, su *status* metodológico sería similar a esa relación privilegiada que guardan entre sí, por ejemplo, la física y la química; aunque disciplinas independientes y con leyes propias, toda la química se encuentra basada en la física. Más aún: el concepto de molécula, esencial en química, es elaborado por la física. Esta relación entre teorías es la de *presuposición*. El materialismo histórico, basado en la teoría económica de Marx, de la que toma el concepto de clase social, *presupone El Capital* (su teoría económica), en la etapa de la humanidad que abarca el modo capitalista de producción.

Quizás en la relación de presuposición, y esto es menos obvio aún, se encuentre el secreto de la tan discutida determinación de la estructura por la infraestructura, que así gana nitidez conceptual: relación entre teorías, más que entre niveles de realidad. En la primera acepción, es razonable; en la segunda se tropieza con todos los problemas estudiados al menos desde los sesenta hasta la fecha.

A los efectos del presente estudio, es innecesario entrar en la maraña de discusiones sobre las características y número de las distintas clases sociales en Marx; podemos dar por resuelta la problemática, y retener como válidas las características; una, ya mencionada, de estar basada la tipología en la estructura económica, y una segunda que analizaré a continuación.

En la teoría económica, la definición es nítida: las clases sociales se señalan por su función económica, la forma de producir y tomar plusvalía, que a su vez depende de lo que son propietarios.

Provisto del concepto teórico "puro" de *El Capital*, el historiador, el sociólogo, constata agrupaciones sociales empíricas. La evolución histórico-social, ¿será la que le marcan las tendencias

efectivas, empíricas que detecta, u obedece acaso a una legalidad más profunda, teórica, no aparential?

Esta última parece ser la respuesta correcta. Existirían tendencias objetivas, que no coinciden necesariamente con las empíricas. El tema, presente en Marx, ha sido largamente desarrollado por teóricos marxistas. Estamos ante las categorías de clase en-sí, clase para-sí, conciencia de clase, psicología de clase.

La psicología de clase es la expresión de los deseos, voliciones, expectativas y acciones reales de la clase obrera. En cambio, "La conciencia de clase se determina al nivel del análisis de los intereses de clase dentro de una formación social dada, independientemente de la existencia de individuos que perciban o no esos intereses" (Dos Santos Theotonio, *Concepto de clases sociales*, ed. Quinto Sol, México, p. 47).

No siempre coinciden psicología y conciencia de clase, sólo en periodos de crisis social tienden a aproximarse; en ellos, percibimos empíricamente. Cuando la psicología de clase coincide con la conciencia de clase, la clase social pasa de ser en-sí, a ser para-sí: ahora posee un proyecto político, el socialismo, en el caso de la clase obrera, que opone a la burguesía.

"Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para-sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política" (Marx, Karl. *Miseria de la filosofía*, p. 158. Ed. Signos, Bs. As., 1970).

No basta la comunidad de intereses, producto de la inserción en el aparato productivo: todavía será una clase en-sí. Tampoco que defienda sus intereses inmediatos. Sólo cuando adquiera un proyecto político que la enfrente a la clase oponente, poseerá conciencia de clase, será clase para-sí. La conciencia de clase, expresión de los intereses objetivos de la clase obrera, implica la acción política que lleva al socialismo. Su determinación es teórica, basada en los análisis del sistema capitalista, y no en el pensamiento obrero.

Autores muy lúcidos no observan nada problemático en la concepción de la conciencia de clase, el para-sí de la clase obrera. A lo mejor, ambas "expresiones (en-sí y para-sí) tomadas de Hegel, no son muy afortunadas para tratar el tema" (Bagú, Sergio, *Marx-Engels, diez conceptos fundamentales*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1977).

Proseguiré en el análisis emprendido, a fin de mostrar que no

hay casualidad en el uso de expresiones hegelianas, que todo el tema es el de un desarrollo dialéctico que va mucho más allá que el simple uso de expresiones aisladas, inaceptable por no ser materialista y científico, tal como hoy lo entendemos, con graves consecuencias desde el punto de vista teórico y programático político.

¿Qué es esta conciencia de clase, objetiva, que no surge del pensamiento real de los obreros, y sí del análisis teórico?

Se trata de los intereses (históricos) de la clase obrera, como aparecen si observamos la estructura del aparato productivo, y las relaciones de clases que determina, según lo expone Marx en *El Capital*.

La verdad de la clase obrera hay que buscarla —por lo tanto— en los estudios teóricos de esta estructura y estas relaciones, y no en las investigaciones sociológicas, que sólo pueden serlo de lo aparential. Es lo objetivo de la infraestructura la que enseña cuál es la conciencia (en realidad inconsciencia) —superestructura— de la clase obrera.

¿Cómo aparece la conciencia de los propios intereses, cómo pasa Marx de las leyes económicas, a las leyes sociales, y de allí a las leyes históricas que le permiten prever, como teórico, los intereses objetivos de la clase obrera, su conciencia de clase?

Permítaseme una larga cita:

“Una vez que el régimen capitalista de producción se mueve por sus propios medios, el rumbo ulterior de la socialización del trabajo y de la transformación de la tierra y demás medios de producción en medios de producción explotados socialmente, es decir, colectivos, y por lo tanto, la marcha ulterior de la expropiación de los propietarios privados cobra una forma nueva. Ahora, ya no se trata de expropiar al trabajador independiente, sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos trabajadores.

“Esta expropiación la lleva a cabo *el juego de leyes inmanentes de la propia producción capitalista*, la centralización de los capitales. Cada capitalista desplaza a otros muchos. Paralelamente con esta centralización del capital o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia, la explotación sistemática y organizada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la absorción de todos los países por la red del mercado mundial, y como consecuencia de ésto, el

carácter internacional del régimen capitalista. Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados" (Marx, Karl, *El Capital*, tomo I, cap. XXIV, tendencia histórica de la acumulación capitalista).

La cita no es una obra accesoria de Marx; se encuentra en su obra reconocidamente científica, la que revisó y tradujo incontables veces, el tomo primero de *El Capital*. En ella encontramos algunas anticipaciones asombrosas de la evolución social, y algunos elementos que quisiera comentar en profundidad.

Claramente, y esto es una constante en sus escritos, y no un simple hallazgo obvia, propone que las leyes económicas — el juego de leyes inmanentes de la propia producción capitalista —, permiten prever una direccionalidad estricta del aparato productivo, que arrastra tras sí, una evolución obligada de las relaciones entre las clases sociales; basándose en esta previsión objetiva, es posible inferir los intereses a largo plazo de la clase obrera, su conciencia de clase.

Los pasos que da Marx son los siguientes: las leyes económicas llevan a una concentración cada vez mayor del capital, a la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos; crece paralelamente la opresión y explotación de la clase obrera, pero por el mismo proceso crece también su rebeldía, su número y su organización; la centralización de los medios de producción, implica su explotación colectiva, y la socialización del trabajo. Así como el crecimiento de los burgos se volvió incompatible con la forma feudal de explotación, el desarrollo de formas sociales de trabajo son formas de otra manera de producir, la socialista, incompatible con la anterior, que ha terminado su función histórica de desarrollar las fuerzas productivas; la revolución socialista, fruto de la conciencia socialista objetivamente inscrita en la creciente socialización del trabajo, completa el proceso y termina con la explotación. Se produce la expropiación de unos cuantos explotadores por la masa

del pueblo, y el pasaje de la prehistoria del hombre a su historia, la sociedad socialista.

No creo haber hecho una lectura infiel de Marx, ni de los pasos que lo llevan de la economía a la sociología, de allí a la historia, y todavía más allá, a la política, en una sucesión dialéctica. Esto es lo objetivo; por lo tanto, la clase obrera para-sí, es revolucionaria.

En el comienzo del sistema capitalista, en su estructura, las leyes de la evolución conducen a la culminación de aquello que no era más que un esbozo. El movimiento dialéctico se encuentra aquí en todo su esplendor; en-sí y para-sí de la economía, de las relaciones entre clases, y de la conciencia.

La conciencia de clase es la conciencia cuya condición de posibilidad se encuentra inscrita en la estructura socioeconómica; el conocimiento de sus leyes hacen reconocer, teóricamente, el para-sí, aquello que hoy es en-sí; la acción humana se hace racional al acompañar esta evolución, dirá Marx: ayudar al parto de la sociedad nueva que crece en las entrañas de la vieja; en su análisis, las condiciones socioeconómicas ya se encuentran en el para-sí, en el completo desarrollo de sus posibilidades —las famosas condiciones objetivas—; sólo falta que terminen de aflorar la conciencia de clase condiciones subjetivas; la labor del teórico político es acelerarla, haciendo consciente lo que la clase obrera posee hoy en-sí; será entonces el salto a la sociedad socialista, la de la satisfacción de las necesidades, la de la libertad, la de la libre organización de los productores y la desaparición del estado.

Marx nos propone un socialismo científico, en el que las leyes de la sociedad permitan una predicción, del mismo modo que lo hacen las leyes de la naturaleza. Existe sin embargo una diferencia. Las leyes en ciencias naturales hacen predicciones pasadas en que si se produce un cierto hecho A, sucederá tal otro hecho B; las leyes científicas se basan en la repetitividad de los fenómenos; cada vez que ocurra A, ocurrirá B. En ciencias naturales no hay evolución, sí repetición de sucesos, garantía de contrastación. En Marx, las leyes son engañosamente similares: existe predicción, mas no de la reiteración de los fenómenos, sino de su evolución, de lo que todavía no ha ocurrido nunca: las leyes son dialécticas. La predicción es posible por la dialéctica, que establece que en todo desarrollo ocurre, necesariamente el crecimiento de los elementos que se encuentran en su comienzo; el resultado se encuentra inscrito en sus orígenes; sabiendo las leyes del crecimiento del germen, es posible decir cuál será el final, y los caminos que recorrerá para alcanzarlo; el motor será la contradicción, no tanto entre el en-sí, y el desarrollo —fuera de sí, enajenación, alienación— para llegar

al para-sí, como en Hegel, como bien lo viera Althusser, sino las contradicciones entre los mismos elementos de la evolución, que ya se encontraban en el en-sí, lo que le permitirá hablar posteriormente de contradicciones en el seno de una estructura como lo peculiar de la contradicción marxista.

Las leyes de Marx, son leyes dialécticas; leyes dialécticas de la economía condicionando, arrastrando tras de sí la dialéctica de las relaciones de clase y de la conciencia posible. Así se invierte la dialéctica hegeliana; el movimiento va de la economía a lo social y luego a la conciencia, en sentido inverso al recorrido de Hegel. Las veinte carillas para poner sobre sus pies a Hegel extraer el núcleo racional de su dialéctica nunca se escribieron pues ya estaban allí, en *El Capital*, para el que quisiera leerlas.

El teleologismo de Aristóteles y Hegel, duramente expulsado de la ciencia moderna, reaparece en la dialéctica de Marx; teleologismo del para-sí inscrito en el en-sí. En la dirección señalada por el para-sí teóricamente previsto se encamina, debe encaminarse la sociedad y la conciencia.

Si mi análisis es correcto, la dialéctica es consustancial al pensamiento de Marx, e inescindible en él. En vano buscaría Althusser al verdadero Marx, aquel libre por fin de Hegel; el límite de la ruptura entre ambos, es buscado con afán y siempre puesto en un escrito más allá, no en el Feuerbach, no en el de los Grundrisse, no en el de *El Capital*; quizás entonces piense encontrarlo en la crítica al Programa de Gotha, o en la crítica a Wagner; quizás allí tampoco. Tarea vana. En todo Marx, nos topamos con Hegel y su dialéctica puesta sobre los pies. Con la predicción de los fines en los orígenes, con la profecía histórica.

Es necesario, entonces, someter a Marx a una cirugía radical, a una crítica radical; abandonar los estigmas hegelianos. Pensar el marxismo sin profetas y sin dogmas. Operación que la ciencia nunca dudó en realizar con sus teorías y sus prohombres.

2. Crítica a la dialéctica de Marx

NEWTON, teísta convencido, diseña sus teorías de una forma tal, que el movimiento de los astros, e incluso de cualquier mínima partícula es impensable sin un dios —para él, el de su secta trinitaria—, que los aliente en forma constante. Si por teoría, los astros tienden a aproximarse al sol y fundirse con él, y las partículas pierden energía en cada choque y tienden a la inmovilidad, y sin embargo los astros permanecen en su lugar, y las partículas per-

sisten en su movimiento, es porque Dios aleja permanentemente a los primeros, e insufla dinámicamente a las segundas. Al evolucionar la teoría, los presupuestos mencionados cambian; los materialistas franceses podrán decir en boca de Laplace que las leyes de Newton movían al universo, y al mismo tiempo, que merced al desarrollo de esas mismas leyes, Dios era una hipótesis innecesaria.

Se trata, en principio, de realizar idéntica maniobra: eliminar a la dialéctica del marxismo, tarea tanto o más ardua, y tan radical, como eliminar el teísmo de las doctrinas newtonianas.

Una cuestión previa. ¿Por qué rechazar la dialéctica que nos propone Marx? ¿Por un prejuicio antidialéctico y antiteleológico?

Sencillamente porque es falsa; las supuestas leyes conducen a desfases cada vez más acentuados con la realidad, de tal manera que no se trata de seguir pensando en excusas ad-hoc por el no cumplimiento de las predicciones; porque llevan a consecuencias incompatibles con un proyecto socialista, fuente de errores políticos que han costado demasiado a las clases explotadas, y en otro plano, porque son un obstáculo a una teoría materialista de la sociedad y de la historia, prolongación del mismo Marx.

Las teorías económico-sociales marxistas incluyen, además de la teoría del valor, la plusvalía y la tasa decreciente de la cuota de ganancia, leyes estructurales cuya discusión dejo a los expertos, otras de evolución tales como la concentración inevitable del capital, la expropiación de la mayoría de los capitalistas privados por unos pocos, y la idea que esta concentración de capital implica, por la baja tasa de ganancias, el fin del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, que se encontraría así en su fase de putrefacción final e irreversible. La Segunda, Tercera y Cuarta Internacional parten de estos supuestos, que provienen de *El Capital* y demás escritos económico-políticos de Marx. La irreversibilidad del proceso se encontraría garantizada porque, al estar determinadas las relaciones entre las clases, y la conciencia por esta base económica, no existe acción humana que pueda oponérsele, y su única función es la de acelerarlo.

Sin embargo, ni la economía, ni la sociología, ni la historia ha seguido los carriles marcados. Contrariamente a lo previsto, la acción de los hombres, incluyendo en ella categorías tan diversas como los resultados, inesperados por otra parte, de las guerras, las variaciones demográficas producto de migraciones e índices de natalidad cambiantes, el control cada vez mayor de la economía por los monopolios y el estado, la incorporación de la mujer al aparato productivo, la explosión educacional, fuerzas algunas estructurales,

otras claramente superestructurales, en una compleja interacción causal, lejos de la unidireccionalidad expresada por Marx, interactúan con el aparato productivo, imprimiéndole cambios de marcha que refutan todo el andamiaje de leyes dialécticas, predictivas; análisis económicos marxistas contemporáneos concuerdan, cuando explican la historia pasada, con esta multicausalidad de los fenómenos socio-económicos.

Económicamente, el sistema capitalista sufrió una revitalización al menos en la postguerra pasada, que se tradujo en una expansión sostenida de las fuerzas productivas, tanto en los países ya industrializados, como a una industrialización y crecimiento impensados por parte de los países dependientes. No existieron putrefacción y estancamiento de los índices económicos; sí desarrollo, siempre contradictorio y en ocasiones monstruoso que obliga a replantear la misma noción de "desarrollo de las fuerzas productivas" como un objetivo válido para la humanidad.

Además de concentración de capital, como contrapartida, una tendencia a la expansión de la pequeña y mediana industria, constatable en países capitalistas de Europa, y quizá en el mismo EE.UU.

Socialmente, no se evidenciaron degradación y miseria en la clase obrera; sino un bienestar palpable y creciente, al menos en los países más desarrollados, y durante un cierto periodo, incluso en países dependientes. La miseria, se acumula por fuera, en general, de la clase obrera, en una proporción que Marx no previó.

Políticamente, desde 1917 en adelante, la revolución fue encabezada por el campesinado, las capas medias, el estudiantado, mas no por la clase obrera, que entraba en un periodo de colaboración con el capitalismo, basado en el mejoramiento de su situación económica.

La evolución de la economía, la sociología, la historia y la política se ha mostrado reacia a la predicción de Marx, y desautoriza, de este modo, la posibilidad de toda predicción económico-social a largo plazo.

El desajuste por decenios entre la realidad y las expectativas de los programas políticos basados en las previsiones de Marx —la conciencia de clase—, resultó dramática, y recién comienza a ser comprendido en toda su magnitud, ya que la crítica de la violencia, contradicción y miseria del sistema capitalista se hacía desde la irrealidad, haciéndole perder eficacia. Los portadores de la conciencia de clase, lo eran de una falsa conciencia.

El atraso teórico que fue su consecuencia obligada, hace que la teoría marxista de las complejas interacciones de todas las instancias sociales, que permita entender la evolución real de la

economía, las fragmentaciones y reagrupamientos de las clases sociales, y las luchas concretas que protagonizan esté todavía por hacerse.

Las imprecisiones en las predicciones de Marx son hoy un lugar común; aunque no siempre se haya sacado la conclusión de que su acumulación, y la imposibilidad constatada una y otra vez de la predicción, actúan como refutatorias de la dialéctica en las que se basan. Tienden a minimizarse, pensando que con ello se defiende un patrimonio común de ataques que disminuirían su importancia política y teórica, cuando su mejor defensa sería un desarrollo sin ilusiones puestas en la inevitabilidad de los sucesos históricos, pero que posibilitaran la inserción de la voluntad de cambio en estrategias correctamente trazadas.

Algunos teóricos marxistas de la historia han llegado a sostener, reflexionando acerca de situaciones como las descritas, que no existen leyes de predicción histórica, sin inferir necesariamente que Marx entiende la predicción a todas las instancias de los procesos sociales, y que es inseparable de su dialéctica, y por lo tanto, estos terrenos también deben abandonarse por equívocos.

3. *Conciencia de clase, historia y política*

CULMINANDO la arquitectura dialéctica, la conciencia de clase, a la que estimo fuente de errores fundamentales en la historia del movimiento socialista. Poco discutida, su peso todavía se hace sentir.

Analicémosla. De la experiencia, del trabajo, de las luchas de una clase social, surge la psicología de clase. De lo objetivo de la situación estructural, la conciencia de clase. La clase obrera la posee en-sí, pero no sabe que la tiene. El devenir al para-sí no depende, en principio, de su accionar, sino de lo que la teoría revela como lo objetivo, lo no aparential: la forma posible de conciencia.

En este cuadro, la contradicción entre esta última y la conciencia real, es explicada como falsa conciencia, conciencia enajenada.

Quiero hacer notar que esto implica una teoría cuasi platónica del conocimiento; no la teoría de la anamnesis, por la cual todos los hombres podrían recordar su anterior contacto con la verdad de las esencias, sino la teoría posterior, la pesimista, la elitista, la de la caverna: los hombres están condenados a conocer sólo sombras, deformaciones de la realidad; la clase obrera, por sí sola, sólo podrá llegar a conocer el reformismo sindicalista, mas no

romper con sus cadenas. El auténtico conocimiento, fruto de la reflexión teórica, será producido por los teóricos intelectuales. La revolución será resultado del engarce de la clase obrera (en-sí) y la teoría revolucionaria formulada por los intelectuales, dirán luego Marx y Engels. Lenin, en el ¿Qué hacer? sacará hasta las últimas consecuencias de esta línea de pensamiento. El militante profesional leninista, armado de la teoría correcta, llevará el conocimiento a la clase obrera; hará las veces del filósofo platónico, el único que puede salir de la cueva de la ignorancia y la falsa conciencia, ver de frente a la verdad, y brindársela a los hombres.

La pedagogía del partido, o las acciones del partido conducirían a la clase obrera hacia el para-sí de su conciencia, que ya poseen en-sí.

De aquí, de la *inconsciencia* de la clase obrera cuando no se ajusta la objetividad de sus intereses según está previsto por la teoría de aquellos que son fuertes en la teoría, arrancarán todos los substitutismos de la clase obrera por el partido, del que nos habla Deutscher la intransigencia de la URSS frente a los consejos obreros húngaros, Pol Pot.

También las acciones directas asestadas en plena quietud social para sacudir de su sueño a las clases explotadas. La búsqueda de respuestas que lleven a la tiranía, para que del agravarse la explotación y el miedo, surja el para-sí.

Los que saben, conducirán a la clase obrera al destino que ellos conocen le pertenece, lo quiera o no.

El viejo Hegel, sostenedor del estado absolutista prusiano con su dialéctica de lo real, traicionando, como es su oficio, la revolución socialista y liberadora de Marx.

¿Dónde reside la falla? ¿En qué punto la teoría extravía a la acción? ¿Por qué el proyecto revolucionario no se desprende del autoritarismo, las minorías esclarecidas, los campos de reeducación para los que no comprendan la verdad de la teoría, o el tratamiento psiquiátrico?

Voy a adelantar una objeción teórica, que podrá luego justificar otra forma de entender la historia, la economía y la política: la falla reside en una sola frase: las condiciones socioeconómicas, base objetiva de la conciencia de clase, admiten una y sólo una conciencia posible. La direccionalidad del movimiento, teóricamente previsto, hace coherente con él un solo interés, y por consiguiente, una sola política resulta la adecuada.

Pero, ¿si esto no es así?, ¿si en cada punto de la evolución económica, social, histórica, existieran más de uno, múltiples caminos posibles y no sólo uno? Entonces, existiría más de un interés, más

de una conciencia posible, más de una política posible correspondientes a cada conciencia posible: su elección, una decisión deliberada, el elemento ético señalado en Marx, y tantas veces negado. Si la economía, las relaciones entre las clases, la historia, no van a ningún lado previamente señalado, no existe ningún teleologismo. Es posible —por lo tanto— concebir los hechos humanos como una producción, inédita en cada paso, de una estructura siempre actuante, siempre presente, con legalidades en su organización, pero que no permiten predecir la evolución; una estructura que se proyecta hacia el futuro desde sus posibilidades, pero que no se dirige a ningún lado, y en la que luego de observada la evolución, determinar cuáles fueron los elementos anteriores que incidieron en ella; a posteriori, no a priori. La sobredeterminación señalada en el pasado, no en el futuro.

Estoy proponiendo una interpretación de la economía, la historia, que siga el único patrón de desarrollo no teleológico que conozco, el que nos ofrece la teoría darwiniana de la evolución, por el que no existe una direccionalidad en las especies, ya que la evolución no va hacia ningún sitio, pero sí parte de un estado previo dado: desarrollo no hacia, mas sí desde, que vuelve inteligible al proceso, en el que se expresan una multiplicidad de posibilidades, de las que sólo una va a concretarse en el universo de la realidad. El recurso propuesto es válido, y no carece de antecedentes, ya que el marxismo ha establecido con el pensamiento de Darwin y sus derivaciones, siempre sugestivos, relaciones de criterios compartidos en ocasiones, de enfrentamiento otras.

4. *Marxismo, hoy*

Es claro, entonces, que en el cuerpo teórico de Marx debe ser efectuada la cirugía radical de la que hablábamos; la crítica obliga a extirpar la dialéctica hegeliana, de raíz.

Queda, sin embargo, flotando una pregunta. ¿No resultará la cirugía demasiado extensa, tanto que resulte refutatoria de todo el pensamiento marxista? Mi intención, ahora, será exponer, en forma fragmentaria el núcleo que permanece válido luego de estos cien años de historia transcurridos, y justifique a posteriores acrecentamientos del mismo, títulos suficientes para reclamarse parte de la tradición que comienza con Marx, y no algo que le sea ajeno. Obligatoriamente fragmentaria, pues así como la reformulación de la mecánica clásica fue obra de una comunidad científica en un periodo histórico amplio, el marxismo que propugnamos será producto de una labor colectiva y prolongada.

i) La crítica a fondo del sistema capitalista, que debe extenderse desde lo económico, en una continuación del paradigma teórico inaugurado en *El Capital*, a los niveles de la organización social: política, relaciones de producción, cultura, en los que existirá asimismo un proyecto crítico, para su revulsión total. Si el análisis antidialéctico efectuado es correcto, y Marx estaba equivocado en pensar una direccionalidad causal, entonces no basta el cambio económico, en la infraestructura, para que por necesidad se transformen acorde con él las restantes subestructuras; esa es la razón profunda por qué en Marx y en Lenin no se encuentra una teoría del estado mas que como extinción, ni una teoría de la transición del capitalismo al socialismo; según su bosquejo teórico, la modificación económica implicaría por fuerza lo ideológico, lo cultural, lo político, lo social, en el mismo sentido de avance al socialismo.

Hemos visto que no es así; formas ideológicas atrasadas persisten pese a la expropiación de la clase capitalista, así como maneras anómalas de relación laboral, estatal, cultural. La realidad se ha mostrado más compleja y más interconectada de lo previsto, y el marxismo contemporáneo se encuentra ante la tarea de elaborar esas teorías de las subestructuras no económicas.

ii) La estructura económica y las luchas de las clases sociales como condición de inteligibilidad de la historia, que deberá comprender en la explicación de los sucesos, las legalidades culturales y políticas.

iii) La idea que una transformación radical en la sociedad ocurre solamente cuando se modifica también la estructura económica y social: no es suficiente el cambio en la conciencia, si no va acompañado por el establecimiento de sus condiciones materiales de posibilidad.

iv) La persistencia de un proyecto socialista.

Marx creyó que en su decisión de apoyar el surgimiento del socialismo convergían dos clases de motivaciones; la primera, con mucho la más identificada por la tradición marxista con su pensamiento, sostendría que la racionalidad del proyecto socialista consiste en su convergencia con la direccionalidad entrevista en la historia. Voluntad e historia coincidirían.

A esta motivación, Popper la considera la fuente de una especie de positivismo ético, que se refiere no a lo presente, sino al futuro. Mientras que aquél reconoce como válida la ética positivamente presente en una época dada éste traslada el positivismo al porvenir: una ética es válida pues le corresponderá; en ella, Popper señala los elementos de relativismo que caracterizan a todo positivismo

moral así como el oportunismo que implican la aceptación acrítica del presente, o del futuro.

Si, como hemos expuesto, la historia carece de finalidad, no hay manera de pensar el socialismo más que como proyecto humano, basándose en la segunda de las motivaciones presentes innumerables veces en los escritos de Marx: el socialismo acabará con todas las lacras del régimen capitalista de producción, PORQUE ES MEJOR: su adopción una decisión ética basada en consideraciones normativas, evaluativas, motivadas en profundas carencias económicas, sociales, políticas y culturales del sistema vigente, y su presencia en Marx una constante que no es posible seguir eludiendo, so pena de empobrecer sus aportes.

A la pregunta por el carácter de la dialéctica en Marx, la respuesta tentativa en que se trata, por encima de todo, de un error que ha proyectado sus consecuencias equívocas algunas veces, funestas otras, sobre el movimiento socialista de inspiración marxista.

Pese a la interpretación teleológica, pese a lo hegelianizante, el vasto movimiento social de las clases explotadas, ha generado, desde antes de Marx, un espacio peculiar, tanto cultural como organizativo, guiado por un proyecto que conduzca a terminar con todas las formas de sujeciones, sin más esperanzas de triunfo que las originadas por su propio esfuerzo, sin finalismos, sin determinismos, y elaborando, en su marcha, la teoría de la estructura social raíz de las carencias, y al mismo tiempo, la teoría de su proyecto y de su acción, de la que Marx es una parte básica e insoslayable.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- Diederich, Werner, y Fulda, Hans. *Estructuras sneedianas en El Capital* de Marx. Cuadernos de Crítica. IIF. UNAM. México, 1981.
- Lorenzano, César. *El materialismo de Marx. Reflexiones metodológicas acerca de la ontología marxista en El Capital*. Ponencia presentada ante el Primer Simposio de Filosofía Contemporánea. UAM-Iztapalapa, 1982.
- Marx, Karl. *El Capital*. Siglo XXI, México.
- Dos Santos, Theotonio. *Concepto de clases sociales*. Quinto Sol. México.
- Bagú, Sergio. *Marx Engels, 10 conceptos fundamentales*. Nuestro Tiempo. México, 1977.
- Hegel, G. W. F. *Ciencia de la lógica*. Solar Hachette. Bs. As., 1969.
- Findlay, J. N. *Reexamen de Hegel*. Grijalbo. Barcelona, 1969.
- Popper, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós. Bs. As., 1967.
- Lukacs, G. *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo, México, 1969.
- Marx, Karl. *Miseria de la filosofía*. Signos. Bs. As., 1970.
- Deutscher Isaac. *Rusia, China y Occidente*. Era, México. *La revolución inconclusa*. Era. México.

- Lenin. *Obras escogidas*. Progreso. Moscú, 1975.
- Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI. México, 1977.
Para leer El Capital. Siglo XXI, 1978.
- Mandel, Ernest. *El capitalismo tardío*. Era, México, 1972.
- Pereyra, Carlos. *Configuración: teoría e historia*. Edicol. México, 1979.

EN TORNO DEL TEATRO DE FERNANDO ARRABAL

Por *Francis DONAHUE*

EL dramaturgo español de mayor resonancia internacional hoy, Fernando Arrabal (n. 1932), lleva 18 años en un exilio antagónico de su patria y de su familia, construyendo sus piezas en español, las que llegan al escenario primero en francés gracias a la traducción de su mujer francesa, y las que posteriormente quedan vertidas a una veintena de idiomas. Sus piezas, que ya alcanzan unas 45, con regularidad dan lugar a enconadas controversias debido a la serie de tabúes que el dramaturgo escenifica: sadismo, masoquismo, coprofilia, escatología, blasfemia, matricidio, canibalismo, necrofilia y transvestismo.

Durante la Era Franquista (1939-1976) por la censura se presentó sólo una obra de Arrabal en Madrid. Desde el 1976 el dramaturgo ha logrado montar varias obras suyas en España pero sin gran éxito. Sus temas no atraen al público teatral español, el que sigue muy conservador; tampoco le interesa su puesta en escena, la que es de una vanguardia extremada. Lo que a Arrabal le consagra como dramaturgo excepcional son sus triunfos en los principales centros teatrales del mundo: París, Londres, Nueva York, Roma, Amsterdam, Estocolmo, Sidney, Tokio.

Natural de Melilla (anteriormente Marruecos Español), Arrabal de muy joven experimentó la trauma de la Guerra Civil Española (1936-1939), la que le privó de su padre, partidario de las fuerzas liberales-izquierdistas de la República, quien fue encarcelado por las tropas franquistas. Guarda Arrabal un recuerdo imborrable del momento cuando despidió por última vez al padre sin poder besarle, ya que su madre, contraria de los republicanos, se lo prohibió. En 1942 el padre se escapó de un hospital para presos políticos y desapareció. Recela Arrabal que su madre denunció al padre a los franquistas. De ahí parte la imagen maligna que retiene el dramaturgo respecto a su madre, imagen que aflora con frecuencia en sus piezas. Arrabal, criado en el seno de una familia muy católica, recuerda con amargura corrosiva sus años estudiantiles en escuelas religiosas donde se prohibía toda mención de sexo o del cuerpo humano, y donde a los alumnos se les imponía el castigo

corporal. Asimismo, al joven Arrabal le causó una impresión duradera la dictadura franquista apoyada en sus guardianes militares y policíacos. En 1954, alienado de su familia —en una época vivió cinco años con su madre sin dirigirle ni una sola palabra— sin completar sus estudios de Derecho y sin estrenar una obra, el dramaturgo en ciernes abandonó a la capital española desplazándose a París, donde sigue residiendo hoy.

En 1967 Arrabal, ya renombrado como dramaturgo, hizo una visita a Madrid donde, a fin de promocionar la venta de un libro suyo, redactó una inscripción en un ejemplar para un "admirador", quien resultó ser miembro de las fuerzas de seguridad franquistas. A dicha inscripción se le calificó de blasfema y antinacionalista, con lo que a Arrabal lo encarcelaron en Carabanchel (Madrid). Durante su detención, se le reactivó la tuberculosis, por lo cual lo trasladaron a un hospital para presos. Allí el dramaturgo sostuvo largas conversaciones con otros presidiarios, ampliando su conocimiento de la vida carcelaria y documentándose para una futura pieza suya. Mientras tanto, tuvieron cartas en "L'affaire Arrabal" Jean-Paul Sartre, Samuel Beckett y Peter Weiss, junto con otras destacadas figuras literarias, quienes se dirigieron al Ministerio de Justicia español en defensa de Arrabal. Tras un proceso breve, el Tribunal falló que el dramaturgo, por haber ingerido una combinación de píldoras y alcohol antes de componer la inscripción ofensiva, había sufrido provisionalmente un "trastorno mental". Lo pusieron en libertad, imponiéndole una multa, permitiéndole a Arrabal regresar a su domicilio parisiense.

Amén de la enajenación familiar y religiosa, y de las memorias negras de su juventud, así como de su experiencia en la cárcel franquista, al dramaturgo Arrabal le influye su propio complejo de persecución. En sus reacciones interpersonales, el dramaturgo, quien mide menos de cinco pies de estatura y quien tiene una cabeza muy grande, descubre un candor casi infantil. Goza de la reputación de un artista que se va fraguando su propia "imagen mítica" a lo Salvador Dalí. Efectivamente, sus acciones al igual que sus obras se parangonan con las secuencias inusitadas del Surrealismo.

La producción teatral de Arrabal guarda relación de afinidad con la vida de su artífice. Sus piezas a todas luces sirven a exorcizar sus obsesiones por la hábil manipulación de cuatro temas arraigados en su propia psique: su preocupación desmesurada por la madre "maligna"; su alienación de un estilo de vida español que le resultaba injusto e incomprensible; su afán de lograr "victorias" sobre Dios y su agente, la Iglesia Católica; y su ataque a toda represión, sea personal, política o artística.

El Absurdist

ARRABAL en su primera fase (1958-1962) acusa la influencia de los absurdistas Samuel Beckett y Eugene Ionesco en la técnica, y la de Jean Genet en su temática y en su afán de escandalizar a la burguesía. El dramaturgo español pone de manifiesto una preferencia por piezas cortas que supeditan la trama y la delineación matizada de personajes al esfuerzo de evocar en escena un estado anímico de hábito poético. Compagina lo cómico y lo onírico con las propensiones tanto inocentes como sádicas que distinguen a sus personajes, los que se parecen a los Hermanos Marx del cine o a Estragón y Vladimir (*Esperando a Godot*), y quienes siempre están amenazados por figuras autoritarias, o bien maternas o políticas.

Emplean sus personajes un lenguaje que oscila entre lo poético y lo pueril, a guisa de Ionesco. Se aventuran en pos de la bondad aunque carecen por completo de toda comprensión de lo que es ésta. Se muestran indiferentes a los sentimientos de los demás, ya que les falta la habilidad de empatizar con éstos. No viven conforme a la ley moral, la que para ellos no existe.

El cementerio de automóviles

PARA proyectar su concepto pesimista de la vida contemporánea, Arrabal recurre a la metáfora del cementerio, a donde vienen a parar los combatientes del ajeteo cotidiano, tanto humanos como automovilísticos. En esta pieza (1959) el dramaturgo traza un parangón entre la vida de un trompetero que aspira a socorrer a la humanidad, y la Pasión de Jesucristo.

En un depósito de automóviles inservibles, el cual se va poniendo mohoso, queda acurrucada una escuálida comunidad humana integrada por vagabundos y fracasados que viven en el interior de las viejas carrocerías, donde imitan los modales de los grandes señores desenvueltos de la alta sociedad, dueños antiguos de esos coches. El director de la comunidad, Milos, le sirve el desayuno "en cama" a cada huésped, mientras que por la noche la prostituta de turno le da un beso a cada uno.

Emanou, el trompetero, se ofrece a amenizar la noche con su música. Se sirve de ésta y de otras maneras para realizar su deseo de hacer el Bien. No obstante, su comprensión del Bien es puramente mecánica. Resulta que él nació en un establo, hijo de un carpintero. A los treinta años abandonó el hogar paternal y empezó a abrirse camino en la vida. Cuando a Emanou lo traiciona otro

músico Tope (Judas), dos guardias lo asen, amarrándole los brazos a una bicicleta y dejándole exangüe, pantomima obvia de la Crucifixión. A poco rato aparece una mujer piadosa que se le acerca en plan de secarle la cara con un trapo: Verónica.

Por esta pieza, la que se desenvuelve en una serie de episodios desarticulados, resalta oblicuamente el tema de que, en el cementerio que ha llegado a ser el mundo actual, resultan contraproducentes tanto la inocencia como el Bien.

Los dos verdugos

MONTA Arrabal un ataque implacable a la madre en esta pieza (1958), donde hace hincapié en la degradación de la moral y del vocabulario de la burguesía. Los conceptos del perdón, culpabilidad, pecado y sacrificio quedan pervertidos por una madre que, habiendo denunciado a su propio marido a la Policía, se instala en la antecámara de la sala de tortura para gozar de su sufrimiento y su suplicio.

Con el consentimiento de un hijo (Julio, hermano del dramaturgo) que se ha sometido al sistema maternal, la madre, Francisca (señora Arrabal), echa sal y vinagre sobre las heridas de su marido. Empero, el otro hijo (Arrabal) le tiene compasión y cariño al padre, y saca a empujones a su madre de la celda:

¡Estás arañando sus heridas!

Poco a poco, la madre va mitigándole la resistencia a este hijo obstinado, quien por fin se deja convencer de la rectitud de la acción maternal. Abraza a la madre, dándose plena cuenta de que con tal gesto está traicionando a su padre. Acaba por pedirle perdón a la madre por su insubordinación.

Sobre el marido y el hijo obstinado ha triunfado la madre. Han triunfado también la irracionalidad y la crueldad en un mundo cuyos valores quedan subvertidos.

El triciclo

DE una inadaptación al mundo de valores tradicionales surgen el humor, la fascinación malévola y la muerte violenta que caracterizan a *El triciclo* (1961), obra en un acto que se ocupa de dos vagabundos inofensivos que habitan un mundo que al parecer existe fuera del marco temporal y geográfico.

Apal y Climando se enorgullecen de su única posesión, un tri-

ciclo alquilado, con el que llevan de paseo a los niños que vienen a jugar al parque. Así se ganan unos pesos. Climando, al entablar conversación con un Viejo, declara que de tanto cargar a los niños, le duelen "sobre todo los sobacos".

- Viejo: Eso será de llevar alpargatas. A mí me ocurre una cosa parecida; de tanto tocar la flauta me duelen las rodillas.
- Climando: Habrá un desfile. . .
- Viejo: No porque en los desfiles llevan tanques.
- Climando: Pero también puede ser desfile sin tanques.
- Viejo: Imposible. Los tanques son necesarios para allanar el camino.
- Climando: No para allanar el camino de los desfiles llevan banderas.
- Viejo: Nunca. Las banderas son para que no se vean los soldados altos.
- Climando: Los soldados altos llevan trajes cortos para disimular.
- Viejo: Mentira otra vez. Los trajes cortos son para los soldados que no tienen pelos en las piernas.
- Climando: Falso falso. . . los soldados que no tienen pelos en las piernas no son soldados. Son soldadas. Y como no hay soldadas, es falso lo que me decías.
- Viejo: Me has hecho trampa otra vez. . .
- Climando: Si quieres, comenzamos de nuevo.
- Viejo: No, porque tú razones mejor que yo y con la razón siempre se gana.

Además de episodios parecidos que ponen en ridículo la importancia que la sociedad burguesa concede a la lógica, Arrabal enfrenta a sus vagabundos con un problema, el de pagar el plazo del triciclo. Por casualidad dan con una solución: no hay más que asesinar al Hombre de los Billetes, quitándole el dinero para pagar el plazo, quedándose con los pesos que sobran para comprar "mil latas de anchoas".

Al Hombre le dan muerte, con sangre pero sin rencor, ya que no piensan hacerle daño. En todo caso, razonan los vagabundos, es probable que el Hombre hubiera intentado suicidarse.

- Apal: Le hemos matado.
- Climando: Pero era la primera vez. (Al Viejo) Para que sea malo, ¿cuántas veces tenía que ser?

Se acerca un guardia, que les arenga en lenguaje incomprensible, lo cual pone de relieve la imposibilidad de una verdadera comunicación entre los hombres, sobre todo en ocasiones importantes. De manera cooperativa se marchan los dos con el guardia, rumbo a la cárcel sin sentir ni pizca de responsabilidad moral por lo hecho.

La yuxtaposición del humor, la ilógica y el crimen, junto con la payasada de dos vagabundos amables, crean un clima escénico en que el auditorio, por la duración de la representación, suspende su incredulidad y aplaza su sentencia crítica frente al desafío a la moral que constituye el tema de *El triciclo*.

El Neosurrealista

EN su segunda fase (1962-) Arrabal se inspira en las doctrinas del francés Antonin Artaud (1896-1948), el teórico del teatro surrealista (*El teatro y su doble*). Asimismo, se vale de una amplia gama de recursos escénicos de procedencia vanguardista. Empero el dramaturgo español logra elaborar su propia praxis, según la cual una pieza se conceptúa como una ceremonia ritual que, al trascender tanto la lógica como la ética, sirve a conjurar los "demonios" personales que entrañan no sólo los actores sino también el auditorio, y, claro está, el dramaturgo. Para concretar su nuevo rumbo teatral Arrabal emplea el calificativo de "El Teatro Pánico". Por lo visto, cuenta con el significado original en griego de la palabra "Pan": un dios pastoril que de modo estridente infundía en los que lo vieran una especie de miedo o frenesí "pánico". Falla Arrabal,

Utilizo imágenes y escenas destinadas a provocar el "pánico" en el espectador, a traumatizarlo psíquica y físicamente.

Mientras experimenta con la nueva praxis, el dramaturgo procede a modificar el apelativo, optando por "El Teatro de la Ceremonia Pánica". Tanto en las acotaciones para la representación de sus piezas ("Un desvestir ceremonial... un movimiento ceremonial") como en los títulos mismos (*El gran ceremonial*, *Ceremonias por un negro asesinado*) recalca Arrabal su insólito enfoque.

En las obras que corresponden a esta segunda fase, Arrabal se aprovecha de elementos poco compatibles: los ensueños y la realidad, el erotismo y la impotencia, la rutina y el caos, el mal gusto y la elegancia estética, lo sagrado y lo sacrílego, lo sórdido y lo sublime. El español hace alarde de una variedad de efectos tanto escénicos como tonales a fin de transformar actos de los susodichos

tabúes (sado-masquismo, escatología, profanación de ritos católicos, *et. al.*) en una especie de blasfemia mística, la que emboba a la vez que desconcierta al auditorio.

Primera Comunión

REPRESENTATIVA de la segunda fase es *Primera Comunión* (1966) obra en un acto que refleja un estado anímico de desasosiego espiritual, emparentando, en una ceremonia ininterrumpida, el terror, la sensualidad y la violencia fría.

A lo largo de la representación La Abuela va vistiendo a la Niña de Primera Comunión, prenda a prenda. En la habitación de aquella se encuentra un ataúd ocupado por una difunta desconocida, dos candelabros y una cruz de hierro. Al lado del ataúd están arrodillados Dos Hombres, quienes, al ver entrar al Negrófilo, se levantan de repente, horrorizados, y tras cerrar el ataúd colocan éste sobre las cabezas a la manera africana, y salen apurados.

Mientras tanto, dialogan, La Abuela y La Niña.

La Abuela: Si, hija mía, un día te casarás y serás la gloria de tu marido. No hay nada que tanto aprecie un hombre como una mujer de su casa, como tú lo eres. Menuda alhaja serás para un hombre... a los hombres les gusta tener por las mañanas cuando se levantan, la camisa bien blanca y bien planchada, los calcetines sin agujero y la raya del pantalón bien hecha.

La Niña: Sí, abuelita...

La Abuela: La cocina es lo más importante. Una cocina sucia convierte la casa más limpia en una pocilga. ¡Qué efecto tan desastroso causa entrar en una casa en la que hay polvo sobre el aparador y en la que los cristales no están limpios!

La Niña: Sí abuelita. ¿Qué era ese bulto que llevaba en el vientre ese hombre que ha pasado?

La Abuela: Era su sexo.

Persiste por toda la obra el contrapunto entre la homilía de La Abuela en pro de la vida ordenada, limpia y recta, y el conflicto que surge entre los Dos Hombres y El Negrófilo.

Cuando posteriormente los Dos Hombres devuelven el ataúd a la habitación, El Negrófilo aparece nuevamente, abre la tapadera y contempla, extasiado, a la difunta. Principia a desnudarse lentamente, como si se tratara de un rito, y se mete en el interior del ataúd.

La Niña: ¿Qué hace con la muerta?

La Abuela: Cohabita con ella.

Hacen mutis las dos, pero de lejos se oye

La voz de

La Abuela: Hoy que has recibido la Primera Comunión te has convertido en una verdadera mujercita. El Señor ha descendido a tu corazón y te ha purificado de toda culpa.

La Niña vuelve a escena, vestida de Primera Comunión, y, empuñando un cuchillo, viene acercándose al ataúd. Hince el cuchillo en el ataúd, y pronto la sangre del Necrófilo le mancha el traje blanco a La Niña. Al reirse ésta, desde el ataúd suben al cielo unos globos rojos.

Durante la representación el auditorio experimenta una fascinación mórbida junto con una revulsión, y quizás un sentido de culpabilidad por haberse entregado espiritualmente a esta confluencia pánica de lo erótico (El Necrófilo), lo religioso (La Primera Comunión) y lo mundano (la homilía dirigida a una futura ama de casa).

El arquitecto y el Emperador de Asiria

CON esta pieza (1967) Arrabal se afana en escenificar sus dos obsesiones principales: su rencor contra su propia madre, y su lucha con Dios-Iglesia.

El reparto se limita a dos personajes: el supuesto Emperador de Asiria, único sobreviviente de un vuelo malogrado que vino a parar en una isla desierta, y el salvaje noble, conocido por el "Arquitecto", único habitante de la isla, quien desconoce todo idioma. El sobreviviente resulta ser hombre de negocios que anteriormente había pasado mucho tiempo fantaseando sobre su posible conversión en emperador y, por lo tanto, en las nuevas circunstancias asume tal papel. Al intentar civilizar al salvaje, el Emperador le enseña su idioma y le cuenta historias de su vida de "monarca": su propio despertarse solía transmitirse diariamente por televisión, y unas veinte esclavas le frotaban el cuerpo con jarabes importados. El Emperador le instruye al Arquitecto en torno a las maravillas de la civilización: un mundo frágil de ciencia y filosofía, de guerra y masturbación, de elocuencia y automóviles, de satélites y homosexualidad, de sonetos y justicia hipócrita, de demagogia y miles de pensamientos.

Sirviéndose de máscaras, los dos se divierten en una especie de

dramita dentro del propio drama, desempeñando distintos papeles: amo-siervo, sadista-masoquista, clérigo-penitente y madre-hijo. Durante esta última confrontación el Emperador afirma,

Odiaba a mi madre como un diablo y la quería como un ángel.

Agrega que de niño se vio constreñido a confesar su anormal comportamiento sexual y por consiguiente experimentó un creciente rencor para con su madre, a quien más tarde le dio muerte con un martillo.

El Emperador, ya contrito, insiste en que se le sentencie a muerte por sus delitos. Exige que el Arquitecto le devore, vestido éste a la usanza de la madre del Emperador. El Arquitecto, al obedecer esta exigencia, procede a cumplir su cometido antropófago, y a poco rato se trueca en el Emperador mismo. Este acto de canibalismo sirve a completar la metamorfosis, y al llegar otro personaje que acaba de estrellarse en un avión —un "nuevo Emperador"— se recalca la circularidad de la pieza.

El acto de matricidio por parte del Emperador representa para el dramaturgo una victoria simbólica sobre su propia madre. En lo que atañe a Dios-Iglesia, quedan pantomimadas la Crucifixión y la Transubstanciación, y resultan aprobados el canibalismo, la homosexualidad, el transvestismo y el sado-masocismo.

El Dramaturgo Político

A partir de 1967, Arrabal, bien que no se aparta formalmente de la línea neosurrealista, comienza a imprimir una configuración política a sus obras, transmutando en arte nuevas experiencias, observaciones y preocupaciones.

Y le pusieron esposas a las flores

PARA confeccionar esta pieza (1969), la que encierra una crítica encarnizada de las condiciones carcelarias de la España Franquista, Arrabal echa mano de una variada gama de tabúes: castración, pornografía, desecración de ceremonias católicas y coprofilia.

La pieza da vida escénica a cuatro presos políticos que, tras años de encarcelamiento, quedan deshumanizados. Se recrean gráficamente su tortura y angustia, así como sus memorias y fantasías —eróticas, sádicas y blasfemas. Se avanza la acción en dos niveles: el de la vida actual de los presos y el de sus memorias y fantasías, todas hábilmente teatralizadas.

En una secuencia onírica, Katar, alicaído porque su mujer en una ocasión lo denunció a la policía secreta, le pide ayuda a su cónyuge. Esta desdeña su petición a la vez que se dispone a defecar en sus heridas. Amiel resulta ser una víctima patética de sus sueños y fantasías sexuales. Pornos, quien queda mudo debido a sus experiencias penosas, se metamorfosea en el guardián de la cárcel, el que se dedica a bailar, ataviado en un tutú blanco; posteriormente se convierte en un dictador que desde el balcón arenga a sus correccionarios.

A otro preso, acusado de un acto sacrílego, se le encierra en una celda sin comida ni agua; a los cuatro meses cuando lo sacan, resulta que este preso se había roído los antebrazos con sus propios dientes. A un cura sadista, lo capturan varios presos rebeldes, quienes, tras cegarle, lo castran; el cura, al tiempo que masca sus propios testículos, entona una oración escatológica. A otro preso, antes de ser agarrado, se le coloca en una posición semejante a la de la Crucifixión; este preso, al fallecer, orina en escena; luego lo transportan a un sitio elevado donde se resucita, con lo que se le suman varios discípulos, quienes se ponen a celebrar el fin de la represión.

Durante la representación Arrabal recurre a dos accesorios escénicos la oscilación de reflectores luminicos y el estruendo rechinar metálico de las puertas de las celdas al abrirse y cerrarse —a fin de darle al auditorio la sensación del clima existente en las cárceles franquistas.

La balada del tren fantasma

CON esta pieza (1975) Arrabal ratifica su creciente preocupación por su papel de autor exilado, así como su premonición de que jamás podrá volver a España a vivir.

La trama sigue los pasos del español Tharsis, un doble de Arrabal ("Veinte años ya me fui de Madrid para siempre... tú sabes lo que cuesta vivir en el exilio... lo que se sufre..."). En España Tharsis había secuestrado al Duque de Gaza, a quien se llevó a Madrid, Nuevo México (U. S. A.). Piensa guardar al Duque como rehén a fin de exigir concesiones al Gobierno español. Mas, el chantaje no se lleva a cabo en virtud de que el Gobierno desoye las peticiones de Tharsis. Resulta que el Madrid norteamericano es un pueblo fantasma "como Madrid, España" en los tiempos de Franco, debido al amordazamiento de la libertad de expresión en España.

En Nuevo México Tharsis se intima con un funámbulo ya reti-

rado, quien se ofrece a enseñarle al español su oficio. Con el tiempo, Tharsis, tras aprender los secretos del funambulismo, vuelve a España, donde secretamente manda tender una cuerda desde el edificio de la Telefónica a la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, la plaza más famosa de la capital española.

Cuando Tharsis inicia sus ejercicios sobre la cuerda, la policía, sirviéndose de un helicóptero, trata de pararlo, sin resultado ya que una bandida de cuervos se le interpone entre Tharsis y sus efectivos. Se incendia el helicóptero, causando la muerte de sus ocupantes. A Tharsis lo vitorean unos espectadores para quienes el funámbulo constituye un símbolo de la libertad que vienen anhelando desde hace más de treinta años.

Esta trama no es sino un vehículo por medio del cual Arrabal sigue explorando en escena sus propios complejos. Por boca de Tharsis, el dramaturgo expresa su enojo frente a la falta de reconocimiento de su valor artístico por parte del público español:

Está prohibido hablar de mí... está prohibido mostrar lo que hago; sólo se puede hablar de mí si es para calumniarme o injuriarme.

Acaban de escribir que había que castrarme para impedir que tenga hijos como yo.

En otro parlamento Tharsis desnuda nuevamente los sentimientos del dramaturgo:

Soy tan pequeño... tan humilde, tan frágil... tan inferior a los otros... Mirarme en un espejo es un dolor infinito. Cuando paseo evito las calles donde hay grandes vitrinas con enormes espejos que me reflejan.

Es más, a Tharsis le reprocha el Duque por estar obsesionado por su sexualidad, por entregarse a los actos sado-masoquistas y por maltratar a las mujeres cuyo único delito consiste en ser más altas y más guapas que el propio dramaturgo.

Prólogo a Mañana

ENCASILLARLE definitivamente a Arrabal en la historia del teatro sería prematuro. Como acaba de cumplir los cincuenta, le quedan años para ampliar y enriquecer el censo de su teatro. De su futuro repertorio cabe aventurar este vaticinio: la tónica de su creación seguirá neosurrealista, y el contenido se basará mayormente en las experiencias del dramaturgo, así como en las obsesiones y los tabúes que distinguen la obra arrabaliana ya existente.

Presencia del Pasado

PARA UNA BIOGRAFIA DE SALVADOR ALLENDE

Por *Fernando ALEGRIA**

EN los comienzos del gobierno popular un terremoto —el más fuerte en la historia de Chile, país de temblores—, destruyó la rica zona agrícola de Talca hasta el Bío-Bío, dejando miles de muertos; ciudades, pueblos y aldeas en total ruina. Fue un golpe tremendo para la administración de Aguirre Cerda. Allende, como Ministro, dirigió trabajos de salvamento y de salud pública en Chillán y Concepción.

La noche del terremoto, 24 de enero de 1939, Allende asistía a una reunión de su logia masónica en el antiguo edificio de la masonería, frente a la Biblioteca Nacional. El primer remezón cortó la electricidad. Allende corrió hacia la puerta principal de la Alameda. Un segundo temblor sacudió violentamente el edificio y se oyó el ruido de paredes que se desplomaban mientras las marquesinas de vidrio del vecino teatro Santa Lucía se hacían trizas en la vereda. Allende permaneció observando el pánico de las gentes que huían desde los edificios de apartamentos y del teatro. Más tarde, entre el ruido de las sirenas de ambulancias y las bombas de incendio, Allende se encontró con una pareja amiga frente a la entrada del Santa Lucía.

Era una noche calurosa con ese aire revuelto y polvoriento que sigue a los temblores. En el cerro Santa Lucía osilaban aún los faroles contra el blanco desteñido de las glorietas y balaustradas. El rumor de los eucaliptus meciéndose en la brisa se mezclaba al canto alborotado de los pájaros. Las noches en ese rincón de Santiago siempre son así en verano, pero ahora el cerro soltaba de pronto un intenso y revuelto aroma de yerbas y tierra mojada.

Allende y sus amigos caminaron hasta un café de la calle Tenderini. Las gentes escuchaban las noticias que transmitían las radios de aficionados informando desde la zona más damnificada. Iban

* Con esta segunda parte concluye el trabajo que nos hiciera llegar Fernando Alegría. La primera parte del mismo se publicó en el volumen anterior, correspondiente a los meses de mayo-junio del año en curso.

llegando poco a poco detalles de la catástrofe: el teatro Municipal de Chillán se derrumbó, no hubo sobrevivientes. Los puentes están cortados. No hay noticias de Concepción, no funciona el telégrafo. Aldeas enteras han desaparecido. . .

Allende conversaba ahora con una joven de grandes ojos claros que acompañaba a la pareja amiga. Le decían Tencha. Terminaba sus estudios de historia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Sin intereses políticos entonces, Tencha poco sabía de Allende, pero la impresionó su ánimo voluntarioso, su palabra fácil y jovial. Hablaba de ir al sur y organizar un tren de salvamento. Enero es un mes perezoso en Chile, decía, todo el mundo veranea, será difícil reunir suficiente gente en el Ministerio.

—Así que usted es el Ministro de Salubridad.

El la miró sorprendido.

— . . un Ministro del Frente Popular que ésta noche asiste a una reunión de su logia masónica.

¿Masón? Pero si eso es historia antigua, le decía ella. ¿Cómo se puede ser masón en estos años? ¿Filantropía? No, justicia social. Allende defendía su afiliación masónica con ardor. ¿Sentimentalismo? pensaba Tencha.

— . . reconozco que la masonería jugó un papel brillante en las guerras de la Independencia. Pero ¿ahora? Una fraternidad burguesa. . . rotarios. leones, kiwanis. . . No.

Pero entonces Allende habló de su familia, de su abuelo "El Rojo", una vida dedicada a la solidaridad con los trabajadores de Valparaíso, entregado a una causa que en su mundo profesional y de acuerdo a sus principios podía compararse a la de líderes sindicales, luchadores todos por el bienestar del pueblo. Contó detalles familiares, la ayuda recibida por su abuela a la muerte del doctor Allende Padín, la deuda que ni él ni sus hermanos olvidarían nunca. Tencha lo escuchó con atención y comprendió eso que en el joven Ministro socialista podía parecer anacrónico, lo sintió íntimamente y se prometió allí mismo no cuestionarlo ni ironizar otra vez su lealtad a la masonería.

Hortensia Bussi había nacido en Valparaíso el 22 de julio de 1914. Hija de un capitán de la Marina Mercante. Su madre murió muy joven. "Puede decirse que no la conocí", cuenta. Fue alumna del Liceo Número 2 de Valparaíso, después se fue a Santiago con sus dos hermanos y estudió Historia y Geografía en el Pedagógico. Se desempeñó como maestra haciendo algunos reemplazos y, habiendo seguido también la carrera de biblioteconomía, trabajó en la biblioteca de la Dirección General de Estadística.

Esa noche, tomando el café ya solos pues los amigos se despi-

dieron temprano, Tencha hizo observaciones que no olvidaría. "Esta independencia de opiniones, —ha dicho más tarde—, influyó en nuestras relaciones. Salvador apreció siempre que yo me expresara libremente aunque fuera para estar en desacuerdo con él. Reconozco, agrega, su gran influencia en mi formación política y en la de nuestras hijas. En sus convicciones, su honestidad, su lucha, jamás se sintió decaer, aún durante las campañas más adversas y duras. Soportó con entereza los ataques y calumnias más enconadas. No fue fácil ser esposa de un político tan activo, con ideas tan avanzadas para su época".

Ese 24 de enero de 1939 comenzó una amistad firme, una relación de camaradería que llegaría a ser compleja. Siguieron viéndose a diario, compartiendo difíciles tareas pues el gobierno popular comenzaba en medio de crisis, y hubo tiempo también para el romance. Se casaron en 1940; vivieron en una casita de ese alero verde y antiguo de Victoria Subercaseaux, donde la respiración de los árboles y yerbas del Santa Lucía trae un constante aroma a campo y donde las viejas veredas, puertas y mamparas han ido asentando un ambiente de sentimental y patricia defensa contra el centro bullicioso de Santiago. En el vecindario vivía también el poeta Vicente Huidobro y un poco más tarde, Benjamín Subercaseaux.

Tuvieron tres hijas, Carmen Paz, Beatriz y María Isabel. Apegado a su familia, Salvador, sin embargo, no era, no pudo ser, un "hombre de hogar". Demasiadas cosas lo atraían, obligaciones y preocupaciones de la militancia política lo requerían hora a hora. La muerte de su madre, que murió de cáncer en 1960, sería un golpe duro para él. A sus hermanos los ayudó hasta el final.

La reconstrucción del sur de Chile fue tarea titánica; durante meses el gobierno de Aguirre Cerda comprometió todas sus reservas en la empresa, pero no perdió de vista los objetivos del programa del Frente Popular. Aprovechando el enorme poder de nuestros ríos que se despeñan desde la cordillera hacia el mar en pocos kilómetros, el gobierno inició la construcción de varias plantas generadoras de energía eléctrica. La potencia hidráulica del país fue canalizada por una nueva empresa estatal, ENDESA, estableciendo un promedio de 1.300 kilos-watts por habitante, uno de los más altos del mundo. Sauzal, Abanico, Pilmaiquén. Los Cipreses, fueron los nombres de las primeras plantas.

Aguirre Cerda gobernó brevemente: en 1941 murió víctima de la tuberculosis. Pero en tan corto periodo realizó una obra administrativa de vastas proyecciones para el futuro económico del país. Patrocinó el desarrollo acelerado de la industria del acero y de la explotación del petróleo, fijó los límites chilenos en la Antártida;

con la ayuda directa de Allende amplió los servicios de asistencia social, salubridad y previsión. El gobierno popular construyó más de cinco mil casas para empleados y obreros, otorgó miles de títulos de propiedad a nuevas colonias agrícolas, fundó centenares de escuelas primarias; creó liceos nocturnos, institutos comerciales, la Escuela de Ingenieros Industriales y la de Artes Gráficas.

Aguirre Cerda mantuvo incólume la coalición política que lo llevó al poder. Cuando Allende renunció a su cargo de Ministro en 1942 para desempeñarse como Secretario General del Partido Socialista, no es ya el líder de un simple grupo político, sino el abanderado de un amplio y sólido movimiento de la liberación social y económica de Chile.

Su prestigio ha trascendido las fronteras. Antes de renunciar al Gabinete, Allende había organizado la primera Exposición Nacional de la Vivienda, en plena Alameda Bernardo O'Higgins, a las puertas del exclusivo Club de la Unión, como un reto y una afirmación de la política innovadora del Frente Popular. Poco más tarde viaja al Perú a reunirse con los líderes del APRA y sigue, luego, a los Estados Unidos como representante de Chile a la Asociación Americana de Salud Pública.

A propósito de este viaje Allende dirá a quienes lo interrogan sobre los avances del imperialismo:

Los socialistas advertimos que nuestro enemigo número uno es el imperialismo y por eso concedimos, y aún lo hacemos en la actualidad, primera prioridad a la liberación nacional. La penetración y dominación del capital foráneo se ha acentuado en los últimos años hasta hacer casi invisible la burguesía llamada nacional. El Partido Socialista tiene una tradición ant imperialista que se liga en la historia al proceso conocido en nuestro país como Revolución Socialista que comienza el 4 de junio de 1932. (Debray, pág. 31).

Mientras tanto los partidos alínean sus fuerzas para la elección presidencial de 1952. Allende es proclamado candidato. Los socialistas reconocen que sus posibilidades de triunfo son mínimas, pero deben afrontar el reto de la derecha tras la bandera de la unidad partidaria. Allende cumplió su campaña con fervor y, derrotado, no se desanimó.

Al año siguiente sería elegido senador por Tarapacá y Antofagasta.

Aguirre Cerda había dejado un vasto programa de reformas por cumplir. A su muerte lo sucedió Juan Antonio Ríos, radical de posición centrista y actitud ecuánime. Fue Ríos quien llevó a Chile

al bando de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Con gran sagacidad Ríos estructuró una firme y leal base militar para su gobierno. Repentinamente, el Presidente Ríos murió en 1946.

Y, entonces, subió al poder un personaje pintoresco, ducho en las acrobacias del oportunismo nacional e internacional: Gabriel González Videla. Para ganarse el apoyo de las compañías multinacionales triunfantes después del bombardeo atómico del Japón, González Videla desencadenó una violenta agresión contra los partidos obreros que lo habían ayudado en su campaña, provocando así la ira del poeta Pablo Neruda quien escribió versos lapidarios contra él en su obra *Canto general* (1950).

El destino de Allende va tomando forma también a niveles que no son fáciles de explicar. Sigilosamente crece a su alrededor un círculo oscuro, urdimbre de opiniones encontradas, celos, veleidades, inuendos. Allende se mueve en una sociedad que aparenta un liberalismo desprejuiciado y una armoniosa convivencia por encima de las divisiones de clase. Pero tal armonía es equívoca. Los privilegios no se proclaman a los cuatro vientos, pero se reverencian, se protegen y se defienden. En el ejercicio de la política profesional los cuarteles de Allende siguen siendo la Cámara de Diputados, el Senado, las asambleas de su partido, las salas llenas de humo donde se discuten y deciden las estrategias de la oposición. Vastos sectores políticos perciben a Allende como un líder parlamentario, sabio para ganarse adeptos, implacable para aplastar a sus enemigos. Crece en Chile la vanguardia elegante de la nueva y pujante tecnocracia criolla. Los aficionados a la economía se ven desplazados por ingenieros que regresan de los Estados Unidos con respetables títulos universitarios. El dueño de fundo, conservador, celoso de sus tradiciones y derechos incontestados, observa con desconfianza el avance de una clase media reformista que busca la coalición con el movimiento obrero de izquierda.

¿Allende? Presidente del Colegio Médico, impecable en su vestir, distinguido, galante, ingenioso y delicado en su humor, desconcierta a sus enemigos políticos. Quisieran identificarlo con alguna clase de extremismo exótico, alienarlo o ganárselo en compromisos ambiguos. Un apodo empieza a subírsele encima de su nombre, por cariño unos y otros por hostilidad le llaman cada vez más Chicho y subrayan su connotación de *pije*.

Quisieran que fuera frívolo, nada más que frívolo, quisieran que una ambición política desmedida fuera su única marca, sueñan con simplificarlo para neutralizarlo.

"¿El Chicho? —dicen en el Club de la Unión—, ¡Bah! Es richón con casa en la playa, aficiones y gustos caros, pije, pues, pije".

Y, al decirlo, saben que se engañan. Los oligarcas van alimentando su odio, su implacable odio contra quien consideran un descastado. De pronto, el elegante se les ha vuelto un descamisado. El profesional de lujo, un luchador social. El político muñequero, un líder revolucionario. Es importante evaluar el poder de esta lenta, ininterrumpida red de odio que la oligarquía arma alrededor de Allende entre las décadas del 50 y del 60 para comprender la increíble furia, la sorda agresividad y despiadada violencia con que se lanza en su contra en los meses críticos de 1973.

Los conservadores de profesión —propietarios, agentes, agiotistas, empresarios—, miden el grado de polarización política que va creciendo en Chile y deciden establecer líneas de combate cuya precisión y poder no son apreciados de inmediato por los partidos de izquierda. Una conspiración gigantesca pero sorda va cerrando nexos dentro y fuera del país. El Allende a quien temen no es el ganador de senaturías, no es el orador de asambleas. Un enemigo más difícil les enfrenta. Ya en la campaña presidencial de 1952 Allende anuncia proyectos que alarman al consorcio multinacional. Habla de la nacionalización del cobre. Pero, no sólo habla. Unese a Elías Lafferte y juntos presentan en el Senado un proyecto de nacionalización. Un año después, en 1953, defiende un proyecto de ley para crear la Corporación de Ventas del Cobre.

Cuando Allende viaja a China, a fines de 1957, aparece de pronto como el indiscutible abanderado de la unidad de la izquierda chilena.

El círculo íntimo de Allende siente que las condiciones se están dando para el triunfo en las elecciones de 1958. Los partidos populares han conseguido unirse en la base superando las ambiciones de pequeñas facciones. La Central Unica de Trabajadores presenta un sólido frente.

La casa de Guardia Vieja,* a la entrada del barrio alto santiaguino, es centro de reunión de líderes sindicales, profesionales, escritores y artistas. Algo en ese nombre de tango de la calle cambia la atmósfera del barrio. Es como si los grandes árboles fueran allí más viejos y polvosos, las enredaderas de madreselva más frondosas, los atardeceres más largos y las noches casi de campo, bajo cielos de verano. Allí se reúnen amigos de muchos años. Los Allendes reciben con esa afectuosa cordialidad de las antiguas familias chilenas. Sus almuerzos son lentos, conversados, ricos de anécdotas, de noticias, de recuerdos.

* Nombre de la calle donde se ubica el domicilio particular de Salvador Allende.

En la pequeña terraza preside Tencha, cuyo ascendiente entre los escritores y artistas es ya tradicional. Lleva la Conversación con inteligencia. Hay algo de voluntarioso y sonriente en su manera que desconcierta primero y gana después, como si hasta en los tonos más solemnes, alumbrara siempre algo joven, jovial, afectuoso. Allende llega tarde. Viene apurado, bromeando. Como inadvertidamente escoge a uno o dos invitados y los conduce a su escritorio para una conversación breve, íntima, útil. Es una sala pequeña, acogedora; observando los anaqueles uno se fija más en los retratos que en los libros. Sobre el mantel de la chimenea se ve un retrato de Arturo Alessandri con dedicatoria larga, de rasgos muy fuertes. Cuadros de grandes pintores latinoamericanos, marfiles de China, objetos indígenas, adornan el cuarto.

Entra una de sus hijas, Beatriz, de rostro abierto, ojos sonrientes, y con su hablar pausado pregunta cosas serias, da opiniones bien pensadas. Está por completar sus estudios de medicina.

En la terraza tintinean los vasos con el pisco chileno, brillante, cabezón, espumoso. Un gran perro para su cola de plumero por encima de los invitados llenándolos de pelusas.

Allende ha dicho ese día: "Sí, el triunfo es enteramente posible si se da la circunstancia que buscamos, una derecha dividida, una izquierda férreamente unida".

Sus enemigos pensaban de otro modo: la coalición de clase media y clase obrera está rota, decían, el Partido Radical corre con colores propios, la Democracia Cristiana se levanta como un súbito movimiento popular, de fuerte raigambre profesional, agitada por los malos tiempos del último gobierno del general Ibáñez, descontenta, luchadora. Desde el fondo del liberalismo chileno, aderezado con impresionante aparato tecnocrático, apuntalado por resortes y plataformas del gran capital, aparece la imagen de un hombre fuerte, misterioso y austero, ser de principios rígidos, sin compromisos, de pocas palabras y de presencia imponente: Jorge Alessandri Rodríguez. Trae a sus espaldas la sombra maciza de su padre, gestor de más de cincuenta años de política chilena. La derecha confía en don Jorge, el papelero (capital mayor de la Compañía de Papeles y Cartones), EL PALETA, (hombre sin miedo, compadre que va a todas las paradas), el gerente que arreglará las finanzas del país sin necesidad de magia, ni siquiera de computadoras, le bastará la renovada confianza de la banca internacional.

Sin embargo, los vientos de USA también toman direcciones imprevistas. Un individuo joven, audaz, brillante, comienza a gobernar ese país con ánimo renacentista. se rodea de élites intelectuales, ilumina la Casa Blanca con fogonazos de arte e historia,

mueve a sus scouts por los salones de Europa y las barracas del Tercer Mundo, sin los garrotes de antaño, más bien con sordina y elegancia, midiendo a sus adversarios, tomándoles el peso, avaluándolos en dólares culturales. John F. Kennedy piensa que para tranquilizar el traspasio latinoamericano basta con reformas sonoras pero inofensivas, colaboración respetuosa en la utopía de una América sin pobreza y sin marxismo. La suerte de estos países, dice, está en manos de la Democracia Cristiana. Nace la Alianza para el Progreso.

Allende, por su parte, sabe que el duelo Alessandri versus Frei significa la división por la base de la derecha chilena. Kennedy ignora estas sutilezas del proceso político latinoamericano. Para él la solución es simple: movilizar los fondos monetarios internacionales, conseguir el apoyo local de la iglesia, la clase media y la "intelligentsia" criolla adiestrada en los más prestigiosos centros universitarios de los Estados Unidos.

Allende mide su verdadera fuerza en la confrontación directa entre el poder económico de la derecha y el poder político de la clase obrera. Los partidos populares le responden. Se afianza la unidad socialista-comunista. Lo que fue un saludo a la bandera en el 52 es ahora un combate mano a mano.

Los últimos años de la presidencia de Ibáñez (1952-1958) habían sido desastrosos. Temeroso de los aires de fronda que lo van cercando, Ibáñez busca una alianza con Perón, a quien invita para que visite Chile. Pero, las artes de Perón no le sientan al general Ibáñez, parco, terco y hosco de nacimiento. Al final de su gobierno una manifestación obrera en Santiago termina en una **masacre. Mil Muertos**. El anciano general pierde el timón en una ola de huelgas y motines estudiantiles.

En tales circunstancias Allende afronta la campaña presidencial de 1958. Recorre el país en tren, auto, camiones, a caballo. Instala su tribuna en plazas o en campo abierto, habla en estadios, sindicatos, universidades. Va a las minas a los muelles, mercados y parcelas. Lleva un programa de nacionalización de las riquezas del país y expropiación de industrias y predios agrestes. Le rodean las mujeres trabajadoras y profesionales, los artistas e intelectuales. Por primera vez en su trayectoria política Allende siente que el pueblo ve en él no a un funcionario político, sino al abanderado de un proceso de concientización sindical y política cuyas raíces alcanzan a las campañas pioneras de Recabarren y Lafferte a comienzos de siglo.

Allende debió ganar en 1958 y si no ganó fue a causa de una trampa armada por la vieja guardia del contubernio politiquero, truco característico de todo el juego eleccionario que él mismo conocía desde los tiempos del León de Tarapacá, el "mismo del

año veinte" y que, sin embargo, no advirtió a tiempo ni supo apreciar en su medida justa. La derecha inventó y financió una candidatura absurda, un acto de circo pobre, patético y grotesco, que los partidos de izquierda desdeñaron. Ese candidato "popular", destinado a robarle votos a Allende, era un cura que había colgado la sotana, sacristán dicharachero y comediante, gordo y sin escrúpulos, apodado Cura de Catapilco, que desfiló por las calles de Santiago montado en un burro, bíblica tramoya, seguido por cesantes harapientos y famélicos, batiendo banderas rojas, entonando himnos revolucionarios, voceando consignas proletarias, cura, en fin, sin programa ni sotana.

En esa elección, que pudo ser histórica. Jorge Alessandri obtuvo 390 mil votos, contra 356 mil de Allende y 41 mil del Cura de Catapilco. Frei sólo alcanzó a 192 mil votos. El Cura realizó el milagro: le quitó a Allende los 40 mil votos que habrían significado su victoria.

Los datos ruedan sobre el tapete político de Latinoamérica. Dos bandos levantan sus fronteras y se disponen a un largo y cruento combate. La estrategia norteamericana es clara: para respaldar su política de guerra fría contra la Unión Soviética es indispensable mantener a los países latinoamericanos bajo estricta vigilancia policial. Salen correos de Washington a estructurar un sistema militar-económico a prueba de insurgencias. Nelson Rockefeller, el "buen vecino" por excelencia, elabora un acucioso informe después de un breve pero intenso recorrido por las capitales latinoamericanas. Su mensaje: la democracia para estas gentes se hace con uniformes y charreteras, la otra —esa de las constituciones, división de poderes y procesos electorales—, no les sirve, nuestro siglo está cruzado de espadas; entre la razón y la fuerza, nos quedamos con la fuerza.

Enviar destacamentos de infantes de marina a Centro América no es nada nuevo. Para darle un poco de novedad a la intervención se arma un ejército mercenario contra el gobierno constitucional de Guatemala. Cae el Presidente Jacobo Arbenz. El sargento Batista da un cuartelazo en Cuba. Rojas Pinilla se instala en Colombia. Nelson Rockefeller se soba las manos.

En un discurso en el Senado Allende denuncia la conspiración imperialista contra los gobiernos democráticos de Latinoamérica. "Las inversiones norteamericanas en nuestro continente —dice—, ascienden a cinco mil setecientos millones de dólares, es decir, constituyen el 40% de todas las inversiones de Estados Unidos en el extranjero".

Se extiende por Latinoamérica la sombra parda de los regímenes represivos. Pero, la insurgencia se riega asimismo y va cundiendo

por el campo, las montañas y ciudades. En 1956, batida por los mares del Caribe, llega a Cuba una pequeña embarcación blanca, de ella desembarcan Fidel Castro y un grupo de jóvenes barbudos dispuestos a liberar a su patria de los gangsters y mafiosos que la dominan desde Miami bajo la protección de Batista. Los barbudos traen unas pocas armas, una efigie de Martí y un plan nuevo para hacer frente a las dictaduras: se internan en la montaña y hacen una guerra de guerrilla, no darán paz al enemigo, pero tampoco le darán batalla frontal, le hostigarán para herirlo y desconcertarlo, confundirlo y debilitarlo, serán un ejército de sombras que irá creciendo de la nada y desde esa nada avanzarán amparados en la solidaridad de campesinos y obreros.

Cae Rojas Pinilla en Colombia y Castillo Armas es asesinado en Guatemala. Cae Pérez Jiménez en Venezuela. Nixon, político de mala catadura, brazos abarcadores y bolsillos sin fondo, se atreve a visitar Sudamérica. Primero en Lima y después en Caracas deben rescatarlo en helicóptero para salvarlo de las pobladas que lo apedrean.

El déficit fiscal en Chile asciende a setenta mil millones de pesos. El Presidente Alessandri preside un gobierno de gerentes acelerados. De siete mil industrias, doce poseen la mitad del capital industrial del país; el 1% de las empresas ocupa al 50% de todos los trabajadores y lanza al mercado el 60% de la producción nacional.

Enero de 1959 Allende es invitado a La Habana a celebrar el triunfo de la revolución popular. Se entrevista con Fidel Castro, el Ché Guevara y Camilo Cienfuegos.

Kennedy reacciona agresivamente ante las reformas revolucionarias de Castro; después de imponer un bloqueo económico rompe relaciones con Cuba. En 1961 Kennedy promueve una invasión de elementos contrarrevolucionarios que son derrotados en Bahía de Cochinos. Mientras la revolución cubana sufre esta ofensiva norteamericana, Allende extiende sus esfuerzos para dar forma a un frente solidario a nivel latinoamericano.

La Alianza para el Progreso es como un globo de mal papel que no termina de elevarse. Poco a poco se irá llenando de agujeros. Kennedy habla con palabras de paz, pero en 1962 declara un bloqueo naval contra Cuba y provoca una dramática confrontación con la Unión Soviética. Poco tiempo después, en 1963, John F. Kennedy es misteriosamente asesinado desde las ventanas de un edificio en el centro de Dallas.

Después de las elecciones presidenciales de 1964 en que la izquierda chilena lleva una vez más a Allende como candidato y que la Democracia Cristiana con Eduardo Frei a la cabeza gana por

inmensa mayoría, el Presidente Johnson, sucesor de Kennedy, confiere a Chile un préstamo por 125 millones de dólares. Frei habla de "revolución en libertad" y firma un acuerdo de gradual "chilenización" de la industria cuprífera. A Johnson le gustan los discursos de nacionalización retardada; le gusta, asimismo, enviar infantes de marina a Centroamérica ante la posibilidad de una crisis. Interviene, pues, en la República Dominicana. Tres mil patriotas dominicanos caen defendiendo los principios libertarios y democráticos del régimen de Juan Bosch.

Allende viaja a Cuba nuevamente, presidiendo ahora la delegación chilena a la Conferencia Tricontinental. Propone la formación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Ese mismo año de 1967 pronuncia un discurso que equivale a una sentencia de muerte contra la Alianza sin Progreso, como se denominaba ya al preciado proyecto de Kennedy.

Hace seis años en Punta del Este —dijo Allende—, se proyectó la Alianza para el Progreso. Seis años después podemos hacer un amargo recuento económico, social y político del continente... En los cinco años comprendidos entre 1961 y 1965 —plena vigencia de la Alianza— las entradas netas representaron seis mil ochocientos millones de dólares, mientras las salidas por intereses y utilidades fueron más de ocho mil millones de dólares. Por lo tanto: no hemos recibido un aporte de capitales. Hemos experimentado una salida neta de fondos por más de mil millones de dólares en esos cinco años, sin contar las pérdidas por términos de intercambio. Cabe preguntarse ¿dónde reside la ayuda, la cooperación por la que estamos pagando precios tan altos e hipotecando además nuestro futuro y nuestra soberanía?... Nada cambió en este periodo de la Alianza. Se nos compró menos; se nos pagó peor y se nos siguieron imponiendo las mismas condiciones colonialistas de otras épocas". (Allende, UNAM, págs. 344, 346, 347.)

Son los años heroicos de Vietnam. En Bolivia ha muerto combatiendo el Ché Guevara. Allende, comprometido en la lucha por la solidaridad con Vietnam habla en una reunión internacional celebrada en el Canadá, de allí viaja a Corea, Vietnam, Laos y Camboya, se entrevista con Ho Chi Minh. A su regreso es elegido senador por Chiloé, Aysén y Magallanes. Desde 1966 ha sido Presidente del Senado chileno.

Allende va a cumplir 60 años. Se le ve robusto, nunca corpulento; la frente está marcada por firmes arrugas; detrás de sus gruesos lentes la mirada es irónica, penetrante, sabia. Habla pausada-

mente y, a modo de énfasis, las consonantes explosivas van puntuando sus frases bien redondeadas. Pregunta. Quiere saber los detalles del vaivén político dentro y fuera del país. No emite juicios, pareciera almacenar su información. Llaman la atención sus manos gruesas, fuertes, el vello rojizo. Enarca una ceja, observa regocijado, ríe, bromea con sus amigos. No ha perdido un ápice de su apostura. Es meticuloso hasta en los más ínfimos detalles de su apariencia. Se cuida la salud. Tati, su hija, es su médico de cabecera. En la mesa del comedor Allende bebe una copa de vino. Nada más. Come frugalmente. Un día de invierno se le ve sólo en el comedor del Hotel City de Concepción. Almuerzo totalmente ajeno al ambiente. Lee los periódicos del día que se van amontonando en la mesa. Otra tarde entra a la sala de la Cámara de Diputados donde se celebra una reunión entre parlamentarios chilenos y escritores latinoamericanos. Allende escucha con atención a los elocuentes uruguayos. Martínez Moreno y Mario Benedetti denuncian la situación de los derechos humanos en su país. Allí están José María Arguedas, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Carpentier, Roa Bastos, Angel Rama. Observándolo, se nota en Allende una presencia patricia, un peso de viejo estadista, algo de patria vieja, de folio, oficios, bandas tricolores; el pelo de cierto matiz rojizo contrasta con el bigote que se ha hecho blanco. El mentón es firme; su gesto, adusto, respetuoso. Cerca de su banca está sentada su hermana Laura Allende, diputada socialista, mujer de sobria y digna belleza. Al final de la sesión los escritores le saludan, le rodean, le hacen preguntas. Pronto habrá nuevas elecciones presidenciales. ¿Será candidato una vez más? ¿La cuarta será la vencida?

Las condiciones políticas han cambiado en Chile. La Democracia Cristiana, que surgió con arrollador ímpetu en 1964 y se ganó la adhesión popular con una enérgica y efectiva Reforma Agraria, ha perdido ascendiente en 1968 y 1969. Una desastrosa sequía ha perjudicado a los agricultores. Los latifundistas se resisten a aceptar la división de tierras propuestas por el gobierno de Frei. Graves incidentes se producen en predios del centro y sur del país. En las elecciones parlamentarias de 1969 la Democracia Cristiana pierde terreno. El Partido Comunista y el Partido Nacional, de extrema derecha, revelan, en cambio, aumento de fuerzas.

Un nuevo factor aparece, de pronto, en el ambiente político chileno. ¿Un partido? No en el sentido tradicional de la palabra. Es más bien un movimiento revolucionario de extrema izquierda, una ofensiva modelada en principios y estrategias de una guerrilla armada desconocida hasta ahora en el país. Sus cuadros, reclutados entre jóvenes de la burguesía universitaria, pero también del cam-

pesinado y proletariado, plantean un discurso político que contrasta drásticamente con el parlamentarismo tradicional chileno. Exigen acción inmediata en la redistribución de las riquezas nacionales, aceleración de la Reforma Agraria, "tomas" de predios por parte de los campesinos, formación de milicias populares. Critican a los partidos marxistas por sus tácticas dilatorias. Se les responde con cierto desdén. Son un grupúsculo, dicen, desaparecerán.

La Democracia Cristiana se divide: grupos descontentos con lo que consideran claudicaciones de Frei forman nuevos partidos cristianos de orientación marxista, nacen así el MAPU y la Izquierda Cristiana.

En enero de 1970 se reúnen los dirigentes de la Unidad Popular para designar candidato en las elecciones presidenciales. Inesperadamente surge resistencia al nombre de Allende: la historia de tres contiendas perdidas pesa en el ambiente del cónclave cerrado. Se caldean los ánimos, frases duras parecen provocar una división. No es una lucha enconada entre caudillos. Se reconocen, más bien, los errores tácticos de las campañas pasadas, se aprecia la orientación nueva del cristianismo-marxista, la aceleración impetuosa del MIR, el nuevo movimiento de extrema izquierda, el peligro de una alianza de poderosos intereses financieros y militares.

Desde Washington llegan consignas fáciles de detectar e interpretar. Nixon pondrá todos los obstáculos posibles —legales e ilegales—, para prevenir el ascenso al poder de una coalición marxista. Para Nixon, como para la derecha chilena, el nombre clave es el de Allende. El líder socialista *no debe* llegar a la presidencia.

El Partido Comunista ha proclamado a Pablo Neruda y el poeta ha recorrido el país arengando al pueblo con acentos épicos. Se gana el favor de las gentes. Lento y poderoso va como un tren por la madrugada despertando las esperanzas de un Chile campesino y obrero. Interrogado por los periodistas, Neruda desconcierta con sus respuestas burlonas. Le preguntan:

—Pero usted que todos los días duerme siestas tan largas ¿cómo va a gobernar? ¿seguirá durmiendo siestas?

—Sí —responde Neruda—, porque así, dormido, mis conciudadanos sabrán que nos le haré ningún mal.

—Y —vuelven a la carga los periodistas—, si usted estuviera sentado en un restaurante y en un plato le ponen la Presidencia y en otro el Premio Nobel ¿qué haría?

—Me cambio de mesa —contesta el poeta.

Neruda, leal a su partido, sabio observador de la realidad política del país presentía que, llegado el momento, retiraría su candidatura en favor de la de Allende. Y así fue. Se produjo, entonces,

la unidad alrededor del nombre de Allende y esta unidad fue combativa, inspirada. Desde esos cónclaves se expandió hacia las masas una certeza incommovible de que ese año de 1970 sería el de la victoria del socialismo. La consigna fue sencilla:

“El pueblo unido, jamás será vencido”.

Un airecillo confortable soplaba casi imperceptiblemente sobre los vellos abundantes y las pecas de sus manos. No, manchas de edad, no pecas, minúsculos anillos cerrados dándole al rojo un matiz ocre, venerable. Estaba sólo en su escritorio con la ventana ligeramente abierta. Tomó el vaso de cristal fino y reluciente entre sus dedos y consideró el reflejo del hielo astillándose en la miel del licor. No le temblaba la mano; había fuerza en ella, fuerza tranquila y confianza. Se arrellenó un poco en el sillón y sintió en la nuca el fresco agradable del cuero. Bebió lentamente. Esa mañana había tenido la alarma de un ataque cardíaco; simple alarma, la agitación repentina de un latir acelerado, la sensación de euforia y de ahogo, el dolor sordo, ascendente. Llamaron a Beatriz. Llegó a los pocos minutos. No hubo necesidad de avisar a nadie más. Ella le atendió con pericia tranquila, sin aspavientos, en silencio. Después le reconvino con calma, dejando caer poco a poco sus advertencias. Ella heredaba el aplomo de su padre en momentos de crisis, una especie de deceleración lúcida. Aunque, en el fondo, la incertidumbre doliera. Se llevó el vaso a los labios, el líquido le esparció su calor a través del pecho y luego lo sintió en el estómago.

Oyó los campanazos del carrillón, las dos de la tarde. Desde la terraza llegaban voces gruesas, algunas risas. Nadie sabría ni una palabra de lo sucedido esa mañana. Los líderes esperaban. ¿Una llamada telefónica de larga distancia? Que durase media hora, una hora, nada tenía de extraño. Allende era el candidato. Centro de alta atención. Le llamarían a diario y los llamados vendrían de todo el país, desde el extranjero, en cualquier momento.

Allende se levantó, se puso la chamarra de cuero, se ajustó los anteojos, se miró en el vidrio de un retrato y caminó con paso seguro hasta la puerta; cruzó el living y salió sonriendo a la terraza. El círculo se abrió para recibirlo. Allende irradiaba fuerza, bromeaba, sin dejar de observar con curiosidad las reacciones a su alrededor. Se hablaba de tácticas en la campaña, pero no de detalles. Sentíase el peso de la responsabilidad que el presentimiento de una victoria añadía al análisis de lo que iba a ser no tanto una campaña como un enfrentamiento decisivo.

Allende escuchaba jugando con el cierre de su chamarra. Habla-

ba Aniceto Rodríguez, calmoso y fuerte, asambleísta experimentado, midiendo cada palabra; analizaba el poder electoral de la U.P. a lo largo del país, provincia por provincia; se interrumpía para pedir un dato preciso a los demás. Volvía hacia Allende indicando con sus dedos gruesos un mapa invisible. Luis Corvalán, canoso y menudo, miraba con una especie de picardía juvenil, decía frases cortas y precisas con su acento de pueblo y su aire mesurado de maestro primario. Allende sonreía. Allí estaban los "mejores", líderes probados no sólo en contiendas electorales sino en procesos de represión, cárcel, destierro, persecuciones.

"No nos vamos a ver la suerte entre gitanos", decía Allende, como viniendo de vuelta de una carrera que aún no comenzaba. Allende sacaba cuentas, pero no eran los números el problema. Por primera vez en la historia de Chile se daba una lucha política cuyo resultado cambiaría el orden social del país. No podía ser una lucha de votos; se trataba de la confrontación de dos proyectos políticos que, definiendo el papel clasista de bandos opuestos, iban irremisiblemente hacia una colisión.

Allende hablaba asimismo del papel que debía jugar la mujer en este periodo de reformas sociales. Definía el poder femenino no como un arma electoral, sino dentro del programa de emancipación económica y política que abriría el camino hacia un régimen socialista. La mujer trabajadora, junto a su clase, descubría el sentido de la lucha revolucionaria en la oposición diaria frente al "poder femenino" reaccionario que ya salía a la calle también exigiendo un gobierno de "fuerza y orden" burgueses.

En esas circunstancias Tencha, con fuerza callada y discreta, había contribuido a sentar una vasta base intelectual a las campañas de Allende, pero ahora asumía una actitud más directamente política y comprometida. Junto a otras mujeres de sobresaliente figuración profesional y sindical, como Olga Poblete, Laura Allende, Carmen Lazo, Julieta Campusano, Mireya Baltra, Gladis Marín, Tencha comenzaba a ganar ahora su lugar propio en los estrados de la contienda diaria, hablando en plazas, teatros, estadios, e imponiendo un estilo, un discurso informado e inteligente.

La Unidad Popular era una coalición que incluía al Partido Socialista, Partido Comunista, Partido Radical, Partido Social Demócrata. MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y la Acción Popular Independiente.

En su programa la U. P. definía a Chile como "un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero" y concluía diciendo:

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el gobierno del pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile. (*Allende*, pág. 19).

La preocupación inicial y básica de Allende debía ser la de presentar al país un programa de reformas económicas nítidamente estructurado. Propuso constituir un área estatal dominante incluyendo las empresas que poseía el Estado y las que iban a expropiarse: la gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral; la banca privada y las compañías de seguros; el comercio exterior; las grandes empresas y los monopolios de distribución; monopolios industriales estratégicos; la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; producción, refinación y distribución del petróleo; el gas licuado, la siderurgia, el cemento, la petroquímica, la celulosa, el papel.

La Unidad Popular planteó, asimismo, la profundización de la Reforma Agraria, la solución de los problemas de la seguridad social, vivienda, alimentación y salud pública.

En el terreno internacional el programa afirmaba:

La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas. (*Idem*, págs. 22-23.)

Desde los comienzos de su campaña Allende reconoció las nuevas tácticas del enemigo. Las grandes ciudades de Chile se vieron invadidas por extraños turistas, sujetos que se veían incómodos en sus vestimentas de civil, acostumbrados como estaban a presentar armas, dar órdenes y marchar en lejanas guarniciones de la contrainsurgencia. Venían del Norte, cargados de billetes, con misteriosas libretas de direcciones y números de cuentas de banco.

Una red internacional se organizaba para detener a Allende. Nada de escrúpulos ni contemplaciones. Era la consigna de Los Tigres del Norte que se jugaban ahora su Serie Mundial definitiva.

"¿Allende? —respondió Nixon en rueda de periodistas— ¿quién es Allende? Esas gentes no son tan estúpidas, no entregarán su bello país a un comunista".

A su lado el gordo Kissinger, eructando con su cara mofletuda enmarcada por sus tiosos rizos de cobre, decía en su inglés alemán: "Gut. . . Allende? Bad, very bad." Y añadía hablando como don Otto, el de los chistes: No será Presidente.

Pero el fervor de la campaña iba creciendo y los agentes viajeros de Kissinger desaparecían por las alcantarillas, aterrorizados por el flujo de masas disciplinadas, aguerridas, en las concentraciones de la U.P.: 100 mil personas en Valparaíso, 400 mil en Santiago. . .

En una de las últimas proclamaciones Allende habló ante una multitud cercana al millón de personas en la capital.

Esta que hoy termina —dijo—, es una larga jornada. Yo sólo tomé en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y por el pueblo. . . Les dije y debo repetirlo: si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria. (*Allende*, pág. 26.)

La derecha respondió y su respuesta fue desusada en la historia política de Chile. En el pasado hubo varios intentos de contestar a la "amenaza de una ofensiva popular" con las "armas en la mano". Ahora surgió una extraña agrupación política de raíces oscuras, conexiones equívocas y misteriosos propósitos. Apareció como callampa de invierno, poderosa, de tamaño y vigor inesperados. Resultó de conciliábulos privados, sin propaganda ni demostraciones. Tuvo desde sus comienzos líderes desinhibidos, agresivos, hombres y mujeres de obvia experiencia organizativa. Contó con fondos inagotables y entrenamiento de alto nivel profesional.

El local de Patria y Libertad, en plena Alameda Bernardo O'Higgins, no fue nunca un muestrario exhibicionista para infundir temor, ni siquiera curiosidad. Cerrado y hosco, más bien se transformó en incongruente ruina. Nada parecía ocurrir en su interior. Sus gentes, si hablaban, se referían a una red de cuadros armados a partir de Providencia hacia el barrio alto. No hubo tampoco grandes enfrentamientos entre izquierda y derecha. Escaramuzas, sí. Pandillas de rostros enmascarados, portando cadenas y garrotes, salían a sorprender a los comités de la Unidad Popular. Se vieron, entonces, cruces swásticas, pero también se batían banderas chilenas. Ardieron antorchas en concentraciones nocturnas y oradores virulentos ladraron desde las avenidas del Parque Forestal o desde el Cerro San Cristóbal. Un abogado de postura hitleriana, pero sin bigotes, un aviador civil de vuelos descabellados, , , tales eran sus líderes. Gente pintoresca, aunque violenta.

Allende, prosiguió su campaña a nivel popular. Rodeado de poetas y artistas, de líderes sindicales, de mujeres y jóvenes, recorría el país incansablemente, definiendo el programa de la U.P. De día y noche, hablaba con una oratoria que había perdido la retórica asambleísta de las campañas anteriores para ganar cierta dura parquedad, maciza de cifras y datos específicos. No había lugar ahora para curas de Catapilco, ni golpes trasnochados.

Así se llegó al 4 de septiembre de 1970. De acuerdo con la tradición de Chile, el ejército fue el encargado de vigilar el proceso electoral y garantizar la libertad de opción y el respeto a los derechos ciudadanos.

Los más famosos expertos en encuestas de los EE. UU. se congregaron de repente en Santiago y entregaron sus pronósticos a *El Mercurio*. Gana Alessandri, decían. Sin duda. ¿Allende? Tercero. No puede ser de otro modo. Traían las encuestas hechas desde Washington.

A lo largo de un día soleado, tranquilo, casi festivo, votaron los chilenos en estadios, escuelas, estaciones de ferrocarril. Después se retiraron a sus casas y esperaron los resultados. Temprano en la tarde salieron caravanas de automóviles tocando la bocina y bajaron desde el barrio alto de Santiago anunciando la victoria de Alessandri. Pero, a medida que pasaba el tiempo, ya con las luces de los faroles y avisos luminosos brillando en el anochecer primaveral, las caravanas se fueron silenciando, los autos ralearon, desaparecían primero pausadamente, luego con cierta prisa, al fin, en alarmante retirada.

Ganaba Allende, ganaba lenta, dificultosamente, pero ganaba. El Ministerio del Interior, vacilante y dudoso en la tarde, fue entonando la voz en la noche y por sus micrófonos salió un resultado sorpresivo. Alessandri perdía terreno. Tomic reconocía la victoria de Allende.

Antes de media noche la noticia recorrió el país como una llamada: ¡ganó Allende con el 36.3% de la votación! Alessandri obtuvo el 34.9%, Tomic quedó a la zaga con un 27%.

Una marcha victoriosa de cientos de miles de personas se improvisó en la Alameda Bernardo O'Higgins. Allende habló desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile. Sus palabras fueron sobrias, pidió calma y vigilancia. El pueblo lo escuchó, continuó la fiesta de cantos, sirenas, antorchas y banderas en el centro y se retiró luego a celebrar en sus barrios.

Allende tenía razón: el camino recorrido había sido difícil, pero el camino por recorrer sería trágico.

No habiendo obtenido una mayoría absoluta al Congreso en pleno le correspondía la tarea de designar al nuevo Presidente de

Chile. Pese a la oposición de Frei, los parlamentarios de la Democracia Cristiana aceptaron la resolución de Tomic y votaron por Allende, quien fue así proclamado Presidente el 25 de octubre. A cambio del apoyo recibido, Allende aceptó una reforma constitucional propuesta por Tomic estableciendo "garantías democráticas" que debían ser acatadas por el gobierno de la U.P.

El 28 de octubre un comando terrorista de ultra derecha asaltó el automóvil del general en jefe del ejército René Schneider, conocido por su actitud constitucionalista y su apoyo a la decisión del Congreso. Los desesperados intentaban provocar un levantamiento militar culpando a la izquierda del secuestro. El general Schneider, pistola en mano, trató de defenderse. Los terroristas descargaron sus metralletas hiriéndolo de muerte.

La reacción del ejército y de la opinión pública sorprendió una vez más a la extrema derecha: la nación entera, horrorizada ante la violencia y el peligro de caos general, expresó su apoyo al Congreso y a la persona del nuevo Presidente. Allende asumió la Presidencia el 3 de noviembre de 1970.

No fue una sorpresa por lo tanto que Robinson estuviera profundamente envuelto en las operaciones secretas de Kissinger y Nixon contra Salvador Allende Gossens, de Chile, que había consternado a la CIA y a la Casa Blanca al ganar la elección popular por la Presidencia de Chile el 4 de septiembre, aunque Allende recibiera solamente el 36.6% de los votos. . .

Esto no debía pasar. Fue un duro golpe. De repente el pastel explotó en el horno.

El almirante Robinson y sus superiores se retorcián las manos a causa de Chile, dice Radford, como si los chilenos fueran niños mal portados. En las semanas siguientes, dice Radford, vio muchos memos comprometedores mientras la burocracia trataba de evitar que Allende subiera a la Presidencia. Entre las opciones estaba la de asesinar a Allende. Se discutían varias maneras de hacerlo, dice Radford, o vemos que alguien en el país lo haga, o lo hacemos nosotros mismos. Yo estaba espantado. Tanto se me grabó porque, por la primera vez en mi vida, me daba cuenta de que mi gobierno estaba envuelto en planes para matar personas. . .

No creo que nadie se dio verdadera cuenta que Henry [Kissinger] veía a Allende mucho más como una amenaza que el mismo Castro. Si Latinoamérica alguna vez se iba a desenredar, no iba a suceder con Castro. Allende era un ejemplo vivo de las reformas sociales bajo la democracia en Latinoamérica. . . Chile lo horrorizaba. ("The Price

of Power" por Seymour M. Hersh, *The Atlantic Monthly*, diciembre 1982, págs. 31, 39).

La Moneda se abrió. Para el caminante se acortaron los caminos: las pesadas y patricias puertas de la calle Moneda se abrieron de par en par y por ellas entraron los colonos del sur, los mineros de la Cordillera de la Costa, los pescadores de Chiloé, los catadores del desierto. Allende era el Presidente del pueblo, el Compañero-Presidente. Tencha instaló sus oficinas en el segundo piso del palacio. Todo el país parecía pasar de un lado a otro de la Moneda, entre la Plaza de la Constitución y la Plaza Bulnes.

La lucha, la verdadera, comenzaba. Allende nacionalizó el cobre y del precio de indemnización procedió a descontar las monstruosas ganancias de las multinacionales norteamericanas. En cincuenta años esas compañías ganaron una suma de dólares superior al valor de todo el patrimonio de Chile en 400 años de historia: Anaconda explotaba Chuquicamata, Kennecott Corp. el mineral de El Teniente por intermedio de su filial Braden Copper Co. Allende nacionalizó el hierro, el salitre y el carbón, la banca privada y los seguros. Allende aceleró la Reforma Agraria: en dos años expropió 3,570 predios con un total de cinco millones de hectáreas que beneficiaron a 40 mil familias campesinas. Allende estableció el derecho de cada niño a recibir gratuitamente medio litro de leche diario. Incorporó al sistema escolar al 90% de los niños chilenos, fundó 300 jardines infantiles. Allende reconoció la función social de artistas y escritores: nombró a Pablo Neruda embajador en Francia, a Humberto Díaz Casanueva en las Naciones Unidas, a Armando Uribe en China, designó ministros culturales a José de Rokha en México, a Gonzalo Rojas en Peking.

Y comenzó también la más virulenta reacción. Los Colegios profesionales —abogados, médicos, ingenieros—, declararon huelgas contra el gobierno junto a gremios patronales, como la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril, la Cámara de Comercio, y a sindicatos reaccionarios, entre ellos los de camioneros y taxistas. Se sabotearon las medidas del gobierno en el Congreso, se organizó el acaparamiento de víveres y el mercado negro; los dueños de fundos no sembraron; los organismos bancarios internacionales controlados por los EE. UU. cerraron todos los créditos a Chile asfixiando así las importaciones y deteniendo el envío de repuestos necesarios a la industria y a la línea aérea nacional.

Una tenaza inmensa, manejada sin escrúpulos, comenzó a estrangular económicamente al país.

Esta tenaz oposición se movía financiada y dirigida por la CIA. El 22 de abril de 1974 el director de la CIA, William E. Colby, reconoció en audiencia secreta en el Congreso de Estados Unidos, que la CIA había trabajado activamente en la conjura contra el gobierno del presidente Allende y que estas actividades fueron autorizadas por el Comité Gubernamental Secreto de los Cuarenta, del que formaba parte Henry Kissinger. . .

El 4 de diciembre de 1975 se conoció el informe de la Comisión Church. el mundo supo que la CIA destinó 13 millones de dólares para financiar partidos, sindicatos, prensa y militares opositores al Gobierno Popular, que agentes de la CIA fraguaron y realizaron el asesinato del general René Schneider —el 25 de octubre de 1970—, en un desesperado esfuerzo por alzar a los militares e impedir la asunción de Salvador Allende. (*Allende*, pág. 29)

Los camioneros en huelga contaban sus ganancias en dólares ante el asombro de los periodistas que visitaban sus "campos de resistencia".

Las damas del barrio alto, señoras de encopetada arrogancia, salieron por las calles del centro de Santiago a golpear sus ollas vacías para protestar por la escasez de alimentos. En sus casas de varios patios y condominios flanantes los artículos de primera necesidad y los de lujo reventaban las paredes de las despensas y de los freezers.

Los colipatos de Providencia y Las Condes marchaban intrépidamente gritando por las calles:

¡Qué chucha es lo que pasa huevón!
¡No hay carne, huevón!
¡No hay pollo, huevón!
¡Qué chucha es lo que pasa, huevón!

En diciembre de 1971 Fidel Castro visitó Chile. Hizo críticas directas y justicieras, dialogó con los estudiantes miristas en la Universidad de Concepción. Advirtió el grave peligro.

Allende, hablando ante una gigantesca manifestación de despedida para el líder cubano, declaró:

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. (*Idem*, pág. 33)

Allende decidió denunciar la criminal conspiración contra su gobierno en las Naciones Unidas.

La situación se había hecho insostenible. Chile estaba paralizado. El Congreso aprobó una legislación mortal para el poder obrero: una ley de confiscación de armas. Patrullas del ejército, de aviación y la marina se movieron rápidamente desarmando a los cordones industriales y a los asentamientos campesinos.

Se complotaba en Chile, a lo largo y angosto del país, y se complotaba en Washington. La CIA, bajo órdenes de Kissinger y Nixon, manejó al general Roberto Viaux, luego dio su aprobación a un torpe atentado que se conoció con el nombre del "tancazo" en junio de 1973. Tales aventuras golpistas, por lo improvisadas y descabelladas, no contaron con el apoyo ni de los altos mandos ni de las bases del ejército.

Allende confiaba plenamente en el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas. El general Jorge Pratt, quien sucedió al general Schneider en el mando supremo, declaró su apoyo al gobierno desde un comienzo y sin ambigüedades. Pero el vacío fue creciendo a su alrededor. Se le atacaba por la prensa, se le provocaba en la calle. Un grupo numeroso de esposas de jefes militares llegó a su casa a exigirle que renunciara.

En esos días de caos, en que la población aguarda el "golpe" anunciado abiertamente por la prensa de oposición, cuando el comercio cerraba sus puertas y las colas crecían frente a los mercados y almacenes, oficinas fiscales, bancos y compañías aéreas, cuando a una huelga se sumaba otra y bandos vociferantes pedían a gritos la renuncia de Allende, cuando los estudiantes se "tomaban" sus escuelas, y las reyertas no eran ya a golpes de cadenas y palos, sino a balazos, y los atentados terroristas ocurrían de día y noche, el gobierno de la Unidad Popular debió discutir a fondo la crisis y tomar resoluciones drásticas.

El Edecán Naval del Presidente, Comandante Araya, fue asesinado entonces por un comando terrorista.

La "vía chilena al socialismo" parecía cerrarse en medio de

violencias y odios. La tradicional política de soluciones ministeriales y arreglos parlamentarios se convertía, de pronto, en una burla cruel. Los trabajadores pedían armas para defender su gobierno, los campesinos se hacían fuertes en las tierras que ellos mismos expropiaban.

¿Qué salida le quedaba al Compañero Presidente? Entraba Allende al último acto de su drama como un actor que no ha leído el texto que va a representar. ¡Improvisé! Parecían decirle. ¡Atrévase! ¡Cuidado! Clamaban otros, no se precipite, no pierda la cabeza.

La izquierda revolucionaria quería definiciones inequívocas y acción inmediata. La extrema derecha le exige su renuncia. La Democracia puede salvarle. ¿Podía en realidad? ¿Era posible para Frei frenar el golpe inminente, rescatar a Allende, cercado en La Moneda, arrinconado en el pequeño país ante el enemigo que prepara sus aviones a chorro sus cruceros, fragatas y submarinos? Posiblemente. Pero, a esas alturas, es demasiado tarde.

La disyuntiva de Allende parecía ser: organizar un gobierno fuerte con militares de izquierda a riesgo de provocar una guerra civil, o entrar en un pacto entreguista con la Democracia Cristiana y comenzar la retirada.

No siguió ni uno ni otro camino. Tomó una decisión de acuerdo a su propia conciencia, a su formación política y a sus principios. Nadie que lo conociese a fondo pudo sorprenderse de su resolución final.

Ayudan a comprender las circunstancias de ese desenlace estas palabras del historiador chileno Alejandro Witker:

El Presidente necesitaba y no tuvo a su lado un comando político único capaz de guiar con claridad y firmeza en los terrenos de la táctica y la estrategia: evaluar los límites de la flexibilidad de las instituciones burguesas y producir los cambios tácticos con resolución cuando la oposición reaccionaria entró abiertamente por el camino de la subversión. Más aún, haber tomado las medidas previsoras ante la irrenunciable defensa que las minorías privilegiadas y sus aliados externos hacían de sus intereses. Y haber actuado con energía para desbrozar el camino de la conciliación y la anarquía.

A esta altura cabe preguntarse ¿era posible la vía chilena al socialismo? o ¿su fracaso no hace más que comprobar que se trataba de una ilusión reformista?

La experiencia demostró que, si bien en ciertas condiciones políticas, es posible a un movimiento revolucionario acceder al gobierno por un camino político electoral, no es posible obligar "democráticamente" a las clases privilegiadas a retirarse sin lucha de la escena

histórica. No, la burguesía más liberal estará siempre dispuesta a desnudar su brutalidad de clase cuando su sagrada propiedad esté en peligro. El desenlace del proceso chileno no hace más que confirmar una vez más esta verdad histórica. Sin embargo, la vía chilena tuvo la virtualidad revolucionaria de que sus partidos ejes no fueran capaces de convertirla en victoria definitiva. (*Idem*, pág. 30.)

Solo, en medio de un país paralizado, expectante, sin rumbo, Allende hace una tímida tentativa de acercarse a las bases de la Democracia Cristiana y falla, reitera su fe en los principios constitucionales de las Fuerzas Armadas, llama a sus jefes al gobierno y se equivoca; decide, al fin, proclamar ante Chile la necesidad de un plebiscito inmediato que decidirá de una vez por todas la suerte de su gobierno, y no le dan tiempo.

En esas últimas semanas fue cerrando cada vez más el círculo de su intimidad. Visitaba frecuentemente un retiro que pocos, muy pocos, conocían: un bungalow en las afueras de Santiago, anidado entre árboles y rocas, refugio construido con troncos y piedras al borde de un ojo de agua. Allí recogía el silencio que le faltó a través de la vida, ambientes de honda abstracción en los atardeceres cordilleranos, con la chimenea cargada de olorosa madera ardiendo lenta en sus signos misteriosos. Nadie supo nunca con exactitud qué ocurría en ese refugio. Sus enemigos inventarían después una fábula de orgías y desmanes.

Allende se instalaba junto a los ventanales envuelto en su manta de vicuña. Meditaba o conversaba en voz baja repasando el camino tortuoso de los Mil Días en La Moneda. Bebía su scotch calmadamente y dejaba caer preguntas que se quedaban un rato en el aire sin posibles respuestas. Su confidente era Augusto Olivares, hombre todavía joven exhuberante, gordo y tierno, por quien Allende sentía profundo cariño. Le decían El Perro, afectuosamente, aludiendo a su espontaneidad casi siempre abarcadora, plena de confianza, ligeramente desmandada. Parecía echarse encima de los amigos, que escuchaban su rápido e imaginativo monólogo y ponerles todo encima, como un voluminoso y tibio y lanudo perro nuevo.

Olivares evaluaba con precisión los cambios en Allende. Le había visto perder su desenfado y su desplante, irse hacia adentro, midiéndose no ya en términos de su relación intuitiva con las masas, sino en signos interiores que se reflejaban en la experiencia de una repentina soledad, un sueño roto, la constancia de eso que se entregó en explosión lenta y creciente a través de años y, poco a poco, se ha ido convirtiendo en un vacío tocado por la nostalgia y por una do-

mesticada tristeza. Allende no perdía su voluntad de lucha. Se le escondía, en cambio, el ámbito del combate. No flaqueaba. Se le derrumbaba un mundo a su alrededor. Le dolía la impotencia. Le amarraban mecanismos políticos que otros pretendían desatar. Sentíase llevar por un torrente oscuro, sin márgenes ni dirección, volcándose en días y noches siempre amenazantes.

Quería combatir. No le era posible. Olivares discutía con él no ya sobre estrategias políticas, sino tratando de adivinar junto a él ese tejido complejo de las circunstancias que empezaban a encerrarlos sin remedio.

¿Bravatas? Sí, también, pronunciadas en voces desafiantes. Y maldiciones, y moralejas repetidas con amargura y desencanto. Se barajaban nombres. Caían como naipes sobre la estera junto a la chimenea. Recuerdo de frases ofensivas, gestos marciales que le provocaran, insultos del terrorista anónimo, la cadena diaria de amenazas contra él, su familia, sus compañeros. Un uniforme, sin poder contener la cólera, rompe una copa en el parque del Salón Rojo, y el Presidente permanece clavado en su gran sillón.

En la chimenea un tronco voluminoso está como intocado en medio del chisporroteo de leños que se queman bulliciosamente. No va a arder; pero, de sus flancos, de lugares invisibles, está saliendo un humo liviano que se va haciendo espeso y, de pronto, aparece una llamita, una lengua breve que ilumina su corteza y se esconde. Reaparece por detrás, por abajo. Adentro estará ardiendo con intensidad su corazón duro y añoso. Se preserva con orgullo y fuerza. Estallará en luminosas llamas, no ahora, más tarde, en el atardecer que se alarga atesorando su poder y su fuego.

Olivares ha llamado a un amigo común. "Vamos a alegrarle el calendario. Está muy decaído", dice. "De acuerdo", responde el otro.

El Compañero Presidente aprueba. Anocheciendo, en la penumbra del refugio precordillerano, con un vaso en la mano, la mirada perdida en el fuego, Allende escucha las canciones de Angel Parra, los versos toscos, sabios, iluminados, de la Violeta, el rasgueo de la guitarra como un galope estival más allá del ojo de agua, entre la tala de un bosque oloroso, solitario, donde la huella se ha borrado y el humo asciende hacia cerros de cima lejana, invisible.

¿Qué más se dijeron? Hablamos de la muerte, de nuestra muerte. No debía sorprendernos desprevénidos. Teníamos que saber cómo enfrentarla.

El golpe militar estalla en la madrugada del 11 de septiembre de 1973. Esa mañana a mediodía, el Presidente Allende se aprestaba a anunciar el Plebiscito desde la Universidad Técnica del Estado.

La flota chilena, que había zarpado hacia alta mar para realizar maniobras junto a una flota norteamericana, regresa sorpresivamente y toma posesión de Valparaíso y otros puertos importantes. El ejército moviliza regimientos en Santiago para asumir el control de la ciudad y sus alrededores. Otras plazas son dominadas rápidamente y sin lucha a lo largo del país. La aviación comienza a bombardear las torres de transmisión de las estaciones de radio leales al gobierno. Allende, acompañado de su Guardia personal, sale de su casa en Tomás Moro en un veloz convoy de automóviles. Llega a La Moneda alrededor de las ocho de la mañana y llama a sus ministros, secretarios y edecanes. Se dirige al país por radio. Pide calma. Hablándoles a los obreros les llama a presentarse en sus lugares de trabajo, a hacerse respetar pero no a sacrificarse inútilmente, a esperar órdenes.

La radio de los rebeldes comienza a transmitir Bandos de Guerra, dictando instrucciones a la población, anunciando ya la renuncia de Allende. En un segundo comunicado radial el Presidente da a entender que aún cuenta con el apoyo de militares y carabineros leales. Llama al general en jefe del Ejército, Augusto Pinochet, pero no tiene respuesta. Otro general responde a Allende: se le ofrece un avión para que salga del país en compañía de su familia. Allende se niega indignado.

Dos aviones a chorro Hack-Hunters vuelan sobre el Palacio de La Moneda. Allende recibe un ultimátum de las Fuerzas Armadas: o renuncia y abandona el país o los aviones comenzarán el bombardeo.

Mientras tanto, han llegado al Palacio dos de las hijas de Allende y se suman a las fuerzas civiles que se aprestan a resistir. Beatriz, quien ha sido su médico de cabecera, viene dispuesta a combatir. Está en cinta y su padre le hace ver la necesidad de abandonar La Moneda y reunirse con su esposo, funcionario de la Embajada de Cuba.

—Lo decisivo pasará en breves momentos —le dice Allende—, váyanse, nadie quiere sacrificios inútiles, tu puesto está junto a tu compañero y tu hijo.

Poco antes del bombardeo salen del Palacio las mujeres y los líderes que no tenían armas. Allende habla al país por última vez. En sus palabras pronunciadas con voz firme y serena se adivina el desenlace. Radio Magallanes, la única leal al gobierno en esos instantes, es bombardeada, mientras se escuchan los versos vibrantes de un himno del Intillimani.

Los Hack-Hunters se vienen rugiendo en vuelo rasante y descargan sus cohetes contra La Moneda. Hacen catorce pases. El edificio

colonial arde por los cuatro costados. Espesas columnas de humo se levantan oscureciendo el centro de Santiago. Se oyen las explosiones en todo el ámbito de la ciudad.

Allende y sus compañeros combaten hasta el final. Un comando del ejército irrumpe en La Moneda y sube al segundo piso —foco de la resistencia—, disparando sus metralletas. Junto a Allende caen acribillados los jóvenes combatientes de su guardia.

Alrededor de las 6 de la tarde sonó el teléfono. Yo había cerrado las ventanas y corrido las cortinas, pero no encendí luces. Se combatía fieramente en todo el centro de Santiago. Muy cerca de nuestro edificio, tal vez en la Plaza de la UNCTAD o acaso en los jardines de las Torres de San Borja se escuchaba el tiroteo de las ametralladoras y estampidos de bazucas.

Esta amiga me había llamado varias veces esa tarde y seguiría llamando. Sus noticias tenían gran valor para mí, pues mi único contacto hasta esos momentos era una radio de onda corta y las transmisiones del Perú, la Argentina y España empezaban a llegar dificultosamente. Además, mi amiga me llamaba desde la casa de su tío, el ex-Presidente Jorge Alessandri.

—Allende ha muerto —me dijo—, nos acaban de avisar.

—Lo sé, ya lo anunciaron desde España hace un rato y ahora lo anuncian desde Mendoza también.

—Lo que quería decirte es que parece haber muerto en un gesto típicamente suyo. No podía ser de otra manera.

—¿Ah, sí? ¿Cómo fue? Yo tenía entendido que murió en el interior de La Moneda y que. . .

—Nos han dicho que salió adelante de sus guardaespaldas y se dejó acribillar a balazos. Un gesto muy suyo ¿no te parece? Tenía que ser algo así.

Me despedí distraídamente. Sí, dije, al oír algo más en la radio te avisaré. Gracias, gracias.

Todo Chile sabía ya que el Presidente de Chile había muerto en el Palacio de La Moneda y que la insurrección militar triunfaba y afianzaba su dominio sobre el país. Los focos de resistencia eran liquidados rápidamente.

Oscurecía y ese día de una primavera abortada se concluía en medio de columnas de humo y los rojos resplandores de los incendios.

Me quedé pensando en las palabras de mi amiga. "Tan típico de Allende". Pero ¿era eso típico de él? ¿Por qué había de esperarse un gesto desesperadamente heroico de Allende? ¿Una pose histórica? Pudiera ser que el acto de morir así correspondiera a su estilo de

vida. Pudiera ser, pero no totalmente. No, Allende podía ser eso, no cabe duda, y muchas otras cosas. ¿Un hombre violento? No, aunque si lo provocaban, respondía. Valiente, sí, nunca temerario. En su modo habitual mostraba gran mesura y gestos reposados. En los últimos años se había vuelto paternal; sonreía con benevolencia y en sus ojos se advertía cierto escepticismo o quizá una ligera desesperanza, sabia, madura, serena. Se dejó crecer un espeso bigote que pronto se puso cano. "Bigote Blanco", le decían con sorna sus opositores. El bigote no se ajustaba del todo con el aire de atlética prestancia que no perdió nunca. Su pelo todavía era de un castaño oscuro y lo peinaba con extremo cuidado, sus cejas un tanto rojizas y espesas sobre párpados capotudos. El color sanguíneo de la piel revelaba la buena salud de un hombre acostumbrado a pasar largas horas al aire libre. La curiosa mezcla de varonil exhuberancia y de dedicación a los estudios de base científica y humanista confundió siempre a quienes trataban de caracterizarlo en una imagen fácil. Allende definió su vida muy temprano y se consideró siempre un luchador social. Esto parece melodramático, pero no lo es si consideramos las circunstancias. La familia de Allende pertenece a lo que se considera en Chile como sólida clase media, no por sus bienes, que no los tuvo, sino por su tradición profesional, sus principios liberales y su contribución a la cultura del país. Cuando Allende, líder universitario, jura dedicar su vida al apostolado social no hace sino reconocer un hecho y aceptar una responsabilidad que su familia espera de él. La verdad es que sus universidades no sólo eran las aulas de la Escuela de Medicina, sino también las calles del Chile de 1930: crisis económica, turbulencia política, consolidación del movimiento sindical de orientación marxista, participación directa de los intelectuales en la cruzada contra el fascismo.

A los 28 años de edad Allende aparece en una foto luciendo el uniforme de miliciano del Partido Socialista: camisa gris, gorro de campaña, correa terciada al pecho, corbata roja. Es un joven delgado, de gesto serio, lleva anteojos de grueso carey. A su lado se reconoce a Oscar Schnake, melenudo, de frente amplia. Más lejos se divisa a Grove esbozando una sonrisa que parece irónica. En 1970, al ser proclamado Presidente de la República, Allende va a un barrio popular y almuerza con una mujer de aspecto campesino. Allí están los fotógrafos. "Fue mi nana en Valparaíso", dice Allende, "primero que nada quiero celebrar con ella". Y es un rostro curioso el que nos mira. ¿Qué esconde esa figura recia, ese gesto altivo, esa cara cruzada de arrugas ahora, esos ojos distantes, endurecidos?

Es posible que Allende, deliberada o inconscientemente, conservara a través de su vida y hasta el final una imagen que le era en-

trañable: la del caballero chileno a la antigua. sobrio, varonil, patricio, audaz, también, y hasta arriesgado. No dejó nunca de ser eso ni en las trágicas horas en que debió combatir, ya no barajando nombres de ministros, sino con una metralleta en la mano y un casco en la cabeza.

En los últimos años emulaba la oratoria conversada de Fidel Castro. Sin embargo, cuando Allende se presentó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1972, apareció en impecable terno azul y camisa blanca, y habló con dignidad de viejo estadista. No sólo se hizo aplaudir, se hizo respetar. Establecía en esos momentos muy nítidamente el carácter de la revolución chilena que comandaba, la vía pacífica y pluralista hacia el socialismo.

Pero había más, mucho más, en la imagen íntima de este hombre.

Recuerdo en particular una comida en el Palacio de Cerro Castillo, la casa de verano de los Presidentes de Chile. Fue una gran comida familiar, con muchos niños y jóvenes alrededor de la mesa, y diplomáticos y escritores. Por encima de las copas y de una hermosa cesta de frutas, observaba de vez en cuando al Presidente e iba notando con sorpresa la sonrisa en su rostro que, de paternal, transformábase en un suave cansancio de abuelo, un tanto imprecisa, perdida. Ese hombre, pleno de afecto cordial en esos momentos, manejaba con cuidado cierta duda muy honda, alguna soledad sin remedio, atento a no preocupar a nadie, a no molestar. Me pareció que Allende, en medio de esos hermosos jóvenes chilenos, argentinos, cubanos, peruanos, que le sonreían y le escuchaban con simpatía se sentía, a pesar de todo, solo.

Al día siguiente le vimos en el jardín del palacio, muy temprano en la mañana alistándose para marcharse a Santiago en helicóptero, rodeado de sus edecanes militares. Era un día radiante de primavera. El helicóptero soplabo furiosamente creando un remolino entre los eucaliptus y los pinos del jardín. Allende se despidió de un grupo de niños escolares que pasaban sus vacaciones en palacio como premio por sus buenas notas. ¿Adónde van hoy? Les preguntó. Y ellos le contestaron que iban a una fábrica de dulces. Le rodeaban y le tomaban las manos con cariño. Allende les sonrió, bromeando con ellos y subiéndolo al helicóptero les dijo adiós.

En esos momentos desaparecían sus preocupaciones, el mundo de la fronda estaba lejos. En medio de ese viento del puerto, entre las sombras verdes y grises de los viejos pinos y alerces. Allende sentía el cariño del pueblo en esos niños proletarios que le sonreían confiados, contentos, diciéndole adiós.

Después de una vida de activismo político, de enardecidas campañas, moviéndose entre muchedumbres de ciudad en ciudad, de

puerto en puerto, por campos y desiertos, cercado por una conspiración implacable de enemigos de adentro y afuera que veían amenazados sus intereses y privilegios, Allende llegaba al final del camino cansado, tal vez, pero firme, resuelto y lúcido, confiado en el porvenir de Chile. Sentía que encarnaba la tradición democrática de su patria, quería creer que, en realidad, era el Presidente de todos los chilenos.

Pero habrá habido en La Moneda instantes en que miró todo con distancia, no momentos de duda, sino de incertidumbre, de asombro ante el número y el tamaño de las traiciones y, aunque meses antes del golpe militar declaró que sus enemigos no lo sacarían vivo de La Moneda, que lucharía hasta la muerte por defender el cargo y la misión que el pueblo le confiara. Allende no tuvo, en verdad, tiempo para vivir plenamente su revolución, en cambio sí lo tuvo para saber morir como un revolucionario.

Allende fue sacrificado por quienes no perdonan a un hombre que diga la verdad y trate de vivir de acuerdo con esa verdad. Creyeron que, al final, cedería y aceptaría el compromiso. Allende, pensando acaso en el abuelo rojo de Valparaíso, en las mujeres y niños a quienes dedicó su vida de político, en los trabajadores, estudiantes, profesionales que en esos momentos daban la vida por la patria, no vaciló en afrontar la jauría del fanatismo y la traición que lo agredía.

La noche del 4 de septiembre, una semana antes del golpe, más de medio millón de chilenos salieron a las calles de Santiago gritando:

Allende, Allende,
el pueblo te defiende. . .

Al atardecer del 11 de septiembre una patrulla de soldados y bomberos sacaron el cadáver de Allende en una modesta camilla, tapado con un choapino boliviano. De La Moneda sólo quedaban ruinas humeantes.

Después, se han escrito libros y libros sobre él y lo que representó en un instante decisivo de la historia de América. Las preguntas se mantienen. ¿Quién era este hombre que así, sorpresivamente, se convirtió en el centro de una de las más violentas crisis en el continente? ¿Un patriota? ¿Un líder mesiánico, un mártir que sacrificó su vida por principios humanitarios? ¿Un guerrillero, al fin?

Hay ciertas cosas que pueden decirse acerca de Allende sin temor de ser refutado. Por ejemplo, que Allende brindó su vida en un alto compromiso revolucionario con el apoyo valiente de las clases

trabajadoras y la izquierda chilena. Otra, que por primera vez en su historia los pueblos latinoamericanos tuvieron en el programa de Allende y la Unidad Popular un modelo para rectificar profundamente la economía y la estructura social de sus países por medios democráticos. ¿Utopía? No, si consideramos los términos en que Allende expresó su proyecto. Dijo simplemente que los pueblos latinoamericanos deben recuperar las riquezas que han perdido en manos de intereses monopolistas extranjeros, mejorar así sus condiciones de vida, participar directamente de los adelantos técnicos y científicos del mundo contemporáneo, abrir el camino hacia una sociedad sin clases ni explotación, y deben hacerlo respetando los derechos humanos y asegurando las relaciones pacíficas con todas las naciones.

Chile era, al parecer, un país demasiado pequeño para amenazar con estos proyectos el balance de poder de las grandes potencias atómicas. Allende venía condenado a desaparecer. En 1973 sufrió profunda angustia ante la brutalidad de los allanamientos similares en los cordones industriales. Su rostro parecía impasible, interiormente, sin embargo, algo se iba rompiendo para siempre.

Durante el combate de La Moneda, Allende le confió a su hija Beatriz que sentía un gran alivio en esos momentos en que el desenlace se precipitaba, pues llegaba la hora de la verdad y, por fin, podía dar el combate decisivo con la conciencia plena de lo que él era y lo que debía encarnar en la historia de Chile.

El líder de asamblea y procesos electorales, el tribuno elocuente, protector de los seres marginados de Chile, asumía ahora el puesto de un genuino combatiente en una revolución libertadora; podía decir, al fin, que moría como un Padre de la Patria.

ULTIMAS PALABRAS

Pronunciadas por el Presidente Salvador Allende desde el Palacio de La Moneda en medio del bombardeo de la fuerza aérea y el cerco de tanques del ejército, transmitidas por Radio Magallanes el 11 de septiembre de 1973.

Esta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La fuerza aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amar-

gura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares y el almirante Merino, que se autodesignó, más el señor Mendoza, general rastrero, que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno y también se denominó general de carabineros.

Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: yo no voy a renunciar.

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser cegada definitivamente.

Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

La historia es nuestra, la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria:

Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo puedo dirigirme a ustedes, para que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los que hace días siguen trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase, para defender también las ventajas que la sociedad capitalista les dio a unos pocos.

Me dirijo a la juventud, aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha.

Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, aquéllos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y gasoductos.

Frente al silencio... que tenían la obligación de proceder... a la que estaban sometidos... la historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será callada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, lo que seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue fiel a la lealtad de los trabajadores.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria:

Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres de Chile este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse, sigan ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile!

¡Viva el pueblo!

¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras. Y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

ESTADOS UNIDOS, MEXICO, CENTRO AMERICA: ALGUNOS ANTECEDENTES HISTORICOS

Por Sol ARGUEDAS

Introducción

CASI por su propio peso cae la certidumbre de que las difíciles relaciones entre México y Estados Unidos no son sino las inevitables y lógicas relaciones entre un país poderoso renuente a reconocer fronteras de cualquier clase que lo limiten en cualquier sentido, y un país debilitado por los dramáticos episodios de su historia, que busca defenderse de su insaciable vecino refugiándose en el cumplimiento de leyes y tratados recíprocos dentro del derecho internacional.

Sin embargo, aun colocándose en una actitud maniquea, sería preciso explicar por qué el "villano" llegó a ser villano y por qué la "víctima" devino en tal. En otras palabras, habría que referirse a la transformación capitalista que ha llevado a Estados Unidos a convertirse hoy día en el paradigma del capitalismo avanzado mundial, condicionando así, en gran medida, la transformación capitalista que ha llevado a su vez a México y a los otros países latinoamericanos a ser paradigmas del capitalismo subdesarrollado y, sobre todo, dependiente, en el conjunto de naciones tercermundistas.

No se trata de caer en interpretaciones puramente economicistas de un fenómeno tan complicado social y políticamente como es el desigual desarrollo de México y de Estados Unidos, sino de salir al paso de otras explicaciones interesadas que se fundan en una supuesta inferioridad cultural y hasta ¡biológica! de nuestro pueblo respecto a su vecino del Norte.

La observación anterior sería pertinente aun en un trabajo de investigación histórica estrictamente científica —que por otra parte éste no lo es; no lo podría ser tratándose de un *ensayo* basado en consideraciones históricas. No se debe soslayar el hecho de que la resignada aceptación o el rechazo indignado de aquella afirmación justifica tanto el que se discrimine a mexicanos y chicanos en Estados

Unidos (o el que se luche contra ella), como justifica también las distintas actitudes personales de los ciudadanos en nuestro país frente a las conductas agresivas de Estados Unidos. Recordemos que con el término "polkos" nuestro pueblo denomina —en afirmación nacionalista— a quienes se entregan o se venden a las exigencias de los estadounidenses precisamente, mientras que con el término "malinchistas" se refieren a los *extranjeristas* en general.

No obstante el énfasis que se ha puesto en el aspecto económico para comprender el desarrollo histórico de ambos países y entender sus respectivas relaciones con Centroamérica, no se cometerá el error de minimizar las diferencias culturales —entre ellas principalmente las religiosas y también las jurídicas— que mediatizan u ofrecen características intrínsecas a la organización capitalista de formaciones sociales tan disímolas como son la estadounidense por un lado y las mexicana y centroamericana por el otro.

El propósito final del presente trabajo es el de señalar cómo la política y la diplomacia de México hacia Centroamérica obedecen a imperativos históricos y a principios doctrinales muy lejanos ambos de actitudes pragmáticas coyunturales, lo que explica, en gran medida, sus continuas discrepancias con las conductas estadounidenses en el área.

Antecedentes

Las primeras relaciones entre México y Estados Unidos nacieron del choque entre las dos naciones. No sólo habían heredado los viejos conflictos entre sus respectivas metrópolis; también habían aparecido conflictos nuevos que se volvieron permanentes, derivados en buena parte de los diferentes estilos de colonización que habían sufrido.

Dos religiones con conceptos éticos y prácticas diferentes que promovían distintas conductas individuales y colectivas habían enfrentado colonizadores anglosajones, por una parte, y latinos, por la otra, con pueblos indígenas que defendían sus vidas, tierras y costumbres (I). De esta manera pudo después seguir creciendo un núcleo relativamente pequeño de excolonos protestantes en el Nordeste, extendiéndose sobre territorios inmediatos al Oeste y al Sur, sin obstáculos morales o de conciencia; mientras una gran colonia de católicos natos y conversos, al transformar más tarde sus vidas por la independencia política, siguieron avasallados por sus creencias. (II)

La expansión continua fue el pan diario que generó la forma-

ción de Estados Unidos. "Del lado hispano la actitud fue diferente; además de la Naturaleza, también se opusieron a la expansión hombres pertenecientes a otras religiones y con otras formas de pensar, de trabajar, de vivir y de sentir".¹

Mientras en el Norte avanzaba inconteniblemente la expansión territorial dejando atrás, o sin resolver, los conflictos sociales (III), en el Sur se confundían dos culturas en lucha a la postre inútil por sobrevivir sin ser absorbidas totalmente la una por la otra.

Si hay un concepto fundamental que haya presidido el desarrollo de una nación de manera decisiva, ése ha sido el concepto de "frontera", desde los albores de Estados Unidos hasta su transformación en el poderoso imperio que es hoy. Nada explica mejor el afán expansionista de los estadounidenses que entender la significación que ellos han dado al concepto de "frontera" (*frontier*) tan distinto de toda limitación geográfica nacional (*border*). Podría decirse que para los estadounidenses el mundo entero se ha convertido y ha tomado el lugar de su antiguo *Far West*: la frontera por conquistar, la meta por conseguir, el obstáculo por vencer. "Las esperanzas y los temores —dice H. A. Wallace— que se nutrieron en la vieja frontera [el Oeste] proporcionaron unidad a nuestra vida nacional".²

Aquella marcha física continua hacia el Oeste y hacia el Sur no habría de ser contenida desde afuera sino desde adentro de los Estados Unidos. Puso un alto a la avidez por tierras nuevas la transformación del ya definido imperialismo territorial en imperialismo económico y financiero (IV). Sin embargo, los conocidos episodios de la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos hicieron que "para los mexicanos siguiera vigente hasta bien entrado el siglo XX la imagen de Estados Unidos como una amenaza real a su integridad territorial".³

Junto a la preocupación de los estadounidenses por establecer una frontera terrestre que se acercara tanto a la que soñaban como a la que los vecinos mexicanos y canadienses permitiesen, existía la preocupación por establecer una frontera marítima que les ofreciera garantías a su seguridad (V). "El [...] historiador S. F. Balmis afirma que la guerra hispanoamericana [entre Estados Unidos y España por la posesión de la isla de Cuba] planteó la supremacía de los Estados Unidos en el Istmo de Panamá y que, en el periodo

¹ Carlos Bosch G., *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos*, UNAM, México, 1961, p. 29.

² Henry A. Wallace, *New Frontiers*, cap. XVI, Reynal and Hitchcock, New York, 1934, citado por J. L. Orozco, *Op. cit.*, t. II, p. 81.

³ J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 2.

que va entre el tratado de París [con el que concluyó la guerra hispanoamericana en 1898] y 1914, consolidaron éstos su posición en Centroamérica. Construyeron allí el canal y aseguraron el acceso al mismo desde sus dos costas".⁴

Dice Carlos Bosch que al caer el último bastión del viejo imperio español en manos de los estadounidenses, y al convertirse en transoceánicas sus comunicaciones de costa a costa, creció el interés de ellos por las repúblicas inmediatas a su frontera: México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Panamá. "Se preocuparon por buscar una estabilidad política, aunque fuera [mediante] los dictadores que garantizaban la paz necesaria para el comercio y para la inversión, por ser vecinos en la frontera terrestre y, además, por formar con una de sus costas, junto con Venezuela, la frontera marítima".⁵

México y Centroamérica

DESDE que Estados Unidos cambió sus ambiciones esencialmente territoriales por la búsqueda del predominio económico y político, consideró que México, Centroamérica y la región del Caribe constituían su esfera *natural* de influencia, de manera particular dentro del conjunto de toda América Latina (VI). Desde entonces, aunque con altibajos en las acciones emprendidas, también México consideró su suerte ligada a la de la región para efectos de defender sus intereses en los terrenos diplomáticos, político y económico, aunque también en el militar: entre muchos otros como él, que asolaban la inestable frontera mexicana, el filibustero estadounidense William Walker, hacia los años 1853 y siguientes, y con la complacencia de las autoridades de su país, intentó establecer sendas repúblicas independientes —con la intención de que siguieran el ejemplo de Texas— en Baja California y en Sonora. Derrotado en México, el filibustero se refugió en Centroamérica, donde por algún tiempo tuvo éxito su intento fallido en aquel país. Finalmente fue allí también vencido y después fusilado.

Aunque desde la caída de Iturbide y del desmembramiento de su imperio mexicano, Centroamérica, ya dividida en 5 países, se había separado, en Estados Unidos se mantenía la visión de México y Centroamérica como una sola región para los afanes expansionistas. De esto fue un buen ejemplo la iniciativa del senador San Houston,

⁴ C. Bosch G., *Op. cit.*, p. 98.

⁵ *Idem*, p. 102.

en 1958, de establecer un protectorado conjunto sobre México y Centroamérica.

Los conflictos entre México y Estados Unidos a causa de Centroamérica han desfilado a lo largo de la historia de las relaciones entre ambos países. En todos los casos, dichos conflictos se han caracterizado por la misma tónica: la pretensión de Estados Unidos de erigirse en árbitro de cuanto desacuerdo se presentaba en la región mesoamericana (VII): Ocurrió, por supuesto, en relación con los problemas entre México y Guatemala a causa de Chiapas. Más de una vez Estados Unidos solicitó la cooperación de México para "garantizar conjuntamente la paz y la integridad de los países miembros de la región".⁶ El presidente Porfirio Díaz, en 1907, "consideró que no era prudente mezclarse en una situación tan compleja e inestable y declinó la invitación con el argumento de que *México no tenía ningún interés nacional que proteger al sur de Guatemala*".⁷ Sin embargo, en 1906, Porfirio Díaz había participado en las negociaciones para dirimir desacuerdos entre El Salvador y Guatemala, y en 1907, entre El Salvador y Nicaragua. Asimismo, Porfirio Díaz cooperó en un convenio para la creación en Washington de un Tribunal Supremo que zanjase los conflictos que se presentaban en la zona (16). En 1909 el presidente José Santos Zelaya, de Nicaragua, intentó anular las concesiones a una gran compañía minera norteamericana. Esto, aunado a ciertas actitudes de independencia política mostradas por el presidente, indujeron a Estados Unidos a intervenir militarmente en aquel país. No obstante sus ambigüedades frente a Estados Unidos, Porfirio Díaz no vaciló en enviar un barco de la armada mexicana para rescatar al presidente Zelaya y otorgarle asilo, a sabiendas del disgusto que tal gesto ocasionaría en los círculos gobernantes de Estados Unidos.

Las conductas de Porfirio Díaz frente a Estados Unidos han suscitado interpretaciones disímboles en diversos autores. Desde el juicio implacable de quienes consideraron a Díaz como pantalla para encubrir las intenciones de los imperialistas yanquis, hasta quienes lo juzgan favorablemente al describir sus intentos por sacudirse las presiones estadounidenses (VIII). De lo que no daba duda es de las maniobras de Díaz para equilibrar las inversiones norteamericanas en nuestro país otorgando generosas concesiones a los capitales ingleses.

⁶ J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 111.

⁷ *Idem.*

Cambios en la política exterior estadounidense

EL petróleo mexicano, codiciado tanto por Estados Unidos como por Inglaterra, fue uno de los objetivos principales de la rivalidad entre ambas potencias imperialistas. No obstante, después de la Primera Guerra Mundial, México estaba ya firmemente consolidado dentro del área de influencia estadounidense (IX). Habiendo desaparecido, con la primera guerra, el peligro de las intromisiones europeas en la región y el consiguiente temor de Estados Unidos por su seguridad nacional, este país revisó sus políticas hacia América Latina: se había perdido la justificación fundamental de las frecuentes intervenciones estadounidenses en el Caribe. Empezó una era de negociaciones que tomaron el lugar de la inveterada utilización de las amenazas y la fuerza. Tal política se consolidó con la "Buena Vecindad" inaugurada por Franklin D. Roosevelt, no obstante haber reaparecido el peligro de intromisión extracontinental, esta vez configurado por las potencias del eje nazi-fascista.

Las relaciones entre México y Estados Unidos tuvieron un notable cambio por esta época. Se suavizaron asperezas; se perdonaron, aparentemente, agravios, y se inició una relación distinta (X) en la que predominaban las intenciones de lograr una mutua cooperación.

Para Estados Unidos éstos eran tiempos de preguerra, y de guerra después, durante los cuales necesitaba perentoriamente la cooperación hemisférica, especialmente de México, Centroamérica y el Caribe. No se trataba sólo de necesidades de estrategia militar, sino también de suministros de materias primas para la industria bélica. La luna de miel no duró mucho. "Apenas entrada la posguerra e iniciada la 'guerra fría' entre los norteamericanos y los soviéticos, se empezó a percibir que quizá la coincidencia de intereses y visiones de México con su poderoso vecino tenía mucho de circunstancial y casi nada de estructural".⁸

México no se sumó plenamente, como sí lo hicieron otros países hermanos, a las rabiosas políticas anticomunistas que desplegó Estados Unidos en aquella primera "guerra fría": supo guardar ciertas distancias, apoyándose en un nacionalismo reverdecido, que le fue muy útil para mantener criterios independientes en su política exterior. De esta manera, discrepó abiertamente con Estados Unidos (y con otros países americanos que secundaban obedientemente a éste) por las intervenciones veladas y francas en la región del Caribe y en otras áreas. La Guatemala de Arbenz, la República Domi-

⁸ J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 3.

nicana de Bosch, la Cuba de Fidel Castro, la República de Chile de Allende, la Granada de Bishop, El Salvador insurgente y la Nicaragua sandinista han sabido de la solidaridad de un México que guarda aun, en su política exterior, el impulso que llevó a su pueblo a realizar la primera gran revolución social de este siglo. Aunque también, fuerza es decirlo, contribuyeron a forjar la política exterior, en esta región, intereses empresariales y comerciales de una burguesía mexicana en desarrollo para la cual Centroamérica constituye su "mercado natural" (XI). En su política exterior México puso especial cuidado en señalar que sus discrepancias con las políticas estadounidenses, o sus actitudes independientes respecto a estas últimas, no significaban, por exclusión, apoyo al bando soviético, y que su firme defensa de los principios de no intervención y de respeto a la autodeterminación y a la soberanía de las naciones —como en el caso de Cuba socialista acosada por Estados Unidos— no significaba tampoco identificarse con el socialismo.

¿Cómo percibía Estados Unidos la política exterior mexicana? "Estados Unidos pareció aceptar durante todo ese tiempo que no era conveniente tratar de obligar a México a adoptar la línea internacional seguida por el resto de América Latina. Washington aceptó que para afianzar la estabilidad interna del régimen mexicano no debía reducir su margen de relativa independencia, [la] que, por otra parte, no afectaba mucho los intereses norteamericanos. El nacionalismo mexicano en buena medida contribuyó a la preservación de la estabilidad interna, sin llegar a ser verdaderamente antagónico al interés nacional norteamericano. Fue así como tomó forma lo que algunos autores llamaron una 'relación especial' entre México y Estados Unidos durante este periodo".⁹

Aunque es difícil establecer cuánto y cómo fue la percepción popular de aquella pretendida "relación especial" entre México y Estados Unidos, en cambio sí se sabe de algunos voceros de la opinión pública que se manifestaron recelosos al respecto, entre ellos Daniel Cosío Villegas, quien "aconsejó cautela e [intentó] conocer los márgenes de la 'limitada concordia' entre ambos países".¹⁰ Quienes vivieron conscientemente aquella época pueden testificar que el sentimiento popular de desconfianza innata ante el incómodo vecino no varió en lo general: siguió respondiendo fielmente a las conductas estadounidenses guiadas por el principio —expresado por John Foster Dulles— de que "Estados Unidos no tiene amigos sino intereses".

⁹ Lorenzo Meyer, "La encrucijada", en *Historia General de México*, t. II, El Colegio de México, 1976, p. 1339.

¹⁰ J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 198.

Antes de entrar a revisar los episodios más recientes de las tormentosas relaciones México-estadounidenses, en relación con Centroamérica, es preciso conocer la distinta significación que para una y otra parte tuvo una famosa doctrina presente siempre, desde su aparición, en las políticas de Estados Unidos hacia América Latina. Una doctrina cuya esencia está contenida en la frase: "América para los americanos".

La Doctrina Monroe

LA Doctrina Monroe (XII) había sido "un grito de impotencia de los Estados Unidos"¹¹ mediante el cual trataron, siendo aun débil su posición internacional, de defenderse de las potencias europeas unidas en una "Santa Alianza" deseosa de que América recobrara su *status* de colonia en lo económico, y de impedir la propagación de las ideas libertarias que atentaban contra la hegemonía de las monarquías absolutas. Contra la Santa Alianza se había manifestado la poderosa Inglaterra de entonces, mientras intentaba a la vez poner un dique permanente a la futura expansión de Estados Unidos, la que sagazmente preveía, todo en pro de salvaguardar la primacía de su propio comercio en el Continente Americano. Por eso más de un país latinoamericano volvió sus ojos hacia Inglaterra en afán de defenderse de Estados Unidos.

La Doctrina Monroe —establecida poco después de la independencia de las colonias del Imperio español en América— no representa más que la expresión de una línea de conducta en política exterior adoptada unilateralmente por Estados Unidos; su alcance debió haber sido meramente nacional —a pesar del uso que de ella hicieron sus usufructuarios sucesivos— ya que los Estados Unidos se opusieron a concertar algún acuerdo o tratado —no obstante los esfuerzos de los latinoamericanos por comprometerlos— que los obligara a asumir la defensa conjunta frente a la agresión a algún país americano. La Doctrina Monroe fue más un proceso político que un logro institucional, según se desprende del estudio que de la misma efectuó el investigador Manuel Rodríguez La-puente.

Si no tuvieron éxito los latinoamericanos en lograr un compromiso formal de parte de Estados Unidos frente a la posibilidad de una agresión proveniente del exterior, mucho menos consiguieron que la Doctrina Monroe se elevara a tratado conjunto y que con-

¹¹ Carlos Bosch G., *La base de la política exterior estadounidense*, .. UNAM, 1969, p. 161.

templara también la agresión de un país americano a otro. En realidad, tal doctrina ha servido más a los propósitos expansionistas de Estados Unidos que a la salvaguarda de la integridad territorial de Latinoamérica.

Por esta falta de aceptación de carácter internacional, y por otros motivos de índole jurídica, "la Doctrina Monroe carece por completo de todo valor jurídico de acuerdo con las normas del Derecho Internacional".¹² No fue sino hasta la época de Roosevelt, en 1933, que su país se comprometió por primera vez en asuntos multilaterales de seguridad. (Hay que recordar que por estas fechas Estados Unidos veía acercarse el momento de su participación bélica en la Segunda Guerra Mundial).

La letra del Protocolo de no intervención en Buenos Aires, en 1936, ya hablaba del rechazo a la ingerencia de un Estado en los asuntos internos o externos de otro, sin que tal ingerencia se refiriera, en forma excluyente, sólo a las potencias europeas. Sin embargo, no fue sino en el Acta de Chapultepec, firmada en México en 1945, en donde se perfeccionó el sistema de seguridad del Continente y en donde, por primera vez, se establecían medidas concretas para prevenir o rechazar la agresión de un país americano a otro. "Algunos autores, principalmente norteamericanos, consideran que el Tratado de Río, y en general el Sistema Americano, vienen a constituir la culminación y la consagración de la Doctrina Monroe; pero nosotros pensamos que, por lo contrario, si se recuerda la actitud aislacionista y contraria a cualquier compromiso que inspiraba y establecía aquélla, el Tratado de Asistencia Recíproca [TIAR] viene a ser la negación más completa de las tesis del presidente Monroe".¹³

Hay que rechazar tajantemente la retórica "panamericanista" que se impone con frecuencia en las reuniones de la Organización de Estados Americanos. "El proyecto bolivariano no es, en modo alguno, un antecedente de la OEA, ni el Libertador es el 'Padre del Panamericanismo'".¹⁴ Sumamente conocida es la frase de Simón Bolívar, que suele citarse con ¡ay! *demasiada* frecuencia junto a una equivalente de José Martí, en la que se resume la enorme desconfianza que sentía el Libertador por las futuras agresiones de Estados Unidos a Latinoamérica.

La unilateralidad que ha caracterizado las conductas de Estados

¹² M. Rodríguez Lapuente, *El valor jurídico de la Doctrina Monroe*, UNAM, 1979.

¹³ M. Rodríguez Lapuente, *El valor jurídico de la Doctrina Monroe*, UNAM, 1979, p. 39.

¹⁴ *Idem*, p. 30.

Unidos en relación con el resto del Continente se acentuó en forma dramática en los últimos tiempos: Guatemala, Santo Domingo, Cuba, Chile, Granada, El Salvador y Nicaragua lo atestiguan. Y precisamente hoy, al igual que ayer otras naciones latinoamericanas, el conjunto de países que forman el llamado Grupo Contadora trata de hacer oír la voz multilateral de América Latina en el conflicto centroamericano, frente a las decisiones tomadas arbitraria y unilateralmente por Estados Unidos (XIII).

Me he extendido en comentar la famosa Doctrina Monroe por que ella, junto a la casi mística creencia en un "Destino Manifiesto" (XIV), caracterizan mejor que cualesquiera otros principios las actitudes estadounidenses en sus relaciones con América Latina, principios que encuadran su política exterior a pesar del intenso pragmatismo que la permea.

La Política Exterior Mexicana

¿CÓMO ha respondido México a tal política exterior estadounidense? "La existencia misma de México como un país independiente— dice Josefina Vázquez— estuvo subordinada al resultado del choque entre la violenta expansión territorial y económica de los Estados Unidos de Norteamérica y la capacidad de la sociedad y de los gobiernos de México para resistir este embate".¹⁵

No sin graves quebrantos de consecuencia nacional, los políticos mexicanos han llegado a comprender, a lo largo de un considerable trecho de la historia, que su única defensa ante las agresiones estadounidenses es el apego estricto a las normas del Derecho Internacional y el cumplimiento al pie de la letra de acuerdos y tratados (XV). Es decir, la defensa jurídica. Hoy, además, los acontecimientos en Centroamérica han confirmado la absoluta necesidad para los mexicanos de obtener un consenso en Latinoamérica para presentar un frente común ante las agresiones militares o económicas (XVI).

Casi obsesivamente, México ha fundado sus relaciones exteriores en el respeto a dos principios fundamentales, en espera de que las demás naciones, particularmente Estados Unidos, también los respeten; el principio de la soberanía y el principio de la no intervención.¹⁶

¹⁵ J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 1.

¹⁶ En el comunicado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, del 3 de mayo de 1985, referente a las sanciones impuestas unilateralmente por Estados Unidos a Nicaragua, se habla también de respeto a los principios de "independencia política" y de "integridad territorial".

La defensa de la soberanía cobró forma cuando México comprendió el sentido de la mañosa infiltración de estadounidenses en la región de Texas con el propósito de declararse más tarde en rebeldía, hasta culminar en la independencia y luego en la anexión a Estados Unidos de aquella parte de México (XVII). El otro gran principio que rige la política exterior mexicana —el de la no intervención— se desprendió también del episodio de Texas, ya que el reconocimiento por Estados Unidos de ésta última como república independiente constituyó una grosera intromisión en los asuntos internos de México.

No fueron ajenas las invasiones sufridas por este país, a manos de las potencias europeas, en la formación y en la caracterización de la política exterior mexicana. La observación atenta de cómo ha aplicado México la política exterior para su defensa propia lleva a comprender por qué éste la ha ampliado hacia los países hermanos de Latinoamérica, especialmente hacia los centroamericanos, sujetos constantemente a las agresiones de los Estados Unidos.

La política exterior mexicana, de larga tradición y de aun más larga gestación, ha encontrado en nuestros días su máxima expresión ideológica, doctrinaria y práctica en las recomendaciones —en su mayor parte inspiradas por México— del Grupo Contadora empeñado en pacificar la revuelta Centroamérica de hoy. Aunque la información sobre las labores del Grupo Contadora y sus consecuencias abruma por profusa y constante, la prudencia aconseja esperar una mayor perspectiva —en tiempo, si no en espacio— para hacer un balance de su gestión. No obstante, se puede adelantar que con su labor, Contadora está abriendo una nueva época en la ya antigua batalla por ganar unidad y solidaridad mutua entre todos los países hermanos de América Latina. Porque la batalla de Centroamérica es la batalla de Latinoamérica.

Una aproximación a la ardua tarea que se ha impuesto Contadora en pro de la autodeterminación y soberanía de la gran nación latinoamericana, en defensa de la independencia política de sus gobiernos y de la integridad de sus territorios, así como en el rechazo a la intervención —cualquiera que sea— de un país en los asuntos externos e internos de otro, se puede obtener leyendo el informe sobre Centroamérica del Secretario de Estado George Schultz al presidente Ronald Reagan, en fecha reciente. Este informe retoma las conclusiones que también sobre Centroamérica rindió la llamada comúnmente Comisión Kissinger, en 1983, y abunda en dichas conclusiones, actualizándolas.

Cuando se leen ambos informes teniendo como fondo mental un buen conocimiento de lo que ha sido la relación triangular

México-Centroamérica-Estados Unidos, no se puede dejar de pensar en una trágica comedia de equivocaciones, en la que los juicios, las frases y las palabras adquieren significados distintos y hasta opuestos, según sea quien las pronuncie. Quienes tenemos conocimiento de las vejaciones que América Latina, y en especial México, han sufrido a causa de su vecindad con Estados Unidos, consideramos que sólo el cinismo o la arrogancia pueden animar las siguientes declaraciones: "Resumiendo el significado estratégico de Centroamérica para Estados Unidos —dice el Informe Schultz—, el consenso de la Comisión [que lleva el mismo nombre] fue el de que nuestros intereses de seguridad nacional incluyen: a) evitar acontecimientos que requieran la asignación de grandes recursos para defender el flanco meridional de Estados Unidos; b) suprimir la amenaza para las vías marítimas en el Caribe; c) evitar la proliferación de Estados marxistas-leninistas que aumenten la violencia, la perturbación y la represión política, y ch) poner fin a la erosión de nuestra capacidad de influir en los acontecimientos, que resultaría de una percepción de que éramos incapaces de proteger intereses vitales tan próximos a Estados Unidos".

Reflexiones finales

EL desengaño que cundió en Latinoamérica a causa de las opuestas interpretaciones que a la Doctrina Monroe otorgaban latinoamericanos y estadounidenses en su momento, no alcanzó a enfriar el entusiasmo que causaban las instituciones democráticas norteamericanas en los recién independizados próceres latinoamericanos (XVIII). Solamente con el correr del tiempo se ha comprendido, en esta parte del hemisferio, que detrás del manifiesto empeño de Estados Unidos por propagar su sistema político republicano y democrático y su liberalismo económico había el interés de separar estos países sureños, en forma irreversible, de los regímenes monárquicos absolutistas europeos, y el propósito de sentar las bases para su futura hegemonía en el Continente. Esto sin menoscabo de la mística y generalizada creencia, entre los estadounidenses, en un mandato de origen divino que los ha escogido —a ellos— para "civilizar" el resto del mundo, empezando por América Latina. Sin embargo, en un número creciente de los propios estadounidenses cunde hoy la certeza de que tal creencia en la sagrada misión redentora no es sino el ropaje púdico con el que se cubre una función más práctica y terrena.

Aquel entusiasmo latinoamericano de ayer llevó a copiar, con

frecuencia en forma indiscriminada, unas instituciones y un sistema políticos originados en condiciones y circunstancias distintas, lo que deformó, o frustró las más de las veces, un auténtico desenvolvimiento político en armonía con las estructuras sociales y culturales de nuestros pueblos, así como con su contemporaneidad histórica.

Nunca fue más claro este retorcimiento de la institucionalidad política y jurídica que en el actual intento de Estados Unidos por imponer, en forma arbitraria, un sistema político y una organización económica derivados de sociedades capitalistas avanzadas, en naciones que desarrollan apenas sus revoluciones sociales, las que llevarían, si se los permitiesen, a forjar sus propias instituciones sociales políticas y económicas. Este dramático episodio de la historia de América Latina, que se desarrolla en Centroamérica en nuestros días, hará pensar no sólo a los teóricos de las ciencias sociales, sino a los dirigentes políticos regionales: ¿responde plenamente la democracia liberal burguesa tradicional —tal como se ha dado en la realidad— a las necesidades políticas, económicas y culturales de nuestros países latinoamericanos en la actualidad? O ¿habría que forjar, de manera independiente y creadora, la institucionalidad que respondiese a nuestra idiosincrasia, nuestro tiempo y nuestro espacio?

ANEXOS

I. "Los orígenes de las ideas y prejuicios que desempeñarían un papel en las relaciones de los dos pueblos al convertirse en Estados se pierde en el paso de los enfrentamientos angloespañoles del siglo xvi y en el alineamiento mismo de cada una de las metrópolis en el bloque católico o en el protestante".

Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos*, 1976-1980, El Colegio de México, 1982, p. 4.

(a) "J. A. Ortega y Medina relata [...] la lucha que en esta parte de América entablan dos concepciones del mundo y de la vida. La vieja concepción cristiano católica que abre sus puertas a todo hombre, por el simple hecho de serlo, y la concepción novocristiana, puritana, empeñada en que cada individuo se haga responsable de su salvación".

Leopoldo Zea en el prólogo a la obra de J. A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, F. C. E. México, 1976, p. 17.

II. "En la soledad moral en que se forma el colonizador puritano no podrá ver a los otros, aquéllos con los que se tropieza en primer lugar en América [los indios], sino a obstáculos que deben ser vencidos, si es que la nueva Jerusalén había de ser realidad".

Leopoldo Zea, *Op. cit.*, p. 17.

- (a) "Juan A. Ortega y Medina afirma que el indio no tenía ningún lugar específico en la política colonial británica, a diferencia de los esquemas coloniales francés y español, en donde los indios tenían que haber sido conquistados y vencidos para ocupar su sitio".
Leopoldo Zea, *Op. cit.*, p. 20.
- (b) "Las ideas que sobre los indios se forjaron y pusieron en circulación los grupos calvinistas de la Bahía de Massachusetts (Salem, Plymouth, Boston, etc.), dejaron una profunda huella en la mente novohispana en un principio, y por extensión herencial en la norteamericana, que hasta la fecha [...] todavía no se ha borrado".
Juan A. Ortega y Medina, *Op. cit.*, p. 42.

III. "Los espacios al parecer infinitos del Oeste fomentan un espíritu nacional que siente la posibilidad de posponer al infinito cualquier ajuste racional de la estructura social, que todo lo ve [a través] del prisma voluntarista de que siempre se hallarán fronteras por abrir".

José Luis Orozco, *El testimonio político norteamericano, 1890-1980*, SEP/UNAM, 1982, I tomo, p. 6.

- (a) "Como lo expresara Jefferson a Archibald Stuart en 1786: 'Nuestra Confederación debe considerarse como el núcleo desde el cual toda América, norte y sur, debe poblarse' ". Citado por Josefina Vázquez. *Op. cit.*, p. 19.

IV. "[en 1848] los Estados Unidos han iniciado, dentro de una economía agrícola todavía, una revolución industrial insuficiente, sólo realizable hasta después de la Guerra de Secesión. Entonces se aunó con una verdadera revolución social, que puso las bases sociales para liberar la economía, de tal manera que pudo hacerse el cambio de lo agrícola a lo industrial, para poner a los Estados Unidos en situación de transformar su concepto de imperio, abandonando el tema de la tierra y supliéndolo con el de la economía, convirtiéndose así en imperio económico".

Carlos Bosch G. *La base de la política exterior estadounidense*, UNAM, 1969, p. 49.

- (a) "No volvió a ocurrir ninguna experiencia parecida a la guerra de conquista que se llevó a cabo en México, en 1848, ni volvió a ser motivo de preocupación la posesión física de la tierra".
Ibidem, p. 67.
Esta opinión de tan destacado historiador como es Bosch García, es bastante discutible, ya que las intenciones y los intentos reales por apoderarse de más territorio mexicano no han desaparecido hasta la fecha. Hoy mismo, aunque aisladas, se han oído voces en Estados Unidos sugiriendo la cesión de la Baja California en pago de la deuda externa de México.
- (b) "Los Estados Unidos sufrían la transformación que Inglaterra había pasado a principios de ese siglo, pero lo hacían favorecidos de las experiencias obtenidas por los ingleses [...] además de que podían contar con los recursos financieros de los países industriales europeos, cuyos capitales excedentes ayudaron al financiamiento de todo el proceso".
Ibidem, p. 56.

- (c) "Para 1896 los Estados Unidos ya eran la potencia internacional capitalista moderna, ligada con todas las grandes naciones que determinaban la política mundial [...] Se habían formado los *trusts* y los monopolios de producción y de comercio, y se habían provocado las leyes *antitrusts* que forzaban los capitales a tomar el camino del extranjero al igual que provocaban la multiplicación de sucursales en el exterior".

Ibidem, p. 77.

V. "Prueba de que el trato dado a Cuba era la extensión política del problema de la frontera, aplicada antes al caso de México lo constituye el hecho de que se utilizara el mismo procedimiento. Para 1848 ya había habido en Cuba, como lo hubo en México, una filtración de colonos norteamericanos que producían la cabeza de puente donde se apoyaría después la política típica estadounidense".

Carlos Bosch G., *Op. cit.*, p. 50.

VI. "Aunque desde el pronunciamiento de Monroe en 1823 se había delimitado a Hispanoamérica como zona de influencia norteamericana, no fue sino hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX que tal influencia se haría palpable, gracias a las inversiones y al comercio".

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 78.

- (a) "México no sólo se encuentra en el área de influencia exclusiva de Estados Unidos [...] Más preocupante aun, se localiza también dentro de lo que este último país considera como su 'área de seguridad nacional'".

Humberto Garza Elizondo, "Todo lo que usted quiso siempre saber acerca de Estados Unidos y cómo averiguarlo", en *México-Estados Unidos*, 1983, El Colegio de México, 1984, p. 79.

- (b) "Como lo he venido indicando desde agosto de 1984 en *Excelsior*, México es de suma importancia para el aparato de seguridad nacional y para los grandes intereses corporativos de Estados Unidos, además de ser una de las naciones donde el gobierno de Reagan realiza un vasto esfuerzo (y despliegue de recursos) de penetración política, militar y policíaca a todo nivel". John Saxe-Fernández, página editorial de *Excelsior*, 30 de abril de 1985.

VII. "En las relaciones entre México y Estados Unidos se reflejaba también la política intervencionista de Estados Unidos en los otros países de Latinoamérica [...] Como es conocido, los Estados Unidos se entrometían constantemente en los asuntos de las repúblicas centroamericanas, asumiendo el papel de árbitro en todos los litigios que surgían entre ellas".

M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La revolución mexicana de 1910-17 y la Política de los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Popular, 1960, p. 73.

VIII. "Frente a tales exigencias, ante una 'política tan destemplada, opresiva y peligrosa', el régimen nacido de la revuelta de Tuxtepec reaccionó entregando la república en brazos de Europa. México —dice Cosío Villegas— comenzó a delinear y a practicar lo que sería más tarde un principio cardinal de su política exterior: hacer de Europa una fuerza moderadora de la influencia hasta entonces única de Estados Unidos; sintió

la necesidad de buscar en ella un apoyo moral, un respaldo político, una ayuda económica. . ."

Citado por Luis González en su estudio "Ascención del Porfirismo", en *Historia general de México*, El Colegio de México, t. II, p. 939.

IX. "Al final de la Primera Guerra Mundial, México quedó definitivamente dentro del área de influencia norteamericana. Ningún país europeo pudo ya contrarrestarla. De ahí que las relaciones exteriores de México al terminar el periodo armado de la Revolución estuvieron determinadas (quizá aun más que en el pasado) por su relación con Estados Unidos".

Lorenzo Meyer, en su estudio "Las relaciones con el exterior", en *Historia general de México*, tomo II, El Colegio de México, 1976, p. 1219.

X. "Los arreglos de los principales problemas entre México y Estados Unidos, meollo de la política exterior cardenista, se solucionaron con Avila Camacho en 1941 y 1942. La guerra en Europa y la tensión americano-japonesa indujeron a Norteamérica a buscar cierta cooperación con México para vigilar fronteras y costas, así como lograr que los aviones norteamericanos en vuelo a Panamá hicieran escala en México. Era necesario también asegurar el suministro de ciertas materias primas. Todo ello requería la liquidación de los problemas pendientes. El llamado "Convenio del Buen Vecino" (*Good Neighbor Agreement*) se firmó el 17 de noviembre de 1941".

Lorenzo Meyer, *Op. cit.*, p. 1269.

XI. "Para Díaz Ordaz (1946-1970) el principal problema entre México y el mundo exterior era la falta de dinamismo de las exportaciones mexicanas, de ahí que sus pocos viajes al exterior, además de Estados Unidos, se concentraron en *Centroamérica, región considerada de oportunidades para el comercio mexicano*". (Subrayados míos).

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 206.

- (a) "Si Díaz Ordaz tuvo algún interés [ya que durante su periodo México había vuelto a su política exterior de discreción después del impulso que le había dado López Mateos] fuera de la relación bilateral con Estados Unidos, éste fue en Centroamérica y básicamente con el fin de alentar los intercambios económicos con esa región".

Idem, p. 212.

XII. "La parte medular de la Doctrina Monroe se encuentra en los dos siguientes párrafos: "Los continentes americanos por la condición libre e independiente que han asumido y sostienen, de hoy en adelante no se considerarán como objetivos de futura colonización *por ninguna potencia europea*". (Subrayados míos). "En las guerras de las potencias europeas, en asuntos relacionados con ellas mismas, nunca hemos tomado parte, ni concuerda con nuestra política el hacerlo. Solamente cuando se invaden o amenazan seriamente nuestros derechos resentimos los daños, o hacemos preparativos para nuestra defensa. Con los acontecimientos en este hemisferio, estamos, necesariamente, más estrechamente ligados por motivos que deben ser evidentes para todo observador ilustrado e imparcial. La organización política de las potencias aliadas es esencialmente distinta, en este aspecto, a la de América, [...] Por tanto, debemos, en honor a la sinceridad y a las relaciones amistosas existentes entre los Estados Unidos y esas potencias,

declarar que consideraríamos cualquier intento de su parte por extender sus sistemas a cualquier porción de este hemisferio, como un peligro para nuestra paz y nuestra seguridad. En las colonias o dependencias de cualquier potencia europea, ahora existentes, no hemos intervenido ni lo haremos. Pero, tratándose de gobiernos que han declarado su independencia, y la han conservado, y cuya independencia nosotros, con cuidadosa consideración y basándonos en justos principios hemos reconocido, ninguna intervención de cualquier potencia europea con el propósito de oprimirlos o de controlar su destino en otra forma, podría ser interpretada por nosotros más que como la manifestación de una actitud hostil hacia los Estados Unidos".

XIII. En un trabajo publicado por el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México se lee lo siguiente: "Una parte sensible de las pérdidas, daños, perjuicios y presiones que México sufre a manos de Estados Unidos, y muchos de los problemas, errores y malentendidos en las relaciones de México con ese país han sido consecuencias de la falta de información y de conocimiento por parte de México".

El anterior juicio aparece en *México-Estados Unidos 1983* y está firmado por un investigador que lleva, muy significativamente, los apellidos "Garza" y "Elizondo".

XIV. [El periodista John O'Sullivan] "escribía en diciembre [de 1845] que debía obtenerse el Oregón para cumplir con 'el derecho de *nuestro Destino Manifiesto* a extendernos y posesionarnos de todo el Continente, concedido por la Providencia para que desarrollemos el gran experimento de la libertad y del autogobierno".

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 43. La frase de O'Sullivan corrió, como bien sabemos, con una suerte feliz.

XV. "[Durante la primera presidencia de Porfirio Díaz, hacia 1880], la frontera continuó siendo causa de dolores de cabeza [...], además, la política del Secretario de Estado James A. Blaine, quien reafirmó los intereses norteamericanos en Centroamérica, generó nueva resistencia en el Gobierno mexicano. Para recuperar una imagen digna en el interior y en el exterior, México tuvo que mantener una actitud firme ante los intentos norteamericanos y cumplir con religiosa puntualidad los pagos de la deuda exterior".

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 92.

XVI. Un estudio del surgimiento de la conciencia latinoamericanista en México, con sus periódicos desmayos y reforzamientos, sería, sin duda alguna, tema de enorme atractivo tanto para investigadores como para lectores. Sería también interesante conocer cómo se ha ido forjando la solidaridad latinoamericana hasta nuestros días, en que pareciera repuntar uno de sus momentos más felices, en relación con las agresiones estadounidenses en la región centroamericana. No siempre fue así: "[Lucas Alamán, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores del presidente Bustamante], estaba más que nunca convencido del peligro que significaban los Estados Unidos no sólo para México sino para toda Hispanoamérica. El 13 de marzo de 1931, en un esfuerzo por movilizar la ayuda de los países hermanos [a causa de las amenazas, posteriormente cumplidas por Estados Unidos, de anexarse Texas], Alamán envió una circular a todos los países y dos comisionados [...] para explicar el peligro y apelar a la solidaridad para defender la independencia e integridad del mundo hispanoamericano. Este proyecto, al

que se dio el nombre de Pacto de Familia, fracasó por completo y el dinamismo norteamericano triunfaría con facilidad sobre la parálisis del Continente hispánico".

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 29.

XVII. "La preocupación por el 'imperio terrestre' planteó la necesidad de concebir una nación transcontinental [...] Explica esto la forma en que muchos autores, desde el punto de vista mexicano, interpretaron ese ciclo como la puesta en práctica de una política establecida de antemano. Las primeras dos plumas que se lanzaron con esa versión fueron, primero, la de J. M. Bocanegra y luego, a los pocos años, la de Crescencio Rejón. Ambos dieron fundamento jurídico a la defensa de la soberanía nacional ante la agresión que significaba poner en efecto la política estadounidense, y desde entonces quedó como uno de los principios básicos de la política exterior mexicana".

Carlos Bosch G., *Op. cit.*, p. 45.

XVIII. "Mientras la preocupación norteamericana respecto de sus vecinos del Sur era evitar que éstos pasaran a manos de otro poder europeo, los líderes independentistas [del sur] volvían la mirada hacia el Norte en busca de ayuda y de un modelo que seguir".

J. Vázquez y L. Meyer, *Op. cit.*, p. 19.

EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES, UNA VISION DE LA ORGANIZACION SOCIAL EN EL MUNDO VIRREINAL

Por Rafael OCASIO

LA producción literaria en las colonias americanas ha sido sometida a rígidos exámenes analíticos a partir de los movimientos de independencia. Los críticos hispanoamericanos se han empeñado en encontrar una razón de ser a la actual producción literaria en raíces coloniales. Quieren hacer ver que el hombre es el resultado de su pasado, que ambos se entremezclan y se confunden en el texto literario.

En este afán por la búsqueda de los orígenes de un pensamiento artístico se han señalado obras que realmente no merecen el sitio en que han sido clasificadas. Bajo un espíritu nacionalista que en ocasiones se convierte en fanatismo, libros como el *Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera, han adquirido erróneamente dimensiones que no poseen. No es que las obras no merezcan reconocimiento sino que es necesario enfocar su estudio bajo una perspectiva más amplia y menos parcializada. Esta ceguera de muchos de los estudiosos nace de su empeño en encontrar un ambiente intelectual en trabajos que consideran más complejos que simples crónicas o relaciones de viajes.

El estudio de Carrió de la Vandera y su peculiar obra es un buen ejemplo de este tipo de acercamiento un tanto irracional. El interés por el *Lazarillo* nace desde el momento en que se prueba la falsedad de la licencia del libro: Gijón, 1773, habiéndose probado que fue publicado en forma ilegal en Lima en fecha posterior a la señalada (C. 1775-76). Su carácter velado ha llevado algunos críticos a considerarla como subversiva.¹ El estudioso Emilio Carilla ha rechazado este argumento señalando que la obra es producto de su época: siglo XVIII y de la situación intelectual bajo Carlos III.²

¹ Arturo Uslar Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana* (Caracas: Editorial Edime, 1955), p. 39.

² Carilla, *Libro de los "misterios". El Lazarillo de ciegos caminantes* (Madrid: Editorial Nova, 1971), p. 126.

Cree que no exhibe características que pudieran llamarse rebeldes, ésta sólo exige un cambio dentro del mismo sistema.

Si la obra es o no es fuente de riqueza literaria ha levantado una serie de candentes polémicas. Carilla ha apuntado: "lo que distingue al libro de Carrió (y no me cansaré de repetirlo) es que reúne valores literarios y valores científicos".³ Por otro lado Marcel Bataillon, crítico francés, sostiene:

No exageremos su valor artístico. Las gracias literarias con que ha sido adornado apresuradamente no deben obnubelarnos. Carrió, escritor por accidente, sentía suficiente respeto por la literatura para juzgar su libro árido y mal escrito. Es capaz de algunos accesos de humor picaresco, de algunas pullas contra el galicismo invasor, de algunos cuadros de costumbres un tanto rebuscados, como la descripción de las elegancias fastuosas y anticuadas del "gachupín" guatemalteco o, como el pasaje de los gauderios (antepasados de los gauchos del siglo siguiente).⁴

Bataillon no quiere desmerecer la obra, al contrario, es uno de los críticos que revela una posición más abierta. O como bien expresara:

El *Lazarillo* está concebido como un itinerario útil a los viajeros, pero aparece sazonado de digresiones técnicas, de chanzas históricas y cuadros costumbristas, y presentado como extraído de Carrió por un personaje irresponsable e ingenuo.⁵

Estos "valores" que señalan los críticos son las múltiples referencias a escritores como Quevedo y Cervantes, además del uso de latinismos, proverbios y citas directas de cronistas americanos.

Para el lector del *Lazarillo* es de suma importancia recordar que se trata de una relación de viajes. Este tipo de literatura no pretende de ninguna manera presentar los datos en una forma ficticia. Al contrario, su propósito es puramente didáctico o informativo. Toda la data recogida en él se presenta en forma veraz y objetiva. Podría considerarse este tipo de género más afín a la historia que a la literatura en el sentido de que presenta un testimonio. Sin embargo no es posible desconectar completamente este género de la literatura, pues éste se vale de elementos literarios para presentar su material al lector.

³ Ibid., p. 117.

⁴ "Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima", *Cuadernos Americanos*, 110-111 (1960), 207.

⁵ Bataillon, p. 204.

El propósito de la obra está claramente definido por el supuesto narrador-autor de la misma, don Calixto Bustamante, alias el Concolorcorvo,⁶ como "para entretenimiento de los caminantes".⁷ Insiste en su papel de entretenedor al explicar el por qué del título:

Los viajeros (aquí entro yo), respecto de los historiadores, son lo mismo que los lazarillos, en comparación de los ciegos. Éstos solicitan siempre unos hábiles zagales para que dirijan sus pasos y les den aquellas noticias precisas para componer sus canciones, con que deleytan, al público y aseguran su subsistencia (p. 70).

Podríamos extender un poco este símil identificando a los ciegos con los españoles y a los viajeros como los cronistas. Recuérdese que Europa aún está ansiosa por conocer el territorio americano. Básicamente el lector demanda un conocimiento topográfico, condiciones socio-económicas, formación étnica, productos locales, etc. de las poblaciones ultramarinas. Como documento histórico-antropológico no tiene par en su época. El siguiente es un pasaje de los numerosos en el texto que refleja esta característica:

Descripción de una carreta:

Las dos ruedas son dos y media varas de alto, puntos más o menos, cuyo centro es de una maza gruesa de dos o tres cuartas. En el centro de ésta atraviesa un eje de quince cuartas, sobre el cual está el lecho o caxón de la carreta. Éste se compone de una viga que se llama pértigo, de siete y media varas de largo, a que acompañan otras dos de cuatro y media, y éstas, unidas con el pértigo, por cuatro varas o varejones que llaman teleras, forman el caxón, cuyo ancho es de vara y media. Sobre este plan lleva de cada costado seis estacadas clavadas, y en cada dos va un arco que, siendo de madera a

⁶ Al momento de su aparición en Lima el *Lazarillo* circuló como obra originaria del Concolorcorvo, supuesto amuense que acompañó a Carrió en su recorrido por Buenos Aires a Lima. Investigaciones posteriores han clarificado el asunto. Debido al alto contenido de protesta contra ciertos altos funcionarios del gobierno, Carrió decidió negar la paternidad de su obra adjudicándosela a un ayudante indio. Este Bustamante tuvo una existencia real y fue acompañante de Carrió en parte de su viaje. Los investigadores han devuelto la obra a Carrió basados en documentos que se refieren a él como su autor. Otros piensan que todo el conocimiento literario trasuntado por el escritor no sería posible en un indio.

⁷ *El Lazarillo de ciegos caminantes*, ed. A. Lorente Medina (Madrid: Editora Nacional, 1980), p. 60. Citas subsiguientes a esta obra serán tomadas de esta edición y citadas por su paginación.

especie de mimbre, hace un techo ovalado. Los costados se cubren de junco tejido, que es más fuerte que la totora que gastan los mendocinos y, por encima, para preservar las aguas y los solos, se cubren de cueros de toro cosidos, y para que esta carrera camine y sirva se le pone al extremo de aquella viga de siete y media varas un [y]ugo de dos y media, en que se unen los bueyes, que regularmente llaman pertigueros (p. 127).

Es claro el objetivo didáctico en este ejemplo: un interés por reflejar la vida americana y cómo ésta difiere de la europea.

Citas como la anterior son representativas en el sentido de que presentan el propósito ilustrativo de la obra. El *Lazarillo* debido a su génesis obviamente social requiere un enfoque más humanístico y menos literario. Es decir, que se hace imprescindible examinar el material presentado pues éste refleja el pensamiento de la época. En un segundo plano habremos de apuntar la forma de la expresión o el "estilo" del autor para comunicarse o relacionarse con el lector.

La posición del narrador/narradores⁸ como observadores y relatores de la realidad americana se refleja en la incorporación de datos precisos que sólo interesan a desconocedores de un territorio en vías de desarrollo. Cada capítulo abre con una descripción detallada del número de habitantes y, lo que es más importante, de su composición étnica. Este interés por lo social parece ser la médula de la obra. Aunque existe una definida línea de narración central: la reproducción de elementos autóctonos, ésta se ve interrumpida por datos y anécdotas que se refieren al particular habitante de cada región. El lector tiene la impresión de que cada pueblo adquiere su distintivo sabor debido a su síntesis racial.

Los componentes de la sociedad americana están claramente establecidos y no se permite la traslocación de este orden: en primer lugar figura el europeo, seguido del criollo/mestizo, el indio y el negro. Cada uno de ellos es portador de características y actitudes de las que se valdrá el narrador para explicar las diferencias tan obvias entre los territorios. El *Lazarillo* se presenta, entonces, como un documento que pretende no sólo reproducir un mundo nuevo sino examinarlo bajo la luz de concepciones sociales. Esta novedosa posición, resultante del racionalismo europeo, nace del interés por considerar al hombre como una criatura social. En esto se diferencia Carrió del cronista colonial, es un colector/

⁸ Aunque el libro está narrado mayormente por su supuesto autor, el Concolorcorvo, al final del mismo se desarrolla una especie de diálogo entre el amuense y su jefe Carrió de la Vandra.

observador que se basa en sus experiencias empíricas para explicar las situaciones que encuentra a su paso.

La estratificación de una sociedad en base de sus componentes ha sido una tajante desde los inicios de la conquista. Este orgullo por la raza parece tener una contrapartida indígena. Recuérdese el rencor que alimentaba el cronista Guamán Poma de Ayala contra el mestizo debido a la aniquilación del verdadero nativo. En el *Lazarillo* se refleja esta misma preocupación por una pureza racial. Refiriéndose al hombre blanco que habita el territorio americano se nombran tres categorías: el "español", recién llegado a las Américas, el "gachupín", aquél con una permanencia prolongada (aunque este mote también se aplicaba al español) y el "criollo", de ascendencia europea pero nacido aquí. (Destaco los términos en comillas, pues como se señalará más adelante, éstos no son muy claros o precisos.)

Un elemento que llama la atención en la presentación de estos grupos sociales lo es el uso de anécdotas. Estas se desarrollan de una forma variada y se moldean al interés de la narración. En ocasiones se convierten en el único medio para romper con el tedio resultante de la transcripción de información un tanto árida. Se sirve el autor de ellas para desarrollar una visión real y tangible de la sociedad virreinal que de otra forma sus miembros quedarían como simples siluetas. En esta forma se diferencia de relatos, como los *Comentarios reales*, donde los componentes de la sociedad incaica permanecen encapsulados o limitados a la organización. Por ejemplo, los mensajeros, adivinos, coyas, etc., no tienen una personalidad definida.

El conquistador, como se presenta en el *Lazarillo*, tiene una gran fuerza de carácter y será la causa de las divisiones que se analizan más adelante. Un español asesina a un indio, cuando al ser súbitamente levantado de sus sueños, cree que aquél lo pensaba matar cuando sólo quería que hiciera "tun" con su escopeta. A este incidente que ilustra la ignorancia del castellano, Carrió añade una pregunta retórica con la cual cierra el capítulo:

Se pregunta a los alumnos de Marte si la acción de el español procedió de valor o covardía, y a los de Minerva si fue o no lícita la resolución del español (p. 121).

La confrontación entre la fuerza bruta del recién llegado y la maña del asimilado, producto de su prolongada estancia, explica sus diferencias. Claramente estos grupos se confrontan, guardándose mutuos resentimientos: "Aquí raro es el mozo blanco que

no se aplique a las letras desde su tierna edad, siendo raro el que viene de España con una escasa tintura, a excepción de los empleados para las letras" (p. 402). El criollo se verá constantemente en la obligación de defender su intelectualidad frente al peninsular. Esta actitud es comprensiva al tomar en cuenta que es, para estos momentos, cuando los centros docentes americanos comienzan a tener una reputación internacional. No es una casualidad que la cita anterior se refiera al criollo de Lima, asiento de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Se hace necesario una defensa del nivel intelectual de las colonias que, aunque alejadas de los importantes centros educativos europeos, mantienen un alto nivel intelectual.

La diferencia cultural-educativa no es tan importante en relación con las rencillas entre los grupos, pues como queda finalmente establecido en el texto: "Si los americanos saben tanto a la edad de cincuenta años como los europeos a la de sesenta, y fueron tan útiles por su doctrina y escritos, deben ser aplaudidos, así como aquel operario que con igual perfección hace una estatua en un día, como otro en dos" (p. 413). El aspecto racial que toma el asunto sí es relevante. Esencialmente para mantener a cualquiera de las categorías la persona habrá de ser un "mozo blanco". Es curioso resaltar que a través de toda la obra estos grupos se convierten en uno: "españoles, así europeos como americanos" (p. 303), frente a los mestizos, indios y negros. No se vuelve a establecer el orden hasta en aquellas anécdotas en que se ven envueltos los distintos integrantes blancos:

Para evitar toda equivocación y sentido siniestro, es preciso advertir que fuera de Lima se dicen limeños a todos aquellos que tuvieron alguna residencia en esta capital, ya sean criollos o europeos. En la Nueva-España los llaman peruleros, y en la Península mantienen este nombre hasta en sus patrias, y así en Madrid, a mi cuñado y a mí y a los demás criollos nos reputaban igualmente por peruleros o limeños (p. 424).

Sin embargo en una ocasión el indio Concolorcorvo, refiriéndose a su persona, se denomina como "criollo natural" (p. 283). Lo que lleva a pensar que el uso del término no era claro en la época y no será hasta los momentos de la independencia cuando adquirirá las connotaciones modernas.

Finalmente resta por considerar el por qué de estas disputas. Estas nacen sin que fueran percibidas por el criollo. Este una vez aclimatado a su nuevo ambiente inconscientemente se siente parte

de él. Por consiguiente se resiente cuando el peninsular, recién llegado ignorante de la realidad americana, recibe un respaldo mayor que el que le ofrecen a sí las autoridades. Es esta la base de que parte Uslar Pietri para considerar la obra subversiva. Realmente no se puede tomar el texto como revolucionario pues sería un anacronismo, los movimientos pro-independencia no comenzarán a sentirse hasta fines de siglo.⁹ Sí se puede señalar un descontento y una denuncia que exige un arreglo: "...a excepción de un corto número de racionales corregidores, que comuniqué por más de veinte años en todas estas provincias, todos los demás me han parecido unos locos, por lo que creo cualquiera extravagancia que se refiera de ellos" (p. 257). En ocasiones este resentimiento contra funcionarios incompetentes es directo y fuerte: "Tiene su Cavildo Secular, compuesto de dos alcaldes y varios regidores, en cuyos honoríficos empleos interesan a qualquiera forastero, sin más averiguación que la de tener cara blanca y los posibles suficientes para mantener la decencia" (p. 232).

El orgullo de grupo o de pertenecer a una larga tradición parece ser cuanto cuenta en la sociedad colonial. El tratamiento del mestizo ilustra e introduce una serie de prejuicios que más tarde explicarán la situación de los grupos sociales inferiores. La caracterización de éste mediante anécdotas es nula, quedando su imagen en el anonimato. Se tiene casi la impresión de que no tiene características propias, como si no fuera considerado una raza debido a su naturaleza híbrida. Cuando éste se señala es para insistir en el elemento civilizador que inyectó el español en América.

Su posición en la escala social es segundo al blanco-nativo o al asimilado. Su presentación en el libro es peculiar: "Cuydado con mestizos de leche que son peores que los gitanos, aunque por distinto rumbo" (p. 59). Este refrán ilustra la visión negativa del español hacia el mestizo. Una actitud racista de la que ha sido partícipe por centurias, como por ejemplo, la radical expulsión mora de la península. En el caso americano se reconoce que una íntima relación español-indio es inescapable: "Estas mezclas inevitables son las que disminuyen más el número de indios netos, por tener un color muy cercano a blanco y las facciones sin deformidad, principalmente en narices y lavios" (p. 347). El blanco no sólo ha mejorado la calidad de una raza sino también ha cambiado sus bárbaros ritos. Cuando se señala la adicción del indio por la coca se excluye al mestizo de esta práctica. Además ha aprendido del

⁹ Me refiero, por supuesto, en relación a la literatura. Los movimientos rebeldes indígenas se hacían sentir llegando a su punto culminante con la revuelta de Tupa Maru.

español técnicas agrarias y mineras que antes desconocían. Carrió señala, refiriéndose a las minas del Potosí: "Más plata y oro sacaron los españoles de estas tierras en diez años que los paysanos de Vm. en más de dos mil que se establecieron en ellas, según el cómputo de los hombres más juyciosos" (p. 229). Empero a estas transformaciones el hombre americano aún conserva costumbres primitivas: "Yo no sé si aquellos bárbaros [los indios] tenían por regalo comer los piojos, por que me consta que actualmente los comen algunos indios, mestizos..." (p. 211).

Continuando con esta visión parcializada del mestizo pasa a retratar a los gauderios, antecesores del gaucho. Estos aparecen exclusivamente en dos trozos del texto. El primer segmento es relativamente corto, escasamente dos páginas y media, y ofrece un punto de vista completamente negativo. El segundo ofrece interesantes facetas que más adelante señalaremos.

A manera de aviso, el narrador había informado al lector que habría de tratar sobre los gauderios, a los que señala como "holgazanes criollos" (p. 74). Esta definición viene a corroborar mi posición de la flexibilidad del término criollo. Aunque en el texto no se precisa su complejidad racial, éstos son llamados "colonos", lo que apunta un origen español. Al mismo tiempo algunas raíces indígenas son visibles, como su manera de vestir "con uno o dos ponchos" (p. 177). Sus hábitos alimenticios, que son presentados de una forma cuasi bestial, podrían referirse a una naturaleza indiana:

Se convienen un día para comer la picana [carne del anca de la res vacuna] de una baca o novillo: le lanzan, derriban, y, bien trincado de pies y manos, le sacan, quasi vivo, toda la ravadilla con su cuerpo, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia (p. 79).

La voracidad del gauderio continúa enfatizándose a través de descripciones que subrayan su animalidad:

Otras veces matan *solamente* por comer una lengua, que asan en el rescaldo. Otras se les *antojan* caracúes, que son los huesos que tienen tuétano, los decaman bien, y los ponen punta arriba en el fuego, hasta que den un hervorillo, y se llquide bien el tuétano que rebuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia (p. 79. El subrayado es mío).

De todas maneras el gauderio como miembro del sistema social colonial no está del todo definido. Si lo incluyo en esta clasificación es por su carácter rebelde y de fugitivo.

Un aspecto interesante en la segunda sección dedicada a los gauderios es su carácter rural:

... así el corto número de colonos se contentan con vivir rústicamente, manteniéndose de un trozo de vaca y bebiendo sus al[h]ojas, [se refiere a la chicha] que hacen muchas veces dentro de los montes, a la sombra de los coposos árboles que producen la algarroba (p. 199).

La descripción de sus costumbres adquiere una dimensión especial en la cual la naturaleza se presenta como forjadora de las mismas. Es en estos mismos "montes espesos" donde "tienen sus bacanales dándose cuenta unos gauderios a otros, como a sus campestres cortejos, que al son de la mala encordada y destemplada guitarrilla cantan y se echan unos a otros sus coplas, que más parecen pullas" (p. 199). La vida en las comunas parece ser tomada de alguna novela pastoril:

Dos mozas rollizas se estaban columpiando sobre dos lazos fuertemente amarrados a dos gruesos árboles. Otros, hasta completar como doce, se entretenían en e[x]primir la aloja y preveher los mates y revanar sandías. Dos o tres hombres se aplicaron a calentar en las brasas unos trozos de carne entre fresca y seca, con algunos caracúes, y finalmente otros procuraban aderezar sus guitarrillas, empalmando las rosadas cuerdas. Un viejo, que parecía de sesenta años y gozaba de vida de 104, estaba recostado al pie de una coposa haya, desde donde daba sus órdenes, y pareciéndole que ya era tiempo de la merienda, se sentó y dixo a las mugeres que para quando esperaban darla a sus huéspedes, y las mozas respondieron que estaban esperando de sus casas algunos quesillos y miel para postres (p. 201).

Es sorprendente que lo que parece ser una teoría moderna haya ya sido señalado por Carrió. El ambiente y las condiciones naturales americanas se presentan como hacedores del hombre nuevo:

Esta gente, que componen la mayor parte del Tucumán, fuera la más feliz del mundo si sus costumbres se arreglaran a los preceptos evangélicos, por que el pays es delicioso por su temperamento, y así la tierra produce quantos frutos la siembran, a costa de poco trabajo (p. 205).

Esta idea había sido presentada por cronistas que apuntaban la humanidad y mansedumbre del indio y del que sólo lamentaban que éste no conocía el cristianismo. Varios textos habían señalado lo bondadoso en el indio y su posible relación con la naturaleza; consúltese a Guamán Poma, Garcilaso de la Vega, Bartolomé de las Casas entre otros. Carrió se une a esta idea, presentando el escenario gauderio como una especie de paraíso perdido donde el ser humano regresa a su origen. Desgraciadamente, esta imagen del hombre que vive a lo natural como un salvaje noble es meramente sugerida y no adquiere dimensiones mayores.

Por otro lado el lector del *Lazarillo* recibe una fuerte sacudida al enfrentarse con la imagen del indio que allí se presenta. Primeramente, luego de la descripción de una relación gauderio-naturaleza se espera que ésta se reestablezca con el indio y se adentre en ella explicando sus variaciones. Esto no ocurre. El indio sí pertenece a la naturaleza: es un elemento más de lo salvaje que no merece consideraciones mayores. En segundo lugar los prejuicios sociales, que a estas alturas del siglo se esperarían ser menores, continúan rigiendo con igual fuerza. Es interesante señalar que la presentación del indio estará a cargo de ambos narradores: Carrió de la Vandra y don Calixto, el "indio neto". Ambos muestran distintas actitudes y sus puntos de vista reflejan concepciones y posiciones de la época. En ocasiones se hace necesario cuestionar la veracidad de los argumentos de don Calixto, pues, debido a su posición se inclina a una defensa del español que resulta ser forzada.

El indio recibe una cuidadosa caracterización. Las referencias en el texto son múltiples y abarcan todos los aspectos de la vida diaria. Rotundamente en todas ellas se aprecia un rechazo que casi llega al odio. Aún cuando se tocan aspectos folklóricos, éstos nunca llenan al narrador (sea Carrió o Buxtamante). El indígena es siempre un ser vil y vicioso, quien ha estorbado la labor de exploración y explotación de las Américas. El conquistador ha tenido que tomar tiempo para culturalizar y occidentalizar al aborigen.

El español se levanta como un reformador de las costumbres bárbaras indígenas. Uno de los vicios señalados por Carrió, y que había sido tratado por cronistas anteriores, es la sodomía. En el *Lazarillo* nunca se menciona por su nombre: "Estos indios pampas son sumamente inclinados al execrable pecado nefando" (p. 96). Más adelante en el texto, siguiendo el espíritu de la época, se ofrece una posible explicación para este comportamiento. En el caso de los incas sus superiores Incas, caciques y otros oficiales tomaban para sí gran número de mujeres reduciendo considerablemente la población femenina para el indio casadero. De esta manera

"era muy común el pecado nefando y bestial, que hallaron muy propagado los españoles" (p. 299). Esta sencilla exposición es presentada por don Calixto que a continuación añade: "... casi lo extinguieron los españoles con el buen orden y establecimiento de los casamientos a tiempo oportuno, imponiendo graves penas a los delinquentes y castigándolos con proporción a su corto talento y fragilidad" (p. 299). Las costumbres occidentales nuevamente vienen al rescate de las barbaridades americanas. Don Calixto aprovecha la ocasión para lanzar un ataque a la Leyenda Negra: "... paso a defender a los buenos españoles de las injurias que publican los e[s]trangeros de sus tiranías con los indios, en que convienen muchos de los nuestros por ignorancia, falta de práctica y conocimiento del Reyno" (p. 299).

El indio ha sido difícil de civilizar y se continúa explicando el por qué. Su carácter es avaricioso (p. 53) e inclinado al vicio. El uso de la coca es subrayado a través de la obra:

Unos la ma[s]can simplemente, como los marineros la hoja del tabaco, y lo que hemos podido observar es que causa los mismos efectos de atraer mucha saliva y fruncir las encías a los principiantes en este uso. Muchos indios que las tienen ya muy castradas, y que no sienten su natural efecto, usan de una salsa bien extraordinaria, porque se compone de [s]al molida y no sé qué otro ingrediente muy picante, que llevan en un matecito de cuello que llevan colgado al suyo, y de allí sacan unos polvitos para rociar las hojas y darles un vigor extraordinario (p. 263).

Como ya había indicado, la adicción a la coca se limita al indio. De esta cita merece destacarse su espíritu "criollista". Es decir que sobresalta lo autóctono americano. No es de sorprender este aspecto si tomamos en consideración que la mayor parte de las descripciones provienen de don Calixto. En ocasiones, como en el pasaje siguiente, su nacionalismo se expresa, aunque éste se reprime y se enfoca de una manera negativa. Sus areytos o danzas religiosas se describen: "... por medio de los cantares y cuentos conservan muchas idolatrías y fantásticas grandezas de sus antepasados", pero inmediatamente añade:

... de que resulta aborrecer a los españoles, mirándolos como a unos tiranos y única causa de sus miserias, por lo que no hacen escrúpulo de robarles quanto puedan, y en tumulto, en que regularmente se juntan cinquenta contra uno, hacen algunos estragos lamentables en los españoles, a que suele concurrir la imprudencia de algunos necios ayudantes de los curas y de los caxeros de corregidores (p. 324).

Los narradores se encargan de hacer resaltar la idea de que "más ganaron que perdieron los indios" (p. 349) con la llegada del español.

Los ejemplos que destacan cuán distintos ambos son abundan en el texto:

El indio no se distingue del español en la configuración de su rostro, y así, cuando se dedica a servir a alguno de los nuestros que le trate con caridad la primera diligencia es enseñarle limpieza; ésto es, que se laven la cara, se peyenen y corten las uñas, y aunque mantenga su propio trage, con aquella providencia y una camisita limpia, aunque sea de tocuyo, pasan por cholos, que es lo mismo que tener mezcla de mestizo. Si su servicio es útil al español ya le viste y calza, y a los dos meses es un mestizo en el nombre (p. 342).

Es decir que del tratamiento con el hombre blanco, el indio adquiere cualidades que lo hace más humano. Sin embargo, no es alguien de quien confiar. En una anécdota donde fueron llamados a opinar si un negro había recibido ochenta y cinco u ochenta y seis latigazos, su falta de caridad obligó que se comenzara el recuento nuevamente:

El negro decía de nulidad y rogaba a los indios que le pasasen en cuenta los ochenta y cinco en que estaban convencidos, pero éstos no entendieron sus lamentos y le arrimaron los ciento, sobre los ochenta y cinco, que es una prueba de la gran caridad que tienen con el prójimo (p. 322).

Esta característica a la que se refiere el autor podría ser el resultado de las discrepancias entre el negro y el indio. Don Calixto, refiriéndose a ellos, indica: "Nadie puede dudar que los indios son más hábiles que los negros para todas las obras de espíritu" (p. 326). Como se presenta en el texto el negro vino a desplazar al indio: "Los españoles los necesitaron en los principios de la Conquista, para tratar con los indios e informarse de sus intenciones y designios" (p. 326). Debido a estas rencillas históricas la imagen que recibe el lector del negro es completamente prejuiciada. Don Calixto en muy pocas ocasiones se refiere a ellos. Hacia el final del libro cuando éste establece un diálogo con Carrió lo hace exclusivamente para hablar del indio y desarrollar una defensa de la colonización del español.

La posición de Carrió es abiertamente esclavista. En su reseña de la ciudad de Córdoba se refiere a la población de esclavos como:

...la mayor parte criollo, de quantas castas se pueden discurrir, por que en esta ciudad y en todo el Tucumán no hay la fragilidad de dar libertad a ninguno, y como el alimento principal, que es la carne, está a precio moderado, y no hay costumbre de vestirlos sino de aquellas telas ordinarias que se fabrican en casa por los propios esclavos, siendo muy raro el que trahe zapatos, se mantienen fácilmente y alivian a sus amos con otras grangerías, y con ésta sugestión no piensan en la libertad con la cual se exponían a un fin funesto, como sucede en Lima (p. 112).

Los prejuicios sociales son más fuertes para esta clase social. En la obra se insiste en la forma humilde y pobre que el mulato o negro liberto debía de vestir. Una anécdota narra cómo una mulata fue golpeada y sus ropas quemadas por no vestirse de acuerdo con su clasificación social (p. 113).

La caracterización del negro es casi igual a la del mestizo. No se presentan anécdotas que los saquen del anonimato. En los capítulos finales se les describe como: "Los negros civilizados en sus reynos son infinitamente más groseros que los i[n]dios" (p. 339). Esta grosería a la que se refiere Carrió apunta hacia el carácter sensual de esta raza. Como prueba de lo tosco se señalan sus bailes:

...sus danzas se reducen a menear la barriga y las caderas con mucha deshonestidad, a que acompañan con gestos ridículos, y que trahen a la imaginación la fiesta que hacen al diablo las brujas en sus sábados, y finalmente sólo se parecen las diversiones de los n[e]gros a las de los indios en que todas principian y finalizan sus borracheras (p. 340).

El color de su piel los hace parecer satánicos y maliciosos. Pero toda la caracterización se queda ahí. No se conocen más datos concretos sobre sus costumbres o manera de vida.

El *Lazarillo de ciegos caminantes* es una obra de un obvio contenido social. En sus páginas se reconstruye la sociedad colonial americana. Su valor reside en que refleja los prejuicios sociales que explican las actuales confrontaciones entre las clases. No he querido desmerecer su carácter literario. Este se encuentra allí, sólo que no merece un reconocimiento tan excesivo como el que se le ha otorgado. Las constantes referencias literarias tienen un propósito didáctico. Carrió de la Vándera quería instruir en materia humanística a la vez que mostraba orgulloso el territorio americano. Esto último debe quedar claro en la mente del lector, pues el *Lazarillo* como itinerario de viaje es un género de por sí, que exige un acercamiento distinto al resto de las composiciones literarias.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana. La colonia. Cien años de república*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 176-78.
- Bataillon, Marcel. "Introducción a Concolorcorvo y su itinerario de Buenos Aires a Lima". *Cuadernos Americanos*, 110-111 (1960), 197-216.
- Borello, Rodolfo A. "Alonso Carrió de la Vandra". En *Historia de la literatura hispanoamericana. Epoca Colonial*. Coordinador Luis Iñigo Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, pp. 151-157.
- Carilla, Emilio. *El libro de los "misterios". El lazarillo de ciegos caminantes*. Madrid: Editorial Nova, 1971, pp. 117-131.
- Franco, Jean. "La cultura hispanoamericana en la época colonial". En *Historia de la literatura hispanoamericana*. Coordinador Luis Iñigo Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, pp. 35-53.
- García Calderón, Ventura. "La literatura peruana". *Revue Hispanique*, 31 (1974), 339.
- Greer Johnson, Julie. "Feminine Satire in Concolorcorvo's *El lazarillo de ciegos caminantes*". *South Atlantic Bulletin*, 45 (1980), 11-20.
- Macara, Pablo, introd. *Reforma del Perú*. Por Alonso Carrió de la Vandra. Lima: Universidad Mayor de San Marcos, 1966.
- Mazzara, Richard A. "Some Picaresque Elements in Concolorcorvo's *El lazarillo de ciegos caminantes*". *Hispania*, 46, Nº 2 (1963), 323-27.
- Lorente Medina, A., ed. *El lazarillo de ciegos caminantes*. Por Alonso Carrió de la Vandra. Madrid: Editora Nacional 1980.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En *Historia de la literatura hispanoamericana*. Coordinador Luis Iñigo Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, pp. 57-110.
- Pupo-Walker, Enrique. "En el azar de los caminos virreinales: Relectura de *El lazarillo de ciegos caminantes*". En *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Editorial Gredos, s.f., pp. 156-190.
- Soans, Alan. "An Idearium and Its Literary Presentation in *El Lazarillo de ciegos caminantes*". *Romanische Forschungen*, 91 (1979), 92-95.

Dimensión Imaginaria

[Poesía Bimestral]

ESCRITO EN EL BARRO

Por *Abd-al Wahhab AL-BAYATI*

EL ADIVINO CIEGO

El poeta se disfraza con las máscaras y el traje
de brujo muerto
y abandonado en la tierra del sueño y la magia
sufre los dolores del parto,
en compañía de las palabras soporta la soledad.
Su amor es ciego que mendiga la luz de las cosas
y persigue al sol que a los difuntos
su brazo tendió bajo la tumba.
En las aceras de la noche canta a las mujeres
que propician los encantamientos,
a las pequeñas princesas,
la muerte de la alondra.
Y si al caer el telón abandona el teatro,
torna de nuevo al comenzar la función.

Señor, nada dijo Shehrezad:
en su ataúd llora y duerme.
Mas la sangre del corazón, las cenizas,
la nieve entre las sombras y yo, el cantor,
caemos sin cesar sobre las grandes ciudades
y celamos su rostro con máscaras.
Y como un pájaro en la noche
me ahorco en el haz de rayos de una farola,
para que renazca Shehrezad en las grandes ciudades,
en sus barrios desolados bajo cielos de llanto.
Me abrazó y se perdió en la multitud
y aquí, hace mil años, espero desde entonces.
Solo: sin que una puerta se abra en las tinieblas,
sin que una mano me acerque el amor
y la luz de las cosas.
¿Quién oír el grito de las gaviotas

una vez pasada la tormenta?
 ¿Quién soportará el abandono, la soledad,
 la muerte del alma tras las máscaras?
 ¿Quién cantará a las cuatro estaciones?

Señor, nada dijo Astarté:
 por segunda vez en la tumba muere.
 Desde los cielos del reino la nieve cubre su diadema,
 la desolación de las grandes ciudades,
 el tiempo de los Magos y sus libros sagrados.
 Cayó la lámpara por tierra
 y no pudimos apurar, amada,
 en tu honor las copas.
 Y en la hoguera me quemaron.
 Mas yo soy el hechicero de los muertos de la tribu
 y llevando una tablilla de barro
 en los cafés de las ciudades del mundo planté mi tienda,
 en las aceras húmedas del alba.
 El fuego la resurrección se propaga por las venas
 de las momias y su carne devuelve a los huesos:
 en las tapias reverdecen las hojas de la tarde.
 ¿Quién me llama,
 quién pronuncia la advertencia de los cielos?
 ¿Quién soporta en compañía de las palabras
 el retorno de la tierra a la era de los hielos,
 el regreso al hombre de las cavernas?
 ¿Quién canta a las mujeres
 que propician los encantamientos,
 a las pequeñas princesas,
 la muerte de la alondra?

POEMAS DE AMOR A ISHTAR

I

Vierte el ciprés en la noche lágrimas de amante,
 al relámpago abre su pecho:
 A sus pies, cubierto el rostro de nieve silvestre,
 se prosterna el augur de las estaciones
 desnudo y aterido
 y araña la tierra y la desnuda
 y muere,

dejando una gota de luz entre sus pequeños pechos,
en su vientre un temblor de volcán que despierta.
Allí donde germinan las semillas
ofreciendo el calor de los abismos
como leche materna
y las raíces se propagan
para devolver la sangre a los veneros,
el agua del río al inmenso mar,
las mariposas al prado florido.
¿Cuándo volverá Ishtar a nuestra casa,
escortada por la luz y los pájaros?

II

Me nacieron alas
mientras de destierro en destierro llevaba
el dolor de las noches lluviosas,
flores de cementerio,
amuletos de monarcas hechiceros:
Como el agua del río bajo los puentes del mundo
cargado de odio, alcancé a ciegas las riberas sombrías
y desgarrándome el cuerpo te llamé en nombre de la palabra.
Buscando tu pequeño rostro dulce
en tiempos de terror y asesinatos,
de magia y muerte de los dioses.
Te deseé en mi última hora y al nacer de nuevo.
En las fiestas de muerte de los pobres
preguntaba por tí, suplicaba,
besaba los sepulcros de los santos
y el polvo del más ilustre enamorado.
Pero tras un millar de oraciones,
llovieron los cielos nieve y sangre
y mujeres fantasmales, ciegas muñecas de barro,
no vieron la aurora de mi alma
ni la noche de llanto en mi rostro.
¿Cuándo aparecerá Ishtar como la estrella del crepúsculo
y llegará hasta nosotros?
Igual que aquella tarde vino el ángel del amor
para recitar a los difuntos el Eclesiastés
y con mano piadosa cubrir mi rostro
y mi vida atormentada

III

En el contraluz de la ventana
aleteó un pájaro cantando
y una rosa ardiente me ofreció como saludo,
brasa trémula que cayó en mis brazos
cuando envuelto en la soga de la horca dormía
La rosa se hizo niña
y la niña hembra enamorada
que ansiaba la luna de nieve y el fulgor del rayo.

IV

Me rechazaron las sendas del amor, me cansaron los caminos
mientras recorría Babilonia buscando una trenza de mujer
que dejó prendida el viento en la tapia del huerto del ocaso.
Buscando inscripciones y escritos en el barro,
restos de incendio por donde pasó ella:
mas en estas ruinas borrosas
me acosaron las maldiciones de los dioses
y los lobos hambrientos,
mientras recitaba el Eclesiastés al amado
que muerto volvió del cautiverio
con los secretos de los monarcas hechiceros
para contemplar su aldea agonizante,
noticia que al viento narra el canto de la alondra,
polvo que el vendaval depositó en los conventos
sobre el rostro de los derviches de las cuatro estaciones.

V

¡Quién pudiera, con el alma hambrienta,
degustar la dulzura del vino,
los verdes cerros del continente,
el caucho y el marfil!
¡El sabor del gengibre,
el aroma de las rosas al fuego del crepúsculo!
¡Quién pudiera ver a Dios con sus ojos,
sin ningún intercesor!
Que yo, en la vela y el sueño de esto y aquello probé,
cuando descendió Ishtar a la tierra como un ángel.

VI

Una rosa trémula llevó el viento
desde la tierra de las leyendas hasta el café,
hasta la muerte de las aceras.
Para que allí en silencio cantara
a las verdes colinas del sueño,
a las hojas muertas del otoño.

VII

Pasé hambre en el huerto de este mundo
cargado de flores y frutos diversos,
lleno de amor.
Tuve hambre hasta morir en todas las épocas de espera.
me fui, día a día, desgarrando lentamente.
Aguanté los embates del destino
y en las fiestas de muerte de los pobres
besé los sepulcros de los santos
y el polvo del más ilustre enamorado.
¿Por qué siguieron girando los alacranes de las horas
cuando sobre el hambriento derramó Ishtar sus frutos?

VIII

Tus ojos tienen el color del relámpago
en los muros de Babilonia,
fulgor de espejos y antorchas,
pueblos y tribus que saquearon el mundo
cuando iluminó Babilonia el misterio de los astros.
Tus ojos tienen el color de las praderas
donde fueron destruidos los ejércitos de los pobres,
mundo de violencia y terror en nombre de la palabra,
invasores de la tierra de las leyendas
y la tenebrosa orilla del tiempo.

IX

Niña, hembra prometedora
nacida de la espuma del mar y del fuego eterno del sol

que si un día muere, renace,
se alza de la muerte y de nuevo surge:
Eres el Ave Fénix de todas las culturas,
hembra de Prometeo por siempre.

X

Las olas del mar mueren al besarse unas a otras.
Cordilleras, siglos,
cavernas hastiadas de silencio y lunas de barro
giran sin cesar mientras escribo en el agua mis palabras,
mientras escribo lo que dijo Ishtar:
"Que mi amor nunca te apacigüe:
dime algo en lo que pueda creer,
algo inmortal.
¡No poseas mi cuerpo con usura, porque tiene los días contados!
¡Conviértelo en una hoguera, porque lo anhelarás mañana en otros
[brazos

y otro pecho de mujer!
¿Por qué gimes, si también yo te deseo?
Hambrientos y desnudos, entre renovados besos,
carguemos con el sol de desierto en desierto.
Contigo, ídolo de oro en cuyo vientre se oculta
el sacerdote de los páramos estrellados.
Aquél que hacia mí se inclinó, sosteniendo en el puño
la extinguida llama de una vela
y la sed sació en mis labios:
Mi cuerpo se hizo rosa,
en la luz desnudo y solo".

XI

Alzamos las ciudades de Dios sobre la tierra,
construimos una Caaba a través de los mares
y ante el mihrab del día nos prosternamos.
¡Ay, amor que con amor das vida a los desiertos!
A tus puertas llamo ahora,
recién llegado de la tierra yerma.
¡No perderé mis flores en ningún umbral
sin antes donar los frutos a mi amado!

EL MAGO

I

Fui niño alborotador que danzaba con las mariposas
y entre mis brazos con amor a las flores estrechaba.
Sobre mis ropas escanciaron vino
y me regalaron un rruiseñor y una luna,
espejos, amuletos, gotas de lluvia.
¿Por qué, pues, voló de mi lado el rruiseñor del amor
y en las paredes perdieron el azogue los espejos,
cuando aún no había cumplido los diez años de mi edad?
¿Por qué me pidieron que devolviera la luna,
los amuletos y las gotas de lluvia,
cuando en las aceras de la noche se hizo pedazos mi corazón?

II

Por el balcón dice el Mago a su vecino:
¡Qué mundo hijo de perra
que nos sacia de muerte y destierro!
Cual mendigo ha implorado el amor mi corazón,
de puerta en puerta.
¿Por qué todas ellas ante mí se cerraron,
cuando aún no había cumplido los diez años de mi edad?
¿Por qué voló de mi lado el rruiseñor del amor,
al morir el día?

III

Aunque un hechicero venga en la noche, la magia es efímera
y fugaces las palabras que el viento escribe en los muros,
las conversaciones de las estrellas con el mar.
¡Exodo y muerte fue mi amor por ti,
tierra de Sodoma, testamento de fuego!

IV

Al alba muerto le hallaron en su puerta
con una luna y una pequeña herida en la frente:
gotas de lluvia y amuletos.

ASI HABLO ZARATUSTRA

Sumido el mundo en el silencio, el caballo del viento retrocede
[exhausto

ante las puertas nocturnas de los recién llegados.

El cantor apostado en ellas te llama

Y gritan también tu nombre los invasores triunfantes

y los sacerdotes de sus extrañas culturas,

los amantes, los vagabundos.

Huera y vacía transcurrió esta noche en la que huyes

hacia un tiempo nuevo con mi llama,

perseguido por ojos de policía de exilio en exilio,

rechazando todas las consignas, crucificado

en el pórtico de la apostasía: maldito y solo.

¿Cuándo bajará de las montañas Zaratustra y pronunciará tu nombre,
al igual que su nombre invocaron lo hijos de los Magos?

Con los senos agostados por la liturgia,

hacia su término se deslizó la noche

aplastada por el pie del silencio,

abandonada cual doncella encinta, madre prostituida

por los soldados del déspota.

Esta noche: hembra de animal que yació con otras hembras

y murió desnuda,

mientras sonaban las horas anunciando la muerte

del perro del déspota.

¿Cuándo bajará Zaratustra de las montañas del sueño y la muerte
hasta la calle, como niño ruidoso que entre huracanes de fuego
en la mano agita el trompo del universo?

Reteniendo en sus dedos lunas de civilizaciones heladas

y un hilo de sangre que fluye sin cesar.

Llevando hacia un tiempo nuevo mi llama,

las praderas de mi triste patria lejana

y mis cartas humedecidas por el llanto,

por el recuerdo de una mujer llamada Yasmín,

por los gritos de las gaviotas en el destierro.

¿Cuándo bajará Zaratustra de los anaqueles cargados

de amarillentos libros, para acercarse desnudo y hambriento

a los páramos de las ciudades del amor

que aguardan el diluvio y la victoria, el fuego de los hombres

[creadores?

Y al fin hablóme a mí y no al águila Labid:

"Sombría fue mi juventud", dijo.

La noche de los otros se aproxima y ya huyes,

prendiendo hogueras a tu paso:
 en este tiempo los creyentes mueren en barricadas y tabernas,
 en medio del silencio, en el fondo de las cárceles.
 Hacia su término se deslizó esta noche
 en la que solamente murió una rata enferma,
 mientras al alba una incierta luz desfallecía sobre la tierra.
 ¡Ah, maullido de gatos ciegos, mercaderes de la muerte del prójimo!
 De su largo peregrinar no tornó Zaratustra,
 ni bajó a la calle en el triste amanecer.
 ¿Cuándo entre huracanes de fuego arderá el hombre
 en la revolución y el amor, en el vértigo del universo?

EL VIDENTE

En la corteza del saúco escribí la fecha de nacimiento
 del jinete de cobre y el día de su muerte en Asiria,
 grabé gotas de lluvia mágica,
 una jarra de oro y amorosas abejas,
 hechiceras de Babilonia,
 una luna enterrada en cubos de basura,
 la joven rebeldía ante el mundo heredado.
 Y de pronto tuve la sensación de ser vidente
 y comprendí lo que el destino había escondido tras la luz y el fuego,
 en el silencio del mar,
 entre zafiros y perlas remotas.
 Mas nunca incendié Roma
 ni traté de solazar a su pueblo subyugado.

EPITAFIO PARA LA TUMBA DE B. SH. AS-SAYYAB

*De niños llamábamos El Arco a la antigua sala
 abovedada del palacio de Cosroes, cuyos restos per-
 sisten cerca de Bagdad. A veces íbamos a gritar allí,
 para que el eco devolviera nuestras voces.*

Tus murallas escalo, Bagdad,
 y avanzo como un cadáver en la noche.
 Con la mirada recorro tus barrios,
 perfume de flores en la antesala del infierno.

Alzo mi llanto por Husayn
y seguiré llorando hasta que Dios reúna a los dispersos,
hasta que por tierra caiga el muro de la separación.
Porque sólo entonces nos reuniremos como dos niños
que comienzan a inaugurar todas las cosas:
Daremos agua a las mariposas sedientas,
nos escaparemos a los parques,
prenderemos fogatas con las hojas de nuestros cuadernos.
Llenaremos la paredes de poemas de amor,
de gacelas y huríes
danzando desnudas
a la luz de la luna del Irak.
Bajo el Arco de Ctesifonte
resonarán otra vez nuestras voces:
¡Bagdad, Bagdad, Bagdad!
Hasta tí hemos llegado desde moradas de barro,
cementeros de ceniza,
para demoler tus muros tras la muerte
y asesinar a esta larga noche
con nuestros gritos de amor crucificado bajo el sol.

AL-BAYATI: ESE HILO DE SANGRE O DE LUZ

Por *Federico ARBOS*

Más de treinta años de escritura ininterrumpida configuran la obra del poeta iraquí Abd al-Wahhab al-Bayati, desde la aparición de su primer libro —*Angeles y demonios*— en 1950. Tres largos decenios marcados por la desgarrada historia contemporánea del mundo árabe, cuyas tensiones políticas e ideológicas se reflejan agudamente en la literatura que en esos países se produce a partir de la Segunda Guerra Mundial: Bayati forma parte de una generación de autores en la que una militancia izquierdista empedrada de exilios y dificultades coincide con el proyecto explícito y consciente de fundar una nueva escritura que, desde presupuestos culturales árabes, tenga una lectura universal.

Escrito en el barro, publicado en Beirut el año 1970, tal vez sea uno de sus libros más significativos, pues en él parecen decantarse los principales elementos de un mundo poético madurado fundamentalmente a mediados de la década de los sesenta, al tiempo que constituye como un gozne que articula la evolución posterior de su obra.¹ Entre 1963 y 1965, tanto en los poemas de Bayati como en su única incursión por el teatro —*Juicio en Nisapur*, pieza en tres actos editada en Beirut el año 1963—, se advierte con claridad creciente la consolidación de una temática central, apoyada en unas estructuras formales y expresivas que serán reiteradas casi obsesivamente, hasta dar la sensación de un único poema escrito de diversas maneras, de un solo libro dividido en varios libros. Estos temas centrales giran todos en torno a la búsqueda incesante

¹ Tres libros suyos han sido vertidos al castellano por quien escribe estas líneas y publicados recientemente en Madrid por la editorial Ayuso, en su colección Endymion: *La muerte en la vida* (1968), *El que viene y no viene* (1966) y *Poemas de amor ante los siete pórticos del mundo* (1971), aparecidos en 1980 el primero y en 1982 los dos últimos. El lector interesado en disponer de una más amplia información bibliográfica sobre Bayati en español, puede acudir a las revistas *Cuadernos Americanos*, XLI, 6, nov.-dic. 1982, pp. 189-218; y *Nuevo Índice*, I, 8, oct. 1982; pp. 28-30.

de la utopía, a la lucha del hombre por la consecución de una sociedad revolucionaria, justa y libre. Lucha jalonada por el destierro, la soledad y la muerte, mas también por la resurrección y el amor, y mantenida por un protagonista colectivo que en el poema se singulariza casi siempre en la tenacidad rebelde y combativa del poeta, artista o creador en general. El núcleo primordial se inscribe, pues, en una vasta interpretación histórica y mítica al tiempo cuyos elementos básicos se caracterizan por la utilización de mitos mesopotámicos y mediterráneos, de símbolos literarios e histórico-culturales tanto universales como del mundo árabe-islámico, y por la recreación y reelaboración de unos y otros, ya sean antiguos o contemporáneos.

Dos libros que hace unos instantes hemos citado en nota, *El que viene y no viene* y *La muerte en la vida* —editados en Beirut en 1966 y 1968—, constituyen la primera gran cristalización de este proyecto global. Es una bilogía presentada por el poeta como las meditaciones existenciales, la autobiografía de Omar al-Jayyam, poeta persa de los siglos XI al XII, *personaje máscara* a través del cual va levantando los viejos mitos de muerte y resurrección, las representaciones mito-poéticas de la *mujer* —amante, diosa y madre—, del *héroe humano* que lucha contra la autoridad ciega de los dioses y la violencia brutal de los poderosos, de la *ciudad ideal* que hay que buscar sin descanso o edificar entre las ruinas de la ciudad maldita. Mediante una peculiar tensión entre esperanza y desaliento, entre luces y sombras, Bayati quiere sentar poéticamente en estos poemas las bases de un mundo nuevo, quiere construir, para decirlo con versos suyos, *una memoria nueva para el hombre / en su caída*. Y para ello, su lenguaje se sitúa en una encrucijada múltiple de tiempos, espacios y culturas, donde se entremezclan las voces y figuras de poetas árabes clásicos, personajes de las *Mil y Una Noches* o de la mitología griega, hombres de nuestro siglo cuya muerte ha alcanzado la categoría de símbolo mítico, como Federico García Lorca o Ernesto Guevara. Mas por el fondo de la trama vemos discurrir una y otra vez las reflexiones de Albert Camus sobre la condición del hombre contemporáneo, especialmente a través de *Le Mythe de Sisyphe*; vemos surgir el gran conjunto mítico mesopotámico del *Poema de Gilgamesh*, del que el poeta toma escenas, frases e incluso versos enteros; oímos, en fin, el fragmentado discurso de T. S. Eliot en *The Waste Land*.

En *Escrito en el barro*, publicado, como hemos visto, dos años después de la aparición de *La muerte en la vida*, se agudiza la estructuración ritual y visionaria de los motivos poéticos anteriores, fenómeno producido tal vez en parte por la marcada huella que la

lectura del libro *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche, parece dejar en este poemario. Llegados a este punto, creo conveniente dejar claro que la ideología subyacente a la obra de Bayati nada tiene que ver, sino todo lo contrario, con el acusado conservadurismo político de T. S. Eliot o con las implicaciones que el concepto de "superhombre" y la mentalidad irracionalista y antisocial de Nietzsche tuvieron en el corpus ideológico de los años veinte. El poeta iraquí se aproxima al anglo-americano en la técnica de la acumulación simultánea de elementos dispares, en el procedimiento de usar el pasado para articular el presente, en la mezcla de la voz propia con citas ajenas y referencias culturales,² del mismo modo que el lenguaje vigoroso y de tonos proféticos de Nietzsche coincide con la buscada expresividad imprecatoria y exaltada de *Escrito en el barro*. Existe, además, un dato histórico que hace más comprensibles estas influencias: a los jóvenes intelectuales árabes de finales de los años cuarenta, les invade a borbotones —a través del inglés y del francés o de las primeras traducciones al árabe— la producción literaria, filosófica y política europea de los años veinte y treinta. Concepciones del mundo y la poesía tan dispares como las de Eliot y Maiakosky les llegan, por ejemplo, de la mano. Y lo mismo puede decirse de Nietzsche, cuya obra, tanto en el aspecto literario como en el filosófico, ejerció precisamente "una particular fascinación en el periodo de entreguerras".³

En cualquier caso, la presencia de *Así habló Zaratustra* nos salta a la vista en el título del séptimo poema de *Escrito en el barro*, así como los nombres de algunos otros parecen corresponderse, bien literalmente o bien por el significado genérico, con diversos capítulos del libro de Nietzsche: *De los sacerdotes*, *El adivino*, *De la visión y el enigma*, *El mago*, *El signo*, etc. Una lectura apresurada de los poemas podría hacernos creer, por otra parte, que la doctrina del eterno retorno está presente en los contenidos mitológicos que Bayati desarrolla, lo cual constituiría una interpretación totalmente errónea: ese *hilo de sangre o de luz* que en algunos versos atraviesa el tiempo y la muerte es símbolo del pensamiento histórico del poeta, es el avance implacable y rectilíneo de la historia hacia la libertad del hombre. En fin, para no abusar de la paciencia del lector, tan sólo añadiré que imágenes claves de *Escrito en el barro*, como la reunión en el futuro de los

² Véase la espléndida introducción de J. M. Velarde a su versión castellana de la obra poética de Eliot: *Poemas reunidas*. Madrid, Alianza Ed., 1978.

³ J. Haberman: *Sobre Nietzsche y otros ensayos*. Madrid, Tecnos, 1982, p. 31.

fragmentos de la cultura humana dispersos en el pasado y el presente, la representación de la ciudad hostil entre zumbido de gente y moscas o mediante un cadáver que el poeta carga a sus espaldas, o bien la metáfora existencial de la piedra, nos remiten a otros tantos pasajes de *Así habló Zaratustra*.

Pero el símbolo más elaborado y persistente del libro es, sin duda alguna, esa Mujer que en la obra anterior de Bayati se presentaba semioculta tras las múltiples máscaras de figuras literarias, diosas míticas, hembras legendarias. Y que ahora, sin perder ninguna de esas caracterizaciones, las encarna simultáneamente en Ishtar o Astarté, la gran diosa mesopotámica del amor y la fertilidad. Por ello, *Escrito en el barro* es un libro fundamentalmente amoroso, no sólo por esos bellísimos *Poemas de amor a Ishtar*, sino por todos y cada uno de sus versos. Versos muchas veces desesperados, cuando la amada muere y con ella desaparece la vida de la tierra: no es extraño, pues, que el antiguo poema sumerio de *El descenso de Inanna al mundo de los muertos* haga resonar sus tremendos ecos en varios lugares de la obra, como en la composición titulada *La sacerdotisa*:

*y tú bajo mis labios, sacerdotisa que revelas el misterio,
víctima que el carnicero colgó por los pechos desnudos
en la pared del matadero.*

O en *Piedra de decadencia*:

*agostados pechos que entrechocan
y se esparcen por la cecina del cuerpo
arrugado, corvo, envilecido.⁴*

Entre este entramado de voces de las que Bayati se sirve para alzar su original voz poética, aún recurre a la técnica de citarse a sí mismo, de rememorar de modo diverso palabras y poemas ya escritos. En los dos versos finales de *El vidente*:

⁴ Compárese con este fragmento del viejo poema:

Doblada, humillada, desnuda, fue conducida ante Ereshkigal.

.....
Sólo emitió un grito contra ella, un grito de condena:

La pobre mujer fue convertida en cadáver

y el cadáver fue colgado de un clavo.

Puede consultarse una traducción inglesa de las dos versiones, sumeria y acadia, del poema en J. B. Pritchard: *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton, 1955, 2a. ed., pp. 52 ss. y 106 ss.

*Mas nunca incendié Roma
ni traté de solazar a su pueblo subyugado*

reconstruye otros dos versos compuestos en Estocolmo diez años antes:

*Yo no soy el César,
pero Roma está ardiendo por los cuatro costados.*

O bien en el poema dedicado a la memoria de Badr Shaker as-Sayyab, compañero de generación, reitera casi literalmente imágenes de una composición de 1961, titulada *A Albert Camus*.⁵

No por azar, sino por coherencia con la estructura del libro, su último poema —*Acerca de los que rehusan representar su papel de actor*— es una breve y expresiva recreación de la *Canción del autor dramático*, de Bertolt Brecht: enmascarado de Omar al-Jayyam o del dios Tammuz, enmascarado incluso de sí mismo, con la máscara de todos los hombres, el poeta iraquí Abd al-Wahhab al-Bayati muestra una representación del mundo —real y poético— como teatro, como escenario donde hay que asumir plenamente el papel individual y colectivo que nos corresponde o consideramos necesario desempeñar, intentando llevarlo sin descanso hasta sus últimas consecuencias por encima de obstáculos y contradicciones. Porque tal vez sea el único camino para que todos nosotros, actores, público, tramoyistas y apuntadores, lleguemos juntos a las puertas abiertas de la ciudad ideal, donde Ishtar ya no descenderá jamás a los infiernos y el amor que nos hace libres prevalecerá sobre la tierra.

⁵ Una traducción de este poema puede verse en *Revista de Occidente* (Madrid), 145, abril 1975, pp. 103-104.

ALGUNAS LUCES SOBRE LOS CREPUSCULOS DE CASTELLANO

Por *Waldo ROJAS*

Los Crepúsculos de Anthony Wayne Drive de Hernán Castellano Girón, edición bilingüe en traducción al inglés de Emil Eftimides, Detroit, Michigan, 1984, 60 páginas. Incluye a manera de epílogo y en traducción inglesa, una versión parcial de este mismo trabajo bajo el título de "Some light on Castellano's *Twilight*".

EN la obra de todo poeta genuino hay un momento, yo diría inevitable, en el cual poeta y texto se reencuentran en el recodo de una mutua revelación. Al llamado de una de esas constelaciones más destellantes hechas de azar, de necesidad y de los complejos designios de la libertad, que por igual componen el tejido de la vida y el de la literatura, un hecho de pura contingencia viene a imponer a la palabra poética un repliegue sobre sí misma y le hace girar la vista hacia el poeta. Mirada insostenible que, como el ojo de la Gorgona, fija al poeta, sujeto biológico del acto de escribir, en la argamasa del mito. Su existencia real se recompone así en las inciertas premisas del orden mental del poema. La untuosidad y las coruscaciones de su ámbito vivencial se reencarnan en los materiales oblicuos del espacio textual. Bajo un cielo abierto "como una gran metáfora" se opera la metamorfosis de un destino real en pura materia alegórica, en equivalente figurativo sin fondo. Escaramuza imaginaria, por cierto, como engañosas son las apariencias referenciales de la palabra poética; pero en ella se prefigura el naufragio y perecimiento del poeta al interior del poema. Su redención, si se quiere, o lo que en algún punto de su poesía Hernán Castellano llama "el pequeño milagro iracundo de la poesía". En otro punto de ese mismo libro encontramos un par de imágenes premonitorias de lo que constituirá más tarde el tema de estos *Crepúsculos*: "El poeta regresa por

ella (por la palabra poética), sus huesos retornan / y sus zapatos voladores no dejan de soñar'.

La poesía de Hernán Castellano se ha ido constituyendo en torno a algunos tópicos propios de lo que podríamos llamar el clima antipoético en que ha venido redundando la poesía chilena de los treinta últimos años. La sintaxis coloquialista y el tono irónico, paródico, el humor mordaz, la postura irreverente que confunde en el mismo descomedimiento lo sagrado y lo profano, lo noble y lo plebeyo, las cumbres del espíritu con las llanuras de la vulgaridad, son otras tantas negaciones de la forma y fondo de la lírica tradicional. Como son también las marcas visibles de un decir poético que, en un época de valores desmedrados, cerrada a la exaltación de toda épica, se acantona tras una rebelión que no pretende fundar nada ni propugnar una nueva ética ni una nueva imagen del hombre diferente de su imagen vigente. Ante el escándalo de la existencia, el poeta no responde ya con una salva por el porvenir. Su indocilidad se expresa haciendo aún más patente, con ánimo de cínica impudencia, la inanidad radical de la poesía, "Juego zahorí de espejos". A una generación de vates demiúrgicos, mesiánicos, y su palabra de pretensiones cosmogónicas y redentoras, sucede el poeta de voz minusválida, de identidad flaqueante; poeta de capa caída cuyos escasos fueros se resumen en los de una existencia ordinaria entre otras existencias ordinarias. Amén del agravante de persistir en el oficio obstinado de la palabra poética; una causa perdida de antemano que no pone al abrigo de mareas e intemperies.

Los catorce poemas de este nuevo libro de Hernán Castellano remiten muy puntualmente a las orientaciones de su poesía anterior. Es su sello personal justamente la versatilidad de registros, el tono discontinuo, los juegos de contraste de prosaísmos flagrantes y transportes líricos, y sobre todo el extenso acopio de referencias y alusiones a contextos circunstanciales. En medio de esta textualidad bullente en donde se extravía gustosa la sucesión lineal de las unidades de información sobre el mundo de la experiencia, la poesía reconoce sin embargo su filiación. Es en efecto lo propio de la estética de Castellano circunvalar, merodear, asediar a través de esta dispersión divagatoria el núcleo de unas pocas condensaciones unitarias que configuran precisamente ese todo semántico unificado que distingue al poema de otras formas de discurso literario o no.

Todo poema plantea el problema de la relación entre lo real a secas y su representación literaria. Lo que el lector actualiza en su lectura no es la relación del poeta con el mundo contextual.

No queremos reincidir en estas líneas en estas cuestiones ya tan traídas y llevadas, pero valga decir que la realidad es para el lector de poesía una especie de brújula truncada que lo orienta al comienzo en una dirección errónea, extraviándolo al cabo de un rodeo por el que los dispositivos poéticos le hacen ver que la realidad preferida por el texto no es el punto de llegada del poema. Es sólo un tránsito obligado, puesto que los ámbitos verosímiles del texto —paisajes, descripciones, retratos, etc.— no son otra cosa que piezas de un decorado, un escenario montado en un gran gabinete de efectos especiales.

Valga asimismo recordar que el poeta y su poesía sobrellevan una paradójica coexistencia a distancia. La realidad del uno y la realidad de la otra no son sustancialmente reductibles. La poesía, es decir, la actualización de la materia significativa de un poema, sólo se cumple en la dialéctica entre un lector y un texto; puesto que el poema *dice* algo pero *da a significar* otra cosa, y puesto que ya el contenido de ese decir no es una réplica del mundo que envuelve al poeta. La realidad del uno y la realidad de la otra se despliegan en mundos y tiempos sólo paralelos: la poesía es texto y un texto está hecho para prescindir de referencias, prescindencia que la poesía erige en su primera condición. Las palabras del poema no *profieren* el mundo del poeta, antes bien la existencia real del poeta mismo aparece de pronto como un dispositivo del texto para decirse a sí mismo. La lengua —bien se sabe— altera la realidad; las palabras de todos los días son ya una mitología de lo real. Las palabras del poema no son palabras en ese sentido, sino la perversión del uso y costumbres de las mismas. Afincado mal o bien en la realidad, a menudo en ruptura con ella y denunciador del escándalo de la existencia, el poeta sólo puede existir para su poesía como un mito revelado al interior de ella.

La novedad de este libro respecto de la poesía anterior de Castellano consiste exactamente en hacer de esta última constatación el *tema* unificador de un poemario.

Los poemas de Hernán Castellano se las arreglan en su apoyatura contextual para *decir* un sinnúmero de contenidos del mundo. Entretejidos a fragmentos episódicos de su propia existencia histórica surgen personas, animales y cosas, además de datos librescos, acertijos culturales, guiños sub-culturales, menciones igualmente fragmentarias de un continuo de representaciones de conciencia del hombre occidental y que son otros tantos clichés para el lector de *comics*, el amateur de cine o el espectador de fútbol. Pero lo que su poesía *da a significar* son precisamente aquellas condensaciones que, bajo cuerda, traducen a menudo claros motivos arquetípicos.

En el caso del presente poemario —y es lo que trataremos de hacer ver en su elocuente unidad— se trata de un tópico elevado a la estatura de un contenido mítico por una ya larga tradición romántica: es el viaje más o menos órfico del poeta hacia el interior del poema.

Cierto es que en Castellano la asunción de este contenido es distante y a veces paródica. Pero sus poemas no dejan menos de prefigurar esa "noche de la ausencia de los dioses" ni de evocar un clima en el que se acumulan los signos de la ausencia del espíritu. Esos signos patentizan la percepción aguda de una realidad histórica (y por qué no, metafísica) a la cual parecía faltar el apoyo de una trascendencia capaz de garantizar su redención. La re-consideración mítica de lo Real, viene así, bajo la forma propuesta, a metamorfosear el destino sublunar y terreno del poeta, su condición descaecida y patética, en la realidad intemporal y proteica de la palabra poética. Por ella el poeta acoge una vida vaciada de su sentido a los beneficios trascendentes del poema, realidad superior. Antes, habrá sido necesario operar la negación poética del estatuto de la realidad objetiva. No ya demostrar —que no es la función del discurso poético— sino hacer aparecer la visión alegórica de una realidad desposeída de su plenitud mítica.

El poema es, entonces, un verdadero atentado contra los fundamentos aparentes de la realidad, "una debacle del intelecto", como replicaba Breton a Valéry.

Desde el primero al último de estos poemas se va cumpliendo de manera implícita, insidiosamente, se diría, este mismo derrotero imaginario. El poema final está precisamente construido sobre el sincretismo de la composición emblemática de un lugar y una figura mutuamente paradójicos. La aparición del buho blanco, su serenidad escrutadora al cabo de su vuelo nocturno y su posición de vigía en la cima del Parking de la Wayne State University, involucran en los atributos de una manifestación extemporánea los indicios de una revelación, al mismo tiempo que señalan la encrucijada de un itinerario iniciático. El parking, templo (Templum, lugar de augurios) de la idolatría automovilística y metonimia de una era execrable por cuanto fundada en la negación de la trascendencia espiritual representada por el culto "totémico" de la Máquina. Es allí que viene a posarse, "*como gato persa o monarca en la última ribera de cemento*", el ave que es emblema del insondable misterio del espíritu. Único vidente, el poeta/augur percibe en ello el signo del advenimiento de un apocalipsis secreto, "*el fin de esta civilización estrambótica*"; catástrofe inadvertida, puesto que la lentitud etérea de la nieve sustituye al frenesí de las llamas

apocalípticas. En un destello, la inmovible rotundidad de lo Real se revela como lo que es: un juego de consistencias simbólicas.

A través de una trama textual compleja se configura aquí una línea dotada de orientación semántica, un rumbo de lectura bastante intrincado. Transcurso accidentado y discontinuo, pues cada poema no se inscribe en una sucesión progresiva o acumulativa de informaciones en la que, paso a paso, se irían reuniendo los materiales de un "mensaje". Entre dos jalones o polos fijos, el primero y el último poema respectivamente, los textos intermedios, ocupando un orden quizá intercambiable, deslizan hacia un flujo de significaciones común sus conexiones puntuales. Hay un parentesco de **imágenes** y del material metafórico, como lo son por ejemplo aquellas relativas a la *metamorfosis*, a la *identidad proteica del hablante*, pero sobre todo, como veremos, a un léxico especialmente potenciado como aquel relativo al ámbito semántico del *vuelo*. Esas zonas de contacto semántico preparan la lectura augural (el arte del *augur* ¿no es precisamente el *auspicium* o adivinación por la observación —*specere*— de los pájaros, *aves*?) del texto final gracias a la cual deberá operarse a su vez la comprensión *retroactiva* de la sucesión de textos, o sea su captación poética efectiva.

Domina el conjunto de estos textos un sistema de implicaciones que llamaremos, siguiendo en ello a Bachelard, sistema de la "imaginación ascensional". Las menciones profusas de una rica ornitología (**cuervos, palomas, zorzales, gansos, cisnes, flamencos, golondrinas, papagayos**, para no hablar del legendario buho blanco), de los atributos distintivos de los seres aéreos, alas, plumas, etc., los paisajes aéreos y sus elementos correlativos, nubes, cielos, nieve y sobre todo lo que termina de confirmar la imagen del *vuelo* como principio de organización imaginaria, es su situación de movimiento dominante, la dinámica por excelencia.

La *imaginación ascensional* se expresa en la opción clara del poeta por los fenómenos aéreos, y en la simpatía que en general le inspira la imaginación dinámica. Realidad íntima, ella traduce la verticalidad real presente en los fenómenos psíquicos, no como una simple metáfora; se trata más bien de un principio de orden, de una ley de filiación, de la graduación de una escala respecto de una sensibilidad especial. El eje vertical, por ejemplo, es indispensable para expresar valores morales. Y en esta jerarquía la altura física y sus correlatos se identifican imaginariamente con la elevación moral, y se oponen a lo bajo, subterráneo, junto con conferir una coloración negativa a la *caída*, símbolo de periclitamiento, declinación y pérdida morales u ontológicos.

Hay por ello el arquetipo de un *héroe ascensional* a menudo

resurrecto de las cenizas de alguna condenación. Su cometido es la perfección del hombre bajo la especie de un ser provisto de cualidades aerostáticas. Creaturas de este "sueño electivo", como diría el poeta Jean-Paul, son en poesía los *Oiseaux* de Saint-John Perse, en quienes el poeta saluda la avidez de ser y el ascetismo del vuelo como dignidades ontológicas. Ya en nuestra tradición chilena al alto azor, *Altazor*, de Huidobro lleva al paroxismo cósmico la virtud alada. El mismo Castellano cita a manera de símil las águilas de Martí. Encarnaciones todas de un mismo modelo mítico: Icaro, anti-héroe desdichado del que W. H. Auden hizo en un poema célebre, basado en el también célebre cuadro de Brueghel, el arquetipo mismo de la oposición poeta/mundo.

La fraternidad simbólica del hablante lírico de estos poemas con los seres alados, e incluso con los objetos y fenómenos físicos a los que es dable atribuir metafóricamente la condición alada, se va cambiando en el curso de los poemas en simple sustitución mimética: "Nada más pido al *mío destino* / que cubrirme de escamas o de plumas". El cambio de identidad se hará, incluso perfectamente explícito: "el flamenco soy yo".

Todos, o casi todos, los pájaros físicos aquí repertoriados son a su turno sustitutos metafóricos de un contenido semántico marcado positivamente: *el vuelo poético*. A su vez, éste cumple el rol de metonimia de la persona del poeta. Dicho juego se hace claramente explícito en el poema "Muerte de pájaros". La muerte del genial músico Bird Parker y la muerte del "humildísimo pajarillo de Michigan", son casi los términos de una doble tautología en la medida en que la correspondencia entre *músico* y *pájaro* es un lugar común natural, y en cuanto este músico particular se llama Bird. Es esta equivalencia implícita lo que legitima la pertinencia poética de la imagen: "con dignidad de pájaro sentado en su nido de muerte". Por otra parte, la legalidad semántica de este contenido poético estriba, evidentemente, en el tópico de la muerte como el gran nivelador de condiciones y foco unificador de lo real.

¿Hace falta insistir en el emparentamiento del tema de este poema con el poema "El Buzo Blanco"? En ambos casos aparte la figura del protagonista alado, hay la coincidencia y coyuntura, no advertida para el común de los mortales, entre dos sucesos de los que se enfatiza la realidad efectiva de su advenimiento; de dominio público el uno, el otro, oscuro, acaecido en la esfera austera de la vida cotidiana del poeta.

¿Hay que insistir en que para el conjunto del poemario el cultivo de la música —arte que admite su asimilación natural al dominio imaginario de lo *alado* y *aéreo*— hace de los músicos reales evo-

cados, desde Mozart a Eubie Blake y Stevie Wonder, sin dejar de lado nuestro propio González Malbrán, figuras metafóricas de pájaros? En materia de vuelos, por lo demás, el nombre de este último es inseparable del tema de bolero "Vanidad", y de su primer verso: "Vanidad, con las *alas doradas...*" No habría que hilar demasiado fino para establecer parentesco y proximidad semánticos entre esa vanidad bolerística y el poema "Windy", en inglés, *ventoso* y *vano*. A lo que nos autoriza un verso del mismo poema: "*Cruzaste dos océanos en vano*". Por lo demás, en este mismo poema enteramente sostenido por imágenes aéreas, "*las nubes son como pájaros o como reptiles alados*" y el poeta las compara al carácter salvaje de su alma.

El paso siguiente es igualmente natural, en este sentido, ya que músico es Orfeo, símbolo y dignidad tutelar de los poetas. Ahora bien, en la extensión semántica de *vuelo* como contenido negativo está el tópico del *exilio*. No habría que insistir tampoco en una descodificación a todas luces transparente cuando no explícita. El exilio real inscrito en la biografía del poeta lo hermana a esos exiliados del tiempo venidos a naufragar en sus efigies estatuarias: el Gutemberg del General Lectures Hall de Detroit, y el Schiller del Zoo de Belle Isle.

No es menos transparente ver en el vuelo de un avión de línea el artificio que en el primer poema transmuta al poeta en un Icaro "de rostro moreno", un Icaro un tanto circense por lo incierto de su atuendo hecho de plumas o de escamas, atributos simbólicos contradictorios como lo son en el código de la imaginación ascensional el ave y la serpiente; oposición que refrenda otro poema del mismo Castellano a propósito de las figuras de la golondrina o de la mariposa respecto de las hormigas afanosas.

Los Crepúsculos de Anthony Wayne Drive, en cuyo título habría ya que ver una alusión apenas velada a los adolescentes *crepúsculos de Maruri* de Neruda, prefiguran so capa de una cierta desenvoltura antipoética, un doble movimiento de espíritu bajo el cliché cultural de muerte y resurrección. La "justa medida" del tiempo humano mentada en el primer verso del libro, no es otra que la que confiere, *nel mezzo del camino*, la conciencia de la finitud. Numerosas imágenes textuales hacen patente la situación de un punto cúspide, divisorio de ambas vertientes del curso de la edad humana; desde aquel sitio el poeta pasea su mirada sobre seres y tiempos. Bajo esa mirada, la muerte se eleva en la conciencia a la categoría de necesidad constitutiva de lo real. La poesía, la palabra poética, ha sido para el poeta un destino desdichado en tanto lenguaje inerme contra un mundo absurdo, pero, al fin de cuentas,

ella representa el nivel de una *altura*, el refugio nublado para un "silencio más grande que los otros". Hay pues un primer movimiento modulado en notas sombrías, desencantadas y celebraciones escépticas. A él responde el contrapunto de un segundo movimiento o vuelo ascendente en cuyo tono profético se anuncia una auto-redención: "*Cuando el espeluznante misterio del cráter abierto en nuestras almas / Se haya aclarado y el gallo cantado 33.333 veces...*"

El tema (en el sentido que la semántica poética da a este término) de *El Bubo Blanco* es el de la fusión alegórica del poeta en la figura del ave nocturna, última etapa del viaje del poeta al interior del poema. En la realidad de los hechos, pero del modo como sucede en una leyenda, poeta y buho, símbolo y referente, han venido a un encuentro en un paraje emblemático. Al encubrir este ritual, inextricable para "ornitólogos y naturalistas" e invisible para otros ojos que los de ambos protagonistas, el mundo real parece plegarse a los designios de la poesía.

Diversos momentos metafóricos conducen este tema. Por ejemplo, y al comienzo mismo del poema, una serie de instancias de identidad: tal como el poeta/hablante lírico, el buho "*recorrió medio mundo*", "*bajó*", "*emigró*". En este mismo orden de analogías, el descendimiento del ave nocturna es acotado por vocablos ambivalentes que tomados ya sea en sentido literal, ya sea en sentido figurado, designan los actos del pájaro y los del poeta: tal como ha hecho el poeta escribiendo, el buho blanco "*bajó* / describiendo parábolas, declinaciones, figuras, retóricas". Instancias también de lo que podríamos llamar contaminación o irradiación metafórica que vuelve fluctuantes las fronteras entre contenidos referenciales y significados literarios, en beneficio de la progresión semántica de estos últimos, como sucede en el texto siguiente:

*Sólo el suspiro celestial develará esa mirada
Que me dirigió cuando lo miré por el telescopio*

en donde "suspiro celestial" es, contextualmente, una fórmula sinónima de la palabra creadora, al paso que el enunciado entero denota un acto de reconocimiento subrepticio y furtivo. Para concluir, líneas más abajo, gracias a un juego de cruzamientos e inversiones, en una nueva etapa de la reversibilidad metafórica poeta/buho. Es lo que atestigua la asimilación del "poeta-observador-de-pájaros" a la imagen del *augur*, sacerdote que practica la adivinación por la observación de las aves; y luego, la mutación de los pájaros (objetos y signo de augurio) en augures (sujeto de la

observación adivinatoria): "*Sólo los pájaros saben observar, analizar/Nuestros hijos en extinción*".

Otra instancia de identidad o fusión se cumple al cabo de esta progresión, pues, explícitamente, se atribuye a ambos seres un igual destino infausto: "*Ellos saben (...) cuán inexorablemente / nos extinguimos los buhos blancos y los poetas*".

Contribuye también a las instancias de identidad un procedimiento simbólico de sublimación y redención, ya señalado en su función de invertir, enderezando, el primer movimiento de *caída* en que redonda el sentido de algunos textos anteriores. El buho, como toda ave nocturna, es imaginariamente una emanación de las tinieblas y, por lo tanto, una entidad negativa. El cambio de signo que lo hará viable como instrumento de elevación redentora juega sobre un fondo de oposición tinieblas/luz: el buho es *blanco*. A las virtudes ascensionales del pájaro se suman todas las consecuencias simbólicas de una valoración positiva por excelencia:

"Sólo quedó su mancha blanca en el crepúsculo".

El buho recupera para sí el notable isomorfismo que ciñe universalmente la ascensión a la luz y ésta a la constelación simbólica en la que convergen lo lumínico, lo solar, la realeza, lo vertical, en suma el *blanco puro*, atributos y cualidades de una divinidad celeste, la "lágrima de un dios acucioso y eterno". O mejor: "un sol al revés" (puesto que nocturno) "que esparciese nieve por todo el universo", o sea, que cubriese de blanco, que *blanquease*, mejor dijo, que *redimiese* lo real. La naturaleza misma del buho, su especificidad ornitológica desaparece, suplantada por el blancor redentor: "el increíble pájaro blanco".

La ambivalencia de significado del vocablo "crepúsculo" —claridad mortecina del atardecer y resplandor auspicioso de la amanecida— refrenda ese doble movimiento de caída y restablecimiento en la altura. Nada insólita, por lo demás, en la tradición poética moderna, la situación crepuscular como trasunto metafórico convoca una estructura bipolar. Así lo atestigua, por ejemplo, un conocido díptico de Víctor Hugo en el que, muy oportunamente para nuestro análisis, se cumple también la figuración ornitológica del instante crepuscular:

*"toutes les ailes de l'aurore
toutes les griffes de la nuit"*.

En el último poema de Castellano vemos que, retrospectivamente, el sentido exacto del título del conjunto se hace patente,

por obra del significado profundo de este texto: instante de la transformación de las tinieblas en luz.

A la manera del cuervo de Poe, aunque portador de un designio opuesto, el buho blanco, "como un corazón de nieve, desterrado y frágil" (ambos epítetos aplicables asimismo a la figura del poeta), es el lugar de una revelación que viene a restablecer el sentido en la vida del poeta, o sea, su reconciliación ontológica en el mundo: natural tanto como sobrenatural, la aparición del buho blanco en la cima del estacionamiento es la prueba tangible de la adscripción del poeta al orden superior de la palabra, y es la prefiguración de un destino. Su "vuelo hacia adentro del poema" arranca al poeta, reencarnado en el ave legendaria, del flujo de la temporalidad, de la historia y de la muerte. Redime al poeta de una existencia aciaga, de una condición desterrada y lábil. Como la promesa de un brindis sacrificial "*la copa de la memoria se llenará de su plumón blanco*". Ese *vuelo hacia el poema* es el retorno que redime al mundo como *poesía realizada*. En el doble sacrificio migratorio el Mundo se re-inserta en la Palabra.

Dicho a título de exergo y de conclusión somera, *Los crepúsculos de Anthony Wayne Drive* resuelven implícitamente la antinomia estética de modos y sentidos "poéticos" y "anti-poéticos". La superficie textual más aparente abunda gustosa en coloquialismos, prosaísmos y otras gesticulaciones verbales disruptivas; ellas se traban y enlazan, sin embargo, a un soporte menos manifiesto en donde domina en última instancia —como hemos tratado de probarlo— un sistema de imágenes y fórmulas que evocan contenidos arquetípicos de toda una región de la cultura poética occidental, reanudando así con una acendrada tradición lírica.

El periplo de un Icaro paródico, de utilería antipoética si se quiere, viene a rematar en la efigie del ave tutelar y metáfora *viva* actualizada en la palabra, hipostasiada en la poesía como elevación y vuelo del espíritu en un mundo prometido a todos los destierros. "De todos los animales que no han cesado nunca de habitar al hombre como un arca viviente —dice Saint-John Perse en un pasaje de *Oiseaux*— el pájaro de largos gritos fue el único, por su incitación al vuelo, en dotar al hombre de una audacia nueva". El oficio de poeta, nos hace recordar Hernán Castellano, resume toda esa nueva audacia.

LA LLAMADA*

(relato)

Por *Dasso SALDIVAR*

a Humberto Sepúlveda Ochoa

AGOBIADO de exámenes para corregir en aquel final de curso, Gill comprendió de pronto que estaba muy lejos de entender el comportamiento último de su mujer. Dejó de lado el montón de papeles sobre el escritorio y salió de la Universidad para su casa a una hora que hubiera sido imprevista para Michele: las once de la mañana.

Hasta los tres años de casados habían vivido en la casa propia y lujosa de la calle parisina de George Mandel, pero cuando Michele regresó de su primer viaje a la selva amazónica, Gill aceptó la vieja idea de trasladarse al barrio de Stalingrad.

es que ya no soporto continuar mi vida entre burgueses vacíos,
Gill

bueno, como tú digas, mi gatita, había asentido él cariñosamente, vaciándole un beso de fuego en cada poro. No te preocupes: nos iremos a donde tú digas

no es a donde yo diga, sino a donde debemos estar: donde la vida fluya como los ríos

aunque Stalingrad es un barrio de advenedizos y marginados, creyó haberle objetado él.

justo: un barrio de gente que tiene problemas, que lucha por la vida, un barrio donde pasan cosas, Gill, donde la vida desconoce el ocio

de acuerdo, de acuerdo, mi gatita, nos iremos pues, nos iremos, y con la misma amplitud él la había tomado finalmente en su sexo diligente.

Durante el regreso imprevisto a casa, Gill se preguntó si aquella decisión de trasladarse a Stalingrad no había sido quizá el origen de las veleidades y locuras de su mujer. Hizo un repaso de sus

* XXXIII Premio Literario del Seminario de Estudios Indigenistas de la Universidad Complutense de Madrid.

cuatro años de casados buscando el menor desajuste, pero no lo halló. Se habían amado en correspondencia y en entera libertad, incluso habían sido libres en el desafuero sin agotar la violencia y la ternura del deseo: muchas fueron las ocasiones en que ella lo había ido a buscar a la Universidad a cualquier hora del día y lo había solicitado a su cátedra de antropología comparada, mientras él se disculpaba un momento ante sus alumnos, porque allí estaba ella, esperándome, vestida con el balandrán rojo, sin nada debajo, completamente libre su sexo en erupción; entonces subíamos al tercer piso y allí mismo, sobre la moqueta verde, yo te recibía en el suelo sin quitarme el balandrán, mientras tú, con tu premura de guerra, te abrías apenas la cremallera del pantalón, te acuerdas, Gill?

La sospecha había seguido un camino equivocado: Gill, en cambio, no se detuvo a pensar en los dos viajes que ella había hecho a la amazonía peruana. Del segundo a Iquitos, Michele había regresado con una secreta admiración místico-erótica por los indios, admiración que siguió alimentando íntimamente en el museo de objetos huambisa que trajo consigo: las lanzas erectantes, los arcos del disparo, las vasijas del comer y del beber sagrado, los taparrabos de su sexo brutal y excesivo, los íconos de sus dioses, sus vestiduras policromadas y, sobre todo, aquello por lo cual ella profesaba una desafortunada pasión erótico-fetichista: las pulseras de los guerreros que ceñían sus manos salvajes e intuitivas.

Michele había desalojado incluso el cuarto de las visitas para colocar el museo huambisa, disponiendo los objetos en el orden de importancia que le dictaba su pasión fetichista. Gill sabía dónde encontrarla entonces cada tarde al regresar de la Universidad, y entró directamente al "cuarto de los indios", como él decía, aquella mañana de vuelta imprevista a las once y media. Pero no la encontró y comprendió.

Cuando llegó al aeropuerto de Orly, sólo faltaban quince minutos para que despegara el avión. Por el balandrán rojo, Gill la distinguió a primera vista en la fila de embarcados y se le acercó por detrás, aproximándosele con pasos de felino, como lo hacía al llegar a su casa de Stalingrad, y la agarró de un brazo haciéndole girar ciento ochenta grados.

definitivamente no te entiendo. Michele, le dijo con emoción grave pero contenida. Somos felices y el futuro es nuestro...

Ella lo miró dulcemente con la sonrisa leve, lo miró valorando cada momento de su ser, y le hizo un cadencioso y reiterado no

con la cabeza: le dio a entender que su decisión no provenía de desajuste alguno de su amor. Gill comprobó que Michele seguía manteniendo encendida la llama de su pasión por él, y entonces la agarró del trasero con las dos manos como solía hacerlo cada vez que en cualquier hora y lugar los sorprendía la urgencia del deseo, pero no: sintió que ahora, debajo del balandrán, ella llevaba calzones y corpiños. El se distanció:

y a dónde vas?

ya lo sabrás

cómo?

te escribiré una carta larga larga, le gritó desde la escalerilla del avión.

Igual que en los viajes anteriores, al da siguiente tomó en Lima el avión que la llevó a Iquitos, al corazón de la selva. Y siguiendo la inercia de la costumbre, el mismo día se embarcó al atardecer por el río Mazán en la misma barca y con el mismo nombre.

me recuerda?, le preguntó entregándole un "souvenir de París". como si fuera ayer mismo, señorita, le contestó el remero con una satisfacción reiterada en el rostro.
entonces vamos, le indicó ella.

En el tercer remanso del río, donde la tranquilidad permitía saborear los recuerdos, Michele sacó un block e intentó escribirle a Gill a París para contarle su comunión con la naturaleza tropical, su rumbo hacia lo primigenio. Pero no: luego, puesto que aún falta lo más importante y puesto que tú debes saberlo todo, mi amor. Entonces dejó de lado el block, saboreó el sol perpendicular a su cuerpo pensando que era seis horas más joven que el de París, y con la suya le arrancó la mirada untuosa al remero. Con movimientos precisos se zafó los corpiños, se bajó los calzones y sin quitarse el balandrán se tendió en la mitad de la barca. El cholo de músculos amazónicos, como en las dos ocasiones anteriores, se desabotonó apenas la bragueta, no por premura sino por timidez, y le obsequió su virilidad baldía como la misma selva que bordeaba el río, mientras ella, asomándose a una dulzura inexplorada, olvidaba por completo todo vestigio de Gill en el fragor orgásmico.

Al descender el clímax de aquella pasión repetida, Michele percibió completo el marco sinfónico que la flora y la fauna amazónicas habían compuesto para ella, como una exclusiva: ¡esto sí es la vida!, gritó buscando el eco de su alegría en la cara del cholo, quien le respondió con una sonrisa que nacía en otra alegría.

Transcurridos apenas dos días desde que ella había partido del aeropuerto de Orly, Gill fue a buscar al buzón la carta prometida. Se acercó casi de puntillas, con pasos entrenados de felino, como para sorprenderla por detrás en el buzón. Pero Michele había tardado cinco días con sus noches en llegar hasta el fuero territorial de los huambisas. A pesar del año transcurrido desde su último viaje, recordó con memoria fresca el itinerario: la orilla de las guacamoterías, el meandro de los guacaríes, el trayecto de las guacamayas, las primeras casas de los colonos norteamericanos y, más allá, el lugar preciso donde había visto pescar por primera vez a los huambisas, hasta que la barca se detuvo en un remanso umbroso donde nacía un caminito.

déjeme que la acompañe, señorita: esos indios pueden resultarle peligrosos con la desaparición de la luna, le insistió el remero.

no, gracias, le dijo la mujer agarrándole la mano con picardía. El poblado no está lejos y además les conozco: sé hablar su lengua.

La luna había desaparecido la noche anterior, y los huambisas, de acuerdo a sus creencias, se encontraban por esos días en una especie de alerta callada. Esto agudizó su percepción de la visita de la mujer blanca: supieron que llegaría hasta sus dominios mucho antes de que desembarcara, y cuando entró en el caserío la rodearon lentamente con su espectación reposada. Cinco minutos más tarde, la visitante se encontró asediada por el primer grupo de guerreros. Ella detuvo el paso y se quedó contemplándoles las lanzas empuñadas por aquellas manos salvajes, intuitivas, que tanto la apuraban hacia un mundo que por fin ahora iba a conocer, y antes de que el veterano de los guerreros le hiciera señas para que le siguiera, encaró sus miradas unánimes, que parecían una sola y grande mirada, y entonces se sintió traspasada por aquella multiplicidad de ojos para las cosas lejanas.

Cuando se acercaron a la casa del que ella supuso debía ser el jefe de la tribu, volvió a pensar en Gill. Lo vio en la Universidad agobiado de exámenes para corregir y se prometió en el alma sustraerlo de la rutina académica con la carta larga, mientras él la seguía esperando dos veces al día, acercándose con pasos de felino al buzón, buscando sorprenderla por detrás en su propia carta.

qué quiere ahora la mujer blanca?, preguntó indirecta pero educadamente el viejo jefe de los huambisas.

vivir con ustedes, compartir su mundo, nada más, contestó ella en huambisa.

El viejo la miró con unos ojos que conocían la vida y la muerte, unos ojos que podían detectarle la mentira más pequeña, y la encontró sincera dentro de su piel rubia. Sin embargo, prefirió conducirla hasta una sinceridad probada:

muchos hombres blancos nos dicen lo mismo, pero se quedan a cultivar el mal. Nuestro dios Huamán está triste y ahora, con la desaparición de la gran Luna, todos los huambisas le escuchamos llorar desde el fondo de la noche

gran jefe, se apresuró la visitante experimentando su primera alteración, yo puedo hacer que el gran Huamán se ponga alegre cómo, llamando a su dios?

no, dijo ella con el corazón sin consultarlo con la razón: yo he renunciado al dios blanco y deseo estar con ustedes para encontrarme con el gran Huamán: quiero que él sepa que no todos los blancos son unas bestias salvajes, quiero decirle...

Y el viejo jefe la interrumpió para aprobarla con un sí cadencioso de su cabeza curtida de años. Luego dio media vuelta y se internó en la casa más grande y majestuosa del caserío.

Segundos más tarde, Michele se sintió agarrada por una nube de manos guerreras que la izaron como un trofeo de guerra en medio de gritos y cantos triunfales. Fue conducida a un lugar espaciado que tenía un juego de entradas solares. Ella pudo deducir que era el templo por la disposición distante, además, de las cosas intocables.

Pidió que le dieran algo de beber y le llevaron agua de coco. Dijo que quería descansar y la depositaron, como un objeto sagrado, en un cuarto adyacente al templo. Se dio cuenta que allí no había estado nadie en muchos años, pues percibió que el tiempo no estaba roído y que todo existía siempre nuevo: hasta los chorros de luz que entraban perpendicular y oblicuamente parecían manar de un sol no sólo seis horas más joven que el de París, sino acabado de estrenar. Allí estuvo dos días y dos noches atendida por guerreros con esmero y respeto.

y ahora qué van a hacer conmigo?, le preguntó a uno de los guerreros que entraron a llevarle comida.

nada que usted no quiera. Usted hará lo que ha querido

qué?, preguntó ella sin memoria.

usted ser nuestra mensajera de honor

de qué y ante quién?, la mujer blanca vivió su primera intriga.

usted lo dijo: usted verá al Gran Huamán y le dirá que al fin el hombre blanco ha venido a pedir perdón. El conocerá de nuevo

la alegría y nos devolverá la felicidad en la primera noche de la gran Luna.

Michele no alcanzó a desentrañar el contenido de sus palabras, pues se distrajo pensando en los ritos erótico-religiosos de los huambisas, viéndose en el centro de las escenas. Entonces le pidió al guerrero que le acercara el bolso para tomar el block. Debía escribirle a Gill para liberarte de tu maldita rutina académica, para que lo sepas todo, mi amor, y lo vivas como yo ahora. Al devolverle el bolso al huambisa, ella le agarró por fin la ansiada mano salvaje, de memoria milenaria, en su primer arrebato de erotismo místico. El la eludió sin malicia, pero Michele insistió hasta raptarle la mirada, que encontró enteramente asexual, entonces le deslizó la suya hasta la protuberancia viril en el taparrabo, pero no: el guerrero siguió hallando sin sentido los escarceos eróticos de la mujer y salió del cuarto. Ella encabezó la carta, dejándola en seguida al recordar que aún no había sucedido lo más importante, lo que realmente quiero que sepas, Gill, cuando volvió a entrar el guerrero con un brebaje en una totuma a pedirle que se lo bebiera antes de dormirse. Ella lo hizo sin reticencias y lo sintió muy extraña pero del todo placentero.

Había empezado la última noche y los sacerdotes huambisas tenían todo dispuesto en la nave central del templo, donde la mañana debía vaciar el rayo de luz central.

Con los primeros brotes de la aurora, antes de que el sol naciera otra vez en la montaña, entraron los cuatro guerreros del templo al cuarto de la mensajera y se la llevaron a hombros. Ella dormía con un sueño distinto, intemporal: veía a Gill vestido de guerrero huambisa, se reía de su taparrabo abultado, de la torpeza con que empuñaba la lanza y sobre todo de su calvicie incipiente. Siguió riéndose silenciosa y relajada cuando lo vio acercarse de puntillas al buzón para sorprenderla por detrás en la carta larga bajo el sol cansado de París. Y su risa era ya una expresión eterna cuando los cuatro guerreros la depositaron, como una vestal amazónica, en la piedra desnuda del ara mayor. La dejaron en su reposo distante y se alejaron como sombras, mientras el jefe de la tribu avanzaba hacia ella con la mirada interior. Sólo él, el hierofante, podía permanecer allí con la mujer: descalzo, bebió primero la chicha sagrada en el vaso de piedra y lentamente, muy solemne, con acento abismal, se acercó a la mensajera de honor, tomó el cuchillo de madera, lo pergeñó perpendicularmente a su garganta y esperó unos segundos a que el sol naciente vaciara el gran rayo de luz central.

RESONANCIAS AL FILO DE LA NOCHE

Por *Rafael FLORES*

LA noche se había mezclado con el mar. Sordo ruido de garganta voraz, que venía a nuestros oídos. Un poco de brisa fresca, y el recuerdo vago de que más allá de la playa de canto rodado estaba el agua.

Anduvimos un rato, zigzagueando. De golpe, a la altura de nuestros ojos, como una moneda gastada, vimos la luna. Su cobre parecía recién repasado en la franela de un pantalón. Por debajo de la luna, o sea en la línea del supuesto horizonte marino, se veían lucécitas de barcos de pesca. Lo curioso es que estuvieran más lejanos que la luna, según nuestros ojos. Teníamos que cerrarlos para ver mentalmente lo cierto: primero los bancos, y a millones de kilómetros, la luna.

Ladraban los perros. Etelevina me cogió la mano. —Vamos —me dijo. Nuestra casa estaba en lo alto. Había que atravesar unos puentes de piedra con olor a humedad y a viejos ritos. No podía dejar de pensar en los cuerpos de los ahorcados que allí se bambolearon diez años atrás, cuando la noche de los cuchillos largos. Una vieja mitología apunta que la luna es la barca de los muertos.

Transporta los fantasmas hacia el más allá, al otro lado de las risas y fatigas. Le comenté a Etelevina estas memorias que en ese momento me asaltaban. Ella recordó a su padre, muerto en una ciudad distante cuando la gran contienda; su cuerpo había desaparecido. Apretó los dientes.

No la vi sufrir, sino temblar de cólera. —Hijos de puta —dijo.

No sin esfuerzo cambiamos la conversación.

Nos habíamos tocado las llagas en el cuerpo. La noche era infinita. Uno podía sentirse echar alas en la brisa, volar hacia el cielo oscuro, al otro lado donde apenas brillaban las estrellas. Atravesar por sus agujeros lagrimosos como por un ojo.

Enseguida nos acostamos. Entre abrazos que sólo conocieron la ternura, dormimos. No recuerdo en cuáles pensamientos ni con qué sueños. Tengo presentes los juegos de la brisa en mi pecho, y temblores de su cuerpo como un rumor.

Había grillos, sí. Pero el pueblo igual se dormía definitivo, luego de la medianoche. Nada había que pudiera despertarnos. Sin embargo... Etelvina me sobresaltó. Gritó violenta, desahogada. —¡Despierta! ¡Despierta, que está la luna. En la ventana está! En la ventana.

En efecto, la vi allí. Enorme y blanca ahora como una carcajada.

Volví a cerrar los ojos. Tal vez miedoso. Entre sueños oí las voces de un tumulto, crujidos, espantosos escurrimientos por las paredes de la casa, resbalones. Los ruidos giraron hacia mí vertiginosos como las aguas en un embudo. Dos manos con guantes llenos de puntas de hierro me estrangulaban. Lastimé las mías al intentar quitarlas del cuello. Un rostro con pelos tan gruesos que más parecían un nido de loros, me condenaba. El taladro de sus ojos atravesaba los míos hasta la nuca. Revolviéndome en la cama pude desasirme.

No sé con qué fuerzas pero logré desasirme de aquella figura espantosa. Rodó fuera de la cama por una escalera que daba a un sótano. De nuevo oí los resbalones, esta vez sobre las paredes del sótano. Finalmente el estruendo de su caída en las aguas del pozo que había al fondo. Fue un instante, y luego nada. Acabé de despertarme, con la pregunta: —¿Qué ha sido eso Etelvina?

—La luna —me dijo—, la luna.

En efecto, enorme y blanca volví a verla tras la ventana. Pensé en la barca de los muertos, y todavía me dolió haberle contado aquel mito. Y por eso no me animé a contarle las visiones de mi despertar.

La invité a un trago, para ayudarnos a dormir de nuevo.

Al otro día, en el mercado nos contaron del pescador asesinado durante la noche en la plava. Su cuerpo aún no había sido rescatado del mar. Estaba la barca en la arena con los remos fuera. En uno de ellos, lunares de sangre seca que juntaban moscas.

LIBROS Y REVISTAS

- "Plural" Revista cultural de Excélsior, segunda época.
No. 162 Marzo 1985
No. 163 Abril 1985
No. 164 Mayo 1985
- Revista "Cádiz Iberoamérica", No. 2, Octubre 1984, España.
Revista "Casa de las Américas", No. 148, Enero-Febrero 1985.
Revista de Occidente, No. 50, Junio 1985, Alianza Editorial, S. A.
Madrid, España
- Estudios e informes de la CEPAL, No. 43, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Revista de Ciencias Humanas y Sociales "Opción", No. 3, Universidad de Zulia, Maracaibo, Venezuela.
- Revista "Mundus Arthium", Vol. XIV, No. 2, 1984, University of Texas at Dallas, Texas, E.U.A.
- David Valjalo, El otro fuego, segunda edición, Metáfora, México, 1985.
- David Valjalo, Poemas de resistencia, Ediciones de La Frontera, Los Angeles, California, 1985.
- Estudios Ibero-Americanos —Vol. X, No. 2, 1984—, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande Do Sul, Instituto de Filosofia e ciencias humanas, Porto Alegre, Brasil.
- Voir et lire Carlos Saura —Colloque International, Dijon—, Noviembre 1983, Centre d'Etudes Et de Recherches Hispaniques Du XXéme Siecle de L'Universite de Dijon.
- Revista "Nueva Sociedad" —No. 76, Marzo-Abril 1985— Caracas, Venezuela.
- Boletín de sumarios de revistas de economía —Primer semestre 1984—, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, España.
- Sociologija —Vol. XXVI, 207-416, Nos. 3-4, 1984—, Asociación Sociológica Yugoslava, Beograd, Yugoslavia.
- Nueva revista de "Filología Hispánica, Tomo XXXII, No. 2, 1983, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México.
- Jesús Gardea, De alba sombría, Ediciones del Norte, primera edición en español, 1985.

- Fidel Castro, texto completo de la entrevista concedida al periódico *Excélsior* de México, Editora política, La Habana, 1985.
- Revista Iberoamericana, Nos. 128-129, Julio-Diciembre 1984, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Madrid, España.
- Sumario actual de revistas —No. 41, Enero-Junio 1981—, Biblioteca Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, España.
- Política Internazionale —No. 1, nuova serie gennaio 1985—, La Nuova Italia Editrice.
- Letras de Deusto —No. 30, Septiembre-Diciembre 1984—, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Deusto, Bilboa, España.
- Anales —No. 53, 1983—, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria.
- César Antonio Molina, Antología de la poesía gallega contemporánea, Colección Los Poetas 59/60, Ediciones Júcar.
- Signos —No. 33, 1984— visitas, poesía, folklore, gráfica, pensamiento, Ministerio de Cultura, La Habana, Cuba.
- Hispanística XX —No. 2, Travaux 1, Hommage á J. Guillen et Mélanges— Centre d'Etudes et de Recherches Hispaniques Du XXème Siecle, Université de Dijon.
- Ortega y Gasset Centennial (Centenario Ortega y Gasset, Actas del Simposio Internacional conmemorativo del centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset, Universidad de Nuevo México, Nuevo México, E.U.A.
- Diego Viga, 64 cuentos, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas, Guayaquil-Ecuador.

NOTA SOBRE LOS AUTORES

- Augusto Roa Bastos. Escritor paraguayo. Autor de una importante obra, entre la que se encuentran las novelas *Yo, el supremo* y *El Fiscal*. Radica en España.
- Gregorio Selser. Escritor y periodista argentino. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marcos Kaplan. Sociólogo argentino. Autor de importante obra sobre problemas del Estado en América Latina. Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Edgar Montiel. Ensayista peruano. Investigador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCYDEL), de la Universidad Nacional Autónoma de México. Colaborador permanente de *Cuadernos Americanos*.
- Carlos Ramírez. Periodista especializado en asuntos económicos y políticos. Autor de numerosos artículos y ensayos. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Economía.
- Jorge Serrano. Presidente del Consejo Latinoamericano de Investigación para la Paz (CLAIP). Investigador del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, A. C. (CEESTEM), México.
- César Lorenzano. Investigador y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.
- Francis Donahue. California State University, Department of Spanish and Portuguese, Long Beach, California.
- Fernando Alegría. Escritor, poeta y novelista chileno. Profesor de la Universidad de Stanford, Stanford, California.
- Sol Arguedas. Historiadora mexicana especialista en politología. Autora de varias obras entre las cuales destacamos *Chile hacia el socialismo*, publicado por *Cuadernos Americanos*.
- Abd-al Wahhab al-Bayati. Poeta iraquí, autor de una importante obra entre la que destacamos *La muerte en la vida, El que viene y no viene* y *Poemas de amor ante los 7 pórticos del mundo*. Radica en Madrid. España.
- Federico Arbós. Arabista español, profesor en la Universidad Complutense de Madrid. España.

- Dasso Saldívar. Narrador y crítico colombiano. Premio Jauja de Valladolid, 1981. Colaborador de varios medios europeos y americanos. Radica actualmente en Madrid, España.
- Rafael Flores. Argentino, autor de *Conversaciones del Búho* (cuentos), Madrid, 1984. Radica en Madrid, España.
- Waldo Rojas. Poeta chileno, autor de *Agua removida*, 1964. *Pájaros en tierra*, 1965, *El puente oculto*, Madrid, 1981. Radica en Francia.

Se terminó la impresión de este libro el mes de julio de 1985 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, Col. del Valle, Deleg. Benito Juárez, 03100 México, D. F. Se imprimieron 2 000 ejemplares.

N U E S T R O T I E M P O

Augusto Roa Bastos

Hacia el pluralismo democrático en el Paraguay.

Gregorio Selser

Violencia internacional y derecho: Granada y Nicaragua como "traspacios".

Marcos Kaplan

Argentina: De la dictadura a la democracia.

Edgar Montiel

El Perú en la encrucijada.

Carlos Ramírez

La deuda externa: Un problema político internacional.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Jorge Serrano

Tarde en la aurora: Grandes amenazas sobre el hombre contemporáneo.

César Lorenzano

Marx y la dialéctica.

Francis Donahue

En torno del teatro de Fernando Arrabal.

PRESENCIA DEL PASADO

Fernando Alegría

Para una biografía de Salvador Allende.

Sol Arguedas

Estados Unidos, México, Centro América: Algunos antecedentes históricos.

Rafael Ocasio

El *Lazarillo de ciegos caminantes*, una visión de la organización social en el mundo Virreinal.

DI MENSION I M A G I N A R I A

Abd-al Wabhab al-Bayati

Escrito en el barro

Federico Arbós

Al-Bayati: Ese hilo de sangre o de luz.

Waldo Rojas

Algunas luces sobre los *Crepúsculos* de Castellano.

Dasso Saldivar

La llamada.

Rafael Flores

Resonancias al filo de la noche.

LIBROS Y REVISTAS

NOTA SOBRE LOS AUTORES

Printed in Mexico